

DÁMARIS BLANCA



# TRAICIÓN & MARCAS DORADAS

# TRAICIÓN Y MARCAS DORADA □

## DÁMARIS BLANCA

Título: Traición y Marcas Doradas

Copyright © 2024, Dámaris Blanca

Primera Edición: Abril de 2024

©Diseño de portada: Mireya Murillo Menéndez

©Las cabeceras de capítulo se han diseñado con recursos extraídos de Flaticon.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

*A todos los que alguna vez  
se han perdido.  
La luz siempre aparece.*



## LISTA DE REPRODUCCIÓN

*Shadow Preachers* — Zella Day  
*Skin and Bones* — David Kushner  
*Cigarette* — Shaya Zamora  
*While You're at It* — Jessie Murph  
*Cravin'* — Stileto, Kendyle Paige

*Don't get too close, it's dark inside*  
*It's where my demons hide*  
—*Imagine Dragons*

*In time we hate that which we often fear.*  
—Shakespeare.

## Contenido

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)  
[11](#)  
[12](#)  
[13](#)  
[14](#)  
[15](#)  
[16](#)  
[17](#)  
[18](#)  
[19](#)  
[20](#)  
[21](#)  
[22](#)  
[23](#)  
[24](#)  
[25](#)  
[26](#)  
[27](#)  
[28](#)  
[29](#)  
[30](#)  
[31](#)  
[32](#)  
[33](#)  
[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

# 1

## BRENAN

Creía que conocía bien esos malditos ojos que ahora me fulminan con rabia. Odio puro, como fuego candente contra mi condenada piel. Elina me desprecia, quizás tanto como yo a ella, como si nada de lo que hemos vivido juntos importara. Si pudiera, desterraría al olvido cada infame sentimiento que esta traidora ha sembrado en mí.

Ahora sé que no puedo confiar en nadie. Al devolverle la mirada, casi me dejo dominar por una ira letal que me recorre las venas, fuerte y afilada como la hoja de mi cuchillo, desgarrando todo a su paso. El frío metal pesa mientras decido si marcharme o lanzárselo al pecho.

Al final, contra toda lógica, me doy la vuelta. Matarla solo acabaría con la única parte de mí que creía que podría salvarse del caos. Maldita sea, siempre supe que ella se me escaparía entre los dedos. Me ha traicionado y no ha quedado nada por lo que luchar. Apenas soporto mirarla.

—Elina, volveré a por ti —rujo, apenas capaz de contenerme.

Al final, es lo único que me queda: una promesa de venganza.

No voy a olvidar lo que ha hecho y tengo la certeza de que, en algún momento, volveremos a encontrarnos. Para bien o para mal. Si ella creía que podía reírse de mí sin consecuencias, es que jamás me ha conocido de verdad.

Mi poder me rasga las entrañas, quemándome en una ráfaga que clama venganza y me doy cuenta de que estoy a punto de estallar. Mis sombras se revuelven como niñas ansiosas por destrozar todo a su paso, pero no se lo permito. Apenas puedo contener el temblor de mis manos, pero logro salir corriendo antes de perder la batalla contra el odio.

Dentro de mí se agita una oscuridad que se convierte en una maldita tormenta de culpabilidad y desprecio. Puede que no le dijera a Elina la verdad sobre su derecho de sangre para liderar al aquelarre, pero no era mi jodido trabajo. Su abuela debería haber hablado con ella. Evanora era la que debería haberla entrenado. No yo.

Y, desde luego, Elina no debería haberme traicionado por un puñado de humanos que no dudarían en matarla si supieran quién es en realidad. He acabado manchado de mierda hasta las rodillas cuando no era mi jodido problema.

Mientras desciendo a la carrera los peldaños de unas escaleras secundarias destinadas a los sirvientes, asumo que no seré capaz de soportar esta tortura en mi cabeza. El dolor afila sus garras invisibles, intentando arrancarme el alma de cuajo. Me estoy volviendo loco. Así que simplemente apago los sentimientos. Los encierro en una desgastada habitación de mi mente y tiro la llave lo más lejos que mi conciencia me permite.

—¿Ibas a alguna parte? —inquire una voz áspera.

Me giro a tiempo de ver un destello metálico silbando en mi dirección y retrocedo, esquivando el golpe.

Ante mí, un guardia empuña una espada que, a juzgar por la sangre que gotea de la hoja, ya ha usado antes. Su musculatura apenas está contenida en esa armadura ridícula que el rey les hace llevar a sus soldados y la sonrisa desalmada que me lanza me arrebató el poco sentido común que me quedaba.

Me lanzo contra él, estrellándome contra su pecho para intentar desestabilizarlo. Ambos caemos de espaldas, pero mientras yo tardo un instante en recuperar el aliento, el guardia apenas parpadea y se incorpora con destreza. No tarda en volver a levantar la espada como si fuera un simple alfiler. Esa perversa sonrisa no desaparece de su rostro.

—No saldrás vivo de este castillo. —La amenaza en sus palabras es vacía, pero apuesto a que está imaginando cómo será jactarse de mi muerte.

—Eso tendrás que demostrarlo —replico, levantándome del suelo.

Si no quiero acabar muerto, debería dejarme de gilipolleces. Así que llamo a las sombras que se ciernen inmediatamente sobre el guardia y lo asfixian con terrible determinación.

Mis sombras apresan su cuello y observo impasible la lucha desesperada del guardia por obtener una bocanada de aire que no llega. No titubeo y me mantengo firme cuando lo veo boquear. Ni siquiera dejo de apretar hasta que su cuerpo comienza a sacudirse con espasmos descontrolados.

Al final, el marrón de sus pupilas desaparece y el blanco total en sus cuencas me advierte de que está a punto de morir. Pero justo antes de que su cuerpo se desplome, algo impacta en mi hombro. *Joder.*

El dolor recorre cada terminación nerviosa de mi brazo mientras mi propia sangre me salpica las mejillas. Las sombras se revuelven hacia mi atacante y le parten el cuello en el acto, aunque eso no evita que la espada con la que me ha embestido el guardia siga clavada en mi brazo hasta el hueso.

No soy capaz de mirar la herida. Apuesto a que es tan terrible como la siento, pero no suelto el grito que tengo atascado en la garganta. Así que aprieto los dientes en un jadeo mientras reprimo las náuseas. No es así como voy a morir.

Avanzo por el pasillo, trastabillando y apoyándome en la pared hasta llegar al final del corredor que desemboca en el salón de baile. Los cuerpos se acumulan entre los escombros y la sangre empaña mi visión en todas direcciones. Tenemos que largarnos o acabaremos todos muertos.

—¡Retroceded! —grito a duras penas, con la esperanza de que alguien pueda escucharme.

No hay respuesta.

Se me nubla la visión por la pérdida de sangre y un gruñido se me escapa entre los labios sin que pueda evitarlo. Mi camisa está empapada de rubí y gotea por mi espalda con una paciencia helada. Me desangraré antes de poder salir de este condenado castillo.

Frente a mí, en lo que antes era un salón de baile repleto de risas, veo a Conrad luchando. Lanza por los aires con evidente desesperación a un par de guardias que se aproximan a él y le ordeno a gritos que nos marchemos; llegados a este punto, no merece la pena quedarnos.

El plan era acabar rápidamente con Artai, pero hemos fallado. Ahora la prioridad es proteger a los brujos que queden vivos y salir de aquí o correremos la misma suerte que la decena de cadáveres a nuestros pies.

—¡Tenemos que irnos! —repito.

Sin embargo, Conrad niega con ahínco, ignorando mi orden y continúa invocando con tozudez al aire que tiembla entre sus dedos. Está agotado, pero emplea su magia para destruir a los guardias contra las rocas afiladas, como si no fueran más que marionetas.

—¡Vas a hacer que te maten! —rujo furioso mientras me apoyo en una columna, incapaz de sostener mi propio peso. Si no detengo rápidamente la hemorragia, seré un número más en los listados de víctimas.

—¡Márchate! —replica Conrad al mismo tiempo que se da la vuelta para bloquear el impacto de una espada.

—¡Es una orden, joder!

No es momento de hacerse el héroe cuando estamos en clara desventaja, pero aparentemente Conrad ha perdido el sentido común.

—¡Si tengo que morir por mi pueblo, que así sea! —Un bramido salvaje se cuela por entre sus labios, pero la sala comienza a darme vueltas.

—¡Obedece!

Me fallan las fuerzas y no puedo seguir sosteniéndome. Me deslizo hasta el suelo con un gruñido de dolor y miro el arma que sigue clavada en mi hombro. *Mierda*. Sé que, ahora mismo, la espada es lo único que taponaba la herida, pero no puedo seguir con ella incrustada al cuerpo.

Así que agarro con firmeza la hoja que sobresale por mi hombro y tiro hacia arriba. El filo de metal se me clava en las manos y noto el momento exacto en el que los cortes se abren en mi piel, no obstante, no se puede comparar con el dolor que me recorre cada terminación nerviosa hasta el cuello. Al instante, se me nubla la vista.

Por capricho del destino, consigo liberar la herida y lazo la espada lejos de mí con un grito que me rasga las cuerdas vocales. *No voy a morir así, pero puedo manejar esta agonía*. Tengo que recordar durante un instante cómo respirar.

*Maldita sea, ella tenía razón. Joder.*

Cuando recupero el control, me inclino sobre el cadáver de un guardia tendido junto a mí y desgarré descuidadamente un trozo de su capa, usando la tela para presionarla contra mi herida. Las náuseas me sacuden el estómago.

No es suficiente.

Por el rabillo del ojo, en la espiral de dolor que me sacude, veo a una mujer aproximarse con

rapidez, tiene el ceño fruncido como si realmente le preocupara mi estado. Sé con certeza que jamás la he visto en el castillo porque tiene unos temibles ojos negros que difícilmente podría olvidar. Su cabello del color del fuego me roza las mejillas mientras se inclina sobre mí.

Retrocedo, tratando de poner distancia entre nosotros. Ella no será la que acabe conmigo. Unas débiles sombras se arremolinan en la palma de mi mano, listas para luchar hasta el último aliento, pero la mujer no me ataca.

—Tranquilo. Entiendo vuestra lucha —susurra. Sus gruesos labios se arquean en una sonrisa tensa y entonces sus dedos comienzan a moverse sobre mi herida.

—¿Quién eres? —Noto el sabor de la sangre en mi boca.

Me retuerzo para que no me toque, para huir de sus dedos huesudos, pero sus manos alcanzan mi piel. De improviso, un fuego abrasador me recorre el cuello, dejando a su paso una picazón insoportable. Parpadeo incapaz de mantener los ojos abiertos durante demasiado tiempo.

Quiero pedirle que pare, que se aleje de mí, pero soy incapaz de hacer otra cosa que no sea luchar contra el dolor desgarrador que se extiende por mi hombro mientras ella sigue tocando mi herida, como si estuviera hurgando en los restos destrozados de mi piel.

—¡Detenlo! —ordeno entre dientes, listo para lanzar mis sombras contra ella.

—Sal de aquí o acabaréis todos muertos —musita la misteriosa mujer tan bajo que apenas logro reconocer si ha sido producto de mi imaginación.

Lo que sí es real son sus dedos sobre mi piel quebrada y la constante agonía. Estoy a punto de perder la consciencia justo en el momento en que el ardor disminuye. Al cabo de un momento, miro con incredulidad cómo mi herida se ha cerrado.

Cuando alzo la vista, todavía demasiado estupefacto como para reaccionar, la mujer de fuego ha desaparecido. Trato, sin éxito, distinguir su silueta entre el caos que me rodea. *Qué cojones ha sido eso.* Me levanto incapaz de comprender cómo se ha cerrado la herida, pero no hay muchas explicaciones posibles; ha debido de ser magia. Jamás había visto a nadie curar de esa forma.

Entonces, una figura pasa corriendo junto a mí y mis sentidos aún embotados logran reconocer a uno de los brujos: Ronan. Sus ojillos de ratón escanean la sala y, en cuanto me ve, derrapa y se dirige con urgencia hacia mí.

Su rostro manchado de polvo y sangre refleja el horror de lo que ha sucedido. Abre con preocupación esos diminutos ojos al ver la sangre que mancha mi camisa, buscando apresuradamente una herida que ya no está.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta jadeante, agachándose a mi lado.

—No importa, ¿y los demás? —digo, tratando de incorporarme. Puede que la herida se haya cerrado, pero todavía persiste el mismo dolor fantasma.

—Están muertos. —Esas palabras me sacuden sin piedad y contengo el aire en los pulmones. Ronan se muerde el labio inferior, reprimiendo unas lágrimas furiosas—. Tenemos que irnos.

Tiene razón. Si no nos largamos, estamos jodidos. Asiento todavía asimilando que solo quedamos nosotros y busco a Conrad con la mirada. Lo descubro inmóvil en el suelo, demasiado lejos de nosotros. En ese instante, los guardias comienzan a llenar el salón de baile como hormigas dispuestas a exterminar a cualquiera que se interponga en su camino y rodean su cuerpo.

—Es tarde para él. —La derrota empaña la voz de Ronan que ha seguido la dirección de mi mirada.

—Vamos —digo simplemente.

En cuanto nos ponemos en marcha, un dolor hueco se expande en mi pecho, pero echamos a correr incluso antes de darme cuenta.

Pasamos de largo la cocina y doy gracias en silencio a mi maldita costumbre de deambular por estos pasillos antes de dormir con el pretexto de tomar un té nocturno. Nadie sospechó de un sacerdote con insomnio mientras me aprendía cada rincón de este maldito lugar.

Así que conozco de sobra el camino desde el salón a las cocinas y, desde ahí, hasta el exterior. Un viento furioso nos lacera las mejillas cuando salimos a un patio secundario que conecta la entrada principal por una galería de arcos. Si nos damos prisa, todavía existe la posibilidad de salir vivos.

Los gritos agónicos de los heridos que dejamos a nuestra espalda me taladran la cabeza, pero no me permito pensar en ello. Aunque la sangre de mis manos comienza a secarse, tirando de mi piel y recordándome que esto ha sido culpa mía.

Me restriego las palmas en los pantalones en un intento por limpiarme, pero la sangre se ha quedado adherida a mis dedos. Las manchas me recuerdan que soy el principal responsable de esta masacre.

—¿Es por aquí? —Ronan me lanza una mirada ansiosa, pero parece sumido en una realidad distante mientras avanza por el patio. Creo que ambos estamos en *shock*.

—Agáchate —respondo en un siseo.

El patio secundario permanece desierto e inquietantemente vacío, pero debemos prevenir riesgos, así que pegamos la espalda tras un muro para ocultarnos. Miro alrededor para comprobar que nadie nos sigue antes de atravesar a la carrera el césped del modesto jardín.

Ronan sigue mis pasos sin pronunciar palabra y, de hecho, lo agradezco porque no soy capaz de pensar en nada que no sea mantenernos con vida. Acortamos la distancia hasta llegar a una puerta abierta que conecta con el patio de armas principal donde se encuentra el portón de salida.

Aquí no estamos solos. Desde la muralla exterior, los guardias lanzan órdenes y gritos estrangulados, corren por el patio de armas y vociferan como si en realidad no tuvieran idea alguna de cómo actuar en estos casos. Gracias a la madre tierra, logramos escondernos tras unas balas de paja antes de que alguien nos descubra.

Maldigo entre dientes cuando pequeños grupos de guardias se dirigen corriendo al interior del castillo y trato de calmar mi respiración. No hay muchas otras opciones de salir de aquí aparte de atravesar ese portón infectado de guardias. Nuestro plan no dejaba muy claro cómo huiríamos, porque asumimos que ganaríamos. *Jodidos ilusos*.

Teníamos la idea de aplastar a Taranis como la cucaracha rastrera que es, matar a tantos nobles como pudiéramos y sembrar el caos. Es absurdo que no contempláramos la posibilidad de una derrota. Sin embargo, todo el plan se ha ido a la mierda y esto se ha convertido en un baño de sangre.

Lo peor es que, al final, las muertes no han servido para nada. Tal y como dijo Elina. La detesto incluso más por tener razón, pero no podía simplemente quedarme quieto mientras atacaban a mi pueblo. Un pueblo que, a pesar de todo lo que he hecho por ellos, rechazó mi plan.

Antes de venir al castillo, cuando apresamos a Wesh y decidimos que podríamos adentrarnos en la corte con identidades falsas, hablé con mis madres. Les propuse infiltrarme en la fortaleza y destruir a Taranis desde dentro. Me miraron como si me temieran y se negaron en rotundo.

Jamás me han perdonado lo de mi hermano y no creo que estén dispuestas a ceder el control. Quieren el poder para ellas y no van a soltarlo. Aplastaron a la familia de Elina sin compasión del mismo modo en el que intentaron despreciar mi propuesta. No lo dicen, pero en realidad no me quieren dentro de su familia. *No permitirán que lidere al aquelarre*.

Estoy harto de ser el sirviente fiel que limpia su mierda, pero al que esconden cuando hay visita. Soy el que les da el dinero, el que se mancha las manos de sangre, el que pelea por el

aquelarre para que ellas se limiten a recoger los beneficios. Pero estoy harto de eso. No voy a vivir de rodillas.

De modo que mi única opción fue actuar por mi cuenta y los únicos que decidieron seguirme han acabado muertos. Ahora no tengo nada salvo las manos llenas de cadáveres. Quizás mis madres tenían razón y jamás tendré lo que hace falta para liderar un ejército.

Se escucha un estruendo en el interior del castillo, como si la montaña sobre la que está construido amenazara con partirse en dos. Supongo que todavía hay alguien tratando de llevarse al infierno a tantos nobles como le sea posible y maldigo por lo bajo. Maldita sea, no podemos irnos.

—Puede que quede alguien de los nuestros ahí dentro. —Me giro hacia la puerta que da al castillo como si hubiera alguna posibilidad de volver a entrar, pero Ronan tiene los ojos fijos en dirección a la salida.

—No podemos hacer nada —dice en un jadeo ahogado.

Hace una mueca de dolor y se aferra el costado apretando los dientes, mis ojos no tardan en reconocer la sangre que mancha sus dedos. Está herido. La palidez de sus mejillas es advertencia suficiente y probablemente se desangre si no salimos de aquí.

Otro estruendo sacude la montaña a nuestros pies y, a lo lejos, los guardias que custodiaban el portón de salida se miran entre sí con expresiones interrogantes. Esa incertidumbre es sustituida con rapidez por una resolución que me deja claro que no van a quedarse quietos ante los escalofriantes gritos y llantos que se cuelan a través de los muros. Se ponen en marcha de inmediato y la patrulla que custodiaba la puerta corre con urgencia abandonando su puesto.

Los soldados desaparecen por la puerta principal del castillo que da un golpe seco al cerrarse y el patio se convierte en un lugar mudo y vacío. Esta es nuestra oportunidad y la agarro con desesperación.

—Vamos, rápido. —Agarro a Ronan del brazo y tiro de él.

Corremos por el patio hacia las cuadras donde los caballos relinchan recelosos por el alboroto y susurro un suave *shh* con los labios, intentando calmarlos. No obstante, la agitación que hay en esos ojos acuosos me obliga a detenerme un instante; no confío en un animal asustado, pero es lo que tenemos.

Sin apenas pensar en lo que estoy haciendo, cojo una silla de montar que descansa sobre un poste y elijo rápidamente un caballo pardo que relincha mientras trato de ensillarlo. Gracias a la madre tierra, me permite pasar las correas por su vientre sin montar demasiado escándalo.

El animal me mira espantado, pero no tengo tiempo de rascarle el hocico o tranquilizarlo con palabras suaves. Así que cojo impulso apoyándome en el estribo y, de un salto, monto sobre él. Se resiste mientras se acostumbra a mi peso, pero no hace ademán de encabritarse, lo que es buena señal.

—Sube, maldita sea —le ordeno a Ronan que parece desconcertado mientras se sujeta la herida. Escucho voces en el patio exterior y cada uno de mis músculos se tensa. No podemos cagarla ahora que estamos tan cerca—. Vamos.

Al fin, Ronan reacciona y se impulsa hacia arriba con un gesto de dolor, pero consigue colocarse a mi espalda sobre la montura. No tenemos tiempo de nada más. Sacudo las riendas con fuerza y maldigo por lo bajo, rogándole a todo dios o demonio que quiera escucharme. Mi destino no es morir aquí.

El caballo vuelve a relinchar asustado, pero logro hacerme con el control y sale al trote del establo. La puerta de madera se astilla cuando la golpeamos en nuestra huida, pero conseguimos atravesar el patio de armas sin que nadie nos impida el paso y, cuando alzo la mirada hacia la

muralla, un rayo de esperanza me domina al ver que no hay nadie esperándonos.

El portón está a medio cerrar, como si no hubieran tenido tiempo de terminar lo que estaban haciendo antes de acudir al salón de baile. El hueco que queda es suficiente para que pasemos montados en el caballo y, aunque tenemos que agacharnos cuando pasamos por las punzantes rejas metálicas, traspasamos las murallas en segundos.

Ojalá pudiera retener el jadeo de alivio que sale de mi garganta mientras el animal se lanza en dirección a la ciudad. Ronan también exhala mientras suelta un gruñido que está a medio camino entre el dolor y la felicidad. Lo hemos logrado.

Solo que el alivio dura poco y me concentro en espolear al caballo para poner tanta distancia entre nosotros y el castillo como sea posible. No hemos ganado nada, pero, al menos, he salido vivo de ese baño de sangre. Sin embargo, dejo atrás lo más real que he tenido en mucho tiempo y un vacío profundo se me instala en el pecho, un abismo oscuro que no tengo ni la menor idea de cómo llenar.

Elina merece tanto sufrimiento como yo pudiera infringirle y, como no he sido capaz de entrelazar mis manos en su cuello, solo espero que sea otro el que lo haga para ahorrarme el tormento de querer hacerlo yo mismo. Es lo mínimo que merece.

Juro encontrarla y recordarle por qué no debería haberme traicionado. Le enseñaré, de nuevo, la lección: si apuñalas a alguien por la espalda, debes asegurarte de que tu golpe ha sido mortal. De lo contrario, podría ser un error que te cueste la vida.

## 2

## ELINA

A pesar del caos de gente corriendo en todas direcciones y de los soldados sacando a los heridos del salón, incluso a pesar de los gritos que se convierten en una sinfonía insoportable, hay una calma sombría en el rostro de mi padre al aproximarse a mí y estrangularme.

Sus dedos arañan mi piel y todo el oxígeno se esfuma de mis pulmones mientras forcejeo contra esos brazos firmes como el acero.

Su mirada se queda atascada en mi mente y lucho con desesperación por encontrar el aliento que me falta. ¿Así es como muelo? ¿Aferrada a un monstruo? Él aprieta con más fuerza y me aplasta la garganta bajo su mano de hierro.

Llamo a la magia, implorándole que me ayude y olvido el consejo que me dio Wesh de mantener mi farsa como humana hasta el último momento. Ahora necesito vivir. No obstante, el poder parpadea entre mis dedos. Agotado. Anulado.

—He soñado contigo, cielo. Muchas veces. —La voz de Nazar me pone los pelos de punta y me transporta a un pasado lleno de oscuridad. En este instante, su presencia destructora me recuerda que infravaloré su poder.

¿Cómo pude no reconocer esa voz profunda y cruel? En este instante, me resulta obvio y me aterra pensar que ese siseo sea lo último que escuche antes de morir. No reconocerlo ha sido un desliz imperdonable porque él se ha colado muchas veces en mis pesadillas. Ahora, moriré por ello.

—Padre —consigo decir a través de mi garganta destrozada. Mientras, las lágrimas se amontonan en mis ojos por la falta de oxígeno.

Mis pulmones se sacuden contra mis costillas, martilleando una señal de auxilio. Los

calambres en los músculos del cuello no tardan en sobrepasarme por el dolor e hincó mis uñas en la piel de sus muñecas. Apenas se inmuta y aprieta con más fuerza con algo parecido a la satisfacción bailando en su rostro.

—Veo que sigues resistiéndote. —Compone una sonrisa de lunático que se apodera de su boca de dientes perfectos y le propino una patada en el estómago que no llega a desestabilizarlo —. Vaya criatura violenta y rebelde...

Jadeo y un pinchazo en el corazón me sacude.

—No...—Ni siquiera puedo terminar de articular cuando su rostro se contrae en una mueca de furia momentánea.

Mi pecho se sacude convulso por la falta de oxígeno.

—No creas ni por un instante que me he tragado esa pantomima de Lady Tiara que te traes entre manos con ese guardia. Lo que tuvieras en mente al venir a este castillo, te aconsejo que lo reconsideres. Ya has causado bastante revuelo, ¿no crees? Mantente al margen o habrá consecuencias.

—Yo... —balbuceo a través de la presión asfixiante.

No queda aire en mis pulmones. Boqueo a punto de dejarle ganar la batalla a ese telón negro que se extiende ante mis ojos.

—No es tu momento, pero recuerda que siempre estoy vigilándote. Te conviene portarte bien —sisea como si estuviera aleccionando a una niña pequeña.

Tan rápido como sus manos han agarrado mi cuello, me dejan libre y caigo de rodillas en el suelo tratando de recuperar el aire. Los escombros del techo del salón de baile se me clavan en la piel, toso descontroladamente mientras mi pecho se sacude y me entran arcadas.

A través de las lágrimas, alzo la mirada en busca de mi peor pesadilla, pero ha desaparecido entre el caos, la sangre y los cadáveres. Llevo las manos a mi cuello y apuesto a que las yemas de cada uno de sus dedos se han marcado en mi piel. La bilis me sube por la garganta mientras intento respirar con normalidad.

Alguien me toca y me doy la vuelta rápidamente. Si mi padre ha venido a terminar el trabajo, no pienso rendirme sin luchar. Agarro con fuerza un estilete abandonado en el suelo junto a mis rodillas y me giro totalmente consumida por el miedo. Solo que no es mi padre, sino Wesh que me ayuda a ponerme en pie.

—¿Qué te ha pasado? —La tormenta de sus ojos se oscurece con preocupación, así que lo más seguro es que no haya visto a Nazar tratando de asesinarme.

—Nada. —Por alguna razón, no soy capaz de contarle lo que acaba de suceder. Todavía estoy procesando el pánico y miro en todas direcciones, buscando a Nazar, vigilando que no regrese a terminar el trabajo.

—¿Y mi hermana? —La urgencia por encontrar a Clarisa aumenta cuando no la veo por ninguna parte. Ya no está junto al trono. Tampoco diviso a Artai y sé que ambos están en peligro. Cualquiera que esté cerca de mi padre puede convertirse en su objetivo.

—Lo más probable es que la hayan escoltado fuera de aquí —dice Wesh por encima de los insoportables gritos de agonía a nuestro alrededor.

—Tengo que encontrarla.

Necesito verla, comprobar que está bien y a salvo. Tengo que protegerla de los monstruos, aunque ya sea un poco tarde para evitarle el sufrimiento de ver a su pueblo exterminado por los brujos. Ya me he encargado yo misma de meter al enemigo en su casa.

—Wesh, por favor, tengo que...

—Clarisa sabe defenderse. Ahora debemos que salir de aquí, el techo puede derrumbarse en

cualquier momento. —Wesh trata de empujarme hacia la salida y cedo sin dejar de escudriñar nuestro alrededor.

Avanzo unos pasos, pero acabo resistiéndome a abandonar el salón en cuanto veo una mano inerte y pálida aplastada bajo las rocas. Una horrible sensación se apodera de cada uno de mis rincones oscuros. Esto es culpa mía. Yo traje a Brenan.

—Wesh, no puede pasarle nada a mi hermana —pido incapaz de despegar mis ojos de esa mano suspendida en el aire como una estatua de mármol que se consumirá y pudrirá con el tiempo.

—Te juro que nadie va a tocarle ni un solo pelo de la cabeza mientras esté con Taranis. Vamos.

Al fin, permito que Wesh me saque del salón de baile, pero mi alma se queda atrapada entre esas paredes llenas de muerte.

—¿A dónde vamos? —pregunto mirando nuestro alrededor que no es más que una amalgama de escombros.

—A ponerte a salvo.

—Puedo ayudar —musito, incapaz de espantar el olor a sangre.

—Elina, no puedo preocuparme por ti ahora. Necesito que confíes en mí.

Los brazos de Wesh se ciernen a mi alrededor y reprimo el impulso de apartarlo de mi lado. Sus dedos me recuerdan que apenas hace un momento mi padre estaba tratando de asesinarme. No obstante, decido reprimir mi miedo y me dejo guiar por el pasillo que rodea los exteriores de la sala de baile y por el que se abren diferentes entradas en forma de arco.

Soy incapaz de detener el temblor de mis manos y tardo bastante tiempo en recuperar el aliento que se había quedado atascado en mis entrañas mientras asimilo lo que acaba de pasar. Mi padre nunca se fue y está lo bastante cerca de mi hermana y de mí como para crear el caos que siempre ha deseado.

Conozco su parte más retorcida y apuesto cualquier cosa a que solo se ha quitado la máscara con la intención de atormentarme hasta mi último segundo de vida. Sabe que hui de él y lo abandoné.

Entiendo lo bastante como para llegar a la conclusión de que no permitirá que yo siga respirando por mucho más tiempo. Porque le hice a Nazar lo mismo que mi madre hace tantos años: lo abandoné y esa traición solo puede pagarse con sangre. La mía. Lo sé con tanta seguridad como comprendo que no seré capaz de escapar de él.

Wesh pasa un brazo protector por encima de mis hombros y me conduce por un pasillo distinto. Los suelos están manchados de sangre y hay cuerpos caídos en posiciones antinaturales, pero no me permito pensar en ello.

Wesh me acerca a su pecho, como si así pudiera evitarme la grotesca imagen que se desarrolla ante nosotros. Sus manos acaban en mis hombros desnudos y la sangre húmeda de Tate, que estaba entre sus uñas, resbala hacia mí. Reprimo las náuseas y trago con dificultad, sintiendo fuego en la garganta.

Un grupo de soldados aparece ante nosotros, todos ellos sudorosos y con las espadas manchadas de rubí. Al parecer, vienen del piso de arriba y se muestran más que dispuestos a seguir masacrando a todo el que amenace la vida de su rey. Sin preguntas.

—¡Kallian! —grita Wesh, guiándome hacia delante y mi piel repele la calidez de sus manos. No sé si podré soportar que nadie me toque de nuevo sin encogerme.

Un soldado alto y rubio se gira hacia nosotros, no hay vacilación en su postura cuando se aproxima a nosotros con el rostro salpicado de sangre. Tiene un corte sangrante en la mejilla y

también cojea levemente, pero sus ojos brillan llenos de furia y eso le otorga un aspecto impetuoso que me atrapa al instante.

—Mi comandante —saluda mientras llega hasta nosotros y hace una breve inclinación de cabeza en señal de respeto.

—Escolta a mi prometida a su habitación.

—Pero... —digo.

Los dedos de Wesh se despegan de mi piel y lo miro contrariada, incapaz de entender por qué me excluye de esta situación. Podría ayudar a rescatar a los heridos.

—Sí, señor —responde con firmeza el tal Kallian sin mirarme.

—Como le suceda algo, responderás ante mí. No te separes de ella en ningún momento. —El tono de Wesh es duro, dejando claro que se trata de una amenaza, pero yo sigo pasmada, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Podría ser útil aquí abajo y él me está despachando como a una molestia.

—Juro protegerla con mi vida —replica Kallian y Wesh hace el amago de darse la vuelta.

—Wesh, podría ayudar —digo mientras el guardia se acerca a mí e interpone su enorme musculatura entre nosotros.

—Por favor, Tiara. —Pronuncia con fiereza el nombre falso que utilicé para adentrarme en la corte, recordándome cuál es mi lugar y mi coartada en este momento. Soy una simple noble y las chicas así, como Lady Tiara O'Brien, no ayudan a salvar a nadie.

—Podría ser útil... —musito sin mucho convencimiento porque veo cómo Kallian interpreta mi insistencia y Wesh está a punto de perder las formas.

—He dicho que no —tercia el comandante Langeland porque, si había rastros de Wesh en él, desaparecen en cuanto sus palabras cortan el aire.

—¿Tú no vienes con nosotros? —pregunto.

En lo más profundo de mí, sé que debería haberle contado a Wesh quién es mi padre. Ninguno de nosotros está a salvo mientras Nazar vague por el castillo a su antojo y no tengo duda alguna de que su objetivo final es acabar conmigo. Podría matar a Clarisa solo para hacerme daño o a todos nosotros para conseguir el poder que siempre ha deseado.

—Tengo que quedarme. Esto es un caos, pero tú tienes que marcharte. —Wesh me recuerda, de nuevo, cuál es mi lugar y asiento incapaz de discutir.

—Wesh, yo... —No sé si estaba a punto de confesar la identidad de mi padre o volver a quejarme por ser apartada como un estorbo, lo que sea muere en mis labios.

—Luego. —Sus ojos grises hacen un contraste siniestro con la sangre de Tate que mancha sus mejillas y, a pesar de mis dudas, accedo a que Kallian me escolte con un asentimiento.

Sigo a Wesh con ojos desesperados cuando nos da la espalda y se adentra en la vorágine de gente y gritos del salón. Su cabello oscuro se pierde por entre la marea de soldados que acaba de aparecer por una puerta lateral y se me encoge el pecho cuando un estruendo espantoso retumba entre las paredes.

La explosión hace vibrar el suelo bajo nuestros pies y Kallian se abalanza sobre mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo cuando algunas rocas se desprenden del techo.

—Tenemos que salir de aquí —me anuncia, cogiéndome del brazo para atraerme hacia él.

A través de la confusión, escucho a Wesh ladrar órdenes a sus soldados mientras sujeta la espada con fiereza y, aunque desearía con toda mi alma quedarme junto a él, me ha dejado claro que solo sería una molestia en estas circunstancias.

Así que, cuando Kallian tira de mí hacia unas escaleras que reconozco, obedezco sin más. Me limito a seguirlo y, al cabo de un rato recorriendo pasillos y subiendo escaleras, compruebo que

me está guiando hacia mi dormitorio.

Nada más llegar a mis dependencias, Kallian me pide que atranque la puerta por dentro y no me cabe duda alguna de que se quedará para protegerme, custodiando la puerta. Sé que un simple guardia no es rival contra mi padre si decidiera venir a por mí, pero me dejo llevar por una falsa seguridad.

Obedezco a Kallian en cuanto la puerta se cierra y arrastro violentamente una pesada mesita de madera contra la puerta. Me encojo en una esquina, sujetando con fuerza mi daga. Si mi padre piensa venir a por mí, espero poder defenderme con las fuerzas que aún me quedan.

### 3

## ELINA

En algún momento, debo de haberme dormido. La presencia de Kallian al otro lado de la puerta consiguió tranquilizarme lo suficiente como para arrastrarme hacia mi cama y caer rendida. La presión de los acontecimientos era demasiado como para seguir soportando la angustia conscientemente.

Pero incluso antes de abrir los ojos, sé que algo no va bien. Me despierto tosiendo y arrugo la nariz ante un escozor insoportable. Me rodea un humo negro asfixiante que se pega a mi piel sudorosa y lanzo un grito de pánico mientras unas llamas anaranjadas reptan por el colchón hacia mí. Mi cama y gran parte de la habitación están ardiendo.

No puedo controlar la tos que me sacude el pecho, aunque trato de cubrirme la boca para evitar aspirar más humo. Miro alrededor buscando una salida entre las llamas hasta que me topo con la figura aterradora de mi padre. Me mira desde los pies de mi cama, alimentando las llamas con sus manos extendidas y una sonrisa desquiciada en los labios.

Nazar le ha prendido fuego a mi cama mientras dormía.

Una voz de alarma martillea mis sienes mientras esa realidad me zarandea, al mismo tiempo que las llamas se deslizan en mi dirección. De inmediato, me pongo de pie sobre el colchón con los pulmones a punto de estallar, incapaz de hacer nada más por evitar que el fuego me rodee en todas direcciones.

—¡Socorro! —La fragilidad de mi grito parece insignificante en comparación con el atronador crujido de la madera cediendo ante las llamas.

—Nadie puede salvarte de mí, te conviene recordarlo —dice mi padre con una calma enfermiza y mueve los dedos de modo que las llamas crecen hasta llegar al techo.

—¡Detenlo! —pido apenas consciente de mi patética súplica.

—Te he echado de menos, cielo. He echado de menos tu insignificante debilidad. —La sonrisa más aterradora que jamás haya visto se extiende por su cara.

Si mi afinidad con el agua quisiera mostrarse, este sería el momento apropiado para hacerlo, aunque la suerte es una maldita caprichosa. Mi poder acude rápidamente a mí, pero la magia de mi padre me inmoviliza con una brutalidad despiadada, como si unas cuerdas se hubieran entrelazado a mi alrededor. Apenas puedo respirar por la fuerza de su agarre invisible.

Quizás se haya arrepentido de no haber acabado conmigo en el salón de baile. Sé que está lo bastante loco como para calcinar el castillo hasta sus cimientos solo para deshacerse de mí. Sería incluso irónico morir de la misma forma que mi madre: bajo las llamas atroces de mi padre y consumida por su ira.

Mi estómago se sacude con unas terribles ganas de vomitar y las lágrimas corren por mi

rostro. Ni siquiera tengo fuerzas para fingir que no tengo miedo, porque es muy probable que muera esta noche. En realidad, es un plan perfecto ya que nadie sabrá jamás que ha sido él. Podrá echarles la culpa a los brujos.

—Quiero que comprendas que, en cualquier momento, puedo acabar contigo. —Las llamas proyectan sombras en su rostro, creando ángulos extraños en sus ojos y elevando sus cejas diabólicas hacia arriba—. Exijo el respeto que me debes.

No me atrevo a responderle por miedo a que apriete su magia sobre mí un poco más. Por lo que dedico todos mis esfuerzos a forcejear contra su agarre y trato de invocar al aire. Si consigo extraer el oxígeno de la habitación, puede que las llamas se apaguen. Aunque corro el riesgo de matarnos a ambos.

Las llamas llegan hasta mis pies y lanzo un grito de dolor en cuanto mi piel comienza a derretirse bajo el fuego que lo devora todo a su paso.

—Tengo planes para ti, Elina. Así que olvida lo que estuvieras haciendo al infiltrarte en esta corte, ahora estás bajo mi mando. No morirás hoy, pero espero que evoques este momento si se te pasa por la cabeza desafiarme de nuevo —susurra y, con un simple chasquido de sus dedos, las llamas se extinguen bajo mis pies.

No obstante, el resto de la habitación sigue ardiendo a un ritmo frenético y el fuego continúa resquebrajando el techo con violentas sacudidas. Parpadeo entre sollozos y, de repente, mis ataduras invisibles desaparecen. Caigo en el colchón calcinado y una nube de cenizas carbonizadas se levanta, metiéndose en mis pulmones.

Tengo que salir de aquí cuanto antes. Las llamas son como una alfombra de brasas ardientes y, aunque es imposible apagar el fuego, sí que consigo abrirme paso a través de los muebles quemados y los escombros. Intento apagar las llamas con mi magia, pero es inútil, no tengo fuerzas.

El techo emite un crujido que me hiela la sangre y consigo llegar hasta la puerta cojeando. No me atrevo a mirar mis pies por miedo a vomitar, pero sé que no están nada bien. Un dolor abrasador me desgarras, sin embargo, no puedo permitirme debilidad en este momento, así que me muerdo el interior de la mejilla y reprimo un grito.

Aparto de un golpe el mueble medio carbonizado que usé para atrancar la puerta y trato de abrirla. Está atascada. Mi única opción es golpear la madera con violencia, desesperada por salir de aquí, entre una tos seca que me desgarras la garganta y el humo negro que me inunda los pulmones.

—¡Kallian! ¡Wesh! ¡Por favor! —Apenas soy capaz de razonar entre mis pensamientos encharcados y grito cayendo de rodillas frente a la puerta.

No puedo evitar llorar. La desesperación se apodera de cada resquicio de alma que me queda y observo las llamas deslizarse con crujidos voraces hacia mí, lamiendo mi piel como alimañas.

Escucho levemente cómo alguien golpea la puerta al otro lado, pero el pomo no se mueve ni un centímetro. Pongo mis manos sobre la madera, pero no me quedan fuerzas. No se me ocurre cómo podría romperla y, desde luego, me estoy quedando sin tiempo.

No dejo de escuchar un irritante zumbido que aumenta en mis oídos y me cubro la boca y la nariz con la manga de mi vestido para evitar inhalar más humo. Solo que mis esfuerzos resultan insuficientes y la habitación comienza a darme vueltas cuando un agudo mareo me sacude las sienes. Si me desmayo, las llamas me consumirán en cuestión de minutos.

Oigo los golpes al otro lado de la puerta como un rumor lejano y constante, pero las llamas ya han llegado hasta mí y la esperanza va derramándose de mis ojos cuando llamo a mi magia y apenas logro extinguir las brasas más cercanas.

Al cabo de un rato, los golpes al otro lado se convierten en una melodía angustiosa que se une al arrullador crujido del fuego que destruye lentamente la habitación y todo lo que hay en ella.

Parpadeo con dificultad a través del denso humo y, cuando creo que estoy a punto de desmayarme, la puerta se abre de golpe. El aire fresco entra en una ráfaga que me alivia los pulmones agotados, pero las llamas se avivan y llegan hasta donde me encuentro, prendiendo el bajo de mi vestido.

—¡Elina! —El miedo estrangula la voz de Wesh y alzo la mirada, buscándolo entre la pared de fuego que avanza hacia mí.

—Estoy aquí...—digo con las últimas fuerzas que me quedan mientras toso las cenizas de mi cordura.

El pecho de Wesh se agita por el esfuerzo y advierto un hacha entre sus manos. Su frente está cubierta de sudor y sangre, mechones oscuros y despeinados que se pegan a los laterales de su rostro caen sobre sus ojos desorbitados. Parece dominado por poco más que cólera y pavor.

No tengo tiempo de advertir nada más. Las llamas ya han consumido los extremos de mi falda y llegan hasta mi piel. Con un grito de dolor, lucho contra las cintas que sujetan la tela, pero me tiemblan tanto los dedos que se me escurren. En ese momento, Wesh llega a mi lado.

La urgencia con la que se inclina hacia mí me sorprende, pero soy incapaz de reaccionar cuando tira violentamente de mi sobrefalda, que arde rápidamente, y la desgarrar para alejarla de mi cuerpo. La lanza lejos y el inquietante mar de sus ojos me examina durante un instante, como si quisiera evaluar los daños.

—Tenemos que salir de aquí —dice con voz rasposa, pero logro oírlo por encima del rugido del fuego y de los soldados que corren a extinguir las llamas.

—¿Puedes andar? —pregunta mirando mis pies que deben tener un aspecto horrible.

—Creo que sí —miento, incapaz de reconocer la gravedad de mis heridas.

Los brazos de Wesh me envuelven y apoya mi peso en él cuando me ayuda a levantarme. Con el movimiento, un rayo de dolor asciende por la piel calcinada de mis pies y trastabillo, pero Wesh me sujeta con seguridad.

En cuanto se da cuenta de mi mueca torturada, compone un gesto de compasión que deja claro lo horribles que deben de ser mis heridas. No tengo que decir nada. No tengo que suplicar por algo de ayuda. Simplemente me coge en brazos y me saca de ahí.

—No me dejes, por favor. —Me resulta extraño verlo preocupado, pero no puedo responderle. No me queda ni un ápice de fuerza.

Un nuevo grupo de soldados acude rápidamente a la habitación cargando cubos de agua y, aunque intento no cerrar los ojos, la inconsciencia me arrebatara cualquier posibilidad de saber hacia dónde nos dirigimos.

Solo sé que jamás volveré a estar a salvo y que mi padre me matará en algún momento. Son dos certezas que me parten en dos mientras mi visión se vuelve negra y oscura, como un vacío abierto en mi interior.



Antes de abrir los ojos, noto mi piel sudorosa y caliente pegándose a las sábanas. Me encojo de dolor y el simple movimiento me destroza. Me arde la garganta, como si el humo del incendio se me hubiera metido dentro y ahora tratara de estrangularme. No soy capaz de deshacerme del olor a madera calcinada.

Desesperada por volver a la realidad, parpadeo para acostumbrar mis ojos a la poca luz que hay y miro alrededor mientras intento salir del nudo de calor asfixiante de las sábanas. Lo único que veo desde mi posición es una ventana inmensa que domina la mayor parte del dormitorio.

Las montañas besadas por la niebla me dan una bienvenida silenciosa.

No reconozco esta habitación y, cuando escucho un ruido a mi derecha, me sobresalto al darme cuenta de que no estoy sola. En un lateral, a través de una puerta abierta, distingo lo que parece un cuarto de baño donde una mujer pelirroja está mojando un trozo de tela.

No parece haberse dado cuenta de que he despertado y frunce los labios delineados de rojo con ademán pensativo mientras estruja el paño. Está tan concentrada en su tarea que no advierte que he despertado hasta que prácticamente llega junto a la cama. Se detiene un instante en mitad de la habitación lanzándome una mirada seria con sus ojos negros y toda la luz de la habitación se pierde en sus pupilas.

—Menos mal que has recobrado la consciencia, me ha costado mucho recuperarte. —Frunzo el ceño ante su elección de palabras, pero veo alivio en su expresión y eso me reconforta.

—¿Quién eres? —pregunto mientras ella se acerca lentamente a mí y alzo una mano entre nosotras para que no se acerque más—. ¿Eres sanadora?

—Algo así —dice en un susurro, como si realmente no tuviera planeado decirlo en voz alta.

—¿Y el incendio? —inquiero al bajar la vista hacia la mano que tengo extendida entre nosotras y veo una quemadura adueñándose de mi mano y que asciende por mi muñeca hasta casi el codo.

La piel arrugada, ensangrentada y llena de ampollas parece a punto de desprenderse, pero no hay dolor. Deben de haberme dado algo para mitigar el suplicio de esta carne deshecha.

Se me revuelve el estómago al ver las heridas y rápidamente mis ojos buscan los de la sanadora, con una pregunta aterradora que no logro formular. ¿Se curarán o tendré que vivir con ellas para siempre?

—Vas a estar bien, ya lo verás. —La sanadora parece haberme leído la mente y, aunque no me brinda sonrisa alguna, la creo. Hay una extraña seguridad en la forma en la que habla que me hace confiar en ella.

No obstante, estoy tan aturdida que cuando se inclina sobre mí y extiende el paño mojado que tenía en las manos sobre mi frente, no me quejo. Un agua helada chorrea por mis sienes y me estremezco, pero el alivio es inmediato.

—¿Dónde estoy?

La mujer ahueca los almohadones de la cama y me empuja suavemente para que vuelva a recostarme. Así tumbada, solo puedo ver las cortinas azules que custodian la ventana.

—Te han buscado un sitio mejor, no te preocupes. Ahora este es tu nuevo dormitorio, pero debes descansar —me sugiere, inclinándose sobre mí para acomodar los almohadones.

Me limito a estudiar su rostro redondeado y me fijo en las pequeñas arrugas en los extremos de sus ojos ónicos. He visto esas líneas antes, como si ella fuera de esas personas que se ríen mucho, pero no veo en su expresión seria la sonrisa que ha marcado su rostro. No obstante, tiene un encanto indiscutible.

—¿Cómo te llamas? —consigo decir a través de la gravilla de mi garganta mientras ella me arropa como lo haría una hermana protectora.

—Rebecca, mi señora —susurra, alzando sutilmente sus labios rojos en un amago de sonrisa. Da la impresión de que le ha sorprendido la pregunta.

—¿Sabes si Clarisa Langeland está bien?

La realidad de lo que pasó en el ataque regresa a mí como una bruma que poco a poco va disipándose y no puedo evitar pensar en mi hermana. Mi padre dejó claro que puede destruirme en cualquier momento y eso incluye a Clarisa.

—Sí, mi señora. Está a salvo junto a nuestro rey. —Las palabras de Rebecca son un alivio

instantáneo, pero sé que no puedo bajar la guardia. Este castillo no es seguro.

—¿Sabes dónde está el comandante Langeland? —Me guste o no, le debo la vida a Wesh. El último recuerdo que tengo es el de sus manos sacándome de ese infierno de llamas y humo.

—El comandante está ocupado solucionando muchas cosas. Sobre todo, tratando de organizar a los hombres. El incendio complicó la situación.

Rebecca me estudia con la severidad marcada en la expresión de su rostro, como si pretendiera adivinar únicamente con sus ojos cómo pudo originarse el fuego. No lo dice, pero es más que evidente que sospecha algo.

Probablemente deba inventar alguna mentira que contarles cuando me pregunten por lo sucedido. Nadie de este castillo me creerá a menos que la historia sea buena.

—Apenas recuerdo nada... —titubeo llevándome la mano sana al puente de la nariz, fingiendo que me sacude una oleada de dolor; aunque tampoco es que tenga que fingir mucho puesto que las sienes me palpitan contra el cráneo.

No tengo la menor idea de si mi intento de desviar el foco de la conversación logra convencerla, pero Rebecca niega como desechando el tema y suspiro de alivio. Todavía no estoy preparada para responder preguntas.

—No te esfuerces, ya tendremos tiempo de conversar. Ahora, veamos si tengo algo para el dolor —comenta al acercarse a una mesa baja repleta de frascos de cristal con líquidos de colores.

Observo cada uno de ellos detenidamente mientras ella los va descartando hasta que encuentra uno que parece convencerla. Desde mi posición, reconozco algunas de las hierbas cortadas sobre una tabla y que debe haber usado para crear los remedios: harpagofito y ortigas. Indudablemente, son para el dolor.

—Además, da igual como se originase el incendio, gracias a Cintris, no se propagó.

La miro fijamente incapaz de entender por qué ha mencionado a Cintris, la madre tierra pagana. Cada músculo de mi cuerpo se tensa y la fulmino con la mirada. Si han descubierto lo que soy, esta es una forma muy retorcida de hacerme confesar.

Sin embargo, Rebecca vierte parte del líquido del frasco y comienza a moler unas cuantas hierbas que no alcanzo a ver desde aquí. ¿Está jugando conmigo? ¿Por qué mencionaría a una diosa pagana? Estudio cada uno de sus movimientos, pero no veo nada amenazador en ella.

—Deberías bebértelo, no creo que el dolor sea soportable sin esto —sugiere una vez que ha terminado de preparar el remedio y tiende en mi dirección un vaso de cristal con el líquido verdoso que ha resultado de la mezcla.

Lo miro con desconfianza, pero sigo sin ver en ella nada amenazante. Al contrario, hay algo en Rebecca que me implora que confíe en su amabilidad y, cuando sus ojos se deslizan hacia la herida en mi mano, cojo el vaso sin dudar. Me bebo el líquido sin respirar, pero me deja un sabor agrio en la lengua.

—Pronto te sentirás mejor. —Compone una expresión compasiva y baja la mirada hacia mis pies.

Recuerdo entonces que las llamas también me quemaron la falda, y que el fuego consumió la carne de mis piernas. Debo de tener más cicatrices que añadir a la lista de marcas que mi padre ha dejado en mí, recordatorios siniestros de que mi vida le pertenece.

—¿Cómo están mis pies? —pregunto en un hilo de voz.

No me duelen, pero eso no significa que las heridas no sean terribles. Si he de ser sincera, no quiero mirarlos. No quiero ver ese trozo de piel derretido y arrugado, ni recordar el dolor insoportable que se escurrió en mis venas.

—No tienes que pensar en eso ahora. Sanarán.

Su seguridad es algo contagioso y cuando la medicina me alivia el dolor de cabeza y mi cuerpo se relaja tanto que me cuesta parpadear, soy consciente de que estoy a punto de dormirme. Debe haber incluido alguna hierba que actúe como somnífero.

—Gracias —digo, fluyendo poco a poco hacia una negrura que amenaza con engullirme en un mar de estrellas.

—Es un honor, Nordvik.

La oscuridad se lleva consigo las últimas palabras de Rebecca.

## 4

### ELINA

Los días siguientes son una pesadilla. La fiebre me obliga a quedarme en cama y, cuando no estoy sudando mis miedos, pienso en lo indefensa que estoy por mis heridas y casi espero que el dolor me deje inconsciente de nuevo.

Al cabo de una semana, parece que me he recuperado lo suficiente como para preocuparme por algo más que no sea retorcerme de dolor. Lo que quiera que Rebecca me haga en las quemaduras me alivia el dolor y, por suerte, no se infectan.

Además, mi nueva criada, Martha, también se encarga de atenderme con amabilidad y agradezco no estar sola mientras trato de nadar hacia la superficie.

No me reconozco y le pido a Martha que me tiña el cabello de mi color natural. Siento que me ahogo en mi propia mentira y necesito volver a tener algo que me recuerde lo que soy. Necesito sentirme yo misma de nuevo. No obstante, la piel de mi mano y mis piernas sigue sensible y apenas puedo caminar.

Por otro lado, mi tortura no me impide pensar. Lo que se ha convertido en un tormento constante para el que no hay cura. Creo que estoy a punto de perder la cabeza o de lanzarme contra las rocas afiladas que esperan al fondo del barranco sobre el que está construida esta maldita fortaleza.

Al principio solo me preocupaba que mi padre regresara, pero ahora la realidad de lo que sucedió en el ataque vuelve a mí. Brenan me traicionó. Tate murió. Y mi corazón se agita desesperado por hacer algo al respecto, ansioso por obtener venganza y causarle tanto dolor a Brenan como él ha hecho conmigo. Por si no fuera suficiente, sé que en cualquier momento mi padre podría acabar conmigo y no creo que pueda protegerme de él en mi estado actual.

Lo peor de todo es el cansancio. Apenas he sido capaz de dormir porque todo lo que veo cuando cierro los ojos es a mi padre y a Brenan. Ambos tratando de matarme de las maneras más retorcidas.

Mi padre es un monstruo, pero Brenan me ha arrebatado tantas partes de mí misma que apenas soy capaz de contar las traiciones por las que debería buscarlo hasta los confines de la tierra y alimentarme de cada gota de su sangre.

Tampoco he visto a Wesh desde la noche del incendio y me pregunto si la razón es que está muy ocupado o si intenta evitarme. Tengo la sensación de que mi vida pende de un hilo y que, en cuanto haga un movimiento en falso, todo va a desmoronarse.

Si no tuviera estas malditas quemaduras adueñándose de mi dolor y controlando mi día a día, creo que ya me habría marchado. Me he quedado atrapada en casa de mis enemigos, incapaz de actuar. Puede que no tuviera muchas opciones antes de saber la identidad de Nazar, pero ahora sé

que no puedo seguir a merced de la voluntad de mi padre.

Estoy más sola que nunca.

He eliminado cualquier posibilidad de paz con Brenan y eso implica que no tengo ningún lugar al que regresar. Me cuesta pensar en él como otro más de mis enemigos. Porque ahora estoy rota y no sé si me quedan fuerzas para contraatacar a cada uno de los que pretendieron hacerme sentir pequeña.



Un día, en un arranque de fuerza que en realidad no tengo, me levanto de la cama con tan solo el camisón puesto. Estoy cansada de sentirme perdida y, aunque sea durante un instante, necesito recuperar el control. Así que me levanto y, a pesar de que mi piel se abre con cada paso, llego hasta la puerta de mi dormitorio.

—¡Mi señora! Debe volver a la cama. —Me giro a tiempo de ver a Martha con los ojos muy abiertos, asombrada por mi demostración de fortaleza.

—Solo tardaré un segundo —prometo antes de salvar los pasos que me quedan hasta la salida.

—¡Su vestimenta es inapropiada! —exclama viniendo hacia mí, pero cuando giro el pomo, ya es demasiado tarde.

Nada más abrir la puerta de mi habitación, me topo con los ojos sorprendidos de Kallian. No nos conocemos de nada, pero hay algo en mí que quiere confiar en él y, a pesar de ser un simple humano, ha hecho lo necesario por mantenerme a salvo.

Su cabello rubio cae desordenado por su frente y las ojeras bajo sus ojos me confiesan lo que él no admitirá: que lleva custodiándome sin descanso toda una semana. Lo he escuchado más veces de las que pueda contar comer sin abandonar su puesto, pasear de un lado a otro de mi puerta y dar el relevo únicamente durante unas cuantas horas. Su protección ha ido más allá del deber, eso sí lo sé.

Es un poco mayor que yo, pero sus ojos castaños parecen haber visto mucho más de lo que su edad debería, lo que me sugiere que lleva muchos años siendo soldado. Tiene la barba recortada y es alto, ridículamente alto.

Estudio su rostro que, en otras circunstancias, me habría invitado a contarle mis secretos más oscuros, puesto que las facciones angulosas de su rostro me sugieren amabilidad y honradez.

Instintivamente, compruebo que la herida de su mejilla tiene mejor aspecto, pero entonces reparo en sus brazos bronceados, en las quemaduras superficiales, todavía rosadas, que se extienden hacia arriba.

—Sospecho que pasas más tiempo ante mi puerta que en ningún otro sitio... así que quería agradecerte tu ayuda —digo con firmeza, mirándolo a los ojos en un intento por transmitirle toda mi gratitud.

—Es mi deber, mi señora —responde, frunciendo levemente el ceño como si no entendiera mi actitud.

—Llámame Tiara —pido aun sosteniendo sus ojos cansados y veo cómo mi forma de presentarme prende en él una chispa de curiosidad.

—Guardia Heraldson.

—¿Puedo llamarte simplemente Kallian? —pregunto y, aunque reprime su expresión, veo la sombra de una sonrisa jugar en la comisura de sus labios.

—No es apropiado —comenta Martha por detrás y pongo los ojos en blanco.

—Si usted prefiere llamarme de ese modo, sí. —Sonríe abiertamente y los vestigios de su cansancio desaparecen tras esa sonrisa amable.

—¿Se me permite salir de las habitaciones? Me gustaría ver a Clarisa Langeland —pregunto

sabiendo cuál va a ser la respuesta.

—Lo siento, mi señora, pero está usted reponiéndose todavía —dice negando levemente.

Sospechaba que diría eso, puesto que ya le habré preguntado a Martha lo mismo al menos cien veces y la respuesta siempre ha sido un rotundo no.

—En ese caso, ¿sabes jugar al krinton? —inquiero.

Me veo incapaz de soportar sola otro día más en esta habitación. Además, cada vez que le pido a Martha que pase tiempo conmigo, se niega alegando que está muy ocupada, aunque yo sea la única noble a la que han pedido que atienda. Sospecho que no lo considera apropiado.

—No está bien —comenta Martha detrás de mí y Kallian asiente, de acuerdo con mi criada.

—Si va a estar pendiente de mí, dará igual que lo haga de pie o sentado, su función será la misma.

—No creo que...

—Por favor —pido y, debe de ver algo en mi expresión que lo hace asentir levemente, ganándose una exclamación indignada por parte de Martha.

Paso toda la tarde aprendiendo a jugar al krinton y, cuando llega el relevo de Kallian, me siento menos atormentada por mi mente.

## 5

### ELINA

—Daría lo que fuera por saber qué pasa por tu cabeza.

Me sobresalto con un brinco y me incorporo del sillón en el que estaba recostada a tiempo de ver a Wesh aproximarse a mí. Llevo toda la mañana aburrida y consumida en mis pensamientos.

Ahora, ver a Wesh frente a mí me recuerda la soledad de esta última semana, la forma en la que ha logrado evitarme y mantenerme al margen, como si pudiera aislarme y olvidarme con tan solo ignorar mi existencia.

—Estás aquí. —No se me ocurre nada más que decir.

Debería agradecerle que me sacara de las llamas y que intentara protegerme, pero por algún motivo, solo tengo en la punta de la lengua un reproche. *¿Por qué no has venido antes?*

—Eso parece, sí. —Wesh gira el cuello como si tratara de destensarlo y un gesto dolorido enturbia sus afiladas facciones.

Las preguntas sin formular me consumen. Sin embargo, me fijo en su expresión seria y en que no parece ni remotamente feliz de verme. De hecho, da la impresión de estar extremadamente incómodo, como una bestia enjaulada que, de repente, han soltado en el exterior y no sabe cómo comportarse.

—Espero que las cosas se hayan calmado un poco —comento notando una tensión extraña entre nosotros, una electrizante advertencia de que nada es como antes.

—Ni de lejos —suspira con su voz arañándose la piel.

¿Acaso el ataque y las muertes nos han hecho volver al punto de partida entre nosotros? La tirantez con la que me trata parece corroborarlo y dudo sobre si siempre estaremos condenados a odiarnos. ¿Habrás deseado en algún momento que una de esas piedras me hubiera aplastado en el ataque?

—Han pasado algunos días. —No sé si levantarme y acercarme a él, porque su postura rígida y sus ojos ahumados que me observan implacables.

—Lo siento. Hemos tenido muchas cosas que organizar. —Hace el ademán de salvar la distancia entre nosotros, pero se detiene antes de llegar junto a mí.

Las sombras bajo sus ojos me dan una pista del agotamiento que debe haberle supuesto organizar a los soldados y trazar algún plan en respuesta. Quizás apenas haya dormido, puede que incluso hayamos compartido insomnio en diferentes partes del castillo. Yo también estaría tensa si hubieran intentado matar al rey bajo mi guardia.

—¿Cómo están tus heridas? —Su voz apenas es un susurro que flota entre nosotros con indecisión.

—Bastante mejor, Rebecca ha hecho un buen trabajo.

Reprimo el impulso de mirar mis pies vendados o de esconder mi mano debajo de la manta que tengo sobre las rodillas. No puedo volver a mis heridas una y otra vez y desear que jamás hubieran aparecido. Simplemente tendré que aceptarlas y vivir con ello. Aunque no sea nada fácil.

—He estado preocupado por ti, pero Rebecca aseguraba que avanzabas rápido. Debería haberte visitado antes.

—No te preocupes, ella ha cuidado bien de mí. —En el fondo, no me atrevo a ser sincera y confesarle que cada día que pasaba sin que viniera a verme me dolía de formas en las que no quiero pensar.

—Apuesto a que sí. —Su espalda rígida me dice que hay algo que no me está contando, pero no me atrevo a preguntarle directamente sobre lo que ha sucedido estos días en el castillo.

—Habrás estado ocupado —tanteo, pero él aparta la mirada de mí, como si apenas soportara mirarme.

Esos ojos tormentosos se oscurecen, alejándose de cualquier cosa que pudiera habernos unido en algún momento.

—La verdad es que sí, el caos fue difícil de estabilizar —comenta en voz monótona mirando por la ventana y suspira justo antes de volver con sus ojos turbados hacia mí.

Su frialdad me duele, pero debo recordarme a mí misma que, si quiero protegerlo de mi padre, es mejor mantenernos a cierta distancia. Acercarme solo complicaría las cosas. Quizás él también haya llegado a esa conclusión porque me mira como si no me conociera en absoluto.

—Supongo que una declaración de guerra provoca que tengas muchos detalles por los que preocuparte. —Mi segundo intento de obtener información es algo patético y ambos lo sabemos.

—Sí, esa es la realidad ahora. —Wesh alza ligeramente una de sus oscuras cejas y cuadra los hombros. No va a caer en la trampa.

A cada momento que pasa, él parece más inquieto bajo esa armadura manchada de barro. Hasta este instante, no había reparado en el polvo de sus mejillas y en la forma en la que flexiona los dedos, como si necesitara desentumecerlos.

—¿Has podido explicar la ausencia de Brennan? —He pensado durante este tiempo que sería muy sospechoso que mi sacerdote desapareciera, si es que nadie lo reconoció como uno de los brujos que los estaban atacando.

—Ese asunto ya está arreglado. Para todo el mundo, está muerto y enterrado. —Suspira llevándose una mano al puente de la nariz y reconozco la turbación que se adueña de sus hombros.

—¿Artai ya ha decidido declarar formalmente una guerra? —pregunto, de nuevo, tanteando el terreno.

No obstante, Wesh niega incluso antes de dejarme terminar la frase. Es como si hubiéramos retrocedido cientos de pasos y hubiéramos vuelto al momento en el que nos reencontramos en el

bosque. Como los extraños que siempre hemos sido el uno para el otro. Dos personas que alguna vez se conocieron, pero que ahora son distintos.

—No voy a hablar de estrategias contigo.

La decisión con la que hace esa afirmación me recuerda que, para él, yo no soy parte de este lugar. Probablemente nunca lo sea y eso me excluye de los derechos de conocer cualquier plan. De nuevo, me hace a un lado como si pudiera desecharme fácilmente.

Frunzo el ceño y lo miro confusa. Todo este tiempo aquí encerrada he pensado que había quedado claro por quién luchaba. Quizás Wesh no lo vea así, porque está claro que sigue viéndome como una amenaza.

—¿Sigues creyendo que soy un peligro?

—Sé que no planeaste el ataque, si eso es lo que estás preguntando.

—Pero no confías en mí. —No esperaba sentirme tan herida, pero lo cierto es que Wesh era mi única certeza después de todo el caos. Si ni siquiera él es capaz de confiar en mí, es que la he cagado hasta el fondo.

—¿Cómo voy a hacerlo? Sé que no vas a hacerle daño a tu hermana o a Artai, creo que no me lo harías a mí, pero no somos solo nosotros. Somos un reino y he visto que eso no te importa.

—¿Por qué debería importarme todo lo demás?

—No he dicho que deba hacerlo, pero no voy a compartir nuestro plan contigo. No me arriesgaré. Y con el incendio...

—¿Estás insinuando que lo provoqué yo?

—Ya no sé qué pensar, Elina.

—Estaba atrapada allí, habría muerto si no hubieras aparecido. No fue culpa mía. —Quería contarle a Wesh la verdadera identidad de mi padre, pero eso era antes de todas estas acusaciones. Probablemente, ni siquiera me crea.

Además, ¿qué sentido tendría dar la alarma y provocar que fueran a por Nazar unos simples soldados? Mi padre me advirtió que me mantuviera callada y, por el momento, no me atrevo a desobedecerle.

—No te contaré nuestra estrategia. No sé si puedo confiar en ti y, quemaras o no tu habitación, hay otros motivos. —Sus ojos me asfixian cuando se me clavan como puntas afiladas.

—¿Qué quieres decir? —Sé perfectamente lo que quiere decir, pero necesito que lo diga en voz alta.

—Que, a pesar de todo, todavía amas a ese brujo. No voy a contarte cómo planeo destruirlo porque puedo ver tus sentimientos claros como el agua y no voy a poner en peligro la seguridad de un reino por ti. —No hace falta que diga su nombre, Brenan flota entre nosotros como un fantasma.

Todo lo que iba a decir en ese momento muere en mis labios y, en su lugar, suelto todo el aire de mis pulmones, como si estuviera perdiendo la vida poco a poco. No quiero pensar en Brenan. No quiero pensar en mi maldito corazón bombeando por aquellos que me traicionaron.

—No reduzcas todo esto a mis sentimientos.

Por descontado, no estoy lista para asumir que quizás me equivoqué. Que no debería haber permitido que Wesh se acercara a mí en ninguno de los enrevesados sentidos de la palabra. Porque le debía a Brenan partes de mí que se han ido con él.

—No veo que lo niegues —contraataca, afilando sus ojos en mi piel.

—Esto no se trata sobre a quién ame.

Hay una cólera salvaje en sus ojos cuando cierra las manos en puños y se inclina sobre mí,

amenazante, dando un golpe seco en la pared que tengo detrás, muy cerca de mi rostro. Su rabia se filtra en oleadas de cálida contención y me impido encogerme ante su arranque violento.

—Me he rendido ante ti, te he entregado todo lo que tenía. Los he traicionado a todos ellos por ti. Sigo bajo tu maldito hechizo y no he dicho ni una puta palabra. Me he mantenido alejado, pero mi jodida cabeza se derrumba incapaz de no pensar en ti. Me sostienes a tu antojo, así que te puedo asegurar de que sí se trata de alguna forma sobre a quién ames. Porque, si vas a traicionar mi sacrificio, al menos quiero estar listo para afrontarlo. Si vas a jugar conmigo, juro que mi cuchillo no preguntará de nuevo de parte de quién estás.

Me tiembla todo el cuerpo ante su confesión, pero no voy a ceder. No seré la que se vuelva débil y muestre sus cartas cuando ni siquiera sé cómo me siento en realidad.

—No te he traicionado, ¿acaso no ves mis heridas? Maté a gente que conocía por salvar a los tuyos, ¿no es suficiente? No me ha quedado nada y me preguntas si he sido yo la causante de esto. Deberías saber la respuesta y no tiene nada que ver con mi corazón.

—Tiene todo que ver con tu corazón, porque ese brujo ha intentado destruirnos. —Wesh alza la voz y me acuchilla incansablemente con el frío metal de sus ojos.

—¿Y crees que yo quería que pasara?

—Ya no sé nada, Elina. —Hay decepción en su gesto, pero apuesto a que no puede haber más engaño que en mi corazón. Todo este tiempo esperando verlo, creyendo que seríamos aliados, y ahora solo me golpea con crueles acusaciones.

—A veces me arrepiento de haber venido.

—Me habría facilitado mucho las cosas que no hubieras entrado en este castillo para destrozarlo todo, en eso estamos de acuerdo —sisea furioso.

—Sí, yo era feliz en el bosque, pero me equivoqué al creer que podía cambiar las cosas. Al menos, sabía que no iban a abandonarme de un momento a otro. Él no me abandonó como...

—Yo —termina la frase por mí con un gesto de desprecio—. ¿Quieres hablar de abandono? Era un puto crío; yo me habría quedado a esperarte en esa maldita fortaleza. Si hubiera muerto, ¿te habría hecho sentir mejor? Apuesto a que estarías satisfecha de que alguien hubiera muerto por ti, porque eres así de egoísta.

Mis palabras no han sido justas y sé que le estoy haciendo daño, pero el dolor corre por mis venas y apenas puedo dejar de propagarlo a mi alrededor. Mi rabia es un veneno y nos consume a ambos.

Me acecha la desesperación de hace ocho años cuando escapé de mi padre y descubrí que todos se habían marchado de la fortaleza, pero sé que es un golpe bajo responsabilizar a Wesh. Él no tuvo elección. No obstante, no puedo evitar que cierta verdad se cuele por mis labios. Una verdad despiadada y cruel que solo nos separa más y más.

—Al menos yo no soy un perrito faldero de Artai. Te tiene bien atado y cuando te ordena que lades no dudas ni un instante en alzar la voz y golpearte el pecho como un salvaje. No es nada honorable. —No pienso, solo dejo que el dolor lacere las únicas partes que quedaban en pie dentro de mí.

—Me da absolutamente igual lo que opines sobre ello, él es mi rey y le soy leal. Seguro que no lo entiendes porque jamás has sido leal a nada. Yo he podido descubrirlo fácilmente, así que imagínate lo que piensa tu maldito pueblo.

Estoy prendiendo en una fría llama de desesperación, mis huesos se carbonizan bajo las palabras infecciosas de Wesh y soy incapaz de impedir que mi mente se desplome a mis pies y pierda por completo el sentido común.

Me levanto del sillón y me acerco con rabia a él. Cojeo inevitablemente, presa del dolor, pero

agarro sus muñecas y saco mi puñal de debajo del vestido con rapidez. Me tiemblan las manos y un rayo angustioso me destroza los pies, pero no dudo cuando pongo mi cuchillo en sus dedos y lo obligo a presionar contra la piel de mi cuello.

Lo obligo a apretar el frío metal contra mí y observo cómo su mandíbula se tensa y sus dedos aferran el mango de mi puñal con fiereza.

—Mátame. Eso lo solucionaría todo. Mátame y no tendrás que preocuparte por mí jamás.

—Eres una cobarde.

—No, lo que estoy es cansada de luchar. Estoy cansada de esta guerra que no llevará nada más que a un baño de sangre del que no quiero ser testigo y estoy exhausta de intentar salvar a todo el mundo. No quiero veros morir a ninguno. Así que mátame.

Por un segundo, casi espero que Wesh deslice el cuchillo por mi garganta y acabe con todo, pero se limita a apretar los dientes con rabia contenida, la vena de su cuello se hincha colérica y sus ojos flaquean con una ira totalmente descontrolada.

Sé que toda esa furia me pertenece, así que sostengo su mirada y dejo que me haga sentir pequeña e insignificante, me empapo de ese resentimiento, de esa lucha que se desata tras sus pupilas y me rindo a él.

Quiero romper a llorar, hacerme diminuta y desaparecer. Me siento culpable por tantas cosas que no soy capaz de enumerarlas. He roto todo lo que podría haberme llegado a importar y quizás sea mejor si simplemente dejo de intentarlo.

Una parte de mí sabe que la autocompasión no es el camino que debería tomar, pero estoy cansada. Cansada incluso de mí misma.

—Vamos, Wesh. Mátame y te liberarás de mi hechizo. Solo tienes que apretar un poco más.

—No sabes las veces que he soñado que tenía la oportunidad de matarte, pero incluso después de todo, no lo haré.

El cuchillo cae al suelo y contengo el aire en mis pulmones desvencijados sin saber si sentirme decepcionada. Ojalá mi abuela pudiera ayudarme en este momento, consolarme y decirme qué es lo que debo hacer. Pero no hay señales del más allá que me guíen.

—Estoy rota, Wesh. Lo siento. Por todo.

Sus manos viajan hacia mi garganta, justo donde antes presionaba la punta del puñal, y sus dedos se deslizan alrededor de mi cuello.

No me muevo cuando presiona con fuerza sobre las huellas que mi padre dejó impresas en mi piel y sé que debe de preguntarse qué es lo que me ha pasado, porque frunce el ceño y estudia mis moretones durante un momento. Sin embargo, me aseguro de sostenerle la mirada en silencio mientras la niebla de sus ojos me envuelve.

—La Elina del bosque me habría apuñalado.

—Wesh, no encuentro a la Elina del bosque. —En cuanto las palabras salen por mis labios en un jadeo ahogado caigo en la cuenta de que me he dejado consumir por el terror por mi padre y que apenas soy capaz de ver una salida. Nunca debería haber dejado que Brenan saliera del bosque.

—Pues tráela de vuelta porque vas a tener que sobrevivir y, joder, ella sabría cómo hacerlo. Yo sé que sigue aquí.

—No puedo...—Todas las excusas se diluyen antes de expresarlas. El ataque me ha hecho sentir débil y torpe, mis heridas me recuerdan que no soy inmune, pero hay algo en mí que se niega a dejarse vencer.

—Claro que puedes, maldita sea. Tú tienes poder y has llegado hasta aquí para proteger lo que te importa. Da igual que ahora mismo no estemos en el mismo punto, estamos aquí juntos y

tendremos que solucionarlo. Hazte con el control. —Wesh me zarandea sin dejar de sostenerme con sus ojos y asiento lentamente.

—Wesh, tengo que... —Estoy a punto de confesarle la identidad de Nazar, pero él corta mis palabras.

—Recomponete pronto, no puedo seguir excusándote en la corte. Artai ha pedido una audiencia con nosotros y no sé cuánto tiempo más podré posponerlo.

—¿Por qué quiere hablar con nosotros? —Frunzo el ceño confusa y Wesh niega con la cabeza. Parece completamente agotado.

—Eso tendremos que averiguarlo.

Wesh no se gira cuando sale por la puerta y suspiro aliviada cuando no lo hace. Cuando llegué al castillo, pensaba que podría volver a recomponer la vida que tenía hace años, pero no conté con el cambio. Seguimos siendo las mismas personas de antes, pero apenas queda ya nada de nosotros.

Hemos amado, sufrido y sangrado tanto que nuestras heridas nos han reconstruido de formas diferentes y, aunque no me guste admitirlo, puede que ya no encajemos como antes.

## 6

### ELINA

El ambiente sombrío del templo me pone los pelos de punta. El eco de mis pasos sobre las baldosas de mármol me recuerda la última vez que estuve aquí, la pelea con Brenan, la forma en la que me miró, lo perdida que me he sentido desde entonces. Ahora solo encuentro el abandono de unos dioses que alguna vez pudieron haber sido míos.

No obstante, mi papel ahora es estar presente, llorar a los muertos y fingir. Hace un rato, Wesh ha irrumpido en mi habitación y me ha ordenado que acudiera a la vigila. Así que aquí estoy, sentada en un banco de madera oscura, vestida de luto después de un insoportable camino en el que mi piel, aún tierna, me pedía que diera la vuelta. El dolor todavía es abrasador si camino demasiado.

El rey ha convocado una vigilia en honor a los muertos del ataque para honrar a las familias de los fallecidos, por lo que era indispensable aparecer a presentar nuestros respetos como parte de la corte. El ambiente es sombrío y decadente y los llantos ahogados en la quietud del templo es lo único que se escucha. Desde luego, Artai sabe cómo subirle la moral a su pueblo.

Por otro lado, es la primera vez desde el ataque que estoy fuera de mi habitación y se me corta la respiración cada vez que miro alrededor. Tengo la impresión de que, en cualquier momento, me encontraré con la máscara de Nazar y no sé cómo afrontarlo.

No debería estar aquí, rodeada de rezos susurrantes en los que no creo y de lágrimas ajenas que, en parte, son mi responsabilidad. Si no hubiera metido a Brenan en el castillo, nada de esto habría pasado. Sé que no puedo hacerme cargo de los demonios de otro, pero soy tan culpable como él.

Wesh es otro asunto en el que apenas me permito pensar. Cuando vino a mis aposentos con los labios apretados en una fina línea, percibí a través de nuestro vínculo una tirantez cargada de desasosiego. Sin embargo, no me he atrevido a cruzar más de dos palabras con él y casi parecía aliviado por mi silencio.

Apenas me ha mirado y, cada tortuoso paso que me acercaba más al templo parecía alejarme más de él. Por lo que no me ha sorprendido que Wesh desapareciera entre la gente y me dejara

sola en cuanto hemos llegado. No creo que ninguno de los dos seamos la mejor compañía ahora mismo.

Jugueteo con la tela de mis guantes y doy gracias al cielo porque Martha, mi criada, haya pensado en este pequeño detalle para hacerme sentir más cómoda. Aún me resulta difícil verme de esta forma y, si tengo que ser sincera, no reconocirme en mi propia piel es aterrador. Al menos, la seda de mis guantes me oculta las heridas que sé que están, pero que no estoy preparada para afrontar todavía.

Desde mi posición, compruebo que Kallian permanece apostado en una esquina apartada. No me quita ojo de encima, pero está lo bastante lejos como para darme privacidad. Suspiro aliviada de contar con su presencia y contemplo el altar frente a mí donde hay una única imagen cincelada en mármol.

El Santo se muestra con una armadura de caballero mientras posa de rodillas. Un relámpago le atraviesa el pecho y, al mismo tiempo, sostiene la cabeza degollada de una mujer. El rostro del dios ha sido esculpido reflejando una paz absoluta, pero dudo mucho que el asesinato le produjera paz alguna.

—¿Te han permitido salir de tu habitación con esas heridas? —La voz preocupada de Clarisa llega hasta mí un momento antes de que se siente junto a mí, arrebatándome cualquier pensamiento anterior.

Está bien. A salvo y segura. Wesh me aseguró que mi hermana no corría peligro, pero no se me permitió ver a nadie mientras estaba en cama. Hasta ahora, no lo había podido comprobar por mí misma. Clarisa está más hermosa que nunca, con su vestido oscuro y un manto de encaje negro cubriéndole parcialmente el rostro.

—Me estoy recuperando rápido. He extrañado tu compañía —susurro incapaz de contener el impulso de analizarla con la mirada, asegurándome de que esté bien.

—Estaba preocupada por ti, pero no me dejaron visitarte. Por suerte, estás aquí. —El tono débil de su voz se desliza bajo el mantillo que le cubre los ojos y reprimo un siseo de dolor cuando mi hermana estrecha mis manos entre las suyas.

Aprieta con fuerza, pero no tengo valor de confesarle que me está haciendo daño. Soporto el dolor de las quemaduras, porque añoraba su contacto y prefiero el aguijonazo en la piel que la ausencia de su roce.

—¿Cómo estás? —pregunto acercándome y ella me dedica una sonrisa triste mientras frunce un poco los labios. Podría jurar que está evitando llorar.

En realidad, no sé mucho sobre mi hermana. Me parte el alma en cientos de esquirlas afiladas saber que hay algo nadando tras las pupilas de Clarisa. Algo a lo que no tengo acceso. No conozco sus gestos ni sus ideas y me siento perdida, sin saber qué decir, sin encontrar las palabras adecuadas que la reconforten.

—Yo... —titubea y me veo morir en el reflejo celeste de sus ojos a través del mantillo.

Ni siquiera sé si tiene pesadillas o cómo afronta la muerte y añoro el tiempo que nos robaron. Odio a mi padre con fuerzas renovadas por arrebatármela, por alejarme del amor más sincero que he tenido jamás. Mi hermana no veía mis manchas, me veía a mí sin teatros ni trucos. Ahora le respondo con mentiras y soy incapaz de ser la persona que me hubiera gustado por ella. A estas alturas, no sé si merezco más momentos prestados como este.

—Podría fingir y decirte que estoy bien, pero solo tengo ganas de matarlos a todos —susurra mirando alrededor con nerviosismo, sus cejas se juntan en su ceño fruncido y contemplo cómo un fuego cruel prende tras sus ojos, caldeándole las mejillas.

—¿A los brujos? —Sé que es una pregunta estúpida, pero he idealizado tanto las partes

delicadas de mi hermana que siempre olvido que ella también es una cazadora, que sabe usar la espada y que es tan capaz de matar como yo misma.

—Pues claro que mataría a cada demonio de ese aquelarre. Ha sido un ataque sin provocación y han acabado con la vida de muchos nobles. Eran inocentes. —Su voz es un susurro, pero resuena como un rugido en la calma del templo.

Sé que debo fingir y contenerme, pero suelto sus manos como si su contacto me quemara. ¿Inocentes? Clarisa debe de tener una visión muy distorsionada de la realidad si es capaz de decir algo así, sin duda, debe saber que Artai fue el primero en mandar a sus cazadores al bosque.

—El rey atacó primero. —Se me escapa la acusación entre los labios. Clarisa abre mucho los ojos y me estudia con seriedad.

—¿Los justificas? —Sus cejas casi se unen en una expresión asesina.

—Yo... —Mi corazón se divide en dos y apenas sé cómo sentirme—. No, por supuesto que no. Solo trato de decir que los brujos respondieron sangre con sangre.

—No digas cosas así, Tiara. Debes tener cuidado. —Su advertencia suena más como una amenaza implícita, pero decido tomármelo como lo que es: un consejo.

—Creí que era justo comentarlo —digo entre dientes, incapaz de dar mi brazo a torcer del todo.

—Cierto, lo que pasó en el bosque fue una provocación, pero ellos no lo ven así. Por lo que tú tampoco deberías. —La dureza en la voz de mi hermana podría perforarme las entrañas.

—¿Has podido dormir bien? —Cambio de tema drásticamente y confío en que si no volvemos a hablar sobre ello, sea como si nunca hubiéramos dicho nada.

—Algo así, algunos días más que otros —confiesa con un suspiro agotado.

—Estás a salvo aquí —musito más para infundirle tranquilidad que porque realmente crea que no hay peligro. Lo cierto es que la oscuridad nos acecha más que nunca.

—No temo por mi vida, si es lo que crees, y tampoco duermo con un ojo abierto por miedo a que vuelvan a atacarme —dice tajante y mi corazón se arruga ante su brusquedad—. A pesar de todo, no soy débil.

—Solo me preocupaba por ti.

—Lo siento. Anoche estuve hasta tarde en la biblioteca buscando formas de acabar con esos monstruos y no he dormido nada. Perdóname, Tiara. —Vuelve a estrechar sus manos con las mías, esta vez con más delicadeza, y asiento en silencio.

Que Wesh me llamara monstruo fue duro, pero ver a mi hermana tan convencida de que los brujos merecemos la muerte es incluso peor. En el fondo, sé que ella es una cazadora y que daría la vida por el reino. Aunque guardaba la esperanza de tener la oportunidad de hacerla cambiar de opinión. El ataque no ha sido un buen comienzo.

—¿Y has encontrado algo entre los libros y el polvo?

—No hay mucho escrito sobre ello. Es como si solo hubiera doscientos años de historia y ahí acaba todo. Es absurdo —dice frunciendo los labios con fastidio.

—Puedo ayudarte si quieres.

—No te involucraría en esto. Además, creo que ya tienen un plan.

—¿Tan pronto? —pregunto.

—Sí, es un alivio que Wesh sea tan eficaz. Estaríamos perdidos sin él. Nazar también colaboró y, gracias a ello, veo esperanza en el futuro del reino.

No puedo creer que Wesh trabaje junto a mi padre. Al escuchar la mención de Nazar, un escalofrío me surca la espalda, aunque trato de disimularlo frotándome el brazo como si tuviera frío de verdad. Clarisa parece a la deriva, mirando hacia la imagen del Santo y trato de

reconfortarla con un abrazo rápido, pero cuando mis brazos la rodean, noto cómo se rompe un poco.

—Cualquier cosa en la que pudiera ayudarte... Estoy aquí —susurro.

—Gracias.

No llora, pero la siento temblar bajo mis brazos mientras suelta un hondo suspiro. Cuando me separo de ella, veo a través del velo oscuro cómo sus ojos acuosos se alejan de mí y traga sonoramente, evitando mi mirada angustiada. Me duele verla así.

—Si me disculpas...

La observo alejarse entre la gente y un relámpago de dudas me atraviesa. Quiero salvar a todo el mundo, pero está claro que no seré capaz. *¿Por quién lucharías?* La voz de Brenan resuena en mi mente y me encojo, incapaz de responder a esa pregunta. Siempre pensé que debería escoger un bando, ahora no lo tengo tan claro.

Wesh no confía en mí, Brenan se ha convertido en mi enemigo y mi lealtad está únicamente ligada a quien sea más útil para ayudarme a proteger a mi hermana. Lo peor es que Wesh juega con ventaja, le he estado dando información durante todo este tiempo, suponiendo que éramos un equipo, pero me conviene recordar que ellos siempre elegirán a su rey y que yo soy una bruja.

□

Tras la marcha de mi hermana, un vacío oscuro se asienta en mi pecho y no me atrevo a alzar la mirada. Así que, como llevo haciendo desde que llegué a este castillo, finjo. Finjo rezar al Santo mientras me desmorono.

—¿Implorando perdón a los dioses? —Esa voz, que tantas pesadillas me ha provocado a lo largo de los años, me arrastra de nuevo a una cueva sombría y húmeda donde la sangre era lo único que conocía.

Espanto las lágrimas y levanto los ojos hacia la máscara metálica de mi padre. Reprimo las ganas de salir corriendo como un cervatillo asustado. No quiero ser la que se encoja ante su presencia, pero mis manos empiezan a temblar y me muerdo el interior de la mejilla para que el dolor me mantenga firme.

Veo de reojo cómo Kallian da un paso adelante en la distancia. Al parecer, soy mucho más fácil de leer de lo que me gustaría, pero niego con la cabeza, indicándole que no se acerque. Necesito hacerle frente a Nazar o siempre actuaré como una niña aterrada. Así que mi guardia me evalúa con la mirada, pero no se acerca.

—No sé por qué debería pedir perdón —digo atónita, incapaz de reconocer el lugar de donde saco la fuerza para hablar. Inspiro lentamente mientras la máscara de Nazar se inclina hacia mí.

—El día del ataque vi sangre en tus manos, quizás deberías pedir perdón por eso. —El deje de su voz es divertido, como si encontrara gracioso comentar el momento en el que casi me mata. Dos veces.

—Estaba protegiendo lo que me importa —musito sin despegar mis ojos de esas cuencas negras donde se pierde toda luz.

—Estabas protegiendo a estos humanos despreciables. —El tono de su voz se vuelve impetuoso. Creo reconocer la ira apenas contenida y eso me complace en cierta forma, porque no es capaz de mantener su fachada de control tan impecable como piensa.

—Tú vives entre ellos. No veo la diferencia —contraataco cada vez más consciente de que no me atacará aquí. No rodeado de toda esta gente. Debe de haberle costado muchos años perfeccionar sus mentiras para engañarlos a todos.

—Te he echado de menos, sobre todo esa violencia tuya. —Casi puedo imaginarme la sonrisa diabólica tras esa máscara.

—No puedo decir que yo me alegre de verte.

—Apuesto a que esperabas no tener que volver a hacerlo. Aunque no sé qué esperabas que pasara cuando me abandonaste, ¿creías que me esfumaría? —Parece haber recuperado el tono sereno cuando se sienta junto a mí en el banco y reprimo el impulso de poner distancia entre nosotros.

—Cuando me marché, solo pensaba en sobrevivir. En reencontrarme con mi abuela. —No lo miro a los ojos cuando hablo y trato de esconder el temblor de mis dedos bajo las capas de tul de mi falda oscura, busco a tientas la daga de mi abuela que está oculta en un bolsillo interior y me aferro al mango como a una última esperanza.

—Oh, la amable ancianita que no pudo mantener el aquelarre a raya. La deshonraron: primero tu madre y luego las brujas cuando le quitaron el liderazgo. ¿Cómo está Evanora? —Me repugna escuchar a mi padre hablar de mi abuela de esa manera, pero miro al frente y cuadro la mandíbula. No le daré más motivos para considerarme débil.

—Muerta. —Pronuncio la palabra como una puñalada y reprimo toda emoción que pudiera mostrarle mis grietas.

—Una lástima. Espero que no fueran los cazadores. —Intuyo, de nuevo, una sonrisa tras ese trozo de metal. No le daré la satisfacción de creer que mi abuela murió por su ataque. Es despreciable.

—Tus soldados no tuvieron ocasión de ponerle sus asquerosas manos encima. Murió en paz.

—Una paz que no merecía después de tanta debilidad.

—¿Qué haces aquí? —Estoy comenzando a cansarme de sus juegos. Si quiere matarme, prefiero que acabe ya con esto.

—Siempre he estado aquí. He sido consejero del rey desde hace más tiempo del que pueda recordar. Llámalo justicia. —Se me retuerce el estómago al pensar la clase de influencia que tiene en este lugar. Un sitio en el que estoy atrapada y totalmente a su merced.

—¿Justicia para quién?

—Para las brujas. No se atreverán a volver a reclamar lo que no les pertenece. Se creyeron más listas, pero las madres de ese brujo tuyo morirán, como todos los que las siguieron. —Sabía que mi padre quería vengarse del aquelarre, pero escucharlo de su propia voz es incluso más aterrador. Si él se hace con más poder, estaremos perdidos.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Acabar con las brujas? —No se me ocurre qué decir para ganar tiempo, pero sé cómo funciona su mente. Quiere ser el centro de atención. Quiere creer que tiene el control y se regodea en sí mismo. Lo conozco, así que puedo acabar con él.

—Elina, querida, el poder es lo único que importa. Si no, no eres nadie. Y apuesto mi sangre a que todos pagarán haber osado enfrentarse a mí. —En sus ojos veo una locura que no tiene límites y me aterra pensar que en cualquier momento podría descontrolarse.

—¿Por qué no me has matado? —Al fin, la pregunta sale a la superficie y él suelta una leve carcajada que se sacude en su pecho.

—No necesito hacerlo, pequeña. A pesar de tu rebeldía, necesito que alguien herede el imperio que estoy construyendo y esa serás tú. Me demostraste que eres salvaje e indomable, pero una buena líder hace eso: destrozar a quien haga falta por conseguir lo que quiere. Te aseguro que tú me destrozaste un poco aquel día.

—¿Y si me niego? —susurro apenas en un hilo de voz. No hace falta que me lo diga: probablemente volverá a secuestrarme. O algo incluso peor.

—Es conmovedor que creas que tienes opción. Estaré fuera del castillo unas semanas, tengo asuntos que arreglar. Cuando vuelva, me encargaré de ti y de ponerte al día con todo. No te

atrevas a desobedecerme de nuevo o lo pagarás con la muerte de aquellos a los que quieres. — Sus palabras ahogadas en el metal de su máscara se me atragantan y trato de recordar cómo respirar. Estoy atrapada, maldita sea.

—¿Qué pasa con Clarisa? ¿Por qué no las matado? —Esa pregunta me acecha desde que supe que ha pasado todos estos años en el castillo. A alguien como él no debe haberle resultado difícil adivinar el verdadero origen de mi hermana. La corte está repleta de rumores como para eso.

—Tengo otros planes, Elina. Y necesito a Artai centrado en esta guerra, no lamentándose por una chica. No me interesa matarla, además ha demostrado ser muy útil. ¿Qué te parece que tu hermana sea una asesina de brujas?

—¿Lo hiciste tú?

—Nunca podrás estar con ella porque hice bien mi trabajo. Me encargué de que Haco los entrenara a los tres. No podíamos dejar el reino en manos de unos niños que no supieran sujetar una espada. —Así que el responsable del entrenamiento de mi hermana no es más que Nazar. Una venganza apropiada.

—¿Alimentaste su odio?

—Los críe para matar y eso han hecho. Han resultado ser más obedientes que mi propia hija. Ahora tengo que irme.

Su túnica me roza cuando se levanta y me lanza una última mirada de metal. No veo sus ojos, pero apuesto a que me advierten de que esta vez me conviene obedecer. El temblor ha desaparecido, pero se ha creado un vacío dentro de mí que me aterra incluso más.

—Pórtate bien. Estaré vigilando.

Observo a Nazar alejándose mientras su capa ondea con un susurro siniestro. Nunca pensé que sería capaz de mantenerme firme ante él, pero he conseguido dominar mi terror. Solo hay un problema: tendré que rendirme ante él o morir. Por lo que la opción más sensata sería marcharme. No quiero volver a ser un monstruo, pero tampoco puedo abandonar a mi hermana.

## 7

## ELINA

De repente, el repiqueteo de una campanilla retumba en el silencio del templo y me sobresalto ante la forma en la que se quiebra la quietud. Los pensamientos oscuros sobre mi padre se disipan solo a medias cuando me giro hacia el sonido y atisbo un soldado junto a una puerta lateral. El chico, que a duras penas supera la mayoría de edad, aguarda pacientemente a que la multitud de nobles se reúna junto a él.

—El rey requiere su presencia en el salón contiguo —anuncia con tono neutro y frunzo el ceño. Si el rey ha interrumpido la vigilia, debe de ser algo importante.

Me levanto del banco y trato de no cojear mientras me uno al grupo de nobles que se adentran en un salón tenuemente iluminado por el fulgor de las velas. Los techos se elevan hasta una altura exagerada y reprimo un escalofrío al contemplar las paredes repletas de cabezas de ganado, exhibidas como trofeos de cacerías pasadas.

La atmósfera está cargada de algo que no logro identificar, expectación quizás, y un presentimiento oscuro comienza a rascarme las sienes. Por suerte, percibo la figura de Kallian a mi lado y suspiro dejando que el nudo de presión que me oprimía el pecho se suelte tan solo un palmo. Es absurdo que la presencia de un humano pueda tranquilizarme, pero así es.

—No tienes que ir detrás de mí —le recuerdo a mi guardia justo cuando él avanza un paso

para quedar a mí misma altura.

—Las normas exigen que siempre camine por detrás, mi señora —apunta Kallian sin mirarme, con la vista al frente. Formal, atento, estudiando nuestro alrededor como si un ejército pudiera aparecer de repente para atacarnos.

—Kallian, no pertenezco a este castillo. No me apliques las mismas normas; no soportaría que me considerases igual a ellos —pido en un susurro, incapaz de controlar el resentimiento que se cuela en mi voz.

—Entiendo, señora.

Entonces nos detenemos frente a una mesa repleta de carne asada, fruta madura y copas de vino a rebosar. Inspecciono los manjares con indecisión; no entiendo a quién se le abriría el apetito en un lugar tan lleno de muerte y con cientos de ojos vigilándonos.

Sin embargo, una mujer me empuja y se lanza hacia una bandeja llena de pastelitos. Se mete uno en la boca y mastica sonoramente como si llevara días sin comer. No es hasta que otro noble me aparta con un golpe, que me doy cuenta de lo abarrotada que está la sala. Apenas cabemos sin chocarnos entre nosotros.

—¿Qué hacemos aquí? —Me giro parcialmente hacia Kallian.

La multitud está tan apretujada que apenas hay hueco para movernos. Una angustia asfixiante me rodea los brazos y reprimo el impulso de apartar a los nobles a empujones para encontrar algo de aire.

—El rey nos ha hecho llamar —contesta Kallian con una respuesta obvia.

Pongo los ojos en blanco y, en ese instante, advierto algo que me había pasado desapercibido al entrar. En un extremo de la sala, sobre una mesa de madera oscura, hay dispuestas decenas de armas inertes a la espera de que alguien las reclame. No parece la típica exhibición presuntuosa, por lo que me giro hacia Kallian en busca de respuestas.

—¿Qué es esto, Kallian? —pregunto mientras unas garras de angustia arañan mi garganta. En cambio, su rostro no refleja nada y sospecho que, aunque supiera algo, no me lo diría.

—Queridos amigos, —la voz de Artai acalla los murmullos y me giro a tiempo de verlo aparecer a través de una puerta lateral mientras nos estudia con ojos calculadores—, os he reunido aquí porque quería daros un regalo.

»Todos recordamos que hace años nuestro pueblo se enfrentó a los aquelarres en la Guerra Sangrienta. Esos demonios nos maldijeron, robaron a mi hermano y sumieron al reino en una gran oscuridad. Mi padre no era un hombre de guerra y decidió someterse a esa escoria, otorgándoles una paz que no merecían. Yo no soy mi padre y no olvidaré los crímenes cometidos contra la corona y contra el reino y sé que esa magia debe ser erradicada o nos costará la vida y nuestro futuro. ¡Mataron a mi hermano y nos matarán a todos si se lo permitimos!

Los murmullos llenos de rabia me rodean y guardo silencio mientras entiendo su odio: nos detestan por una guerra antigua, por nuestro poder y porque temen ser sometidos bajo nuestra magia. Entonces, el aire se queda atascado en mis pulmones cuando Taranis pasea su mirada por la multitud y trato de imaginar la guerra, cómo fue perder a su hermano. No recuerdo a nadie más cuando nos criamos juntos, así que debió desaparecer mucho antes.

—No descansaré hasta ver caer a la última bruja y os prometo que las erradicaremos de nuestra tierra —declara con voz firme—. Pero ahora estamos atravesando momentos difíciles. Muchos seres queridos nos han abandonado por culpa de esos demonios del bosque. Nos atacaron y han tratado de masacrarnos, hay familias destrozadas por culpa de esa magia repugnante.

Un revuelo de voces se alza entre los nobles y llega hasta mí el rumor de más de un sollozo

desgarrador. La nobleza está desmoralizada, así que no entiendo el propósito de Artai al recordarles las pérdidas que han sufrido. Esto era una vigilia para honrar a los caídos. ¿A qué clase de regalo se refiere?

—Sabéis que soy un rey justo y no me atrevería a negaros lo que os pertenece. Por eso, quiero obsequiaros con algo que calmará vuestra sed de venganza, porque merecéis justicia.

Con cada palabra, frunzo más el ceño sin comprender sus palabras. Hasta que estas cobran sentido en el momento en que Artai hace un gesto con la mano y señala una puerta por la que Wesh y Duncan aparecen sosteniendo entre sus robustos brazos un cuerpo.

El aire colapsa en mis pulmones y se abre un frío agujero en mi pecho al reconocer a Conrad. El mismo con el que iba a clase, el mismo que me atacó en el bosque, el mismo que luchaba de parte de Brenan en el ataque. Trato de controlar mi expresión mientras veo al brujo que cabecea entre la muralla de músculo que lo apresa y aprieto los dientes con fuerza mientras ambos cazadores lo llevan a rastras hasta el rey.

No puedo apartar los ojos de Conrad, de las heridas de su rostro y de las cadenas que se aferran a sus muñecas en brazaletes de hierro que, sin duda, le aprietan demasiado. Los moretones se abren a través de su piel como pétalos morados que germinan en todas direcciones. Jamás he sentido simpatía por él, pero verlo en una posición tan vulnerable me retuerce el estómago.

—¿Qué está pasando? —susurro violentamente hacia Kallian, pero él no me dedica ni una mirada de soslayo.

Me giro rápidamente a tiempo de ver cómo ponen a Conrad de rodillas frente al rey y, a través de la multitud que nos separa, taladro a Wesh con la mirada. ¿Qué es todo esto?

Las palmas de mis manos comienzan a sudar y contemplo con creciente ansiedad la escena, incapaz de apartar mis ojos del horror. Conrad balancea el cuello, apenas capaz de mantenerse en pie y algo se rompe dentro de mí. Algo que jamás pensé que me importaría.

—Esta criatura se resistió mucho, pero logramos atraparlo. Ahora, su destino es vuestro. He pensado que disfrutaríais de una caza para cobrar la venganza que os merecéis. Hemos dispuesto armas para vosotros y, como sabéis que también soy un rey benévolo, le daremos a la criatura una pequeña ventaja. No somos monstruos. —Artai suelta una risa malévola que me pone los pelos de punta y creo que estoy a punto de lanzarme al frente del grupo para gritarles algo que les recuerde que esto no está bien.

—¿Podremos perseguirlo? —grita una voz anónima entre la multitud.

La pregunta parece divertir a Artai y compone una sonrisa temible, sus dientes afilados relucen bajo la luz de las velas y soy incapaz de despegar mis ojos de Conrad y su lánguida figura al borde del colapso.

—Podréis hacer lo que queráis —declara el rey mirando a cada uno de sus súbditos, dedicándoles una mirada orgullosa, como si debiéramos estar agradecidos por esta barbarie.

Van a cazar a Conrad como si fuera un perro.

—¿Estaremos seguros? —inquieta la mujer que comía pastelitos junto a mí.

—No os preocupéis, amigos, este demonio no saldrá de aquí. La fortaleza está rodeada por arqueros que lo mantendrán dentro de nuestros muros y estas cadenas evitarán que use su magia. Están hechas de trestal —continúa Artai como si estuviera enumerando las instrucciones de un juego de mesa.

Creo que me falta el aire. Una cosa es defenderse en un ataque, luchar contra un enemigo que viene a cortarte el cuello y otra muy diferente es montar un espectáculo para matar a sangre fría a un hombre desarmado. Esto es asqueroso e innecesariamente macabro.

Sin embargo, nadie parece compartir mis pensamientos. Los nobles se acercan lentamente hacia la mesa para escoger sus armas y sonríen tímidamente mientras eligen entre una espada, una daga o un mazo. Hay nobles que desenfundan sus propios cuchillos y reprimo un grito de ira cuando veo cómo Wesh me lanza una mirada vacía a través del revuelo. Él sabía lo que iba a pasar y, aun así, no me ha advertido.

Si doy un solo paso, estoy segura de que me caeré de rodillas incapaz de hacer nada. Miro con ojos desorbitados cómo se preparan y, apenas consciente de lo que estoy haciendo, saco de su escondite la daga que me dio mi abuela. No tengo decidido si para atacar a cada noble de mirada siniestra o para fingir que formo parte de esta atrocidad. Ignoro la mirada sorprendida de Kallian y me centro en Conrad.

Parece drogado o, al menos, no está en sus plenas facultades. Por primera vez, mis pensamientos me llevan a justificar a Brennan, a esa guerra que intentó iniciar porque quería proteger a su pueblo, nuestra gente, de cosas como esta; de matanzas tan vomitivas. Brennan quería evitar esta clase de cosas y yo se lo impedí.

La paz no parece algo viable cuando el rey se dedica a planear persecuciones morbosas por los pasillos del castillo.

—¿Por qué deberíamos darle una ventaja? —grita alguien y Artai frunce el ceño, contrariado y buscando con ojos astutos a quien lo haya dicho.

—¡Porque lo ordena vuestro rey! —interrumpe Wesh con violencia.

Siento cómo las paredes de la habitación se cierran poco a poco sobre mí. Él es tan cómplice como todos y no parece importarle esta atrocidad.

—Veinte segundos, pues —tercia Artai y comienza a contar.

## 8

## ELINA

—Uno, dos... —escucho con claridad la voz de Taranis y, en ese instante, Wesh y Duncan sueltan a Conrad.

Su cuerpo se precipita hacia el suelo y temo que no sea capaz de levantarse. Está herido y parece algo confuso cuando comprueba que nadie lo apresa. No tengo claro si vislumbra algo a través de sus ojos hinchados, pero echa a correr con desesperación sin pensarlo dos veces.

Atraviesa la puerta que da al templo como una exhalación y estoy a punto de vomitar durante todo el tiempo que Artai sigue contando, número a número hasta llegar a veinte.

—Veinte. ¡Vamos, maldita sea! ¡Que no escape! —Su alarido destroza partes de mi alma por las que jamás creí que debería preocuparme. Mis recuerdos de Artai como un niño pequeño insoportable, pero inocente, se resquebrajan como un reflejo de algo lejano que apenas parece que sucedió.

Los nobles se lanzan a la caza con gritos exaltados y yo sostengo la mirada tormentosa de Wesh, incapaz de reconocer en qué nos hemos convertido. Hemos matado cuando hemos querido, hemos luchado los unos contra otros y cada bando ha justificado a placer sus motivos, pero esto es diferente. Y apuesto a que Wesh lo sabe mientras me lanza esa mirada torturada que no me sirve de nada.

Entonces me pongo en marcha y sigo a la multitud de nobles desquiciados en busca de Conrad por todo el castillo. Apenas soy consciente de que Kallian me sigue y, cuando salgo del templo hacia el patio exterior, mientras el viento nocturno me golpea las mejillas, me giro

abruptamente y le lanzo una mirada cargada de todo lo que llevo dentro.

—Como me sigas, prometo usar este cuchillo contigo. —Amenazo alzando la daga entre nosotros y Kallian me estudia con seriedad.

—El comandante Langeland ordenó... —Ni siquiera me interesa oír el resto.

—Langeland puede irse al infierno. No me sigas, maldita sea —digo entre dientes, apenas capaz de controlar el temblor de mi voz por la rabia que me sacude.

Por suerte, Kallian asiente despacio y pospongo en mi mente la tarea de justificar mi comportamiento. Una verdadera dama no se habría alterado de esta forma por la matanza de un brujo que, en teoría, representa un peligro para ella. Pero no me interesa ser esa chica ahora mismo. Los mataría sin pestañear y no me atrevo a ahondar en el porqué.

Echo a correr o, al menos, lo intento con un dolor afilado reptando por mis piernas. Mis heridas todavía tiernas me agujijonean sin compasión, pero sigo avanzando a la carrera con lágrimas en los ojos.

El castillo es demasiado grande como para encontrar a Conrad antes que todos estos malditos nobles asesinos, así que hago lo único que sé que no debería: uso mi magia. Miro alrededor para comprobar que nadie me ve y me encamino a los jardines mientras una brisa gélida me corta la piel de las mejillas.

Una vez oculta en las sombras de un frondoso roble carcomido por el invierno, le pido a la tierra que me guíe hasta Conrad y me concentro en sentir su energía. Un tirón conocido me da la bienvenida y suspiro cuando percibo a Conrad como una sombra palpitante a lo lejos. Aspiro todo el aire que soy capaz y le imploro a mi poder que me guíe hasta él.

Al instante, el húmedo barro del suelo se remueve como si un topo estuviera escarbando bajo mis pies y uso el mismo truco que Tate utilizó hace lo que parecen años. Un surco se crea justo en mis zapatos y, tras una breve punzada de miedo, lo sigo todo lo rápido que mis pies maltrechos me permiten.

Que me encuentren, que me descubran, que acaben conmigo. Me da igual, pero no permitiré esto.

Atravieso los jardines, buscando a Conrad en cada oscuro rincón con desquiciada necesidad. Lo busco con tanta ansiedad que casi termino por rodear las inmediaciones del castillo y me muerdo el labio inferior mientras mis pies amenazan con no resistir el dolor durante mucho más tiempo sobre el suelo casi congelado.

Me falta el aire y mi corazón bombea frenético, impulsado por la esperanza de encontrar a Conrad antes que ellos. Nada de esto está bien y lo comprendo con una claridad alarmante. ¿Es que Wesh no lo ha visto?

Sorteo con nerviosismo una formación de árboles que simula un pequeño bosquecillo, escudriñando las sombras, y doy un respingo cuando un grupo de nobles se cruza en mi camino. Sus ojos hambrientos me analizan antes de reconocer que no soy la presa a la que están buscando.

—¿Lo ha visto, mi señora? —pregunta uno de ellos con una sonrisa diabólica que me recuerda que los monstruos no siempre son las criaturas oscuras de la noche.

—No, lo siento —susurro mientras ellos pasan de largo.

—Tenga cuidado, nunca se sabe con esos demonios —advierte y me hace un gesto con la mano—. ¿Quiere unirse a nosotros?

—Estoy bien, gracias —digo apenas sin voz e intento no comprobar hacia dónde va el surco de tierra frente a mí hasta que el grupo se pierde de mi vista.

—¿Está segura? —insiste.

—Completamente.

No parece muy convencido de dejarme sola, pero al cabo de un instante, sus compañeros lo llaman con gritos divertidos y el hombre se marcha sin mediar palabra. Aunque apuesto a que sus ojos me siguen en la oscuridad.

En cuanto compruebo que no están por los alrededores, me encamino en la dirección que me señala la tierra removida y aferro el cuchillo con tanta fuerza que gruño de dolor cuando una de mis uñas se parte hasta la carne.

Estoy asqueada de vivir en mi propia piel junto a estos desalmados, debería haber escuchado a Brenan. Esto es un salvajismo que no logro aceptar.

Al final, el surco acaba en las heladas profundidades del jardín. La vegetación es tan espesa que apenas logro ver nada a través de la oscuridad que amenaza con engullirme. No obstante, la muralla se alza no muy lejos de donde me encuentro.

Veo las siluetas recortadas de los guardias, las antorchas prendidas para ver con facilidad si alguien trata de escapar y un escalofrío me recorre la espina dorsal. Si me descubren, yo también estaré muerta antes del amanecer, pero la ira me domina y no podría importarme menos.

Guardo silencio y me agacho tanto como puedo para pasar desapercibida. Escaneo con la mirada la espesura natural que se arremolina a mi alrededor y, por suerte, el destello de unos ojos abiertos desmesuradamente capta mi atención.

No había decidido qué haría en caso de encontrar a Conrad, pero ahora que lo tengo frente a mí, agazapado como un animal asustado y salvaje, apenas más humano de lo que lo consideran, se me parte el alma en dos. Brenan protegía a su pueblo de esto y ni siquiera se me ocurrió pensar en otra cosa que no fuera yo misma.

—Conrad —susurro a la espesura y, aunque no obtengo respuesta, sus ojos siguen brillando, fijos en mí—. Conrad, he venido a ayudarte. Soy Elina. Déjame sacarte de aquí.

Las palabras que se cuelan entre mis labios no más fuertes que mi respiración, pero apuesto a que me ha escuchado. Espero tanto en el silencioso jardín que se me agarrotan las piernas por la posición agazapada en la que nos encontramos.

—Conrad —llamo, implorándole al cielo que me permita salvarlo.

—¿Has venido a entregarme a ellos, verdad, maldita traidora? —sisea una voz temblorosa cuando ya creía que no obtendría respuesta alguna.

—No te entregaría a esos monstruos. Jamás —afirmo alzando fugazmente la vista hacia los guardias apostados en lo alto de la muralla. En el estrecho pasillo de piedra hay, al menos, cinco de ellos con ballestas.

—Márchate —musita Conrad con voz estrangulada.

—No, no me iré. Puedo conseguirte algo de tiempo para que escapes, pero tiene que ser ya —digo rápidamente y, sin apenas pensar en lo que estoy haciendo, invoco a la tierra con todas mis fuerzas y sacudo los cimientos de toda la zona boscosa en la que nos encontramos.

Llevo tanto tiempo sin invocar tal cantidad de poder que un cosquilleo se extiende por mis brazos, calentándome la piel. El poder vibra en mí y tiro con esfuerzo de él para doblegarlo ante mi voluntad.

Al final, la tierra vibra bajo nuestros pies, el suelo se abre y un trozo de muralla se hunde con una avalancha de rocas y polvo. Aprovecho la confusión de los guardias para invocar al viento y arrojarlos al vacío de la montaña. No me preocupo en que caigan a salvo, sino en estrellarlos contra el suelo lo más lejos posible de nosotros.

No escucho los gritos, no escucho el estruendo, tan solo el retumbar furioso de mi corazón al ver cómo se abre un hueco entre las rocas. Debe ser suficiente para que Conrad escape, porque

no tengo nada mejor que ofrecerle ahora mismo. Las fuerzas me fallan y jadeo sintiendo el cuerpo pesado.

—Vamos —imploro girándome a tiempo de ver la sombra de Conrad sobre mí, como si hubiera decidido que, si va a morir, me arrastrará al infierno con él.

Ha salido de su escondite y, a pesar de sus heridas, es una mole furiosa. Sus ojos me cuentan cientos de razones por las que me atravesaría el corazón, pero cuando sus labios se mueven no hay amenazas ni promesas de muerte.

—Gracias —susurra con voz rasgada.

—Tienes que golpearme, fingiré que me has atacado —pido incapaz de procesar lo que sucede—. Sálvate.

—¿Por qué lo haces?

—No hay tiempo. Golpéame.

—Como quieras.

Conrad no duda y utiliza el impulso de su brazo izquierdo para propinarme un golpe en la mandíbula que me martillea el cerebro, caigo de espaldas y la hierba helada me lame el rostro. Se me enturbia la visión y noto el sabor metálico de la sangre en la lengua.

—Podrías habernos liderado y, lo peor de todo, es que creo que lo habrías hecho bien —dice justo antes de correr hacia el hueco en la muralla y, a pesar de que intento no perder la consciencia, una negrura se adueña de mi visión y dejo de percibir nada alrededor.

## 9

## WESH

Observo el rostro de Elina y le imploro al Santo que me libre de ella, de esa maldición que me retuerce las entrañas cada vez que sus ojos deciden enfocarme. Es una tormenta de deseo y anhelo que me recorre con furia y la detesto, porque no es natural. Llevo tiempo sospechando que mi vorágine de sentimientos es tan solo el producto del vínculo, pero no puedo evitarlo.

No puedo ignorar la forma en la que mi corazón se detuvo en cuando llegué junto a las ruinas de la muralla destruida y vi a Elina allí tumbada con el rostro amoratado y apenas consciente. No puedo ignorar la ira que me embargó y la necesidad irracional de ir en busca de quien la hubiera golpeado.

Solo que no puedo aferrarme a esa desesperación porque, ni por un segundo, he creído la versión que nos dio cuando la encontramos tirada en los jardines con el labio partido y fingiendo que estaba desorientada. Debo admitir que es una actriz espléndida.

La traje de vuelta a su habitación y ahora está sentada junto al fuego, cruzada de brazos en un silencio total. Me hablan más sus silencios que las mentiras que le gusta tanto contar. Su mirada se pierde en la oscuridad de las montañas. Por descontado, sé que está furiosa.

—Puede que a ellos les baste con tus mentiras, pero quiero la verdad —digo por primera vez desde que llegamos a su habitación.

—La verdad es que no he podido tolerar la barbarie de esta noche. Lo que hicisteis todos —dice con la voz quebrada y suspiro incapaz de contenerme.

No me imagino cómo debió sentirse ella ante los desvaríos de Artai, pero ambos sabemos que, si él ordena algo, no podemos impedirselo por cruel o inhumano que sea. Él es el rey y nosotros obedecemos. No hay más. Juré obedecerlo y es lo que haré, aunque tenga que soportar que Elina me mire como si yo también fuera la mente perversa que urdió ese plan de cederles una venganza

a los nobles para contentarlos.

Sus ojos parecen querer apuñalarme, como si yo fuera el responsable de todo el mal que ronda sus pensamientos.

—Sabías lo que pasaría y no lo impediste. —Sus palabras son una acusación que no puedo negar y el enfado que destila me confunde. No hace tanto empuñaba un arma y asesinaba a los brujos de su aquelarre sin pestañear.

—No tuve tiempo de reaccionar, se me ordenó algo y simplemente lo hice —replico buscando esos jodidos ojos que sé que ocultarán una llama inalcanzable tras sus pupilas.

—¡No era un perro! Era una persona. Conrad. Se llama Conrad. —Su furia me golpea y le sostengo la mirada.

—Tú misma mataste a sus amigos el día del ataque.

—Estaba defendiendo a mi hermana y a todos vosotros, ¿no lo entiendes?

—Lo único que veo es que cambias de bando constantemente. —Estoy harto de esos juegos, de esa facilidad para juzgarlo todo desde su barrera de aparente corrección. Qué sabrá ella sobre lo que es lo correcto. Ella que es un monstruo desde su nacimiento.

—No se trataba de elegir un bando; no era correcto cazar a una persona. ¿Has perdido la cabeza? —El horror se trasluce en cada una de sus facciones, pero no puedo ceder a su lógica. No esta vez.

—Otros dirían que era justicia.

—¿Me hablas de justicia tú? Estás defendiendo lo que no tiene justificación.

—No lo estoy excusando.

—Pero tampoco te veo asqueado por esa cacería.

—No tuve nada que ver con ello. Cumplí órdenes, nada más.

—¡Pero participaste sin más!

—¿Y por qué debería haber persuadido al rey de llevar a cabo su idea? ¿Le debo algo a esos brujos? ¡No! ¡Por el Santo, estoy atado a ti por un puto conjuro y ni siquiera me he quejado! ¿Crees que puedes exigirme nada? —Mis palabras rompen algo en ella, puedo verlo a la perfección, pero no puedo tolerar que me eche en cara todo lo que no puedo controlar. Tiene que darse cuenta y aceptarlo. Ambos tenemos que hacerlo.

—Pensé que defendías el honor y la justicia —susurra frunciendo el ceño.

—¿Te da la impresión de que esté en posición de luchar por lo que es justo? He traicionado a mi rey por ti, estoy maldito por una magia contra la que he luchado desde hace años. He matado por ti a esos brujos y he ocultado tu identidad ante todos en este castillo, mintiendo, manipulando e incluso defendiéndote ante mi corte.

»Me he convertido en un jodido traidor por tu causa y aquí estoy todavía atado a ti, siguiéndote el juego para que esa cabeza tan hermosa siga sobre tus hombros. Y tienes valor de exigirme que contraríe a mi rey porque no te parece justo que los nobles de mi corte quieran vengar las decenas de muertes que provocaron los de tu especie. Me reprochas que sea fiel a mi rey y que obedezca sus órdenes porque es la única forma de devolverme a mí mismo un poco de paz por el engaño al que me has sometido. ¿De dónde sacas el coraje para increparme por mi puta lealtad?

—Lárgate —dice simplemente, tratando de evitar el temblor de su boca mordiéndose el labio herido con tanta fuerza que comienza a sangrar.

—No, no voy a marcharme. Vas a responder. ¿Cómo tienes el valor de enfurecerte conmigo por hacer mi puto trabajo? ¡Responde! —grito tan al límite de mí mismo que me asusta durante un momento lo que pueda acechar más allá del borde.

—Pensé que te preocupaba la justicia, sí, pero no el horror. Me equivoqué contigo. Al parecer, hemos cambiado más de lo que me pareció al principio —susurra con lágrimas coléricas tras sus ojos, pero, joder, no las deja caer.

—No sé si te has dado cuenta, pero no somos unos niños. Pues claro que hemos cambiado, maldita sea, abre los ojos de una vez —digo llevándome las manos a la cabeza, tratando de aclarar mis jodidos pensamientos.

—Wesh, me largo de aquí. De esta fortaleza. No soporto todo esto —anuncia como si no estuviera lanzándome una daga al estómago con sus malditas palabras.

—No. —Ni siquiera me doy cuenta de que me he acercado a ella y he enterrado una de mis manos en el cabello de su nuca hasta que veo la expresión de dolor que compone cuando alzo su rostro hacia el mío—. No me vas a dejar con esta jodida cagada. Te vas a quedar, vas a eliminar nuestro vínculo y vas a solucionar esto conmigo.

—Suéltame. —La calma fría se cuela por esos labios que podrían suplicarme que me lanzara por el barranco más alto de estas montañas. Y lo peor es que creo que la obedecería como un completo idiota.

Mis dedos aflojan su agarre y poco a poco dejo que la rabia que me había dominado se cuele por entre mis labios y salga en forma de suspiro. Necesito alejarme de esta mujer y tomar un trago. No soporto el peso de esos ojos.

—¿Es cierto que las brujas mataron al hermano de Artai? —La pregunta me sorprende tanto que la estudio durante un instante incapaz de reaccionar.

—Es lo que se cuenta, sí. Pero no es lo importante. Quiero que jures quedarte y, cuando todo acabe, podrás hacer lo que te plazca. Si quieres investigar cuentos de viejas, por mí perfecto.

—Me quedaré por mi hermana —declara mientras me abalanzo sobre la puerta y salgo pegando un portazo por miedo a quedarme y decir cosas de las que luego pueda arrepentirme.

Necesito la bebida más fuerte que tengan en la taberna.

## 10

### WESH

Me pesan los párpados mientras subo los escalones desgastados de piedra y trato de peinarme el flequillo desordenado hacia atrás justo antes de doblar la esquina y dirigirme directamente hacia la habitación de Elina. Ha sido una noche larga y debería haber bebido menos hidromiel. Ni siquiera el alcohol ha conseguido arrancarme de cuajo este tormento.

—Comandante Langeland —saluda formalmente Kallian en cuanto me ve. El guardia está custodiando la puerta en una posición firme mientras sostiene la empuñadura de su espada—. Parece agotado, mi señor.

—Ha sido una noche complicada, soldado —respondo secamente a través de la gravilla que siento en mi garganta.

En el fondo, sé que debería ser más amable y agradecerle haber puesto a Elina a salvo el día del ataque. Incluso por dar la voz de alarma cuando comenzó el incendio. Lleva custodiándola desde entonces y creo que no le confiaría a nadie más su protección.

Puede que sea un poco egoísta destinar un hombre a que cuide exclusivamente de ella cuando se necesita ayuda en el castillo y en las tropas, pero no hay suficientes excusas que me disuadan de intentar protegerla.

Aunque soy totalmente consciente de que podría masacrarnos bajo su magia, siento el

estúpido impulso de cuidarla. Al menos, a esa parte dolorida de su alma que no es capaz de sanar por ella misma. No todavía.

—¿Desea pasar? —pregunta Kallian indeciso sobre si hacerse a un lado.

Trato de no reflejar la urgencia por verla, de someterme al juicio de esos ojos verdes que me recuerdan al bosque y a los secretos que sé que me oculta.

Joder, me veo atraído por ella como un animal salvaje ante una trampa donde le aguarda una muerte segura. No me cabe duda de que me va a destruir en cualquier momento, consciente o inconscientemente, pero no puedo evitar ponerme bajo su cuchillo. Es jodidamente frustrante.

Sobre todo, después del incendio. Podría haberla creído cuando dijo que no había tenido nada que ver con el ataque. Yo mismo la saqué de entre las llamas, pero el incendio ha levantado sospechas. La gota que ha colmado el vaso fue la cacería de anoche y Jacón no deja de hacer preguntas sobre lo ocurrido. No sé qué más excusas inventar para protegerla.

—¿Va a entrar, comandante? —repite Kallian y comprendo un instante más tarde que no he movido ni un solo músculo para aproximarme a la puerta. Maldita sea, voy a acabar volviéndome loco por culpa de esa bruja.

—Sí. Su relevo debería llegar enseguida. —Por mucho que me tienta la idea, no puedo hacer que Kallian vigile él solo a Elina durante todo el día.

Kallian asiente y veo las bolsas bajo sus ojos, su piel más pálida que de costumbre y su posición descuidada. Quizás me excedo al pedirles que descansen poco y se sacrifiquen por su trabajo, pero estamos en mitad de una maldita guerra y, aunque todavía no hayamos comunicado nuestros planes, vigilar una puerta es lo mínimo que puedo pedirles ahora mismo a mis soldados.

Me adelanto un paso y toco la madera con los dedos. Ni siquiera sé qué voy a decirle exactamente. La pelea de anoche tensó irremediablemente lo que ambos sabemos que estallará por los aires.

Me he repetido cientos de veces que era mejor alejarme de ella, mantener una distancia que me permitiera recuperar el control de mi guardia, de mi reino y de mi maldita cabeza. Da la impresión de que desde que me reencontré con Elina he estado distraído con ella y descuidando mis obligaciones. Quizás eso sea parte de su plan y lo cierto es que se trata de un juego al que no soy inmune.

Además, está el vínculo de sangre. No puedo asegurarlo, pero si ese vínculo tiene algo que ver con mis sentimientos, es simplemente un truco. Si mi debilidad por ella es fruto de la magia, solo querrá decir que he fallado como protector del reino y de mi rey. Vencido y de rodillas por los recuerdos que tengo sobre una mujer que ahora parece distinta, aunque indudablemente la misma de hace años.

Ahora tengo demasiados problemas como para pensar en esto, pero aquí estoy. Abriendo la puerta de su habitación esperando que no me arroje un cuchillo al pecho en cuanto me vea. No sé si prefiero que me odie o que baje sus barreras y me enseñe su parte más humana. Si es que eso es posible.

—Veo que estás mucho mejor —comento entrando en la estancia.

Elina está de espaldas, recostada en un sillón con los pies apoyados en el reposabrazos y colgando en el aire. Las vendas se pegan a sus pies, recordándome lo cerca que estuve de no llegar a tiempo. Su mandíbula amoratada parece un cielo oscuro, moteado por las luces verdosas del norte.

Ella cierra tranquilamente el libro que estaba leyendo y alza esos ojos boscosos hacia mí. Podría partirme en dos si quisiera y no creo que tenga la menor idea.

—¿Vienes a ordenarme algo más? —El matiz afilado de sus palabras me rasga la paciencia,

pero me contengo.

—He venido para ver cómo estabas. —Miento en parte y ella pone los ojos en blanco.

—Si te preocupaba que huyera, te puedo asegurar que no lo haré. Dije que arreglaría esto.

—¿Y tus heridas?

—Mejorando. Gracias a Rebecca, ¿cómo es posible? Se curan demasiado rápido —inquieta entrecerrando esos astutos ojos animales.

Soy consciente de que traer a Rebecca iba a ser un inconveniente a la hora de dar explicaciones, pero no podía dejar sufrir a Elina de esa manera. Ha pasado días enteros delirado por la fiebre y me negaba a mantenerla en ese estado.

—Tiene un talento genuino, por eso es la curandera del rey. —No quiero dar detalles, pero ya puedo ver en sus ojos el ávido deseo de respuestas a las que no puede acceder.

—Me gustaría verla y agradecerle su ayuda. ¿Sabes dónde podría encontrarla? Lleva dos días sin venir a visitarme.

Trato de no reaccionar, de parecer distraído y sereno ante su pregunta. Rebecca ha atendido a Elina por petición mía, no del rey y a Artai no le gusta que se le arrebaten los dones que le pertenecen. He conseguido mantenerlo en secreto, pero que Elina comience a hacer ese tipo de preguntas solo complica más la situación.

—Ella ya ha sido recompensada por su trabajo.

—Pero me gustaría...

Sé que para Elina no es suficiente con mi explicación, pero cambio de tema antes de que ella pueda seguir hurgando en mis secretos.

—Rebecca es la sanadora del rey y está lo bastante ocupada como para no poder distraerse con visitas de ese tipo. El ataque de tu pueblo ha dejado muchos heridos. —No pretendo sonar como un auténtico capullo, pero la mirada dolida que me lanza parece decirme que eso es exactamente lo que piensa sobre mí: que soy un gilipollas.

Tengo que acostumbrarme a eso si pretendo mantenerme alejado de ella. Al menos, todo lo posible.

—De acuerdo, si la ves, agrádescelo de mi parte. —No despegas su mirada de mí y creo que pretende desafiarme, aunque no voy a caer en su trampa. No esta vez.

—Lo haré. —Sus ojos parecen decirme que no cree mi promesa, pero no replica, así que me doy por satisfecho. —He venido porque tengo algo para ti.

—¿Más gritos y amenazas? Ya tuve suficiente anoche —replica entre dientes, fulminándome.

—No, maldita sea. Es un regalo.

—¿Esa es tu forma de distraerme de lo que pasó? —Está tan a la defensiva que no puedo acceder a nuestro vínculo. Me ha bloqueado por completo.

—Haces que olvide los motivos por los que alguna vez... —Un «te quise» me baila en la lengua y, pasmado ante el hecho de que casi lo digo en voz alta, cierro los labios con fuerza. Ella se da cuenta.

El silencio arrasa con las acusaciones, con los ataques que tuviéramos preparados bajo la lengua y nos inunda los pulmones. Solo está esa expresión turbulenta bajo sus ojos. Solo están todas las mentiras. Todos los miedos que jamás confesaremos.

—¿Un regalo? —pregunta al cabo de demasiado tiempo y reparo en las quemaduras de su mano. No son tan graves como la de los pies, pero reprimo un gesto de horror al ver su piel arrugada. Esto es culpa mía.

—Ven conmigo —digo simplemente mientras le tiendo la mano y veo la duda surcar sus facciones antes de agarrar mi mano casi como si nuestro contacto le quemara.

Aunque todo lo que siento es un fuerte contraste. El suave roce de sus dedos a través de la tela me hace querer seguir adentrándome en esa piel salvaje, en esos lugares remotos que no se me permiten explorar. Reprimo mi deseo enfermizo con una maldición y me recuerdo las traiciones que la siguen a todas partes. Me conviene recordar que todos somos parte de sus intereses egoístas.

Sujeto con delicadeza sus dedos y, para mi sorpresa, no opone resistencia cuando la guío fuera de la habitación. Kallian ya no está y, en su lugar, Lucarian hace el ademán de seguimos cuando pasamos por su lado. No quiero público así que hago una señal para que nos deje solos y el guardia se queda atrás. Puedo protegerla yo solo. Además, para esto, somos ella y yo.

Elina trastabilla y se aferra un poco más fuerte a mi brazo, evidenciando su dolor y las heridas todavía frescas que la torturan. No obstante, la veo erguirse y tratar de mantener una postura firme a pesar de lo mucho que debe de dolerle. Detesto y admiro a partes iguales su orgullo.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. —Su réplica es dura y afilada, pero su cuerpo me cuenta una historia completamente distinta cuando se acerca un poco más y apoya parte de su peso en mí.

—Deberías haber cogido el bastón que te recomendó Rebecca. —Hago el amago de dar la vuelta, pero sus manos férreas me impiden moverme.

—No lo necesito.

Los dedos de Elina alrededor de mi bíceps son como una jaula construida a base de anhelo y una furia que desearía poder ignorar por mi propio bien. Está enfadada conmigo o, de algún modo, molesta. Sé que mis palabras pudieron herirla, pero no puede juzgarme por desconfiar de ella o por obedecer a mi rey. Hasta hace poco, yo era su prisionero y ella pretendía destruir el reino.

A pesar de todo, adecuo mi paso al de Elina y finjo observar los pasillos repletos de tapices aterciopelados, preguntándome si alguna vez seremos capaces de no colisionar entre nosotros. ¿Acaso este es mi castigo por querer algo prohibido?

—¿Por qué quieres hacerme un regalo? —inquire al tiempo que descendemos por unas escaleras en forma de espiral que conducen al patio de armas.

Reprimo una sonrisa al comprobar que ni el mayor de sus enfados es capaz de ahogar su naturaleza curiosa. A veces, es fácil olvidar lo mucho que hemos cambiado y otras, es tan fácil como reconocerla en cada gesto. Es la niña que conocí, pero más fría, más alerta, aunque ella, al fin y al cabo.

—He pensado que te distraería.

—Entonces sí pretendes que olvide lo que ha pasado en la cacería.

—Solo quiero que salgas de esa habitación. Que te recuperes de esas heridas y vuelvas a ser tú. Que me ayudes a solucionar esta guerra y que no te encojas de dolor cada vez que sales por esa puerta.

Si cree que es capaz de engañarme, está muy equivocada. Puede que Elina sea muchas cosas, pero antes no quería rendirse. Que sugiriese que acabara con ella cuando puso el puñal en mis manos... Realmente parecía dispuesta a acabar con todo. Necesito traerla de vuelta. No puedo permitirme perderla una segunda vez.

—Wesh, tú no lo entiendes. —susurra, con la fragilidad bailando es esos labios temblorosos que tantas veces he deseado probar.

—Al menos, déjame intentarlo —replico.

—Wesh, he estado pensando en aquello que dijiste: recomponerme. Creo que... —No la dejo acabar porque sé lo que dirá.

—Estás segura conmigo. Ese brujo no va a ponerte las manos encima.

Elina sacude la cabeza negando enérgicamente y sus ondas castañas caen sobre sus hombros, derramándose por su escote. Me he imaginado cientos de veces perdiendo el control y agarrando sus mechones en un puño, sometiéndola bajo mis manos. Ahora eso se ha convertido en un deseo inalcanzable.

—No es Brenan el que me preocupa, Wesh. —De repente, sus ojos parecen delatarla: me ha estado ocultando algo.

—¿Quién, entonces?

Me mira como si no pudiera confiar en mí y odio un poco más ese muro de distancia entre nosotros, aunque a veces es a lo único a lo que me aferro. Nada es fácil con ella.

—Nazar. —Encoge levemente los hombros cuando pronuncia el nombre en algo menos que un susurro, pero eso no tiene ningún sentido.

—Qué te ha hecho ese desgraciado —exijo saber y detengo nuestros pasos.

Aferro sus brazos y me enfrento a ella. El miedo, la confusión y la rabia se entremezclan tras sus ojos, como si creyera que puede fingir que no sé leer a la perfección ese dolor. Necesito reconocer el miedo que le enturbia las pupilas para poder arrancárselo del corazón.

—Qué te ha hecho —repito.

—No sé si recuerdas que mi padre me raptó y estuve con él muchos años hasta que pude escapar... Pues ese hombre es Nazar.

—¿Tu padre? ¿Cómo lo sabes? —Bulle en mí algo desconocido, algo que me aterra.

—Se quitó la máscara, Wesh. Lo vi y trató de estrangularme. También fue él quien provocó el incendio.

En cuanto la confesión abandona sus labios, me detesto por haberla culpado del incendio. ¿Por qué guardaría ese secreto? Esa sabandija de Nazar ha estado maquinando todo este tiempo ante nosotros, riéndose y moviéndonos como títeres. Carne de brujo podrida y pestilente que ha cubierto sus espaldas con mentiras que tapaban su hedor.

—¿Tienes pruebas? —Por algún motivo, aunque quiera creerla, si voy a acusar a Nazar de algo, necesito más que palabras.

—¿No te bastan con mis quemaduras? —pregunta ella con las mejillas encendidas de rabia. Se aparta de mí y noto su ausencia como un vacío.

—No puedo acusar a Nazar ante la corte sin pruebas —aclaro dando un paso hacia ella, pero retrocede para poner distancia entre nosotros.

—No quiero un juicio, maldita sea. Quiero marcharme de aquí —confiesa y noto un tirón en el pecho. Más sentimiento suyo que mío. Está desesperada.

—Puedo protegerte. Ya hablamos sobre esto, prometiste que te quedarías. —Hasta este momento, no había pensado que ella quisiera irse realmente.

—Muerta no podré arreglar nada. Y tú no serás capaz de protegerme de él.

Joder, esto va en serio.

—Nazar no se encuentra en la corte. Ha partido y no volverá hasta dentro de unas semanas. Tenemos tiempo de idear un plan —sugiero con los pensamientos atropellándose entre sí.

—Pensaba que no confiabas en mí y que no ibas a contarme tus planes —contraataca con crueldad, aunque percibo una mueca casi imperceptible de dolor. Veo sus grietas y algo en mí me grita que la mantenga a salvo a toda costa.

—Permíteme pensar en algo —pido incapaz de aceptar una rendición y, aunque ella asiente, no veo rastro de convencimiento en su expresión. Maldita sea, estamos jodidos.

—De acuerdo, pero no tenemos mucho tiempo —accede y, cuando me acerco a ella, duda un

instante antes de aceptar mi brazo para apoyar parte de su peso en mí.

—Puedo ayudarte, lo juro —susurro pensando en todas las formas de asesinar a ese maldito brujo.

—A pesar de todo, no te odio.

Aunque quiero girarme hacia ella y estrellarme en ese bosque de incertidumbre, la conduzco hacia adelante, apretando la mandíbula incapaz de encontrar una respuesta que no me destruya en dos.

El patio de armas nos recibe con su ajetreo habitual y, cuando llegamos a las caballerizas, Jake, el mozo de cuadra, ya nos está esperando. Elina frunce el ceño con confusión al ver a los animales, pero en cuanto Jake aparece con las riendas de Scarlett en la mano, Elina ahoga una exclamación.

El imponente caballo rojizo avanza hacia nosotros con parsimonia, dócil, paciente, y alza el cuello en un ademán orgulloso mientras esos ojos vivaces nos estudian antes de decidir que no somos un peligro. El cabello claro de sus crines está trenzado con una maestría admirable. He de reconocer que es un ejemplar terriblemente hermoso.

—Es tuya —declaro a la vez que Elina se acerca cojeando hacia la yegua y permanece a una distancia prudencial de ella—. Puedes tocarla.

—No se me da bien cabalgar, Wesh.

—No se trata de simplemente cabalgar, sino de cuidarla. Tienes que estar atenta a ella.

—Es preciosa. —Elina deja suspendida su mano a un palmo de Scarlett, mirándola sin mucho convencimiento.

La yegua roza la mano de Elina con el hocico, curiosa, y la olisquea con naturalidad. Por eso la elegí, porque es un caballo cariñoso y espero que ayude a Elina a salir de esa jodida habitación.

—Toma, dáselo. —Le tiendo un trozo de fruta y Elina se lo ofrece a Scarlett, cosa que el animal acepta con gusto.

Animal y bruja se evalúan y, al cabo de un rato, Elina se atreve a rascarle el cuello con movimientos un tanto mecánicos. Reprimó con todas mis fuerzas la sonrisa que lucha por salir a la luz cuando compruebo lo perdida que parece Elina, como si jamás hubiera tenido mucho contacto con ellos. Para mi desgracia, eso me hace verla desde una perspectiva más dulce y, joder, tengo que reprimirme para no estrechar su cuerpo y besar esa boca tentadora.

—¿No te gustan los caballos? —pregunto cuando ella se inclina hacia el animal y le susurra algo que no alcanzo a entender.

—No he tratado con ellos, son muy grandes y siempre tengo la sensación de que saben lo que estoy pensando —confiesa con una media sonrisa.

—Los animales notan la energía. Ella se llama Scarlett.

—Scarlett —repite Elina, saboreando el nombre en esos labios arqueados. Maldita sea, es imposible no rendirse a esa felicidad genuina que se apodera de ella y que sería capaz de ponerme de rodillas.

El deseo de alzar la mano y retirarle un mechón castaño del rostro se impone a todo lo demás, pero me contengo y alejo de mi mente el deseo que me corrompe cada pensamiento racional. No me muevo.

Lo más probable es que estos sentimientos sean producto del vínculo de sangre y no puedo sucumbir a ellos. He estado investigando cómo romperlo, pero no es que sea fácil encontrar esa clase de información en la biblioteca del castillo. Necesito volver a tener el control sobre mi mente.

No he sabido cómo pedirle que eliminara nuestro vínculo, sobre todo, ahora que la relación entre nosotros es tensa, pero espero que Scarlett la apacigüe lo suficiente como para que me escuche. Abro la boca en un intento de sacar el tema, pero en ese instante, el estruendo de cascos inunda el establo y mi hermana aparece por el umbral seguida de Duncan. Al parecer, han estado cabalgando.

—¡Tiara! Tienes mucho mejor aspecto, me alegro de que todo quedara en un...incidente. — La duda en la voz de mi hermana solo demuestra que no soy el único que tiene sospechas.

—La verdad es que sí, estoy muy agradecida por vuestra amabilidad al permitir que Reb... — contesta Elina con una sonrisa de oreja a oreja, pero la corto al momento justo antes de que nos meta en problemas.

—Estamos visitando a su nueva compañera —tercio haciéndome a un lado para que mi hermana y Duncan puedan admirar a Scarlett.

—Es un animal impresionante. —Mi segundo al mando entrecierra los ojos, como si supiera exactamente lo que me ha costado el caballo y de dónde lo he conseguido.

—¿Te apetece ir a pasear? —pregunta Clarisa a Elina, ignorando a Duncan.

Elina abre esos infernales ojos con emoción y me muerdo el interior de la mejilla. Maldita sea, si está dispuesta a marcharse del castillo sin recuperar a Clarisa, es que Nazar la tiene aterrorizada.

—Sería un placer —contesta Elina con una sonrisa y se suelta de mi brazo para acercarse a su hermana.

Observo en silencio sus movimientos, pero no se tambalea en ningún momento. Está haciendo un esfuerzo descomunal para no evidenciar su dolor porque sé que las heridas todavía no se han curado del todo.

No obstante, una mueca fugaz le surca el rostro, pero no trastabilla. Se mantiene firme, alza la cabeza y camina como si fuera una jodida noble. No sé si admiro su fuerza o condeno su tozudez.

—Nos veremos más tarde —digo y se alejan en dirección a los jardines.

Estamos jodidos. Nazar lo ha complicado todo, así que tengo que actuar cuanto antes o acabaremos atrapados en lo que quiera que esté planeando. Ya era un obstáculo antes de que Elina llegara a la corte, ahora la presencia de ese brujo es un peligro para todos.

—¿Qué que las dado a Lord Larsen a cambio de la yegua? La cría de este año dio solo cinco y cada uno de ellos tenía nombres y apellidos. Debes estar muy enamorado, joder. —El golpe amistoso que Duncan me da en la espalda me saca de mis pensamientos y niego para mis adentros.

—Cállate. —Lo empujo en broma, pero me siento incapaz de despegar la mirada de la espalda de Elina. Me condena con cada paso.

# ELINA

Intento no cojear cuando me acerco y agarro el brazo de mi hermana mientras atravesamos el patio de armas en dirección a los jardines de la fortaleza. El invierno ha arrasado con la mitad de la vegetación y los árboles han adquirido un aspecto decadente. Nada que ver con el vigor del que hacían gala cuando llegué aquí.

La escarcha se asienta sobre las ramas desnudas y las nubes bajas le dan un tono grisáceo al cielo, moviéndose en volutas perezosas a nuestro alrededor. Desde luego, no es mi época favorita, pero durante un instante, solo uno, imagino el bosque, a Brenan, cómo debe de haberse cubierto el suelo con un manto de hojas marchitas, imagino el olor a tierra húmeda y el calor de la chimenea de Brenan en mis mejillas. Y, maldita sea, lo echo de menos.

—¿Has salido a cabalgar con este tiempo? —le pregunto a mi hermana antes de permitir que mi mente se haga con el control de mis deseos.

Las palabras se convierten en volutas de humo en mis labios. Hace demasiado frío.

—Por supuesto, no puedo quedarme en ese castillo encerrada solo por un poco de frío. —Su sonrisa eclipsa cualquier otro pensamiento y me descubro devolviéndole el gesto. Hoy parece de mejor humor.

—¿Sales a montar todos los días?

En sus ojos azules veo el brillo de la ilusión, así que debe de entusiasmarle hablar sobre ello. Como es algo que evidentemente disfruta, atesoro en mi corazón toda la información, cada pequeño pedazo de ella que se me permite conocer.

—La verdad es que sí. Ya ves que beber té y jugar con perfumes no son mis únicos talentos. —Me guiña un ojo con ademán divertido—. Durante mí... formación, aprendí a entrenar caballos. Ahora mismo estoy con uno bastante terco, —comenta acercándose un poco más a mí.

Ni siquiera las pieles que llevamos sobre los hombros son suficientes para aislarnos de este frío demencial, pero adoro su cercanía, por lo que me arrebujó contra ella y continuamos nuestro paseo.

—¿Es complicado entrenar a un caballo? Wesh acaba de regalarme uno y no sé si... —inquiero incapaz de asimilar que ahora tengo un caballo al que cuidar.

—No te preocupes, Scarlett pertenece a una raza muy mansa, no te dará problemas —añade Clarisa frunciendo un poco los labios ante la mención de Wesh.

—¿Te resulta fácil trabajar con ellos? Me dan un poco de... respeto.

—Son unos animales maravillosos, no debes tenerles miedo. Además, entrenarlos es una experiencia increíble. Les dedicas tiempo, esfuerzo, ves cómo van aprendiendo a escucharte y terminas conociendo a cada uno de ellos. Al final, merece la pena.

—No sé si me acostumbraré a Scarlett, pero espero conectar así con ella.

Me muerdo la lengua para no seguir acribillando a Clarisa con preguntas y, antes de darme tiempo a idear un tema de conversación, ella ataca directamente.

—Mi hermano está enamorado de ti —afirma.

Lo dice como si fuera algo obvio, una verdad existente que todos dieran por hecho y fijo una sonrisa mientras la miro. Hemos representado nuestros papeles a la perfección, así que no es de extrañar que ella crea que Wesh está loco por mí.

—Soy su prometida, me preocuparía si no fuera así —comento eludiendo su mirada.

—Jamás lo había visto enamorado. —La sorpresa tiñe sus palabras y frunzo el ceño.

Para ser sincera, no he hablado con Wesh de su pasado ni de lo que ha sucedido todo este tiempo en el que hemos estado separados. No sé si ha habido alguien en su vida, si se ha

enamorado jamás. No tengo acceso a sus sentimientos, aunque ambos estemos vinculados; si es que eso tiene sentido.

Entonces pasamos junto a la muralla de la fortaleza e, inconscientemente, mis ojos viajan con rapidez hacia la parte más alejada que está siendo restaurada. Aún se puede ver la gran grieta que se abrió el día que invoqué a la tierra para salvar a Conrad.

—¿Tú qué hacías antes de venir aquí? Debes de echar de menos tu hogar.

Agradezco con toda mi alma el repentino cambio de conversación y suspiro mientras contemplo las montañas en las que se encuentra anclada la fortaleza. No quiero fingir con Clarisa, pero tengo que responder algo. Al menos, de la forma más sincera que pueda.

—En casa aprendí a usar la espada. He tenido a alguien que ha estado entrenándome durante un tiempo. —No quiero que la nostalgia se cuele en mis palabras, pero mis recuerdos me atacan con una punzada. Casi siento el sol de media tarde que nos calentaba la piel durante los entrenamientos. Sudor, furia y Brenan por todos lados.

—¿De verdad? Podríamos entrenar juntas alguna vez y así me demostrarías lo que puedes hacer. —Clarisa parece sorprendida mientras me dirige una sonrisa cómplice. Conectar con ella es tan fácil como respirar.

—Estoy segura de que serías una buena contrincante.

—No te lo pondré fácil, eso seguro —afirma—. ¿Con espadas?

—Prefiero las dagas —confieso. Mi hermana suelta una carcajada mientras niega sutilmente, como si estuviera impresionada.

—Yo prefiero el arco, pero Artai no está de acuerdo en que salga con los cazadores. No desde que comenzamos nuestra relación. Al menos, me permite seguir entrenando a los caballos. —Su ceño fruncido me desestabiliza y busco las grietas en su rostro por las que se ha colado el dolor.

He creído todo este tiempo que su vínculo con Artai era sano y de respeto mutuo, pero ese comentario me hace dudar. Sobre todo, el uso de la palabra *permitir* como si Artai tuviera derecho a decidir sobre su vida de una forma impuesta.

—¿Te ha expulsado del ejército de cazadores? —inquiero arqueando las cejas, incapaz de comprenderlo.

—Fue más una petición. —A pesar de los intentos de Clarisa por restarle importancia, veo lo mucho que le duele la situación y contengo un improperio.

—Deberías seguir en el ejército si es lo que quieres. —Es la forma más sutil que encuentro de decirlo. No sería sensato aconsejarle que mandara al cuerno al rey, aunque es lo que debería hacer.

—Si te soy sincera, no tengo muy claro qué es lo que quiero. —Cada uno de mis músculos se tensa ante su confesión y me giro hacia ella.

—¿Te refieres a la guardia?

—Me refiero a todo. Estoy... estancada entre estos muros. —Los ojos claros de mi hermana me golpean con una desesperación que conozco muy bien porque yo también estoy completamente atrapada aquí. No obstante, me sorprende su arranque de sinceridad.

—Sé de lo que hablas —digo soltando un profundo suspiro que se convierte en vaho entre mis labios. De repente, me odio por cada mentira que le he contado. No merezco esta confianza, ni ser su confidente.

—Hay días en los que me gustaría ser simplemente Clarisa. No una Langeland.

—A veces la responsabilidad puede resultar...

—Demasiado —termina la frase por mí—. Aunque desde que llegaste parece que no dejan de pasar cosas y eso nos da algo de trabajo. Desde luego, tus problemas han conseguido distraerme.

Su risa suena desenfadada, pero hay ciertas preguntas implícitas que no creo que se atreva a decir en voz alta.

—Lo del incendio... —Las excusas me bailan en los labios y mi hermana me analiza con tranquilidad.

—Wesh sugirió que lo habías provocado tú, pero apenas me atrevo a pensarlo. —Al menos, parece sincera. No soportaría más acusaciones a estas alturas.

—Debes creerme, no fui yo.

—Hay algo que me hace querer confiar ciegamente en ti. Quizás sea una ingenua por ello, pero te defendí en la reunión.

El hecho de que hayan tenido una reunión para decidir si soy culpable o no de casi morir calcinada es insultante. Me estremezco solo de pensar en qué pasaría conmigo si el consejo me encontrase culpable de haber provocado el incendio. Al parecer, en esta corte no están interesados en la verdad, sino en encontrar un culpable al que condenar.

—Gracias —digo al final apoyando parte de mi peso en Clarisa. Ya no soporto más el dolor.

—¿Estás bien? —Clarisa frunce sus cejas rubias con preocupación y sus ojos viajan rápidamente a donde estarían mis pies si no fuera por las capas de tul de mi falda.

—Creo que debería ir a descansar —sugiero sin atreverme a confesarle lo mucho que me duelen las heridas, aún después de que físicamente la piel parezca casi curada. La cicatriz no se irá jamás, aunque espero que el dolor sí lo haga.

Después de eso, Clarisa me acompaña a mi habitación y se despide con un abrazo tierno. Entre sus brazos, mientras el olor a jazmín de su perfume se me mete en la nariz, me permito relajarme e imaginar cómo sería tenerla como hermana. Sin mentiras entre nosotras.

No soy capaz de confesarle lo mucho que aprecio su cariño y me siento terriblemente culpable por engañarla de esta manera. Ella cree que soy otra persona y cada vez veo mi farsa más rastrera. Necesito arreglar todo esto.

—¡Se estaba enfriando la cena! —Dice Martha en cuanto entro en el dormitorio y viene corriendo hacia mí para quitarme las pieles de los hombros.

—Hace un frío espantoso —comento mientras mi sirvienta me señala la mesita baja que hay junto al fuego donde mi cena ya está servida. El plato de estofado despide un olor delicioso.

—Y usted, en su condición, paseando por ahí...

—Martha, no estoy enferma —recalco, pero, en este momento, ella está ayudándome a quitarme los guantes que cubrían mis heridas y detiene sus ojos un segundo más de lo necesario sobre mis cicatrices.

—Mi señora no pretendía...

—No te preocupes —susurro apartando la vista de mi piel arrugada.

No puedo odiar mis cicatrices. No puedo rechazar algo que ya forma parte de mí. Aunque tengo que aprender a aceptarlo y, por el momento, no sé si lo estoy logrando. No es fácil reconocerte cuando tu cuerpo ha cambiado, pero tú sigues sintiendo ese dolor invisible.

Por suerte, ceno a solas. Acudir a otro evento social habría sido demasiado después de todo el día andando. Además, todavía tengo que pensar en Wesh, la forma en la que parece querer deshacerse de mí y al instante siguiente se muestra preocupado por mi bienestar. Es confuso y las implicaciones de que me haya regalado un caballo... No quiero entenderlo.

Por otro lado, tengo que idear un plan para contraatacar a Nazar; no me quedará de brazos cruzados y si tengo que morir... me lo llevaré conmigo al infierno.

Además, he visto lo que Artai quiere para los brujos y sé lo que es pasarse la vida fingiendo. No deseo eso para nadie más. Las brujas no deberían esconderse o temer que las erradiquen de la

faz de la tierra. Vivir en una mentira, en una piel que no es la tuya, es como morir poco a poco. No permitiré que nadie más viva bajo el yugo de miedo que Artai quiere imponernos y, si tengo que luchar por ello, lo haré con gusto.

## 12

### NAZAR

Elina cree que lo tiene todo bajo control, piensa que es capaz de escapar de mí y protegerse tras ese soldado insignificante. Es tan dulce el amor juvenil. Se creen imparables. Lo que no saben es que muy pronto todas esas certezas que creían tener serán aplastadas por una fuerza implacable. Mi poder, mi visión de un futuro que los pondrá a todos en su lugar.

Me asquea llamarla hija. Jamás debería haber reconocido como mía a una criatura tan frágil y sentimental; aunque no puedo culparla por heredar las debilidades de su madre. Briana siempre fue muy impulsiva, cosa que Elina ha heredado a la perfección.

Todavía recuerdo cómo pataleó en el salón de baile a punto de morir, con su vida pendiendo en la yema de mis dedos. Si tan solo hubiera apretado un poco más... Sin embargo, ahora tengo planes para ella y me sirve más viva que muerta. Al fin y al cabo, es la única de mis experimentos que ha salido bien.

Abandono el castillo de noche con el pretexto de viajar a la biblioteca de Drakon para buscar información contra las brujas. Sin embargo, tomo la ruta contraria y cabalgo toda la noche. Cuando mi caballo no puede cabalgar más, me detengo en un pueblo y compro otro caballo al que también llevo al límite de sus fuerzas hasta llegar a mi destino. No tengo tiempo que perder y, cuanto más tarde en regresar, menos control tendré sobre ella y sobre Artai.

Las montañas acogen en su seno a un pequeño pueblo casi desierto que, a estas alturas, está más plagado de leyendas que de gente. Los susurros del viento se cuegan por las ventanas abiertas de las casas abandonadas y los quejidos de la madera me recuerdan a los gritos de los humanos que suplicaban por su vida justo antes de que les hundiera los colmillos en la piel y me bebiera sus agonías. Al final, les hago un favor por despojarlos de esa miserable existencia.

Ahora servirán también al reino. A mí. A mi plan de destrozarlos a todos y hacerlos pagar por sus insultos. Son marionetas bajo mis manos y, al final, se darán cuenta de ello. Cuando tenga sus corazones palpitantes entre mis uñas y les hunda los dedos a su carne putrefacta se darán cuenta de lo mal que hicieron en insultarme.

Todavía no he terminado de refinarlos, pero comienzan a ser cada vez más obedientes. Hubo un pequeño problema con ellos, pero espero poder controlarlos una vez que consiga el libro de necromancia. Tengo planes también para eso.

Estoy seguro de que en cuanto hable con él, obedecerá y hará su trabajo. Necesito ese libro y tengo algo que ofrecer a lo que no podrá resistirse. De lo contrario, tendré que comenzar desde el principio y estoy impacientándome demasiado.

Los gritos se escuchan desde aquí, rebotan en las montañas y la oscuridad que cae poco a poco entre los árboles se tiñe de desesperación cuando las voces desgarradas alzan un clamor al cielo nocturno. Qué insignificantes han sido toda su existencia y qué valiosos ahora que sus vidas

no son nada más que cenizas.

## 13

### ELINA

Despierto en mitad de la noche con las sábanas pegándose a mi piel sudorosa y la sensación de que alguien está observándome. En la chimenea solo quedan los rescoldos del fuego y el resplandor de las brasas apenas es suficiente para iluminar mi alrededor.

Fuera se escucha cómo la lluvia cae torrencialmente contra la piedra del castillo y me llevo las sábanas a los hombros para cubrirme con ellas. Aun así, un escalofrío se cuela por mi espalda y escudriño la habitación. Hay algo extraño en el dormitorio y apenas me siento capaz de volver a cerrar los ojos.

Mi respiración se acelera cuando descubro una figura observándome desde una de las esquinas oscuras, pero, por algún motivo, hay algo en mí que sabe que no debe tenerle miedo.

La figura avanza lentamente hacia mí mientras aprieto las sábanas con fuerza y cuando pasa junto a la ventana, unos débiles rayos bañan el rostro de Brenan. Contengo una exclamación y solo soy capaz de quedarme petrificada mirando su pecho desnudo hasta la cintura.

—¿Qué haces aquí?

—Dime que me añoras —ordena con un tono duro y cruel. Esa voz es capaz de condenarme, maldita sea.

—No —articulo apenas capaz de pensar.

Ha llegado junto a mi cama y sus ojos letales no se despegan de mí. Codiciosos y tremendamente profundos en una oscuridad que sé de sobra que sabe dominar. Suavemente, el colchón se hunde bajo el peso de Brenan y él avanza con lentitud hacia mí. No puedo hacer nada más que alzar los ojos hacia su imponente altura.

—Implora perdón y puede que sea benevolente. —Sus dientes afilados brillan en la penumbra y me muerdo el labio inferior cuando usa su rodilla exigente para separar mis piernas.

—No deberías estar aquí —consigo decir a través de la bruma de mis pensamientos y él suelta una carcajada siniestra.

—Vas a desear no haberte alejado jamás de mí. —Una de sus manos se enrosca en mi pelo y aprieta con fuerza, atrayéndome hacia su boca con algo violento y despiadado brillando en sus ojos. Apenas quedan unos centímetros para salvar la distancia entre nuestros cuerpos jadeantes, pero él parece disfrutar de mi agonía.

—Me usaste —declaro con firmeza.

—Te alcé como a una jodida diosa —contraataca y suspiro cuando aprieta su cuerpo contra el mío y noto cómo su excitación crece entre mis piernas, a través de la fina tela de mi camisón.

—Márchate. —Trato de liberarme de sus fuertes manos, pero no me permite moverme.

—No creo que eso sea lo que quieres. —Se muerde con malicia el labio inferior y mis ojos se atascan en su boca húmeda y disponible para devorarla.

—Brenan...

—Me gusta cómo dices mi nombre, como implorando que te toque. ¿Rogarías por mis manos entre tus piernas, *princesa*?

Estoy demasiado dividida entre las reacciones de mi cuerpo ante él y lo que sé que sería racional. Por desgracia, nunca he sido muy racional cuando se trata de Brenan y su cercanía me intoxica la mente por completo.

—Yo no ruego.

—Entonces grita en busca de perdón, porque, créeme, vas a necesitarlo. —En ese instante, mueve una de sus manos por mi pierna, rozándome los muslos en caricias lacerantes. Apenas me atrevo a moverme.

Brenan clava sus dientes en mi cuello y se me escapa un gemido salvaje de entre los labios. Las caricias de Brenan ascienden deprisa y hábiles hacia mi punto más palpitante que implora calmar la presión que comienza a acumularse sin piedad.

De improviso, sus dedos entran en mí y me muerdo el labio inferior para evitar suspirar cuando comienza a moverlos, acariciándome. Me deja a su merced y parece disfrutarlo con una sonrisa perversa en los labios que me devoran con un hambre salvaje.

De un tirón se baja los pantalones y los botones saltan por los aires. Su plenitud queda libre y me detengo un instante en contemplar lo lleno que está por mí. Quiere que me rinda ante él y estoy muy cerca de hacerlo.

—Eres una jodida mentirosa. Me pides que me marche, pero estás húmeda y excitada por mí. ¿Es que no aprendes la lección? Las mentiras te destruirán —susurra contra mi boca y sus dedos me dejan vacía y anhelante.

En ese instante, con un movimiento firme, entra en mí. Su miembro me llena sin compasión y ahogo un grito en la piel de su cuello. Sus manos aferran mi pelo y me retienen contra él, indefensa ante sus embestidas voraces que me provocan escalofríos.

Me folla como si me odiara a muerte y estoy segura de que así es. Su boca succiona uno de mis pechos mientras apoya las palmas de sus manos en mi espalda y me acerca más a su cuerpo caliente con furia. Sus dientes me muerden la piel y sus movimientos rítmicos amenazan con acabar conmigo.

—Ruega, joder —dice entre dientes mientras su boca me arranca gemidos.

No estoy dispuesta a suplicar, pero sé que, si no lo hago, voy a sufrir las consecuencias. Sale de mí y me deja fría y necesitada de más, porque todo en mí palpita de ferviente anhelo por él. Necesito que calme la presión entre mis piernas.

Aunque Brenan nunca me ha dejado insatisfecha. Por lo que desciende marcando un camino de humedad hacia mi centro y cuando su cabeza está entre mis muslos, me lame con ojos lascivos. Me arqueo contra su boca e imploro más.

—No era tan difícil, *princesa* —dice justo antes de ajustar sus manos en mis caderas para darme la vuelta.

Mi cuerpo queda inclinado contra el colchón y Brenan me embiste por detrás, llegando más profundo. Estoy a punto de perder el control y Brenan intensifica el ritmo violentamente mientras me agarra del pelo y lo envuelve en su puño de hierro.

Me obliga a alzar tanto la cabeza que mi espalda y su pecho chocan en un amasijo de placer y sudor. En esa posición, no puedo moverme contra él, pero lo deseo como nunca. Sus dedos me acarician los muslos y se mueve lentamente dentro de mí, aumentando la presión.

Cierro los ojos y solo siento cómo sus dedos se mueven en movimientos circulares y asfixiantes. Tras unas embestidas más, me desplomo bajo sus dedos y estallo en un torrente de

placer insoportable ante el que caigo como en un precipicio. Sé que puedo condenarme por esto, pero la debilidad me ha hecho consciente del control que él tiene sobre mí.

Cuando abro los ojos, estoy completamente sola en la habitación. Estoy empapada de sudor y tengo el camisón remangado hasta las caderas. Una de mis manos está dentro de mí, mis dedos frotando con fuerza y mi otra mano sostiene mi pecho en un apretón desesperado porque Brenan no está en la habitación y nunca lo ha estado.

—Joder —susurro sacando lentamente las manos de mi interior.

Puede que Brenan no esté conmigo, pero es más real que nunca.

## 14

### ELINA

El sueño me deja desestabilizada y no me atrevo a pensar en ello en los días siguientes. No quiero ahondar en mi necesidad por Brenan ni en las sensaciones imprudentes que me provoca su recuerdo. Maldita sea, soy una estúpida por pensar todavía en él. Ojalá pudiera arrancármelo de la cabeza.

Por otro lado, aunque Wesh me pidió que me recompusiera, no saco fuerza de voluntad para bajar a las caballerizas a ver a Scarlett. Sigo teniendo reparos con los caballos.

No obstante, quedarme en este dormitorio no es una opción. Llevo semanas ocupada en destruirme a mí misma, pero ahora necesito salir de esta espiral. En algunos momentos, una mano invisible ha rodeado mi cuello con sus mortíferos dedos, pero no me he rendido. Ahora solo tengo que planear cómo escapar de Nazar.

Así que me esfuerzo en levantarme de la cama y asearme. Nunca debe subestimarse el poder de un baño caliente. Sobre todo, cuando siempre me he sentido tan sucia. Y no me refiero al barro o al sudor, sino a la culpa y a la sangre que ha resbalado por mi cuchillo cada vez que lo he necesitado.

Llevo todo el día dándole vueltas a lo que dijo Clarisa sobre buscar información útil en la biblioteca y una parte de mí quiere encontrar una solución a esta guerra sin sentido, así que decido salir de la habitación.

Es un alivio saber que Nazar no está en el castillo. Para bien o para mal, eso me da algo más de tiempo para actuar y tengo que aprovecharlo en mi beneficio.

Kallian me mira sorprendido cuando abro la puerta, pero cuadra los hombros y me dedica un asentimiento de cabeza, dispuesto a escoltarme. Desde el ataque, Kallian se ha convertido en mi sombra y tengo que agradecerlo porque, me guste o no, me da una falsa seguridad que me ayuda a conciliar el sueño.

—Me apetece dar un paseo... —comento mientras él se hace a un lado para dejarme pasar.

—Hoy el día no acompaña para salir al exterior, mi señora. —La voz grave de Kallian me hace pensar en que probablemente acabe de despertarse. Siempre tiene esa voz rasposa cuando ha dormido poco, cosa que sucede a menudo.

—¿Crees que podría ir a la biblioteca? —Trato de sonar casual. Quiero parecer aburrida, no ansiosa de respuestas.

—Por supuesto. —Asiente con una medio sonrisa y se pone en marcha de inmediato.

—¿Cuánto tiempo llevas al servicio del rey? —pregunto mientras atravesamos un lóbrego pasillo. Hemos pasado tardes enteras juntos jugando al krinton, pero apenas hemos hablado nada sobre nosotros.

—Me reclutaron cuando todavía era un muchacho —comenta y trato de imaginármelo mucho más joven, sin esos ojos joviales o esa cicatriz en el rostro.

—¿Tú no eres cazador? —Pese a todo, sigo buscando información de cómo funcionan las cosas en este castillo y, si Kallian es mi única opción, no creo que pase nada por aprovecharlo.

—No, mi señora, soy soldado. Los cazadores reciben un entrenamiento diferente.

—¿Más exhaustivo?

—Más cruel. —Kallian carraspea y me doy cuenta de que quizás no es algo de lo que quiera hablar. Puede que tenga miedo a meterse en problemas.

—¿A qué te refieres?

—Desde jóvenes los recluyen en el Bosque de los Susurros y viven en un campamento con lo mínimo durante cinco años. Hay muchos que no lo logran.

—¿Y si no lo superan?

—Los mandan a los peores destinos del reino. En la cárcel de Bastiara hay muchos de los soldados que no superaron los cinco años.

—Qué horror —digo imaginándome a mi hermana rodeada de crueldad y competencia para superar esos años de entrenamiento.

—Quieren a los mejores.

—Desde luego.

Asiento, consciente de lo que habrán tenido que pasar también Artai y Wesh para llegar hasta donde están hoy. Para ellos debe de ser un honor que se han ganado con sangre. Seguramente, ese fuera uno de los motivos por los que Wesh creía fervientemente que yo era un demonio. Los han adoctrinado con fiereza tal y como dijo Nazar.

—Hemos llegado —anuncia Kallian y me detengo frente a unas enormes puertas de ébano que se alzan casi hasta el techo de piedra.

—Oye, Kallian, quería decirte que... —titubeo sin saber cómo disculparme exactamente por mi mal genio el día de la caza—, no pretendía hablarte como lo hice.

—No importa —Se encoge de hombros con sorpresa, tratando de moderar su expresión.

—He pasado por cosas que me hacen perder los nervios, pero no es una justificación. Aprecio que me escoltes y te asegures de mi bienestar. Gracias —confieso finalmente, acercándome un poco más a él.

—Es mi trabajo, señora. —Veo la sombra de una sonrisa en su rostro—. Gracias por su sinceridad.

En ese instante, comprendo que somos algo más que guardia y señora. La chispa de la complicidad crece en mi interior y le sonrío con una calidez que hacía mucho que no sentía, como si fuera capaz de confiar en él, aunque sé que sería una irresponsabilidad por mi parte.

—Adelante —dice él inclinándose hacia la entrada de la biblioteca.

Entonces, con un movimiento firme, Kallian abre las desmesuradas puertas con un susurro que promete desvelarme los secretos más oscuros de este lugar y en cuanto vislumbro el interior, me pregunto por qué no habré venido antes. Siempre me ha gustado leer, aunque no es que tuviera acceso a mucha literatura en los años que pasé con mi padre encerrada en una cueva.

Recuerdo que mi madre me narraba cuentos antiguos cuando era una niña y leía junto al fuego en voz alta para que Clarisa también pudiera escuchar las historias. Hace tiempo que no sostengo el peso de un tomo, ni he sentido el cuero de la cubierta en las yemas de mis dedos.

Recuerdo las rugosidades de las encuadernaciones y las ilustraciones en tintas de colores. Recuerdo las palabras en caligrafías antiguas y cómo pasaba el dedo sobre esos garabatos escritos a mano. No tengo duda alguna de que la biblioteca de mi hogar debió arder con el resto cuando mi padre mató a mi madre.

—Puedes pasar. —Kallian me observa desde la entrada de la biblioteca. Todavía no me he movido del sitio.

A través de las puertas abiertas, contemplo los estantes repletos de libros que me esperan como un secreto expuesto a la vista de todos y sonrío, incapaz de ocultar mi nerviosismo. Adoro los libros.

La sala está tenuemente iluminada por unos faroles que no despiden luz suficiente para desvelar los títulos ocultos entre las sombras. El polvo lo recubre todo y huele a cuero y, muy a mi pesar, a una falta de buena ventilación. No obstante, me adelanto un paso.

—¿Me esperarás? —pregunto a Kallian sin saber si abalanzarme hacia el interior de la biblioteca.

—No lo dudes. Estaré aquí —promete él y le lanzo una sonrisa de agradecimiento justo antes de entrar.

Se trata de una sala sin ventanas, oscura y siniestra en la que me recibe un escritorio vacío. Como no sé por dónde empezar, decido coger uno de los farolillos que cuelgan de los ganchos en las paredes y me adentro rápidamente por el primer pasillo silencioso que encuentro.

Es como si no hubiera pasado nadie por aquí en cien años. La capa de polvo que lo cubre todo es prueba suficiente del poco uso que debe darse a los libros en este castillo.

Vago un rato por las estanterías. Por suerte, están catalogadas por conocimientos e indicadas en pequeños carteles de madera. Encuentro de todo. Hay libros sobre leyendas populares, también hay libros de recetas e incluso encuentro los nuevos tratados escritos por Taranis en contra de las brujas.

Recorro los pasillos sin saber exactamente qué es lo que busco hasta que termino en un pasillo sin salida. Al fondo, hay un tapiz del Santo, de nuevo, con la cabeza de una bruja entre las manos. Es grotesco. Las puntadas de hilo rojo se asemejan mucho a la sangre y lo contemplo durante un instante con ganas de rasgarlo y lanzarlo lejos.

Estoy cansada de ese desprecio ciego. Suspiro sopesando si volver por donde he venido y quizás leer los disparates que debe haber escrito Taranis en su tratado cuando una corriente de aire helado me acaricia los brazos y doy un respingo.

Frunzo el ceño porque no hay ni una sola ventana en toda la sala y el único paso de aire debería ser la puerta de entrada de la que estoy más que lejos. El tapiz se mece con esa misma corriente y frunzo el ceño, acercándome más para apartar la tela tras la cual descubro una puerta de madera. Está cerrada y bloqueada; es más que inquietante que la hayan ocultado.

Debe de haber algo detrás de ella que merezca la pena lo suficiente como para querer mantenerla oculta. Una parte de mí sabe que mi impulsividad jamás me ha traído nada bueno, pero la otra parte ya ha sacado la daga oculta bajo mi falda.

Me agacho rápidamente y suelto el farolillo en el suelo para maniobrar mejor con mi daga. Forcejeo con el metal tanto tiempo que acabo sudando y, desde luego, la cerradura no se abre.

No he tenido mucho tiempo para practicar mis dotes de allanamiento. Sin embargo, sé que no puedo marcharme de aquí sin descubrir qué es lo que hay tras esa puerta, por lo que sigo insistiendo hasta que oigo un clic milagroso. Mi respiración se detiene y observo cómo la puerta cede ligeramente.

La empujo con la mano hasta que se abre del todo para dar paso a una habitación sumida en

una completa oscuridad. Alzo mi farolillo del suelo y, aunque emite una luz débil, unas estanterías carcomidas repletas de libros se iluminan en el interior de la habitación secreta.

Los tomos parecen más antiguos que los demás volúmenes y las cubiertas resquebrajadas me dan una pista de su antigüedad. Si alguien me descubre, podría meterme en más problemas, así que coloco el tapiz en su sitio y pongo un pie dentro de la helada habitación.

Hay algo que me llama peligrosamente a echar un vistazo y no puedo simplemente ignorar esta sensación de necesidad por obtener respuestas.

Podría encontrar cualquier cosa en estos libros. Desde la información sobre la relación que tenía mi madre con la familia real y descubrir qué es lo que nos unía, hasta secretos sobre Artai o la historia de este reino. Solo deseo encontrar las respuestas de las que me han privado toda mi vida.

Cojo un tomo entre las manos y leo el título: *Historia de Los Reyes*. Se trata de un listado interminable de todos los monarcas que han pasado por el trono del Reino Dorado. La lista infinita está repleta de fechas que se remontan hasta más de quinientos años atrás, cuando todavía el reino apenas estaba delimitado y la Guerra del Norte no había sido vencida para anexionar los territorios de la laguna Dorada al reino.

A la mención de los reyes que comandaron esas guerras, se suman los nombres de los guerreros que ganaron las batallas para sus monarcas, además de los territorios que conquistaron. Hay listados de muertes, heridos y supervivientes de las más de seis guerras en las que se ha visto involucrado este reino a lo largo de los siglos. Las listas especifican los títulos de las familias nobles que fueron fieles a la corona y quién ha ido ascendiendo al trono durante los años.

Si tengo que ser sincera, durante mi niñez en la fortaleza estudié algo de historia junto a Artai, Wesh y Clarisa, pero no tiene nada que ver con lo que encuentro aquí. Hay guerras olvidadas y momentos que jamás he oído mencionar. Ni siquiera cuando mis padres vivían.

No obstante, este manuscrito las menciona a todas: La Primera Guerra de los Reyes, La Batalla Dorada e incluso La Guerra Sangrienta contra las brujas, aquella que Artai mencionó el día de la cacería. Por desgracia, no se especifica apenas nada. Jamás hubiera imaginado que nuestro reino se viera agitado por tanta brutalidad. Por lo visto, hemos pasado siglos enteros matándonos entre nosotros.

Me entra la curiosidad y busco a Artai en el libro, pero no lo encuentro. Como hay varios tomos, busco el más reciente y sigo pasando nombres y fechas hasta llegar al listado donde primero aparece el rey Haco. Está anotada la fecha en que se casó con la difunta reina Saster y se añade la fecha de nacimiento de Artai, sucesor al trono.

La lista continúa solo unas líneas más enumerando las casas nobles que les juraron lealtad y, entre ellos, descubro el apellido de Wesh: Langeland. Bajo ellos, mi apellido aparece desgastado, con tinta oscura y el nombre de mis padres como familia que les juró lealtad: Nordvik. A su lado, aparece la fecha en la que murieron.

Reprimo las lágrimas mientras paso la yema del dedo por encima del nombre de mi madre y me pregunto, como tantas veces he hecho, porqué renunció a su poder por un mortal. ¿Cómo fue capaz de renunciar a ser una bruja invencible para convertirse en una noble que cultivaba plantas en la parte de atrás de su casa? De lo contrario, probablemente todavía estaría viva.

No quiero ser quien la juzgue, pero me parece un desperdicio. Desde mi punto de vista, yo no sería capaz de renunciar a mi poder por un hombre. Ni siquiera por el amor de mi vida.

Alejo de mi mente esos pensamientos que solo conseguirán hacerme llorar y me centro en el tomo que tengo entre las manos. La lista continúa solo cinco líneas más hasta que la siguiente

aparece emborronada. Ni una sola de las páginas que llevo consultadas ha sido tachada. Ni una sola. Salvo esta.

La luz del farol es insuficiente para tratar de leer lo que hay debajo de los tachones de tinta negra que apenas dejan adivinar lo que hay debajo. No quiero arriesgarme a acercar la vela al libro por si accidentalmente le prendo fuego a la biblioteca entera. Con los siglos que tienen los manuscritos, apuesto a que un suspiro sería suficiente para que un fuego feroz devorase cada volumen olvidado.

Por otro lado, si saco este libro de la biblioteca, seguramente alguien me hará preguntas sobre cómo lo he conseguido y apuesto a que, por muy amable que sea Kallian, no va a acceder a mi plan de robar un libro para inspeccionarlo tranquilamente en mi habitación.

Calculo que, en algún momento, Kallian vendrá a buscarme y tengo poco tiempo para decidir qué hacer. Mis opciones son muy limitadas. Por descontado, sé que el tachón es indescifrable. Quien lo haya emborronado se encargó de que no se descubriera lo que había escrito. Incluso la página siguiente ha sido arrancada.

Ni siquiera lo pienso cuando cojo el tomo con firmeza y lo acomodo bajo mi brazo. Me apresuro en volver a cerrar la puerta con cuidado de no hacer ruido y coloco el tapiz en su lugar, como si no acabara de encontrar un archivo secreto.

Sostengo con una mano el libro y con otra el farol y trato de caminar lo más rápido que mis heridas me permiten hacia la salida. Estoy tan cerca que puedo ver la oscura madera desde mi posición.

—¿Qué llevas ahí? —pregunta una voz rasposa.

## ELINA

Me giro rápidamente con el corazón a punto de estallarme en el pecho por el nerviosismo. Una figura encorvada me mira desde el escritorio apenas iluminado que antes estaba vacío. La barba del anciano se pierde bajo el asiento y contemplo con culpabilidad cómo se levanta para acercarse a mí.

—Nada, es solo un libro que he encontrado. Me gustaría llevármelo —digo atropelladamente pegando el tomo contra mi pecho mientras él llega hasta mí con una leve cojera.

—Debes notificar cada volumen que saques. Es la biblioteca real. —Maldita sea, ni siquiera había visto al bibliotecario al entrar. No sabía que estaría vigilando la puerta.

—Pues le notifico que me llevo este libro, señor. —Trato de fingir que soy una noble consentida que no da explicaciones a nadie, pero el anciano ya está alzando sus temblorosas manos hacia mí para que le entregue el volumen.

—No es así como funciona. —Sus dedos se ciernen sobre el lomo y pienso rápidamente una solución.

Podría echarme a correr, pero robarlo no es una opción. Kallian me detendría enseguida. Puedo entregárselo al anciano, pero entonces sabrá que he descubierto la habitación.

—¿Sabe qué? He cambiado de opinión —comento alejándome tanto como puedo de él y regreso al pasillo del tapiz con rapidez, alejándome de esas manos huesudas.

—¿De dónde has sacado ese libro? —Escucho su voz distante y decido esconder el registro detrás de un volumen enorme sobre herbología.

Escucho los pesados pasos del anciano y me apresuro a esconder el tomo. No creo que el bibliotecario sea capaz de llegar a este estante, menos aún descubrirlo en la oscuridad del pasillo, así que trato de recolocar los libros con urgencia.

—¿Mi señora? —Sus pisadas están demasiado cerca y creo que mi corazón va a saltar en cualquier momento por la ansiedad.

Me tiemblan las manos mientras escojo rápidamente otro libro al azar y, en cuanto me doy la vuelta, el anciano dobla la esquina y viene hacia mí con ojos entornados. Espero que no me haya visto. Sostiene un farol a la altura de su nariz y mira a mi espalda. Directamente hacia el tapiz como si quisiera comprobar que no he descubierto la habitación.

—¿No le ha gustado el libro que ha escogido? —Apuesto a que se ha dado cuenta y su tono revela que sospecha de mí.

No puedo poner en peligro mi maldita seguridad en este castillo antes de tener la oportunidad de marcharme y si descubren que sé algo que probablemente ellos se esfuercen por ocultar, no quiero ni pensar en lo que harán conmigo.

—No me convencía. Mi prometido no aprueba ciertas lecturas. —Opto por hacerme la

inocente, como si fuera lo bastante tonta como para no pensar por mí misma. A los que se consideran a sí mismos demasiado inteligentes, les gusta pavonearse de su superioridad intelectual.

—Ya veo, no se decide sobre qué escoger... —La sonrisa desdentada que me dedica el anciano hace que me estremezca.

—Eso es, estoy algo abrumada —corroboro mientras se acerca más a mí. Quiero hacerme a un lado y pasar, pero el bibliotecario ocupa la vía de escape.

—Creo haber visto que tenía un tomo muy peculiar, mi señora. ¿Dónde lo ha colocado?

*Joder. No hay forma de salir de esta.*

—No sé a qué se refiere, lo he dejado donde lo encontré. Aquí mismo. —Señalo otro libro que creo que se le parece y el bibliotecario niega con la cabeza.

—Siento decirle que no es ese. —Sus ojillos acuosos brillan reflejando la luz del farol y opto por marcharme. No puede reprocharme nada si me voy sin ningún libro, así que dejo en la estantería el que había escogido y trato de salir del pasillo.

—Me marchó, quizás en otra ocasión elija algo —murmuro intentando pasar por su lado, pero el anciano no se aparta.

En ese momento, el bibliotecario pone sus manos en mis hombros y aprieta con una fuerza asombrosa para alguien con una apariencia tan insignificante. Me llega el olor a rancio de su ropa y arrugo la nariz tratando de zafarme de él.

—Dónde lo has puesto. —Sus ojos ya no son amables y su agarre se intensifica.

Forcejeamos hasta que me empuja y me estampa contra una de las estanterías que tiembla por el golpe. El choque me hace daño en la espalda cuando me clavo la madera de la estantería, pero me recupero rápidamente y trato de salir del pasillo.

—No creo que puedas ir a ningún sitio.

—Ya lo creo que sí —replico a punto de gritar.

Esquivo esos dedos esqueléticos y consigo pasar, pero en el último instante, me agarra del pelo y tira de él hacia sí. Es como si me clavaran un millar de agujas en la cabeza. Reprimo un grito de dolor y, sin pensar, me doy la vuelta y lanzo un derechazo contra el rostro descompuesto del hombre.

Al parecer, no se lo esperaba porque cae de espaldas contra el suelo con un golpe sordo y seguramente pierda la consciencia. No es solo él quien cae, sino también el farol que llevaba en la mano. Los cristales de la lámpara se rompen, el aceite se derrama por el suelo y, al cabo de un instante, una llamarada ilumina el pasillo.

*No, no, no.* Me quedo paralizada durante un momento, aterrada por el calor de las llamas, pero sé que debo hacer algo. Me debato entre apartar al hombre del fuego o salir para avisar a Kallian, pero no puedo simplemente dejar que este anciano arda vivo.

—¡Kallian! —llamo a gritos con la esperanza de que me escuche y agarro los pies del bibliotecario. Tiro de él con todas mis fuerzas para sacarlo del pasillo al mismo tiempo que las llamas ascienden a una velocidad vertiginosa por la estantería.

Invoco mi magia y extingo despacio las llamas más altas que ya devoraban los libros de la parte de arriba de los estantes. Me acerco a ellos y veo el tomo resplandeciente que he robado de los registros. Ni siquiera lo pienso cuando lo cojo a la vez que trato de extinguir el fuego. Un sudor frío me recorre la espalda y maldigo por lo bajo. Hace tiempo que no practico.

—¡O'Brien! —Kallian grita mi falso apellido con un pavor genuino y, al instante, dejo de trabajar con el fuego. Como consecuencia, las llamas se reavivan calentándome las mejillas.

—¡Aquí! —grito saliendo de nuevo del pasillo para encontrarme a mi guardia con el rostro

pálido y los ojos desorbitados.

—Se ha roto un farol —explico.

Mi guardia asiente rápidamente y se quita la capa para lanzarse a las llamas, intentando extinguirlas lanzándoles la prenda encima para ahogarlas.

—¡Maldita sea, sal de aquí! —grita Kallian entre el humo.



La capa no ha sido suficiente para apagar las llamas y los soldados se han movilizado para transportar cubos de agua desde las cocinas hasta la biblioteca.

Lo más sensato habría sido marcharme a mi dormitorio, pero no he obedecido a Kallian y me he quedado en el pasillo, oculta tras las cortinas de una ventana. Esperando a Kallian, incapaz de soportar la idea de que le pasara algo por mi culpa.

Tardan un tiempo en apagar el fuego, incluso a pesar de que invoco a mi magia y controlo las llamas intentando aplacarlas de forma sutil para que nadie se dé cuenta. Los guardias corren de un lado para otro con las mejillas manchadas de ceniza y el olor a quemado se me mete en las fosas nasales, mareándome.

Al final, se llevan al bibliotecario todavía inconsciente. La sala se despeja de guardias y la biblioteca recupera el silencio del que gozaba antes de que yo apareciera.

Ha sido un fallo que me costará muy caro.

Compruebo la veracidad de ello cuando Kallian sale de la biblioteca con las mejillas llenas de hollín y cenizas. Su cabello está despeinado, la cicatriz de su rostro parece haberse abierto y esos ojos joviales no tienen su habitual brillo divertido. Nada más alzar la mirada, me encuentra esperándolo y chasquea la lengua.

—Deberías haberte marchado. —Cualquier formalismo en su voz ha desaparecido.

—No quería que te sucediera nada —susurro asimilando la nueva forma en la que me mira. Como si tuviera que temer algo de mí.

—¿Estás bien? —inquire, analizándome despacio.

—¿Y tú? Estás sangrando...

—No soy yo por quien deberías preocuparte. —Parpadeo despacio ante su insinuación y su forma de tutearme.

—Kallian, ha sido un accidente. Tienes que creerme.

—Dos incendios, mi señora. —No hace falta que diga nada más. El mensaje está claro.

Después de eso, me escolta a mi habitación y no hace preguntas sobre el libro que llevo entre los brazos. Huele a humo y a enfado, pero me alegro de que esté a salvo.

## 16

## ELINA

Wesh cierra la puerta de mi dormitorio con una furia contenida que conozco demasiado bien. No me resulta difícil ver la rigidez en sus hombros mientras se acerca a mí despacio, como si no estuviera muy seguro de qué hacer.

Deben de haberle informado sobre lo sucedido porque parece furioso y aprieta la mandíbula tanto que puedo ver sus huesos tensos contra su fina piel. Las venas de su cuello se hinchan al mismo tiempo que esos ojos grises se enroscan en mis entrañas.

No sé si debería disculparme, pero estoy segura de no poder evitar la pelea que ambos tenemos en la punta de la lengua. Creo que hemos llegado tan lejos solo para descubrir que

podríamos odiarnos de nuevo, como si nada de lo que ha pasado estas últimas semanas tuviera la más mínima importancia. Él es un veneno que estoy dispuesta a probar, pero no dejaré que me consuma.

—Me han informado de lo que ha pasado en la biblioteca.

—No he tenido elección.

—Has atacado a un bibliotecario, has quemado archivos irremplazables. Podrían considerarlo un ataque en toda regla.

—Ha sido un accidente. Sabes que no soy el enemigo —susurro tragándome el orgullo para defenderme a mí misma.

—¿Cómo puedo estar seguro? ¿Juras por tu vida que esto no es otro truco para acabar con nosotros? Has demostrado ser una egoísta en muchas ocasiones. ¿Acaso lo haces para torturarme?

Nuestro vínculo vibra con fuerza entre nosotros y percibo su rabia.

—No ha sido premeditado, Wesh.

—Júralo. Júrame que puedo confiar en ti, que no me degollarás por la espalda. No puedo seguir a tu lado si no me das garantías, Elina.

—Te prometo que no tenía planeado esto. Solo estaba investigando. Ha sido un accidente con muy mala suerte.

—¡Pues me cuesta creerte! Por el Santo, ¡golpeaste al bibliotecario! —Alza las manos con gesto incrédulo y tengo que admitir que es complicado de explicar.

—¡Intentaba hacerme daño! —Ni siquiera pienso en lo ridícula que sueno antes de decir las palabras.

—¿Qué pasó? —exige saber y, por alguna razón, sé que no puedo contarle la verdad o me obligará a entregarle el libro.

No quiero tener secretos con él, pero está claro que yo no soy su prioridad aquí y me conviene recordar que yo tampoco puedo confiar en él del todo.

—No le pareció bien mi elección —digo sin más, encogiéndome de hombros.

—¿Es una puta broma? ¿Y por eso lo golpeaste y prendiste fuego a la biblioteca? —Su risa sarcástica es un aviso de que no me cree.

—¡Fue un accidente!

—No se golpea a alguien por accidente, ¿crees que puedes mentirme?

—¿Qué iba a ganar yo prendiendo fuego a esa biblioteca? ¡Quiero ayudar a arreglar esto!

—¡Te has cargado ejemplares únicos!

—¡No sabía que ese viejo miserable iba a ponerme las manos encima!

Ante mis palabras, Wesh parece detenerse. En realidad, todo en él se detiene: su respiración se queda atascada en sus pulmones, sus ojos se anclan en los míos y esa rabia ciega que temblaba en nuestro vínculo, se sosiega un poco. No demasiado, pero sí suficiente.

—¿Eso es cierto? —Sus palabras salen muy despacio, amenazadoramente lentas.

—Pues claro que es verdad.

Debe de ver la sinceridad en mis ojos o se cansa de aguantarme la mirada porque aparta sus ojos de mí y suelta un suspiro derrotado. Al parecer, este es el final de nuestra pelea, aunque sea momentáneamente.

—Me consumes, joder.

—Lo siento. —Cedo y me disculpo porque será lo único que aplaque su rabia, aunque sé que no confía en mí.

No obstante, mis disculpas parecen mitigar su enfado y, aunque no aleja su mano de la

empuñadura de la espada, ya no parece a punto de abalanzarse sobre mí y pedirme que confiese cada uno de los pecados que no tengo intención de cometer.

—¿Estás bien? ¿Estás herida? —Su pregunta me sorprende, teniendo en cuenta que ha entrado aquí con acusaciones y sospechas.

—Sí, he salido ilesa.

—Eso está bien, no soportaría...

—No estoy herida, Wesh.

Mis deseos más primitivos me suplican que me acerque a él. Solo necesito consuelo y olvidar que no puedo escapar de mi propia piel. Sin embargo, su postura tensa me advierte que no es una buena idea y decido mantener las distancias. Además, debo recordarme que bajar mis defensas con él solo evidencia mi debilidad.

—Elina, intento mantenerme alejado de ti, pero me lo pones difícil.

—¿Serías más feliz si me fuera? —ataco solo por ver su expresión de fastidio.

—No he dicho eso. —La dureza en sus palabras podría aplastarme, pero aun así, aguanto sus palabras.

—Y a pesar de todo ambos sabemos que todo sería más sencillo.

Señalo el espacio vacío entre nosotros y una risa amarga consigue escaparse de mis labios. Wesh no lo niega y eso me hace sentir insignificante.

—No quieres esto. —Signifique lo que signifique «esto» está claro que lo complica todo.

Sería mucho más fácil no tener que preocuparme por sentimientos que consiguen hacerme sentir indefensa. Expuesta. No tengo control sobre ellos y no me gusta. Además, técnicamente ni siquiera podemos sentir nada el uno por el otro. Porque, al contrario que mi madre, no pienso renunciar a mi poder. He sufrido torturas y he luchado por ser la bruja poderosa que siempre aspiré a ser y no le daré la espalda a eso. Ni siquiera por Wesh.

—No vas a responder. —Busco desesperada una excusa para estallar, para gritarle y olvidarme de lo mucho que esos ojos grises me hacen temblar.

—¿Quieres que confiese algo que ya sabes?

—Solo dime que no quieres esto. Necesito escuchártelo decir.

—Pues no puedo darte el gusto porque, por mucho que me saques de mis casillas, no te mentiré.

—¿A pesar de todo lo que he hecho?

—A pesar de todo, maldita sea. Te deseo. Cada centímetro de tu piel pagana y cada resquicio de tu mente quiero que me pertenezcan solo a mí, pero sé que no puedes ser enteramente mía. No puedes ser enteramente tuya. Porque finges y no quiero ser el responsable de encadenarte a eso.

—Hemos sido más mentiras que verdades desde que nos reencontramos en el bosque —susurro incapaz de entender la magnitud de su confesión.

—No todo es mentira —musita adoptando un deje agresivo, inclinándose hacia mí y el olor fresco de su perfume me rodea, desestabilizándome.

Y, aunque me aterra considerar nuestra historia como si solo hubiera sido un teatro, no digo nada.

—Jamás he sentido nada más brutalmente real, pero veo cómo te consume estar entre estos muros —continúa él, clavándome esos ojos como frías estacas de plata en el pecho.

Voy a contestar con cientos de comentarios hirientes, miles de réplicas que solo sabrán a tierra en mi boca porque, diga lo que diga, no puedo negar lo que Wesh acaba de decir.

No soy capaz de renunciar a mi magia ni a mi identidad y sé que no puedo seguir engañándolos a todos. Incluso a mí misma. No es la primera vez que pienso en marcharme, pero

cada vez tengo más claro que este no es mi sitio, por mucho que desearía que lo fuera. Solo tenemos que buscar una solución a lo de Nazar, poner a salvo a los aquelarres y después no miraré atrás.

—Wesh, no puedo decirte que me quedaré aquí.

—Lo sé. —El dolor en sus ojos lacera cada lugar de mi cuerpo en el que se posan y me estremezco solo de pensar en los momentos robados que tenemos. Desearía tener las certezas adecuadas, pero estoy sola ante un abismo que me aterra.

—He pensado en marcharme después de todo —confieso.

—No deberías. —Su maldito intento me exaspera.

—Es lo único que debería hacer. —Y ambos sabemos que es verdad.

—Estamos vinculados, no hay sitio al que puedas marcharte a donde no pudiera encontrarte gracias a este destino caprichoso. —Wesh se acerca a mí y trato de no quebrarme ante a su cercanía, pero el calor de su cuerpo es un lugar seguro. Al menos, solía serlo.

—No diría que este caos sea responsabilidad del destino. Es culpa nuestra.

—Una culpa que asumo con gusto —susurra inclinándose hacia mí y sus labios quedan peligrosamente cerca de los míos.

Sé que no tengo derecho a esto, pero estoy cansada y necesito que alguien me sostenga, aunque sea durante un instante.

Wesh parece dudar durante un momento sin dejar de analizarme, ávido por encontrar mis grietas para introducirse por ellas y hacerlas suyas. Entonces pasa sus brazos a mi alrededor y me abraza, aferrándose contra el calor de su pecho. Firmeza y estabilidad bajo la palma de mi mano.

Sus brazos se convierten en un muro de seguridad en el que me relajo y aspiro su aroma a polvo y lluvia. El latido de su corazón rebota en mi pecho y, a pesar de todo, me siento tentada a olvidar que él elegiría al reino por encima cualquier otra cosa.

Una de sus manos asciende en una caricia íntima hacia mi pelo y sus dedos se enroscan en mi nuca, descargando un escalofrío por mi columna vertebral. Noto cuándo suspira y me acerca aún más a él, eliminando cualquier resquicio de aire que pudiera habernos separado.

Me pregunto si esta es su forma de dinamitar toda la tensión que se ha formado entre nosotros a lo largo de los días, pero no quiero que acabe. Una parte oscura de mí desea sucumbir a él por razones equivocadas, sobre todo, cuando se separa unos centímetros para poder mirarme desde su altura.

—No vuelvas a intentar prenderle fuego a mi hogar —musita.

—Lo intentaré —digo tan cerca de sus labios que siento el roce invisible de su boca.

Alzo los ojos a ese cielo nublado, a esas pupilas que me imploran cosas que sé con certeza que no puedo darle. Quizás en otra vida habría sido lo correcto, pero yo no puedo darle la seguridad que él necesita y él nunca confiará en mí del todo. No obstante, sus brazos no dejan de rodearme, ni sus ojos de estudiarme.

No puedo pensar en otra cosa que no sea su cuerpo presionándose sobre mí y en la forma en la que sus dedos irreverentes se enroscan en mi pelo. Un suspiro separa nuestros labios y sé con certeza lo cerca que estoy de destruir ese rincón oscuro de mi mente.

—Me he rendido a tus pies, Elina...

La voz de Wesh está muy cerca de la desesperación, como si no pudiera hacer nada por evitar esto que ha surgido, pero yo tengo que aplastarlo. No puedo.

—Merecemos poder ser reales —digo.

—¿No lo estamos siendo?

Sus manos se apoyan en mi espalda y un escalofrío de anticipación me recorre hasta la punta de los pies. Los dedos de Wesh prenden fuego a cada rincón de mí que tocan y apenas puedo soportar que sus manos se afiancen en mis caderas, apretándome contra su cuerpo. Siento su deseo a través de la tela de sus pantalones y creo que estoy a punto de perder la batalla.

Entonces, como aquella vez en la que casi nos besamos, un ruido nos sobresalta. Los golpes de la puerta truenan en mis oídos y Wesh se pone rígido bajo mis manos. Es como si una brisa gélida acabara de envolverlo y, aunque no me aparta, sé que el momento que compartíamos se ha quebrado y no podemos recuperarlo.

—Maldita sea... —gruñe entre dientes y los golpes se vuelven más insistentes.

Wesh se aleja con suavidad, lanzándome una mirada que me recuerda todos los errores en los que podríamos haber estado a punto de caer. No obstante, se incorpora, peinándose con los dedos el cabello desordenado que cae sobre su frente con rebeldía.

Sus labios se curvan en una sonrisa fugaz, pero rápidamente se pone esa máscara de seriedad y firmeza que le he visto tantas veces y se dirige a la puerta sin mirar atrás. Me siento vacía mientras Wesh se aleja. Quizás haya sido una señal del destino que me recuerda todas las malas decisiones que no debo cometer.

El chirrido de la puerta al abrirse me distrae, y Duncan carraspea en cuanto me ve parada en mitad de la habitación. Con la puerta entreabierta, ambos comparten susurros acalorados sobre algo que no alcanzo a escuchar, hasta que Duncan se marcha con un asentimiento tenso.

Cuando Wesh se da la vuelta hacia mí, parece preocupado. Sé que me dijo que no confiaba en mí lo suficiente como para contarme lo que estaba sucediendo, pero la necesidad de conocer los detalles me corroe por dentro.

—¿Ocurre algo? —No quiero parecer ansiosa, pero cualquier información puede resultar útil.

—Artai me ha mandado llamar, así que tengo que irme. Es una reunión urgente. —Ni siquiera me mira mientras lo dice, sino que se fija en un punto indeterminado, como sumido en una tormenta de pensamientos a la que solo él tiene acceso.

—¿Ahora?

—Sí, es el rey. Él no espera —comenta con la indecisión bailando en sus ojos.

Dirige sus pasos hacia la salida y, en el último momento, se da la vuelta para mirarme un instante. En sus ojos leo un anhelo latente, pero ambos sabemos cuál es su lugar en este castillo y, por mucho que nos una, Wesh siempre antepondrá su reino a cualquier otra cosa.

Cuando desaparece por la puerta, me levanto rápidamente y saco el libro que robé de debajo de la cama. Todavía tengo muchos datos que revisar y, desde luego, necesito una distracción.

En cuanto abro el libro, un trozo suelto de papel se desliza entre las páginas y cae sobre el colchón de mi cama. Lo contemplo con manos temblorosas y despliego el manuscrito sin atreverme a respirar fuerte, lanzando una mirada asustada hacia la puerta por si Wesh decidiera volver.

El papel amarillento se despliega ante mí y leo:

*«...y, aunque la nobleza trató de ignorar este hecho, muchos todavía recuerdan el rapto del heredero al trono cuando todavía era un bebé. Su asesinato fue una pieza clave que determinó la tregua entre especies, pero que también aumentó el descontento con el rey Haco. El heredero siempre será recordado por traer la paz, pero también un deseo de venganza que no se extinguirá hasta ser saciado. Todos recordaremos a Aster Castlemore, Emperador Legítimo del Reino Dorado que fue secuestrado y asesinado por los brujos a los tres meses de edad.»*

Releo el párrafo, al menos, cinco veces antes de volver a guardar el manuscrito entre las páginas del libro. ¿Por qué los aquelarres harían eso?

## WESH

Todavía noto cómo la erección me presiona los pantalones mientras salgo de la habitación de Elina. Si tuviera tiempo de reaccionar, me avergonzaría por haberme permitido a mí mismo algo así estado de guardia, pero ahora tengo que acudir a la sala de reuniones para descubrir qué mierda está pasando en este maldito reino que se tambalea incansablemente.

Si no son los brujos tratando de matar al rey, son los nobles quejándose porque no tienen suficiente mano de obra para los cultivos que cada vez son más escasos y ahora esto. Una plaga.

Duncan no ha dado detalles, pero parece que la situación es lo bastante alarmante como para necesitar una reunión urgente del consejo. Gracias al cielo, Nazar no se encuentra en el castillo por su viaje a Drakon para su supuesta investigación. De lo contrario, lo complicaría todo más.

Ojalá esa sabandija no vuelva jamás de a dondequiera que haya ido. A estas alturas, ni siquiera creo que realmente haya ido a la biblioteca de las montañas. Según dijo, buscaba la forma de combatir a los brujos, pero teniendo en cuenta su farsa, apuesto a que está buscando la manera de destruirnos desde dentro.

Avanzo por el pasillo y cuadro los hombros, asegurándome de que la armadura esté en su sitio. No quiero pensar en la mirada acusatoria que probablemente me lance Duncan en cuanto entre en la sala. Ambos sabemos qué estaba haciendo en la habitación de Elina y no sé si puedo justificar ese comportamiento. Cuando la tengo cerca es como si toda lógica se esfumara de mi puta cabeza.

He ido a sus aposentos a buscar respuestas sobre el incendio y casi acabo destrozándole el vestido por la desesperación de tocar esa jodida piel pagana.

Esta atracción debe tener algo que ver con nuestro vínculo de sangre, porque no es nada que haya sentido jamás, ni siquiera algo que me crea capaz de controlar a estas alturas. Es un veneno que me corrompe la mente para no poder pensar en otra cosa que no sea en ella. En esos ojos verdes. En esa maldita boca provocadora. Debería arder en el infierno por mis malditas traiciones, joder.

—Todavía me sorprende que hayas sido capaz de enamorar a una dama, Wesh. Tus modales no son nada refinados —comenta Jacón un momento después de entrar atropelladamente en la sala y sentarme en la silla que normalmente ocupo sin saludar a los presentes.

—Creía que era una reunión urgente. No hay tiempo para formalismos —replico rápidamente, inspeccionando desde lejos las cartas que se amontonan frente a la silla vacía de Artai. Parece que hemos recibido noticias.

Inspecciono la habitación del consejo y descubro que mi hermana no está sentada a la mesa. Los lores me miran con rostros tensos y calculadores, pero ni rastro de Clarisa. Últimamente, sus ausencias han sido cada vez más notorias en las reuniones del consejo y sospecho que Artai la está apartando cada vez más. Mierda.

Las velas emiten un fulgor tenue que se refleja en las copas de vino dispuestas frente a cada miembro del consejo, llenas a rebosar. Jacón bebe ansiosamente de su copa, Duncan ni la mira y Larsen tamborilea con esos dedos raquíuticos el cristal. Siento deseos de llevarme la mía a los labios, pero no lo hago. Esta reunión es importante y no puedo permitirme distracciones.

Un instante después, el rey atraviesa las puertas con el rostro desencajado y el ceño fruncido. Está enfadado, puedo verlo en su forma de fruncir los labios, como si le asqueara cada cosa sobre la que posa la mirada.

De inmediato, todos los miembros del consejo nos levantamos como un resorte y esperamos. Los informes deben de ser lo bastante desalentadores como para provocarle tanto enfado. Así que espero en silencio a que se acomode a la cabecera de la mesa y nos cuente qué es lo que está pasando.

—Bien, estáis todos —murmura tomando asiento en su sillón tapizado en rojo.

—Majestad, nos han convocado con urgencia, ¿de qué se trata? —pregunta Jacón inclinándose hacia adelante en su sitio.

El disgusto se cuela en mis venas y trato de evitar que se me note en la expresión. Jacón es una sabandija con tan poco respeto por su rey que ni siquiera se molesta en guardarle el respeto que se merece.

—Dejemos hablar al rey —silencia Duncan.

—No os he comunicado esto antes porque creía que la situación se solucionaría por sí sola. Hace unas semanas, Lord Camil, de la región fronteriza de Heightsting, me comunicó que en las aldeas del territorio comenzaba a extenderse una plaga. Esta noticia coincidió con el ataque al castillo y creí que una epidemia en aldeas, bastante pobres, debo decir, no era lo bastante urgente como para prestarle atención. Esperaba que los sanadores de Lord Camil dieran con una cura y todo quedara en un brote aislado. Sin embargo, la enfermedad es extremadamente contagiosa y acaban de informarme que la región entera ha caído bajo ella. Heightsting ha sido reducida por la enfermedad y avanza a buen paso hacia aquí. Northriver se encuentra asolada también.

La atmósfera cargada que generan sus palabras me da dolor de cabeza. Lo veo en los rostros de cada uno de los miembros del consejo: temor.

—No tenemos suficientes sanadores como para afrontar ese tipo de problema —comenta Lord Larsen, el consejero más anciano, frunciendo el ceño y acariciándose la perilla canosa.

—Cierto, pero creo que lo más sensato sería mandar un destacamento del ejército —anuncia Taranis mirándonos de uno en uno, evaluando nuestras reacciones. Lo conozco demasiado y sé por la forma en la que retuerce las manos que las malas noticias no han terminado.

—¿Por qué mandaríamos parte de nuestro ejército a la frontera cuando estamos en alerta de volver a sufrir otro ataque? —pregunta Duncan inclinándose hacia delante en su silla y aprieto los puños con fuerza, retorciéndome los dedos, a la espera de lo que quiera que Taranis esté tardando tanto en decirnos.

—El último mensaje que he recibido habla de que la plaga vuelve extremadamente violentos a los enfermos, dicen que pierden la cabeza. Cuando contraen la enfermedad, atacan a cualquiera que se ponga en su camino y pierden el sentido racional. No solo mueren por la enfermedad, sino que matan a los sanos —confiesa el rey.

El silencio se extiende por la sala y Taranis cuadra la mandíbula. No es que esté enfadado, es que esto significa una cagada enorme. Si la enfermedad está tan extendida, perderemos parte de la cosecha, faltará mano de obra, las muertes serán innumerables y las pérdidas humanas devastarán esa parte de la región. Esto podría suponer nuestra ruina casi tanto como el contraataque de los brujos.

—¿Y qué sugiere que hagamos al enviar un destacamento? —Las palabras no dichas son incluso más atronadoras que las que decimos en este mismo momento porque hay una verdad implícita en la que no me atrevo a pensar.

—Si no hay contagiados, no habrá plaga. —Artai ha sabido perfeccionar ese tono impertérito y, tan solo con escucharlo, casi creo que no le importa ni lo más mínimo lo que acaba de sugerir. Como si las vidas no fueran más que números que puede controlar desde el trono.

—¿Está sugiriendo una matanza, su alteza? —pregunta Lord Larsen con el tono más suave

posible. Incluso yo habría dudado de hacer ese tipo de pregunta que podría considerarse juiciosa.

—Estoy diciendo que tenemos que erradicar esa enfermedad. Es la maldita región encargada de abastecer al reino. Comerciamos con Valker gracias a ese trigo, maldita sea. Si lo perdemos todo, tendremos problemas mucho mayores que tener que matar a unos cuantos aldeanos contagiados. —El rey no regala su clemencia y, si nosotros lo hacemos, seremos débiles a sus ojos. Siempre ha sido así.

—No estamos en posición de perder el favor de Valker, las relaciones ya son lo bastante tensas desde que nos acusaron de robarles esclavos —reflexiona Larsen, dándole vueltas ansiosamente a un sello de oro entre sus dedos.

—Valker lo tomará como una excusa para no abastecerlos —añade Jacón y siento cómo una presión asfixiante se instala en mi pecho porque, me guste o no, tienen razón.

Desde La Batalla Dorada, las relaciones con Valker han sido más que tensas y perdimos todas las posibilidades de paz con ellos cuando nos acusaron abiertamente de secuestrar a su pueblo para convertirlos en esclavos. Lo único que nos une son los tratados comerciales y, si los perdemos, nos arriesgamos a entrar en una guerra para la que no tenemos recursos.

—¿Sabemos cómo se propaga la enfermedad? —pregunto intentando encontrar una salida alternativa a masacrar a la mitad del pueblo.

—Los médicos no tienen ni la menor idea. Tengo a Northriver con las murallas cerradas por miedo a la plaga y no tardarán mucho en quedarse sin alimento. Necesito salvar a los que todavía no están muertos —afirma el rey mirándonos de uno en uno, como si pudiera escarbar en nuestras almas y arrancarnos de cuajo la humanidad que nos queda.

—¿No se ha intentado curarla? —inquire Duncan y asiento de acuerdo con su pregunta. Quizás no tengamos que matarlos.

—Podéis preguntarles a los médicos que han perdido la vida intentando encontrar un remedio. No se puede curar la locura. —Artai da un golpe en la mesa con el puño, evidenciando su frustración.

Desde mi posición, puedo advertir con total facilidad el agotamiento y la presión sobre sus hombros. No es la primera vez que cae enfermo por el peso de la corona, pero sé con total seguridad que no dejará de trabajar.

Quizás la forma que Taranis tiene de gobernar no sería la que yo llevaría a cabo. A él no le importa el coste. Lo evidenció atacando al aquelarre de Elina, dejándose envenenar por Nazar y rompiendo un tratado de paz que llevaba vigente durante décadas. Taranis ha demostrado ser influenciable y un monarca al que le importan más sus propios intereses que los cadáveres que tenga que dejar por el camino para conseguir su objetivo.

—¿No cundiría el pánico si mandamos a un destacamento entero? —pregunta Jacón, con esos ojillos de alimaña fijos en nuestro rey.

Su desprecio parece casi haber desaparecido para dar lugar a una preocupación genuina. Aunque sé que los motivos son totalmente mezquinos. Sus tierras se encuentran cerca de donde han tenido lugar los ataques y no creo que quiera que todos sus súbditos se marchen corriendo por miedo a contagiarse. Perderá toda la cosecha si corren los rumores.

Un pensamiento fugaz me atraviesa como una flecha y, aunque sé que debo solucionar problemas urgentes aquí en el castillo, no puedo evitar sugerirla.

—Yo podría ir a investigar, llevaré a Rebecca y trataremos de solucionarlo.

La firmeza de mi voz los hace volverse hacia mí con las cejas arqueadas, pero no vacilo. Estoy convencido de que, si voy, evitaría muertes innecesarias. Impediría la matanza que Artai quiere llevar a cabo. Además, puedo hacerlo en secreto para que los nobles de la corte no se

pongan nerviosos incluso antes de saber qué está pasando.

—¿Por qué querías arriesgarte así? —inquire Duncan, su ceño fruncido me sugiere que no está de acuerdo conmigo.

—No podemos mandar a la mitad de nuestro ejército solo por una plaga. Los brujos siguen siendo una amenaza y si descubren que hemos dejado el castillo desprotegido, no creo que tengan reparos en volver a atacar —digo entre dientes, recordándole a Duncan que no le conviene cuestionarme frente al rey.

Somos amigos, pero siempre seré su comandante y, muy a mi pesar, actúo en favor del reino. Nadie debería olvidar eso, por muy distraído que me crean con Elina.

—¿Y si vuelven a atacar los brujos? —Jacón evidencia su cobardía en cuanto alza la voz, pero niego con desdén en su dirección. Es incluso más despreciable de lo que creía.

—¿Acaso no tenemos a un ejército entero disponible? —inquiero y veo cómo el ceño fruncido de Duncan se hunde más, porque sabe perfectamente lo que voy a decir a continuación: —Duncan es mi segundo al mando, él se encargará de la seguridad del castillo.

—Nadie debe saber que habéis abandonado el castillo o nos volverá vulnerables —interviene Larsen, meditando las opciones que tenemos. Pero, si somos realistas, no hay mucho más a nuestra disposición.

—Seremos discretos —comento, buscando la aprobación en el rostro de Artai.

—Decidido entonces, Langeland irá a la frontera acompañado de Rebecca, investigará la enfermedad y actuará con discreción. Yo enviaré a Valker una misiva para apaciguar los ánimos —tercia el rey con un gesto hastiado—. Podéis marcharos.

Cuadro la mandíbula con disgusto ante el uso de mi apellido, pero no digo nada. Artai sabe más que de sobra que no quiero que me llamen por el apellido de mi padre y, aun así, se empeña en continuar usándolo. Preferiría Lord Comandante, pero no es un gusto que el rey desee ofrecerme.

La última vez me dijo que debía acostumbrarme a ese apellido, aunque lo único que consigo con ello es recordarles a todos que mi padre era el sacerdote del rey y eso me hace parecer débil. No quiero que me relacionen con unas escrituras desgastadas, sino que me recuerden por mis logros y la sangre que estoy dispuesto a derramar.

No obstante, me levanto sin decir ni una palabra tras los demás miembros del consejo y me dirijo a la salida sin hallar el coraje de darme la vuelta y enfrentar la mirada de mi rey.

No recuerdo la última vez que tuvimos una conversación como dos personas normales, sin el formalismo de ser rey y soldado. Amo y sirviente. Parece que han pasado siglos desde que pude sentarme con él a charlar y beber vino frente al fuego.

Hay un abismo entre los amigos que solíamos ser y las personas en las que nos hemos convertido a la fuerza. Y, aun así, daría mi vida por este hombre.

—Wesh, no te marches todavía —dice Artai justo antes de que atraviere las puertas de roble. Ha desaparecido la frialdad de su rostro y descubro que parece mucho más joven cuando no frunce el ceño y nos castiga a todos con su mal humor—. Tengo que pedirte algo.

## ELINA

Lo que normalmente da la impresión de ser simple, en realidad, no lo es. Por eso, cuando Wesh llega con la invitación a una cena privada con el rey, me doy cuenta de que quizás esté mucho más cerca de ser descubierta de lo que me habría gustado.

Sé que un segundo incendio es sospechoso, pero confío en que el bibliotecario haya llegado a la conclusión de que el volumen que falta se destruyera en el incendio. Con un poco de suerte, el golpe lo ha dejado lo bastante aturdido como para no recordar demasiado.

—Nos esperan dentro de poco.

Unos mechones oscuros y húmedos se pegan a la frente de Wesh y pequeñas gotitas motean sus mejillas. Acaba de presentarse en mi habitación y ya estoy arrepintiéndome de haberlo dejado pasar.

Es como si quisiera derrumbar todas mis convicciones con esos labios entreabiertos y su pecho agitado contra esa armadura de metal que parece reacio a quitarse, como si llevándola me recordara la distancia abismal que hay entre nosotros.

—¿Vas a ir así? ¿Totalmente empapado? —pregunto desde la silla donde estaba ojeando un libro de geografía que Kallian me trajo de la biblioteca, ya que, al parecer, me han restringido el acceso. Tampoco es que me sorprenda.

—Debemos irnos —murmura todavía desde la entrada de mi habitación.

—¿Has estado en el patio de armas? —pregunto, de nuevo, incapaz de adivinar qué se oculta tras esa expresión de seriedad.

Espero pacientemente a que diga algo, cualquier cosa, que disipe la nube de tensión que se asienta en mi pecho mientras lo contemplo, pero sus labios siguen cerrados, sus ojos me evitan y sus manos se cierran sobre sí mismas con tirantez. Le ocurre algo y me desestabiliza no saber de qué se trata.

—¿Por qué estás empapado?

—Fuera está lloviendo —dice finalmente sin decir nada en realidad, pero en sus ojos veo una lucha que no me está confesando.

Se acerca con indecisión y se sienta junto a mí frente al fuego. La armadura hace un ruido tintineante cuando él se acomoda en la butaca y me recuerda al acero de las espadas golpeando, cortando y masacrando. Apuesto a que la batalla que tiene tras esas pupilas también suena así.

Wesh se revuelve el pelo, desordenándose sin cuidado y salpicándome con el agua de lluvia. Me planteo ir a buscarle una toalla, pero sigo enfadada con él por las acusaciones de nuestra última conversación y me resulta imposible abandonar el resentimiento. Así que agarro el libro con fuerza y me limito a mirarlo. Tiene un aspecto oscuro, como si estuviera ocultándome secretos importantes.

—¿Sabes acaso por qué el rey quiere vernos? —pregunto con los nervios a flor de piel.

—Tendremos que ir a esa cena para averiguarlo. —Podría golpear esa maldita mandíbula afilada con gusto. No hay duda de que Wesh sabe por qué nos han mandado llamar, solo que no me lo dirá. Aunque, sea lo que sea, no parece agraderle, a juzgar por la expresión angustiada de su rostro.

—Hay algo que no me estás contando.

Me miro las arrugas grotescas de mi mano para evitar a Wesh, pero acabo contemplando mi anillo de pega en la otra mano: nuestro anillo de compromiso que jamás va a verse culminado en

boda o algo que se le parezca. Por terrible que sea, vuelvo a desear haberle hecho caso a Brennan. Si me hubiera quedado en el bosque, nos habría ahorrado este maldito sufrimiento lleno de enredos en los que estoy atrapada.

—Nos esperan en diez minutos —comenta insistente, todavía sin mirarme, y siento la tensión entre nosotros como si fuera una cuerda rígida y tirante que está a punto de romperse y lanzarnos por los aires.

En vez de responder, me levanto dejando el libro a un lado y me coloco tras el biombo que hace las veces de cambiador. Podría llamar a Martha, pero recuerdo que ha ido a la ciudad a buscar cintas para un nuevo peinado y no quiero a nadie más. Todavía me cuesta permitir que alguien vea mis cicatrices.

Así que yo misma escojo un vestido malva de bordados dorados y comienzo a abrocharme los diminutos botones que tiene en el pecho mientras escucho la pesada respiración de Wesh al otro lado del biombo.

La tela pesa demasiado y se me cansan los brazos de hacer fuerza para atar los últimos botones que llegan casi hasta mi cintura. Como apenas puedo agacharme, la tarea resulta agotadora. Entonces recuerdo que necesito ayuda con el corsé, puesto que no puedo tirar apropiadamente de las cintas de mi espalda y no quiero arriesgarme a que el pecho no quede bien sujeto.

No me gustaría darle al rey ese tipo de impresión. Necesito parecer recatada y correcta tal y como se espera de Lady Tiara.

—Tenemos que irnos ya. —La voz de Wesh al otro lado suena nerviosa y pongo los ojos en blanco. No me va a dar tiempo a llamar a alguien que sustituya a Martha antes de que Wesh me arrastre fuera de la habitación.

Por lo que, sin pensármelo mucho, salgo de detrás del biombo sujetándome con fuerza el corsé contra el pecho, a sabiendas de que mi espalda es totalmente visible a través de los lazos sin acordonar.

—Necesito ayuda. —En cuanto sus ojos grises se alzan en mi dirección, comprendo que quizás no ha sido buena idea.

Wesh me estudia detenidamente, como si no hubiera entendido del todo lo que acabo de pedirle y se limita a mirarme con seriedad. Sus ojos ascienden por mi cuerpo hasta que se topan con los míos y ladea ligeramente el rostro.

—Wesh, necesito ayuda. ¿Podrías abrocharme las cintas? —Como veo que no reacciona, me acerco un poco más a él sujetando con fiereza el corsé para que no se deslice hacia abajo.

Al fin, en cuanto mi falda vaporosa roza sus botas, él reacciona y se pone de pie. Ahora no se pierde ni uno solo de mis movimientos que antes se esforzaba tanto por ignorar. Sus manos ascienden hasta posarse en mi cintura y mientras me doy la vuelta, veo cómo aprieta la mandíbula con seriedad.

—¿Sabrás hacerlo? —pregunto solo para calmar el ambiente cargado de la habitación y él carraspea a mi espalda.

El roce de sus manos en mi piel un instante más tarde me devuelve a la memoria la forma en la que sus manos me apretaban esta mañana.

Trato de no estremecerme por la suavidad con la que me toca, como si temiera rasgarme de un momento a otro, pero un escalofrío de placer me surca la espina dorsal.

—No es la primera vez —dice simplemente mientras entrelaza las cintas y me muerdo el interior de la mejilla. Maldita sea, este hombre es capaz de prender un fuego que daría mi vida por extinguir.

—Ya veo. —Ni siquiera sé qué responder a eso.

Entonces Wesh apoya una de sus manos en mi hombro para apretar las cintas. Soy insoportablemente consciente de la calidez de su mano y suspiro para tratar de aflojar la presión que hay en mi pecho. Quizás no me he resistido con suficiente fuerza o en realidad no estaba tratando de resistirme en absoluto, pero cada vez siento con más insistencia ese calor abrasador que deja huella en mi clavícula y se extiende por mi cuello.

—Ya está. —El susurro de Wesh me acaricia el hombro y me giro lentamente hacia él sin saber a qué estoy jugando.

Es muy fácil saber qué es lo correcto, pero no lo es tanto cuando la tentación es cada vez más fuerte. Wesh es todo lo que habría tenido si hubiéramos crecido juntos, si hubiéramos aprendido a querernos de otra forma que no fuera odiarnos a ratos y desearnos a escondidas. Es difícil renunciar a un pasado al que me aferraba con tanto cariño.

—Gracias —musito incapaz de alzar los ojos.

Así que, en vez de lanzarme hacia él como si así pudiera olvidar lo que hemos vivido, asiento en silencio y me giro evitando nuestra proximidad.

Por una vez, hago algo sensato y me dirijo hacia la puerta para romper este momento mientras me acomodo los guantes de seda para ocultar mis cicatrices. Wesh suelta un suspiro a mi espalda y, un instante después, el tintineo de su armadura me sigue hacia la salida.

—Hay rumores. —Justo antes de que mis dedos se ciernan sobre el pomo de la puerta, Wesh suelta esa información, como si no hubiera estado seguro de confesármelo hasta este momento.

—¿A qué te refieres? —inquiero, sin entender sus palabras.

—Hay rumores de que Artai no es el único heredero al trono. —Su voz apenas es audible en el silencio de la habitación y contengo el aliento.

—Creía que el hermano de Artai había sido asesinado por las brujas. —La página escondida en los registros vuelve a mi memoria y Wesh tensa los labios antes de responder.

—Hay algunos que comentan que, en realidad, está vivo. Son rumores y leyendas, pero...

El tachón en el libro de los registros vuelve a mi mente en una ráfaga amarga, probablemente lo que Wesh me ha contado sean algo más que simples habladurías. ¿Y si las brujas no mataron al bebé? Ahora tengo una pista sólida, la certeza de que mi investigación no ha sido un callejón sin salida. Puede que esté vivo.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Porque hay cosas que ni siquiera yo puedo justificar. —En los ojos de Wesh solo veo una tormenta gris que nos sepulta a ambos. ¿De repente escoge su moralidad en vez de a su querido rey?

—No me lo estás contando todo.

Wesh ha dejado claro que no confía en mí, no es lógico que me cuente esto. Daría su vida por Artai, no tiene sentido que, de repente, me sugiera la existencia de un heredero perdido.

—Elina, nos están esperando.

—¿Qué te ha hecho Artai para que, de improviso, quieras encontrarle un sustituto? —siseo encarándome con él. No es justo que sus sentimientos cambien de esa forma sin que me cuente toda la verdad.

—Haces que me arrepienta de todo lo referente a ti. —Suspira y me taladra con esa mirada que me he acostumbrado a esquivar, como si el metal de sus ojos pudiera alcanzarme si no estoy alerta en todo momento.

—Sé sincero, maldita sea.

Los labios de Wesh se abren, pero unos golpes tras la puerta nos sobresaltan y, cuando vuelvo

a anclar mis ojos en los suyos, veo que no me dirá nada. Kallian nos llama al otro lado de la puerta y suelto una maldición.

## 19

### ELINA

Kallian nos escolta por los pasillos hasta un ala que me resulta desconocida. Descendemos una escalera de piedra desgastada y atravesamos un pasillo sombrío hasta llegar a una antesala ricamente decorada. Me sigue sorprendiendo el cambio tan drástico entre las dependencias destinadas al rey y el resto del castillo, los lugares que Artai frecuenta son evidentes.

—¿De verdad no vas a decirme nada?

—Elina te juro que como no te...

Entonces, Kallian carraspea y abre las gruesas puertas de madera antes de darnos acceso al salón donde una mesa de roble oscuro espera llena de todo tipo de carnes asadas, frutas y hojaldres sobre bandejas brillantes.

—Es impresionante —mascullo.

Las copas de cristal emiten destellos donde se reflejan las llanas de cientos de velas que penden sobre nuestras cabezas en un desmesurado candelabro de cobre.

Al fondo, una chimenea que ocupa prácticamente toda la pared despidе un fulgor dorado que hace la estancia mucho más acogedora. Me estremezco cuando veo un resplandor violeta a través de los ventanales por los que se aprecian los nubarrones oscuros que no tienen intención de marcharse e instintivamente me acerco un poco más a Wesh.

Por suerte, hemos sido los primeros en llegar, lo que me da algo de tiempo para prepararme para lo que quiera que Artai vaya a decirnos. Se nota que quiere que sea algo íntimo y privado y eso me inquieta más de lo que me gustaría reconocer.

Wesh me conduce hacia la mesa con una mano firme en mi espalda y trato de pensar en otra cosa que no sea su cercanía. Desafortunadamente, mi mente encuentra nuevas formas de torturarme y me recuerda nuestra conversación. ¿Qué ha hecho Artai para que Wesh quiera destronarlo de repente?

—No hables a menos que él te lo pida —susurra Wesh con su aliento cálido rozando mi oído y siento cómo el nerviosismo se apodera de todo mi cuerpo.

Así que esperamos a que el rey aparezca hasta que, de improviso, se abren las puertas. Wesh y yo permanecemos de pie como mascotas bien entrenadas mientras Artai entra en la estancia y me inclino, realizando una reverencia que espero que esté a la altura. Taranis alza la barbilla con orgullo y su capa ondea a su espalda, apenas nos dedica una mirada fugaz.

En contraste a su evidente orgullo, lo sigue mi hermana con semblante serio y los labios apretados en una fina línea. Nada más verla, sé que algo no va bien. Al menos, Clarisa no da la impresión de estar contenta cuando nos lanza una mirada que denota preocupación.

Lo que quiera que vaya a suceder esta noche ya no tiene forma de evitarse. Artai les hace una señal vaga a los soldados que custodiaban las entradas para que salgan y, cuando las puertas se cierran con un golpe seco, los cuatro nos miramos en silencio.

—Desde el ataque no he tenido tiempo de veros, Lady O'Brien —comenta Artai sentándose a la cabecera de la mesa.

Como si eso fuera una señal de permiso, los demás imitamos su gesto y tomamos asiento

frente al festín que han dejado preparado para nosotros.

—Wesh ha estado ocupado y me recomendó no salir mucho de mi habitación —contesto sin estar muy segura de qué espera que le responda.

—Quise prevenir riesgos —interviene Wesh llenándose una copa de vino de una jarra de cristal.

—Pues no se te dio demasiado bien alejarla de los problemas. —Artai deja escapar una risa sarcástica que enciende todas mis alarmas—. Dos incendios, un terremoto, un ataque de un brujo que acabó golpeándola terriblemente... No debes tener mucha suerte.

El rey me estudia como si fuera un misterio que necesita resolver. Por mi parte, no sé qué se espera de mí, así que asiento con la cabeza, llevándome uno de los hojaldres a la boca para evitar tener que hablar. El sabor a carne y frutos rojos estalla en mi boca. Está exquisito y la carne jugosa se deshace como si fuera miel.

—El destino la ha puesto en situaciones difíciles —comenta mi hermana con actitud tensa y mi corazón martillea contra mi pecho mientras ella sonríe tiernamente en dirección a Artai. Me recuerda a la forma en la que un domador apaciguaría a una bestia.

—Desde luego, muchas situaciones comprometidas —replica el rey sin apartar sus ojos acusadores de mí.

—Por eso le pedí que se quedara en su habitación. Quise protegerla de más incidentes —afirma Wesh mientras entrelaza nuestros dedos encima de la mesa con el único propósito de que lo vean.

—Mi hermano es todo un caballero —aporta Clarisa sin mudar su expresión tensa y asiento, interpretando el papel de niña tonta.

—Mi castillo es seguro. Hubo una brecha y los responsables de ello ya han recibido un castigo acorde a sus errores. No hace falta que reclusas a tu prometida en su habitación.

La voz autoritaria de Artai me recuerda todas las veces que trataba de mangonearnos cuando éramos niños y cuando lloriqueaba al no conseguirlo. Ahora es capaz de ejecutarnos a todos y nos trata con condescendencia. Incluso a su mejor amigo y comandante de la guardia.

—No niego que el castillo sea seguro, pero temía por ella. Ha estado pasando por un mal momento, le impresionó mucho la violencia que se demostró y ha tardado en curarse de todas sus heridas. —Wesh suena seguro de sí mismo y permito convertirme en nada más que una espectadora de la conversación. Prefiero que Wesh elija la versión de mí que quiere venderle al rey.

—No todo el mundo está preparado para la muerte y lo del incendio fue terrible —comenta mi hermana.

Artai gira su rostro hacia ella tan solo un instante. Sus facciones se suavizan y reconozco el afecto en la media sonrisa que le dedica a Clarisa. Ella no se la devuelve.

—Lo cierto es que no. O'Brien debes ser de esas criaturas frágiles que no toleran la violencia y los momentos complicados —concierda Artai.

Si él supiera lo que sería capaz de hacer... Si tan solo pudiera mostrarle lo frágiles que son todos ellos bajo mi poder. Sin embargo, finjo con repulsión, y le lanzo una sonrisa inocente. Me odio mientras trato de convencerlo de mi insignificancia.

Para mantener las manos ocupadas, me llevo la copa de vino que Wesh acaba de servirme a los labios y bebo un largo sorbo del líquido burdeos. Sabe a madera y a fruta, con un toque dulce que no logro identificar. Vuelvo a beber y saboreo el licor en busca de una escapatoria a mi desesperación.

—Os he hecho llamar porque quería anunciar que os casaréis en dos días. —Apenas escucho

la voz de Artai cuando el vino se me atasca en la garganta.

El aire viciado de la estancia me retumba en los pulmones mientras la sala se me viene encima y reprimo una exclamación. Encuentro mi ancla en los ojos culpables de mi hermana y cuento los latidos de mi corazón que amenaza con perforarme el pecho. ¿Casarnos? Esto no está sucediendo.

—¿Disculpe, su alteza? —No puedo evitar preguntar entre toses y Wesh me fulmina con la mirada.

Me giro hacia Wesh y el vacío gris y afilado de sus ojos no se compadece de mí. Puede que él no acabe de escuchar las palabras de Artai, pero desde luego, yo lo he oído claramente. Han planeado nuestra boda. Dentro de dos días.

—He decidido que es un buen momento para vuestro enlace y un poco de fiesta no vendrá mal. Los nobles necesitan algo que celebrar —comenta como si no acabara de decidir por nosotros, como alguien que elige qué ponerse por la mañana.

—¿Tú sabías esto? —He perdido por completo la capacidad de pensar racionalmente cuando me giro hacia Wesh.

—Yo... —Wesh cuadra la mandíbula y no responde tras su titubeo.

La tensión reverbera en cada hueco que hay en mi interior. Sé que mi reacción no es la más sensata, sobre todo, teniendo en cuenta que quieren casarme con el hombre del que finjo vivir enamorada. A sus ojos, debería estar esbozando la mejor de las sonrisas. No obstante, no puedo. Cada músculo, cada tendón, cada hueso de mi ser tiembla de pavor, incapacitándome.

—No pareces complacida —dice el rey entrecerrando los ojos, analizándome.

—¿Lady Tiara? —Mi hermana suena distante.

Me tiemblan las manos y, aunque Wesh sujeta una de ellas, mi nerviosismo no se detiene. Este es el final. Las consecuencias están aquí echándome un buen vistazo y, llegados a este punto, tengo dos opciones: controlarme o tirar por tierra mi farsa. Suspiro en un intento por recuperar el control de mis emociones antes de que me aplasten el pecho.

—Claro que estoy contenta. —Me aseguro de que se vea cómo entrelazo cariñosamente mis dedos con los de Wesh sobre la mesa—. Solo es que no lo esperaba. Agradezco vuestro gesto, aunque no se puede celebrar una boda en dos días. Hay muchas cosas que elegir...

—No será necesario, Clarisa se ocupará de todo —tercia Artai y una losa se asienta en mi pecho. No hay forma de salir de esta.

Mi hermana me devuelve la mirada con los labios fruncidos. Esta noticia tampoco parece entusiasmarle. No sé si porque tiene que organizar la boda en tiempo récord o por algo más. La oscuridad se cierne sobre mí y comienzo a ver borroso.

—También hay algo que quiero pedirlos —continúa el rey y asiento sin pensar, dispuesta a llevar mi farsa tan lejos como me sea posible. Wesh me da un apretón cálido y miro nuestras manos unidas. Lo sabía. Wesh sabía lo que Artai acaba de anunciar y por eso estaba tan extraño—. Hay una plaga en el sur del país y el Comandante Langeland se ha ofrecido a investigar. Quiero que vayáis juntos y que uséis vuestra luna de miel como pretexto para pasar por el territorio. Debéis tener máxima discreción y no contarle a nadie vuestro propósito.

¿Así que todo esto es por un plan para la corona? Los dedos de Wesh entrelazados con los míos me aprietan duramente, implacables, y me asfixian como una cadena de hierro. Quiero girarme hacia Wesh, separar nuestras manos y jamás volver a tocarlo. No soporto su cercanía.

—Nadie debe sospechar y quiero respuestas lo antes posible.

—No le fallaremos. —La voz dócil de Wesh me revuelve el estómago.

¿Una plaga? ¿Acaso están locos?

Muerdo el interior de mi mejilla para no levantarme de la mesa. El rostro severo de Artai denota urgencia y necesidad, en cambio, no parece afectarle en absoluto estar decidiendo por nosotros. Por primera vez, lo veo como un estratega, un manipulador que hará lo que se le antoje para lograr su objetivo.

—Alteza, si se me permite...—Las palabras mueren en mis labios antes de darme tiempo a decir nada porque Artai hace un gesto hastiado y enmudezco.

—Vamos, O'Brien, apuesto a que estás deseando casarte, no hace falta que finjas conmigo. Me han llegado rumores de vuestros encuentros.

El recuerdo de las manos de Wesh sobre mis muslos me hiela la sangre y bajo la mirada incapaz de permitirle al rey leer en mis ojos la carcoma de mis remordimientos. Está claro que la sirvienta que nos pilló a punto de besarnos habló de más.

—Sí, mi señor. Gracias por su gesto. —Me escucho balbucir, como si no fuera yo la que está accediendo sumisa a un destino decidido por otros.

—Langeland, contratarás a una escolta de hombres dispuestos a acompañaros por la cantidad adecuada —dice el rey como si acabara de zanjar algo sin importancia—. Preferiblemente, matones de los que no hacen preguntas. No escojas a nadie de la ciudad, no quiero que te reconozcan; un hombre en cada ciudad por la que paséis. Y también necesitarás a un explorador, no quiero que vayáis a ciegas hasta llegar a Northriver.

Frunzo el ceño, recordando los mapas que me he esforzado por estudiar durante estos últimos días, memorizando los nombres de cada casa de nobles y sus territorios. Northriver está casi en la frontera con Valke, hay que atravesar la mitad del reino para llegar hasta allí. Maldita sea, quiere enviarnos de cabeza a una muerte segura.

—Por supuesto —accede Wesh sin que su expresión de seguridad se resquebraje y bebe de la copa de cristal que tiene frente a él con movimientos mecánicos.

—No habléis con nadie, esto no debe salir de aquí.

—Al menos, permite que su guardia los acompañe —interviene mi hermana con el mar de sus ojos empapándose, como si algo de esta situación la indignara terriblemente y no pudiera hacer nada.

—Cuanto más lo sepan, más nos arriesgamos a que cunda el pánico.

—Por favor. —Clarisa no cede y mi corazón se desmorona ante ella.

—De acuerdo, que os acompañe.

Artai se lleva la copa de vino a los labios despreocupadamente, pero en sus pupilas brilla un destello febril; satisfecho.

De repente, Wesh parece dudar mientras sus dedos siguen aferrados a los míos, pero creo que voy en caída libre. No obstante, no dice nada. Permite que se nos condene sin apenas parpadear.

—Espero que acates con honor esta misión —comenta Artai, distraído con una uva que ha encontrado en un plato de carne. La salsa mancha sus labios mientras mastica.

—Por supuesto. —No hay ni un rastro de sumisión en la mirada atormentada de Wesh, pero asiente como si estuviera acostumbrado a tragarse sus pensamientos para sí mismo y se lleva el tenedor a la boca sin decir nada más.

## ELINA

Me tiemblan las piernas y creo que estoy a punto de vomitar.

—¿Tú sabías esto?! —grito sin poder moderar mi tono, apenas capaz de contenerme y no tirar algo hacia la pared de mi habitación.

Mi furia bulle con un torrente de desesperación y no puedo contenerme. Simplemente no puedo. El estallido me somete bajo sus garras y no lo escondo cuando, tras la cena, Wesh y yo nos quedamos a solas en mi dormitorio.

Artai ha decidido nuestro futuro y se lo hemos permitido. ¿Acaso cree que no somos más que marionetas? Solo servimos si él tiene un propósito para nosotros. Sin embargo, no he nacido para obedecer de rodillas sin pelear. No he pasado torturas y muerte para acabar siendo un mero peón.

—¿Tú lo sabías, joder? —pregunto al ver que Wesh no responde y lo empujo hacia atrás, esperando alguna reacción que no sea componer una expresión seria y apuñalarme con esos ojos llenos de nubes de tormenta y tempestad.

—Sí, lo hablamos antes de la cena —declara evitando mi mirada. Sin más. Fue una conversación donde uno ordenó y el otro se arrodilló sin mediar palabra. Es insultante.

—¿Y no se te ocurrió avisarme? ¿Preguntarme? —Tengo ganas de reducir esta maldita fortaleza a cenizas y olvidarme que alguna vez tuve algo que ver con esta gente.

—Habría dado igual.

—¿Ni siquiera te importa? Sabías que quería marcharme y ahora estoy atrapada aquí. —Estoy tan enfadada que me tiemblan las manos.

—Quizás esta posición te permita salvar a los brujos —sugiere apretando la mandíbula tanto que sus huesos se marcan a través de la piel.

—¡Yo no quiero esto! —Alzo la voz tanto que mis cuerdas vocales se rasgan y, de inmediato, la mano de Wesh está presionando mis labios con fuerza, silenciando mis gritos desesperados y su cuerpo apretado contra el mío. Una cárcel de carne y fiereza contra la que me estremezco.

—¡Cállate si no quieres que nos maten, joder! Artai es el rey y nosotros obedeceremos —sisea entre dientes con llamas tras esos iris lacerantes.

—Eres un maldito esclavo de su voluntad —digo bajando el tono, pero incapaz de contenerme—. Aunque supongo que todo esto dará igual. Cuando Nazar regrese, me matará igualmente. Serás un viudo estupendo.

—No va a tocarte ni un solo pelo —declara Wesh con dureza, pero su espada no puede protegerme de Nazar.

—Dudo mucho que tú puedas hacer nada contra eso —mascullo apretando con fuerza los puños y separándome con un empujón. No soporto tenerlo tan cerca en este momento. No soporto el olor dulzón que desprende su pecho agitado.

—Saldremos de viaje de inmediato, eso te dará tiempo. No podrá alcanzarnos.

—¡Vamos de cabeza hacia una maldita plaga! ¡Nos van a mandar para morir! —Si Wesh no se da cuenta de que es un maldito títere sin importancia en los planes de Artai, no sé qué más señales necesita.

—Es lo que tenemos que hacer.

—¿Yo tengo que hacerlo? Podrías haberte negado.

—No voy a contradecir los deseos de mi rey. —Como siempre, su lealtad inquebrantable sale a la luz y, aunque sé que tampoco puedo culparlo por querer servir a su rey, que lo elija una y

otra vez me enfurece.

—¡Y de nuevo eliges a tu rey y a tu reino por encima de ti mismo! Cuando estés muerto nadie se acordará de ti, ¿no te das cuenta? Si un comandante cae, otro lo reemplaza. Van a olvidar tu nombre.

—No lo hago solo por el honor, sino por la lealtad a él. —Sus dedos aferran el mango de la espada con tanta fuerza que sus tendones parecen cuerdas a punto de quebrarse.

—¡Wesh, por favor!

—No hay discusión en esto. Es lo que harás. —Esta declaración me hieló la sangre porque no me han dejado opción para decidir qué es lo que quiero y me aterra pensar que estoy condenada a fingir para siempre. Mi vida será una maldita mentira.

—Vale, de acuerdo, pero tengo una condición o, de lo contrario, escaparé esta noche y no me volverás a ver jamás. —Es una amenaza vacía, pero lo digo de todas formas. ¿A dónde podría ir?

No obstante, espero que Wesh entienda que, si me marchó, el rey descubrirá que les hemos engañado, su posición como comandante e incluso su vida estarán en peligro. Lo perderá todo.

—No te marcharás.

—Pruébame —le reto. Si tengo que casarme, investigar para el rey, adentrarme en un territorio extraño y hacer frente a una plaga desconocida, lo haré bajo mis condiciones.

—No me amenes, ambos sabemos que no tienes ningún sitio al que ir. Además, no abandonarías a tu hermana. —Lo odio. Odio que me conozca. Que pueda interpretarme tan fácilmente como si fuéramos una misma mente.

—O aceptas mi condición o lo complicaré todo. ¿Qué opinará Artai cuando se dé cuenta de que lo has estado engañando todo este tiempo? ¿Qué opinará si se entera de que metiste a una bruja tras sus muros? —Solo expulso veneno y rencor y me aferro a ello con tenacidad.

—De acuerdo —cede apuñalándome con la hoja metálica de sus ojos.

Se adelanta unos pasos para quedar frente a mí, imponiéndome su altura como un castigo e inclinándose para aplastarme bajo esa mirada destructora. Solo que esta vez será él quien maldiga.

—Artai te ha pedido que contrates a alguien que nos ayude. Ha mencionado a un explorador. Tengo al mejor para esa tarea.

Sé perfectamente quién será capaz de ayudarnos en esta situación. He escuchado demasiadas historias sobre cómo ha viajado por los bosques de este reino, de cómo ha hecho encargos a lo largo de las montañas para toda clase de gente. Él conoce la ruta y, desde luego, sé que sabe atravesar el Bosque Mythor para llegar hasta Northriver.

—No. Si te refieres a Brenan, la respuesta es no. —La voz de Wesh corta el aire entre nosotros.

—¿Prefieres arriesgarte a que te delate ante el rey?

—No vas a hacerlo.

—Te juro por mi sangre de bruja y por todos mis jodidos ancestros que lo haré. O nos llevamos a Brenan o haré que te ejecuten antes del amanecer.

—Te matará, ¿has olvidado eso?

—Déjame enfrentarme a él como me plazca.

—No. Me niego. No voy a permitir que ese brujo se te acerque...

—¡Yo decidiré si quiero que se acerque! No voy a ir a investigar una plaga sabiendo que mi padre está ahí fuera sin ninguna ayuda.

—Puedo ayudarte —dice entre dientes con las mejillas encendidas y llenas de cólera.

—Sabes que no —digo, soltando una risa carente de humor.

—Es nuestro enemigo.  
—Wesh, Artai es nuestro enemigo.  
—No vuelvas a hablar así de mi rey o...  
—Wesh, o es Brenan, o no es nadie. Es el único que puede ayudarme contra mi padre. —Y, además, puedo proponerle salvar a los aquelarres. Necesito hablar con él y contarle todo lo que he descubierto.

Existe la posibilidad de que me atravesara con su espada en cuanto me viera, pero mi mente trabaja a una velocidad vertiginosa. Tengo algo que ofrecerle y apuesto a que no querrá negarse. Es la oportunidad que estaba buscando.

—Si mueres, será tu responsabilidad.  
—Si muero, quedarás libre —sentencio.

## 21

### BRENAN

Es el cuarto vaso de aguardiente que me bebo de un sorbo y aún es insuficiente para acallar los demonios de mi mente. El tabernero me mira con gesto hastiado cuando le hago una señal con la mano para pedirle otra copa, sin embargo, se acerca a mí con una botella de licor y me rellena el vaso.

—Tienes pelea esta noche —comenta alejándose de mí y alzo los ojos con ganas de destrozarle la maldita cara. No necesito consejos y menos de alguien que ni siquiera me conoce.

—Métete en tus asuntos —espeto cogiendo el vaso y me lo llevo a los labios.

El alcohol ya no quema cuando baja por mi garganta, pero la sensación de rabia ciega se intensifica y aprieto las manos en puños mientras cierro los ojos e inspiro hondo.

El olor a sudor y a podrido de este hediondo lugar se me mete en las fosas nasales y aprieto la mandíbula tanto que creo que me podrían estallar los dientes dentro de la boca. No soporto la sensación de vacío se me extiende por el pecho, pero parece que es lo único que me ha quedado después de perderlo todo.

Después del ataque, volví al aquelarre con Ronan, pero no soporté estar allí demasiado tiempo. Simplemente, no pude. Es mejor quedarme en esta ciudad de mala muerte que afrontar que dejamos atrás los cadáveres calientes de los pocos que decidieron seguirme hasta el castillo.

Estoy seguro de que mis madres planearán algún castigo, pero estoy cansado de vivir bajo un yugo de miedo. Podríamos dominar el mundo entero y se limitan a protegerse y a rogar al cielo por no volver a perecer en ataques que saben con certeza que llegarán. Son unas cobardes, como todos los demás.

Si alguna vez sentí culpa, ahora solo me recorre las venas una venganza fría y letal y necesito soltarla o me ahogará en ella. A veces deseo volver al castillo sin atender a la razón y destrozar sus muros piedra a piedra hasta encontrar a Elina y hacerla rogar perdón, pero no puedo culparla por darme la espalda. No la escuché cuando debería haberlo hecho y cada puta palabra que salió de esos labios acabó siendo cierta. Maldita sea, lo he jodido todo y ahora no tengo ni una miserable oportunidad de recuperarla.

—Un combate más y es tu turno, Brenan. —Me recuerda el tabernero y le acerco mi vaso vacío como única respuesta.

El hombre da la impresión de querer soltarme algún que otro consejo, pero cierra su boca y

me rellena el vaso. El alcohol hace un borboteo siniestro al salir de la botella y me lo llevo ansioso a los labios, como si pudiera redimir mi alma si bebo lo suficiente, pero me condené yo solo. No hay paz para los que hemos vendido nuestra alma.

—Es la hora. —Pike, el encargado de registrar las apuestas de mi pelea, me avisa desde la puerta entreabierta y asiento en silencio mientras me levanto y me encamino hacia la sala donde ya me está esperando una multitud atronadora.

Hasta el momento, he sobrevivido gracias a las peleas. Necesitaba dinero cuando me quedé atrapado aquí y este es el único modo de vida que conozco. Así que aprieto los puños y entro en el círculo de arena, evitando respirar hondo o, de lo contrario, el olor a sangre y a humedad me harán vomitar.

He bebido un poco más que de costumbre, pero el alcohol me hace soportable vivir dentro de mi piel que apenas se siente como mía. Elina me ha arrebatado incluso eso, es como si ella me hubiera arrancado la piel a tiras y se la hubiera quedado para hacerse un puto abrigo de traición y mentiras.

El círculo de arena está manchado de sangre y la multitud se muestra fervientemente extasiada por la violencia que acaban de presenciar en el combate anterior. Tengo que esforzarme para dejarles satisfechos. Necesito que las ganancias sean lo bastante sustanciosas como para pagar la habitación de esta noche y las copas hasta mañana.

No puedo permitirme fallar esta vez. La semana pasada perdí uno de los combates y Pike se puso insoportable, no quiero tener que volver a escuchar a ese hombrecillo miserable mientras me da lecciones que no me interesa escuchar sobre la importancia de centrarse en los puntos débiles del otro. Como si no hubiera peleado un millar de veces. Como si no hubiera sido yo mismo el que ha entrenado a otros. A Elina.

Joder, su nombre estalla en mi cabeza y el vacío de mi pecho se resquebraja un poco más. Es como si me hubieran vaciado las entrañas y solo quedara mi caja torácica abierta para que todo el mundo pudiera rebuscar en los restos de mi carne podrida. Estoy jodido.

—Céntrate, ostias —ordena Pike a mi espalda y, aunque podría darme la vuelta y pedirle que cierre esa boca maloliente, aprieto la mandíbula y me centro en el tipo que acaba de entrar en el Círculo del Hambre, que es como llaman cariñosamente a la arena.

Mi contrincante es una masa sobrealimentada de grasa y cecina, y su altura me parece desorbitada incluso para una persona de ese tamaño. Sus músculos tan solo son la prueba de que seguramente lleva años entrenándose para estas peleas y las cicatrices que le recorren el torso me advierten que no va a ser fácil de derrotar.

Sin embargo, algo que olvidan entrenar esta clase de tíos son las piernas y el cerebro. Confío en tener algo de ventaja, de lo contrario, dormiré con los cerdos esta noche porque me he gastado todo el dinero que me quedaba del combate de hace dos noches. No tengo intención de perder.

El tañido de la campana da la señal de aviso para que comencemos y, aunque se escucha como un rumor lejano, afianzo con fuerza los pies en el suelo y me preparo para la primera embestida de esta mole. Seguramente quiera aprovechar su peso como ventaja.

Respondiendo a mis pensamientos, él avanza hacia mí y me golpea con toda la fuerza que es capaz de reunir. El impacto me revienta las costillas y suelto todo el aire de mis pulmones que se quejan con un jadeo. Me cago en mis muertos, tiene demasiada fuerza.

El alcohol que llevo en las venas no juega a mi favor y hace que me desestabilice, pero no le permito a ninguna parte de mi cuerpo ceder ante este malnacido y paso mis brazos alrededor de su cuello, tratando de asfixiarlo mientras me golpea la columna con sus puños.

Mi espalda se arquea de dolor, pero no aflojo mi agarre, sino que aprieto con más fuerza hasta

que lo escucho toser. Podría matarlo, pero veo a Pike entre la multitud negando con la cabeza, porque esta gente ha venido a ver un espectáculo, no un asesinato.

Así que suelto a la mole. La piel de su rostro ya comenzaba a ponerse morada y sonrío satisfecho. Tengo que alargar el combate para aumentar las apuestas, por lo que, mientras el tipo jadea tratando de recuperar el aire, aprovecho la oportunidad de arremeter contra él. Me agacho un poco y lanzo una patada firme directamente a su rodilla que cruje hacia atrás con un sonido seco.

Debo decir que me deja impresionado la forma en la que reacciona cuando le rompo el hueso porque no cae hacia atrás como lo habría hecho cualquier otro, sino que aprovecha mi cercanía para usarme como apoyo y, con un gruñido, me lanza un puñetazo directamente a la mandíbula.

Caigo hacia un lado con fuerza demoledora y pruebo la sangre en mi boca. Por suerte, no me ha desenchajado el hueso, pero noto cómo se me mueve una de las muelas de atrás. Un escozor conocido se extiende por mi labio y, al caer, me he mordido la lengua. Genial, ahora tendré que ganar un poco más e ir al herbolario a por un remedio para las heridas.

Me levanto de un salto porque este tío ya me ha cabreado lo suficiente, pero no me da tiempo a terminar de apoyar mi peso en el suelo cuando el hombre me agarra de los tobillos y me hace caer. Como tiene la pierna rota, se arrastra por el polvo y utiliza su peso para colocarse encima de mí y golpearme con los nudillos.

Lanzo un puñetazo desesperado hacia arriba y le golpeo la barbilla de forma que se precipita hacia atrás. Para mi sorpresa, pone los ojos en blanco un instante antes de sacudir la cabeza como un perro rabioso, cayendo al suelo y mirándome como si tuviera alguna enfermedad contagiosa y letal. Ya he tenido suficiente.

Me levanto jadeando, me acerco a él todo lo rápido que puedo para evitar que se revuelva contra mí y golpeo su cabeza con una patada brutal que le sacude las sienes.

El tío no se levanta, de hecho, se queda inmóvil con los ojos cerrados. Por un momento, el temor de haberlo matado me domina. *Un monstruo, eso es lo que eres.* Observo, por fin, cómo su pecho sube y baja. Vale, está respirando y es probable que ya no se levante.

Esa es mi señal, me giro hacia la multitud que se ha quedado muda y observo sus rostros sucios y desenchajados por el frenesí y el deseo de violencia. Los observo como si buscara en ellos alguna razón para no sentirme un monstruo, pero su silencio es más que suficiente.

—¿Habéis tenido bastante? —grito y escupo al suelo la sangre que me inundaba la boca.

El silencio dura menos de un segundo, pero para mí pasa una eternidad mientras esta escoria me mira como si fuera lo peor que hubieran contemplado en su vida, aunque eso les agrade en cierto modo.

Acto seguido, todos rompen la quietud con un estruendo ensordecedor y muchos de ellos me animan alzando los puños con ferocidad, almas vacías de cobardes que prefieren ver a otro sangrar.

Entre la marea de gente, Pike asiente satisfecho y se dedica a recoger las ganancias mientras me dirijo hacia la parte de atrás sin hacer caso de las palmadas en la espalda.

Camino lo más erguido posible, pero en cuanto atravieso la puerta que da al pasillo de las habitaciones, me desplomo contra la pared. Suelto todo el aire y trato de contener el temblor de mis labios y de mis manos que no dejan de sacudirse nerviosamente.

Entierro el rostro entre las rodillas y trato de calmar mi respiración acelerada. Respirar es una agonía y me permito esta debilidad solo hasta que escucho el *clic* de la puerta. Estoy acostumbrado a esto, así que no tardo en recomponerme y me levanto trabajosamente, llevándome una mano a las costillas donde seguramente aparecerá un horrendo moretón.

Pike tiene todavía en sus labios la sonrisa ávara y satisfecha de antes, aprieta contra su pecho una bolsa de terciopelo negro donde seguramente tenga las ganancias de esta noche y, aunque no soy el único luchador con el que trabaja, seguramente yo sea el que más dinero le hace ganar. Menos cuando me emborracho de más y lo jodo.

—Yo que tú no me acostaría en unas horas. Carmina tiene un remedio que funciona muy bien para las costillas, puedes preguntarle. ¿Te ha roto algún diente? —Pike habla muy deprisa. Es probable que esté evaluándome de arriba abajo para medir los daños de su mercancía mientras enumera las lesiones que me ha dejado la pelea.

—Mi dinero. —Hoy no estoy con ánimos de aguantarlo.

—Brenan, estás entrando en un juego peligroso —comenta mientras rebusca en el saquito y el tintineo de los krons me revuelve las tripas.

—Me pagas para pelear.

—Te pago para seguir vivo y a este ritmo no creo que aguantes mucho más.

—Solo quieres proteger tus ingresos y te aseguro que hay más luchadores.

—Llevas años en esto y siempre he estado a tu lado, me daría pena que murieras por tu insensatez. —Parece enfadado, pero me da igual.

Abro la palma de la mano y él deposita las monedas de mala gana. Es como si tuviera cientos de sus consejos, que nadie le ha pedido, cargados para lanzarlos contra mí. No lo aguanto. Me doy la vuelta antes de darle la oportunidad de decir nada que nos fastidie a los dos recordar.

—¿Me haces un favor? Págale al tabernero mi habitación, ¿quieres?

—Brenan, algún día tendrás que dejar de destruirte.

—Hasta mañana, Pike. —No me molesto en decir nada más y asciendo las escaleras hasta mi habitación.

Las velas están casi consumidas, aunque la penumbra es más que suficiente para quitarme los pantalones, lanzarlos al otro extremo de la habitación y tumbarme con cuidado en la cama. Trato de ponerme boca arriba para evitar rozarme el lateral magullado y suspiro incapaz de sentirme satisfecho. Podría decirse que he ganado el combate, pero solo he empeñado más partes de mi alma, esperando a quedarme sin nada en algún momento.

Cierro los ojos y me imagino en otro lugar. El bosque a mi alrededor y el agua del lago abrazándome la piel de los tobillos. Todavía recuerdo a Elina en la orilla sin saber si entraría en el agua conmigo. Recuerdo su cuerpo, la forma de sus anchas caderas cubiertas por una tela que no tapaba nada de lo que yo ansiaba.

No dejaba nada a la imaginación, pero con ella no tenía que imaginar nada. Solo sentir. Y ahora ya no está y creo que me he perdido un poco más de lo esperado. Aprendí a ser una versión mejorada de mí mismo con ella, pero me traicionó y me ha lanzado a un abismo oscuro y frío y eso solo me deja, nuevamente, insatisfecho.

## 22

## ELINA

Si alguna vez pensé en casarme, por descontado, no esperaba que fuera así. Martha no dice nada, pero tira de las cintas de mi corsé como si quisiera romperme las costillas a toda costa. No la culpo por el fastidio con el que me aprieta los lazos en la espalda, incluso yo misma me siento

un poco cansada de tanto preparativo.

Antes de que saliera el sol, vino a mi habitación para ayudarme a vestirme. No le bastó con hacerme entrar en la bañera de cobre con el agua casi hirviendo, sino que decidió añadirle un aceite que olía a rosas, a pesar de mis súplicas para que no lo hiciera. Durante todo el rato que ha estado frotando mi piel con una esponja dura como una piedra, he intentado reprimir las lágrimas.

El olor a rosas se me ha metido en la nariz y no puedo escapar de él. Me recuerda a mi madre. Al jardín que tenía detrás de casa y a cómo ella las recolectaba cada primavera. Solía adornar nuestro hogar con ellas y, en un día como este, su ausencia duele incluso con más intensidad.

No voy a mentir, hay veces en las que he estado resentida con ella y la mitad del tiempo no he entendido sus decisiones, pero era su vida y su derecho a elegir. Supongo que jamás podré preguntarle el por qué hizo todo aquello. Porqué eligió a un humano, porqué renunció a su poder y me ocultó quién era yo en realidad.

—Pronto habré acabado.

Martha pega otro tirón y vuelvo al presente. A las capas de tul que caen desde mis caderas hasta el suelo, y contemplo el elaborado encaje brillante que se extiende por el escote del vestido. Mis mangas vaporosas hacen un fruncido en las muñecas y muevo un poco el brazo para escuchar el susurro de la tela sobre mi piel. Se me van los ojos hacia el arreglo floral que descansa en la mesa dispuesto para que lo lleve conmigo al altar.

En cuestión de un instante, estaré casada con Wesh. Puede que nuestra farsa haya llegado demasiado lejos, pero no estamos en condiciones de echarnos atrás. Ahora, más que nunca, tenemos que mantenernos firmes para que no nos descubran y huir no es una opción.

¿A dónde podría ir sin dinero ni un lugar al que regresar junto a las brujas? Además, tengo que buscar una solución para los aquelarres y descubrir cómo deshacerme de Nazar.

Así que no me he permitido a mí misma volver a pensar en la posibilidad de no hacerlo. Obedeceré y continuaré con mi teatro. No obstante, no voy a mentirme a mí misma. Wesh despierta algo en mí que he aprendido a apreciar, algo profundo y furioso que siempre me ha empujado en su dirección, pero no así. Jamás en estas circunstancias y lo odio por ello.

—Estás preciosa. —El susurro de Clarisa llega hasta mí a través de la bruma descontrolada de mis pensamientos y me giro hacia ella. Ante mi gesto, Martha chasquea la lengua cuando se le escurre una de las cintas de entre los dedos.

—Gracias —le digo a mi hermana y busco mi reflejo en el espejo que está apoyado en la esquina de mi habitación.

La chica que me devuelve la mirada da la impresión de ser alguien mayor; distinta. No solo por la ropa, sino por la expresión de su rostro: seria, comedida y correctamente tranquila. Me aterra pensar que solo seré esa chica a partir de ahora. Atrapada en esta piel que no me pertenece.

—Me sorprende lo calmada que estás.

—Bueno, es Wesh. Es una roca firme, no puedo estar nerviosa con él —miento descaradamente sin un ápice de vergüenza y me recuerdo a mí misma que así será a partir de ahora: mentiras rebosantes de mis labios, falsedades para todo aquel que quiera escucharme. Joder, debería haber huido.

—No parecías tan tranquila el otro día cuando Artai anunció el enlace.

—Estaba sorprendida.

—Pues yo estaba furiosa.

Me giro en redondo hacia mi hermana con extrañeza y ella me devuelve la mirada, no hay arrepentimiento en su rostro por haber sido sincera. No tiene reparos en confesarme lo que piensa

y me pregunto por qué. No sé si hemos llegado a tener ese tipo de relación tan estrecha o es que Clarisa me considera su confidente por la relación que mantengo con Wesh.

—¿No quieres que nos casemos?

—Le dije a Artai que eso deberíais decidirlo vosotros, pero no me escuchó.

—Pensaba que valoraba tu opinión.

Clarisa duda un instante, como si estuviera sopesando qué debería decir. Al final, niega con una sonrisa que parece tapar todas las sombras en sus ojos y me tiende el ramo de flores.

—No vamos a hablar de eso el día más importante de tu vida.

—Esto ya está. —Martha resopla, haciendo que su flequillo se eleve un poco justo antes de volver a caer sobre sus ojos—. Majestuosa.

Mi doncella sonrío orgullosa de su trabajo y miro, de nuevo, al espejo. Tengo que reconocer que apenas queda nada de la Elina que tenía control sobre sus decisiones. Es una imagen perfecta para el papel que creen que represento, pero la magia crepita en la yema de mis dedos y jamás me he sentido más necesitada de aferrarme a ella que ahora.

No pienso dejar de ser quien soy. Ni siquiera por Wesh. Es una promesa que me hago mientras le dedico un vistazo a mi reflejo del mismo modo en el que miraría a una extraña.

—Vamos. —Mi hermana da un paso hacia delante y me distrae. Hace un gesto con la mano y me indica la salida.

Aunque he conseguido dominar los nervios hasta el momento, un amasijo de descargas comienza a formarse en mi estómago. Sería de mal gusto anunciar que tengo unas terribles ganas de ir al baño, así que suspiro evitando el temblor de manos y sigo a Clarisa por el pasillo.

—Estás... Como una perfecta novia —comenta Kallian a mi espalda cuando salgo de la habitación y sonrío por su observación.

—¿Es tu forma de decirme que crees que estoy guapa?

—No osaría tal atrevimiento —replica él con una ligera sonrisa en los labios.

—Gracias —musito y me cuesta encontrar mi voz.

El camino hacia el templo lo paso intentando salir de la bruma de mi mente y de evitar el pitido en mis oídos. Podría jurar que siento cómo mi alma se separa de mi cuerpo tembloroso, pero no quiero preocupar a mi hermana con una escenita de pánico, así que trago el nudo en mi garganta y sigo avanzando.

Solo soy capaz de pensar en la boda, el viaje, la plaga, Nazar buscándome para matarme.

Cuando llegamos al exterior del templo, Clarisa me estrecha entre sus brazos. Es un apretón fuerte y cálido, un momento de seguridad justo antes de lanzarme a la deriva.

—Sé que serás una buena mujer para mi hermano.

—Clarisa, quiero contarte algo. —Se me escapan las palabras y me quedo atónita ante el hecho de estar a punto de confesarle a mi hermana quién soy. Simplemente no puedo permitir que todo sea una mentira.

—Luego —dice antes de darme tiempo a fastidiar todas las oportunidades que tenía de salir con vida de este castillo.

Entonces abren las puertas del templo y Clarisa avanza por el pasillo hasta llegar al altar. Se coloca junto a Artai que me mira complacido. Una ligera sonrisa adorna los labios del rey en el momento en que asiente, no sé si para infundirme valor o recordarme que me caso por orden suya. A su lado, está Wesh.

Sus ojos grisáceos se abalanzan contra los míos a pesar de la distancia que nos separa y me quedo atrapada en esa mirada que me promete cientos de cosas que jamás pensé que querría. Puede que no seamos los niños que compartían pastel y se querían con inocencia, pero, a pesar

de nuestros pecados y nuestras partes rotas, daría mi vida por él. De eso no tengo duda. A pesar de lo mucho que lo odio en este momento.

Su flequillo negro como la noche cae ligeramente sobre su frente y sus mejillas lisas y afeitadas se tensan en una sonrisa limpia en cuanto pongo un pie dentro del templo. No sé si sonrío por mantener nuestra farsa, pero me tambaleo ligeramente ante la visión. Lo detesto. Me arrancaría la piel hasta el hueso solo para no ceder ante esta situación.

Puede que quiera destruirlo en el sitio por permitirle a Artai jugar con nuestros destinos, pero hay una parte de mí que sabe que ha querido durante mucho tiempo a ese maldito comandante y sé que, si tuviera que lanzarme al caos, sería a su lado. Así que continuo avanzando hasta él, sostenida por la tormenta de sus ojos, como si en cualquier momento pudiera acabar conmigo o con la poca cordura que me queda.

Sus manos sostienen las mías en cuanto llego a su lado y la calidez de sus dedos llenos de cicatrices y durezas me hacen estremecer a través de la tela de mis guantes. Ambos estamos obligados a esto, pero no encuentro mi desesperación cuando el hielo de sus ojos me lacera por completo.

—Estás hermosa —susurra tan bajo que apenas soy capaz de procesar las palabras.

—Wesh... —Pronuncio su nombre como una súplica para que detenga esto, para que invente algún tipo de excusa que nos salve de este matrimonio. Puede que no signifique nada para nosotros, pero simplemente no está bien.

Sin embargo, él no dice nada. Yo tampoco muevo ni un músculo mientras la multitud guarda silencio y el sacerdote comienza a hablar. El olor a incienso se me mete en la nariz y reprimo las náuseas, evitando la mirada satisfecha que nos dedica Artai. Le lanzaría una daga al cuello.

Durante toda la ceremonia, el sacerdote habla ininterrumpidamente sobre el compromiso, pero apenas lo escucho. Solo puedo mirar a Wesh y me pierdo en la niebla infinita de su mirada. En esas promesas que no me dice, en su disculpa silenciosa por lo que ha accedido a hacer y me aseguro de que sienta mi ira a través del vínculo.

El intercambio de anillos es rápido y sin florituras y, en cuanto el sacerdote pronuncia unas palabras más, ambos estamos unidos. Nuestras vidas se entrelazan en una sola y pasamos a ser una única cosa. Wesh se inclina hacia mí y me besa lentamente, tomándose su tiempo en saborear mis labios, pero no puedo soportarlo y me aparto bruscamente.

—Tienes que entender que no ha sido culpa mía —susurra Wesh en mi oído mientras todos los invitados salen del templo rumbo a la sala de banquetes.

—No te negaste —declaro incapaz de decir nada más o volveré a gritarle.

—Al rey no se le niegan sus deseos. —Reprimo el impulso de poner los ojos en blanco y decido guardar silencio. Si por mí fuera, este templo ardería hasta sus cimientos y, si tengo que ser sincera, Artai estaría dentro.

## 23

## WESH

Nada de lo que ocurre es como lo habría imaginado. Aunque tampoco es que hubiera planeado casarme jamás. No creía que el matrimonio fuera algo diseñado para mí y jamás he aspirado a encontrar a alguien con quien compartir mi vida. Mi posición no facilita conocer a muchas mujeres, no cuando tienes que estar disponible cada segundo del día si el rey lo requiere.

Cuando era un muchacho, me enamoré de una chica en el reclutamiento. Ella era fuego y rabia, pero la destinaron lejos cuando no superó el primer año y, para ser franco, no creo que hubiera funcionado. Me debo a Artai, a la protección del reino, a mi deber. Nadie lo entiende y, al parecer, Elina no es una excepción.

Desde aquella chica, no había sentido ese dolor en el pecho, ese insomnio que me carcome todas las madrugadas, ese deseo enfermizo. Mi deber y mi lealtad estaban junto a mi rey y no quería distracciones innecesarias. Hasta que volvió Elina. Y ahora estamos unidos por un supuesto *amor*.

«Amor». Incluso la palabra me resulta extraña. Amo a mi rey. Amo al reino. Quiero a mi hermana. ¿Pero amar a Elina? Sí, pierdo el sentido cuando la tengo cerca, pero estamos muy lejos de un sentimiento tan puro y tierno.

Observo cómo chispean llamas asesinas en sus ojos verdes a través del velo blanco que cubre su rostro y me estremezco. Jamás me he sentido más vinculado a nadie, como si su furia fuera mi razón de ser. Verla arder por mí, aunque sea un odio del que no tengo control. Maldigo al vínculo de sangre que me hace sentir su cólera incendiaria.

Veo cómo aprieta los labios en una fina línea cuando el sacerdote nos casa y levanto su velo con reverencia mientras me fulmina con la mirada. Es mía y jamás pensé que eso me haría sentir tan culpable. Quizás esta era la excusa que necesitaba para perdonarme a mí mismo por mi traición al reino, pero sé que no es lo correcto. Aunque desee esa piel llena de magia con toda mi maldita cordura.

Después de la ceremonia, nos dirigimos de la mano a un salón de baile para celebrar el enlace. Los dedos de Elina se curvan como garras contra mi piel y noto la tensión en cada rincón de su cuerpo arqueándose contra mí, como si estuviera lista para sacar la daga que seguramente esté oculta bajo esas capas de tul. Apuesto a que me apuñalaría con gusto.

Al atravesar las puertas del salón, alzo la vista y asiento satisfecho. He de reconocer que Clarisa ha hecho un trabajo increíble con tan poco tiempo de antelación. Las mesas están repletas de manjares y le lanzo una sonrisa a mi hermana cuando veo cómo ha incluido tartaletas de frutos rojos. Mis preferidas. Adoro a Clarisa más de lo que puedo concebir y ella me guiña el ojo, como si compartiéramos un secreto que solo nosotros entendemos. Nadie me conoce mejor que ella.

—Podríamos bailar y acabar con esto —dice Elina echando un vistazo alrededor, apretando aún más fuerte mi mano. El resentimiento flota entre nosotros.

—Como quieras.

Está muy equivocada si cree que es la única a quien le han dictado un destino que no entraba en sus planes. He hecho el mismo sacrificio en favor de los deseos de Artai. Lo único que nos diferencia es que yo acato las órdenes sin rechistar porque ese es mi deber y ella se retuerce a cada paso.

No obstante, mis manos le recorren la espalda hasta llegar a su cadera y aprieto mis dedos sobre el corsé, recordándole que, aunque estemos fingiendo, mi deseo por ella es muy real.

La acerco a mí y nuestras respiraciones se convierten en una sola mientras comenzamos a movernos al ritmo de los laúdes, sus ojos se clavan como estacas en los míos y no me aparto, sino que dejo que me fulmine.

Los nobles que han asistido a la ceremonia bailan alegremente, como si esta boda fuera capaz de ahogar los fúnebres recuerdos del último baile. Veo cómo Jacón bebe de su copa y la alza hacia nosotros, en un gesto que denota que nos desea buena suerte en nuestro enlace. Solo que él es otra de las serpientes que envenenan el juicio de Artai y de los que quieren mi caída, así que

asiento en su dirección, pero no bajo la guardia. Nunca puedo dejar de estar alerta.

Joder, todos quieren algo. Los consejeros, los nobles, los brujos. Urden intrigas con complots de muerte, provocan ataques y tejen planes en los que se decide sobre personas que jamás tendrán voz para hablar por sí mismos. Estoy cansado de soportar el peso de esa responsabilidad, pero la acepto igualmente. No seré el que se aleje de Artai porque sea difícil ser un buen comandante real.

—¿Qué estás pensando? ¿No estás contento de servir a tu rey? —dice Elina con ironía en mi oído. Sus labios rozan el lóbulo de mi oreja y me aprieto más contra ella, guiándola por la sala como si tuviera alguna maldita idea de qué es lo que voy a hacer con ella.

—No me lo pongas más difícil, por favor. —Llevo todo este tiempo luchando contra ella y sus palabras, pero no puedo más. Simplemente me rindo a su voluntad. Si desea destrozarme los huesos por amarla, me doblaré ante ella.

—Estoy enfadada, Wesh, pero lo entiendo. Entiendo por qué lo has hecho.

—Pero no me perdonarás por ello.

Su silencio me da todas las respuestas que necesito.

—Ahora mismo solo quiero salir de este lugar y prepararme para el viaje —dice al cabo de un rato.

—Aún quedan dos días.

—Cuanto antes, mejor. Nazar volverá en algún momento. —Comenta con la mirada perdida en la multitud que se arremolina junto a las mesas y que beben de sus copas, ansiosos por emborracharse y perder el contacto con la realidad.

—Nazar está muy lejos de aquí —le recuerdo.

Su espalda se tensa aún más y la acerco a mi cuerpo todo lo que puedo. Sé que no me cree. Sé que no piensa que yo sea capaz de alejar a ese jodido brujo de ella, pero daría mi maldita vida por protegerla a ella y a los demás de ese monstruo.

En ese momento, a través de la sala, percibo cómo las puertas del salón se abren y entra con sutileza mi segundo al mando. Se suponía que tenía que estar custodiando la muralla exterior. Duncan avanza con disimulo por detrás de los nobles hacia donde se encuentra Artai arrellanado en su trono, bebiendo vino sobre una tarima adornada de flores.

Bastan un par de palabras para que Artai se revuelva y sisee unas órdenes sordas a las que Duncan responde con un asentimiento. La exaltación domina las facciones de mi rey y frunzo el ceño ante la lividez que adquiere su rostro.

Está pasando algo. Me lo corrobora el leve gesto que Taranis hace en mi dirección. Quiere que vaya a solucionarlo. Así que detengo mi baile con Elina y hago el amago de marcharme detrás de Duncan que ya está atravesando la marea de gente en dirección a la salida. No obstante, Elina sigue agarrando mi mano como si su vida pendiera de ese contacto.

—No pensarás dejarme aquí —susurra con el ceño fruncido y me muerdo el labio inferior, sin saber cómo explicarle que esto es lo que tengo que hacer. De todas formas, nuestro enlace es una farsa y ella se ha encargado de demostrármelo perfectamente. No creo que le importe pasar sola la noche de bodas.

—Tengo algo de lo que ocuparme —murmuro—. Puedes volver a tu habitación si lo deseas, Kallian te acompañará.

—Rinde honor a tu rey. —Sus palabras suenan crueles en esos labios afilados, como una burla que no logro comprender.

—Descansa —digo incapaz de enfrentarme a ella durante más tiempo. Hay algo urgente de lo que ocuparme y no tengo ni idea de qué se trata.

Ante el asentimiento de Elina, le hago un gesto a Kallian para que se ocupe de ella. No puedo perder tiempo ahora mismo en esto, por lo que echo a andar tranquilamente por la sala, tratando de aparentar normalidad cuando por dentro siento deseos de correr tras Duncan.

Me dirijo a la plataforma donde se ubica el trono real y me despido de mi hermana, que parece orgullosa de su fiesta, y de mi rey con una inclinación. Artai me dedica una mirada que no logro descifrar y salgo de la sala con rapidez.

Duncan me está esperando fuera con el rostro desencajado. Parece más pálido que de costumbre y todas mis alarmas se disparan.

—La reina Malika se ha presentado ante nuestras puertas con únicamente un par de guardias custodiándola. Han sufrido un ataque en el camino hacia Tirnamen, así que han regresado aquí para pedir alojamiento y ayuda —informa Duncan mientras me conduce hasta el ala del castillo reservada para los visitantes.

Joder, la presencia de la reina Malika complica mucho las cosas.

—¿Está herida? —Trato de evaluar el nivel de daños.

Tengo que sacar a la reina de Valke de este castillo antes de que se corra el rumor y llegue hasta oídos de Clarisa. Hemos sido muy cuidadosos siempre y Artai nos destrozará si permitimos que la situación se nos vaya de las manos. Qué oportuna ha sido presentándose en mitad de la noche.

—Contesta —exijo, andando a la carrera por los pasillos de piedra.

—Rebecca la ha examinado y no ha encontrado heridas, pero hay algo... —Duncan duda y noto la tensión en sus hombros. Me detengo un instante y lo fulmino con la mirada.

—Habla, maldita sea —ordeno.

—Está embarazada.

Mi corazón sigue bombeando sangre, pero creo que algo se congela dentro de mí. Trato de asimilar las palabras con calma, porque eso solo significa una cosa. Y no es nada bueno.

—Dejó el castillo hace unas semanas —murmuro recordando la visita secreta que recibimos tras el ataque.

Las relaciones del Reino Dorado con Valke son algo más que una relación tensa de negocios. Sí nos acusaron de secuestrar a su pueblo y traficar con esclavos. Sí, mantenemos nuestros acuerdos comerciales; pero hay algo más. Algo en lo que no me permito pensar.

La naturaleza *estrecha* de esa relación entre Artai y Malika es uno de los secretos con los que he tenido que cargar a lo largo de mi cargo como comandante y ahora todo se tambalea. Un bastardo. Joder.

El hecho de que Malika se haya presentado de esa forma podría ser demoledor para el futuro que Artai planea construir con mi hermana, pero no soy nadie para aconsejarle al rey cómo debe mantener sus asuntos personales. Me limito a hacer que cada encuentro con la reina de Valke sea secreto, que nadie sepa de ella y que gocen de una buena coartada.

Pero un bebé no es solo un cortejo pasional. No soy quién para recordarle al rey cómo evitar preñar a las gobernantes de los reinos vecinos, pero parece que debería haberlo tenido en cuenta. Los encuentros de Taranis con Malika suelen darse cada cierto tiempo, así que no creí que fuera a darnos problemas.

—La reina quería visitar Tirnamen con perspectivas de ampliar el comercio, pero la asaltaron en el boque. —Vuelve a repetir Duncan que parece tan turbado como yo. Ambos sabemos que esto es una jodida cagada.

—¿Brujos?

—No ha dicho nada.

Al fin, llegamos a una sala decorada con mullidos asientos que están orientados hacia un fuego candente. Uno de ellos está ocupado por la reina de Valker y observo su espalda recta, esa postura regia que siempre la acompaña, un orgullo del que no se desprende ni habiendo sido aparentemente atacada en los caminos.

—Reina Malika —saludo mientras ella se da la vuelta levantando la barbilla con seriedad.

—Oh, Langeland, menos mal que has venido. Estos soldados apenas saben cómo tratar a una dama. —Me tiende su mano para que la bese a modo de saludo y hago exactamente lo que ella espera. Su mano está helada.

—Mi señora, ¿qué es lo que ha ocurrido? —pregunto sin mucho convencimiento y ella me cuenta el viaje despiadado que ha tenido.

—Tras mi última visita, viajábamos de incógnito para no ser reconocidos y nos atacaron. Sin escolta y desprotegida... Creí conveniente volver aquí para pedir ayuda. Ha sido espantoso —confiesa con el ceño fruncido.

—Siento mucho lo que le ha sucedido en el camino, su alteza, nos encargaremos de proporcionarle ayuda para su regreso. No obstante... Está embarazada, mi señora —declaro abordando el tema directamente.

—El estado de la criatura no ha sufrido complicaciones por el ataque. —Yergue un poco más la espalda y se muerde el labio inferior con algo parecido al miedo. Ella sabe lo que significa ese bebé y, aun así, me golpea con sus ojos orgullosos.

—No hace mucho que mi rey anunció su compromiso —informo tratando de ser lo más delicado posible con ella.

No tengo claro qué sentimientos se profesan, pero para tratarse de una aventura de años, debo suponer que existe un vínculo entre ambos gobernantes más allá de lo carnal.

—No sé exactamente qué quiere decir con eso, soldado —espeta ella entrecerrando los ojos, calculadora y letal.

—Nada, su majestad. —Agacho la cabeza porque el fuego me corre por dentro, pero a mí no me corresponde decir nada. Ni mi posición ni mi poder me otorgan ese derecho.

—Necesito que me llevéis a Valker. Ayúdame, Langeland —dice sin apenas mirarme.

—Deberá hablarlo con el rey, mi señora —susurro todavía sosteniendo su mano. No puedo evitar fijarme en cómo tiembla.

## 24

## WESH

Decir que la noche ha sido larga, sería reducir a una palabra demasiado simple las incansables horas que hemos pasado sentados a la mesa del consejo discutiendo las posibilidades de escoltar a la reina de Valker de regreso a su tierra.

Por razones obvias, hemos excluido a Clarisa de esta reunión en particular y me he odiado por cada una de las palabras que he pronunciado desde entonces. Clarisa no merece esto, pero no soy quién para juzgar los actos de Artai.

En cuanto el tema del bastardo salió a la luz, Artai moderó sus expresiones con fría calma, pero sé que bulle de rabia bajo esa fachada de tranquilidad y autocontrol.

Se lo advertí. Le dije que tuviera cuidado con sus juegos, pero su ego no le ha permitido darse

cuenta de que, piense lo piense el pueblo, él también es humano y sus actos tienen consecuencias muy reales.

Jacón, a pesar de estar informado de las aventuras de nuestro rey, parecía satisfecho del revuelo. Esa sabandija no ha tenido la decencia ni de intentar disimular el júbilo que le provocaba este problema que, quiera o no, nos afecta a todos. Si se supiera que el rey tiene una aventura con la reina de Valker, estallarían el caos y las finas líneas de lealtades que hay ahora mismo establecidas entre los nobles, saltarían por los aires.

Lo quieran o no, necesitamos a Clarisa como reina. La parte de la nobleza más conservadora está de parte de mi casa, del apellido Langeland que perteneció al sacerdote del rey y quien buscó siempre al Santo. Ese apellido ahora también es el de Clarisa, oficialmente, la futura reina, y Artai sabe que no puede perder el apoyo de la mitad de esos nobles. Un bastardo lo arruinaría todo.

—Que alguien la escolte en secreto —propone Duncan masajeándose las sienes, con los ojos rojos por el cansancio.

El alba despunta tras las montañas y nadie ha dado su brazo a torcer durante toda la noche.

Antes de que Malika se uniera a nosotros, todos dieron su jodida opinión. Jacón quería alojarla, forzosamente, en una casa de campo hasta que diera a luz. Solo que eso nos llevaría a una guerra con el pueblo de Valker que nadie desea.

Durante un instante, Artai propuso usar a Rebecca para hacer abortar a Malika. Es mi rey, pero sus ideas despreciables me consumen cada vez más.

Por suerte, Malika se nos unió antes de que se les ocurrieran ideas más perversas que solo nos darían el mismo resultado: probar la furia de Malika y enemistarnos con su pueblo. Así que la idea de Duncan no parece tan descabellada.

—No necesito a mucha gente. La suficiente para no volver a sufrir otro ataque —comenta la reina mirándonos de uno en uno. En el fondo, apuesto a que sabe lo que estos hombres pretendían hacer con ella.

—Langeland puede hacerlo.

La voz de mi rey me sacude las sienes y lo miro. Más peticiones, más misiones en las que salvarle el culo. Es mi amigo, mi rey, pero también sé que estoy empeñando mi alma cada vez que cedo ante él. Si no me condenó rendirme ante Elina, sucumbir a los caprichos de este hombre, lo hará.

—Majestad, sería un honor. No obstante, el asunto que tenemos pendiente también es... —Quiero sugerir a Duncan para que realice un rápido viaje hacia Valker. Tardaría una semana en escoltarla sana y salva sin posponer la cuestión de la plaga que parece un daño más inminente.

—Quiero que seas tú —anuncia sin despegar esos ojos insondables de mí—. Tu misión no ha cambiado: te desviarás del camino y primero pondrás a la reina a salvo. Después, continuarás con tu tarea; la frontera con Valker no queda muy lejos de tu destino.

Cada palabra de Artai es una losa sobre mis hombros, pero asiento en silencio y me trago los reproches que podría lanzarle en este momento. Es cierto que Valker es uno de los reinos fronterizos, nos retrasará en nuestra investigación sobre la plaga al menos unos días, pero la voluntad del rey es esta y, si quiere arriesgarse, que así sea.

Discutimos los detalles del viaje durante más de una hora y, cuando hemos terminado y apenas me quedan fuerzas, pongo rumbo a mis aposentos. En el pasillo, Duncan eleva una de sus cejas con diversión.

—¿Tanto te reprochará que te hayas ausentado? Al menos habéis bailado juntos. —No entiendo lo que quiere decir hasta que recuerdo la boda. Elina. Se supone que hoy es nuestra

noche de bodas.

—No sé si querrá verme —comento incapaz de inventar alguna excusa para irme a mi dormitorio y no tener que enfrentarme a los ojos asesinos de Elina.

—Apuesto a que sí. Inténtalo, amigo —dice Duncan señalando el pasillo que conduce hacia las dependencias de la que ahora es mi mujer.

—No creo que sea buena idea...

—Te prometo que será peor si no vas —insiste él.

Y, aunque sé que probablemente Elina me lance un cuchillo a la cabeza, asiento. No quiero levantar sospechas.

Kallian me saluda con un asentimiento de cabeza cuando llego a la puerta del dormitorio y se hace a un lado sin mediar palabra. Al parecer, todo el mundo asume que esto es lo que debería pasar ahora. Después de toda una noche de solucionar los problemas del rey, debería despertar a mi mujer para consumar un matrimonio que no deseamos.

Joder. Esto es una maldita montaña de problemas y no paran de añadirse más y más contratiempos. Elina va a odiarme por el resto de nuestra vida.

Trato de no hacer ruido cuando entro en la habitación y echo un vistazo a mi alrededor. El fuego de la chimenea ilumina débilmente la figura de Elina entre las sábanas, sus caderas abrazadas por la tela como si quisieran recordarme lo cálido que sería unirme a ella y permitir que se recostara en mi pecho, sentir su piel contra la mía y descansar al fin. No obstante, ella no parece percatarse de mi presencia y su respiración regular llega hasta mí como un susurro.

Me acerco a una de las butacas frente al fuego y me desplomo sobre ella. Mi plan no era dormir en una silla, pero no hay una opción mejor, así que me arrebujó de la forma más cómoda posible y contemplo las llamas mientras mi mente de despoja de cada una de las emociones del día.

Me he casado con Elina. *Maldita sea*. No ha sido un sueño, aunque lo recuerdo como tal. Sus dedos aferrados a los míos, sus labios besándome furiosos.

Estoy unido a esta mujer de todas las formas imaginables y, a pesar de todo, no puedo evitar preguntarme si lo que siento no es más que producto de ese vínculo de sangre. Mi mente y mi corazón son suyos por un truco, magia traicionera que me confunde. ¿Acaso nada de esto es real?

—¿Qué haces aquí?

La voz de Elina me arranca de mis pensamientos y me incorporo para verla de pie en mitad de la habitación. Un fino camisón se pega a su cuerpo, su cabello castaño cae en ondas desordenadas sobre sus hombros y solo se me ocurre la forma deliciosa en la que esos labios podrían hacerme sentir si ella tan solo...

—Se supone que es nuestra noche de bodas, ¿no? —Ella se abraza el cuerpo y me estudia sin compasión. Todavía veo los vestigios del sueño aferrándose a sus pestañas cuando parpadea pesadamente.

—Vas a fingir que te acuestas conmigo.

—No estoy fingiendo nada, solo estoy sentado en el sillón.

—Pero ellos pensarán que has culminado nuestro matrimonio. Somos una mentira de principio a fin.

—Ha surgido un problema. —Mi voluntad no me permite seguirle el juego y simplemente digo lo que me ha consumido desde que he abandonado nuestro baile de bodas.

—Cuéntame. —Elina debe de haber visto algo en mi expresión para dejar de lanzar acusaciones y se acerca a mí para sentarse en la butaca libre frente al fuego.

A través de la fina tela, puedo ver la forma redondeada de sus senos que me desconcentran.

No obstante, me aclaro la garganta y comienzo a contarle todo lo que ha sucedido. Todo. Si vamos a tener que escoltar a Malika a su hogar, no pienso ocultarle nada a Elina porque ella tendrá que venir conmigo. Necesito que sepa lo que está en juego.

Ella no abre la boca ni una sola vez mientras le cuento nuestro plan, pero su expresión se vuelve cada vez más terrible. Aprieta las manos en puños con furia, tanto que puedo ver desde aquí cómo sus nudillos se ponen blancos. Parece avergonzada. Entonces aparta de mí la inmensidad de sus pupilas, incapaz de sostenerme la mirada.

## 25

### ELINA

Cuando Wesh ha comenzado la historia, creía que en cualquier momento confesaría que acababa de enterarse de la aventura. Que no sabía que durante todo este tiempo Artai ha sido infiel a mi hermana.

He esperado a que confirmara que no se había enterado hasta este preciso instante y esperaba que le pareciera una absoluta locura que la reina de Valkeir esté embarazada de Artai.

No ha sido así.

Apenas puedo contener la sorpresa porque claro que Wesh lo sabe. Es comandante jefe de la guardia real, es uno de los mejores amigos de Artai y le informan de todo lo que sucede en este maldito castillo. Wesh ha permitido que eso pasara.

—Lo has sabido todo el tiempo. —Comprendo en voz alta y no identifico nada a través de nuestro vínculo. Me ha bloqueado.

Trato de no lanzarme hacia él y degollarlo en el sitio. Podría haberme avisado en vez de permitir que yo sacara conclusiones sobre mi hermana y el rey. Si estoy atrapada aquí es porque creía que mi hermana era feliz y, a pesar de todo, resulta que soy incapaz de protegerla de las traiciones y los ataques por la espalda.

Se suponía que Wesh cuidaba a Clarisa. Él tendría que haber evitado que Artai se comportara como un tirano y no debería haber sido su cómplice. Cada vez que conozco algo de Artai, descubro que es mucho más retorcido de lo que podría haber imaginado en un inicio y no me gusta.

—Y lo permites. —Mis palabras suenan a acusación, porque en realidad, lo son. Wesh se ha criado con Clarisa, la llama hermana, pero luego es incapaz de guardar su honor.

—Al rey nadie le permite nada. El rey actúa por voluntad propia.

Hay dureza y contención en Wesh, pero no encuentro rabia en sus ojos. Sin embargo, yo la siento por ambos.

—Tú tienes influencia en él, así que supongo que has permitido que se le ocurra esa idea tan denigrante. Humillar a tu hermana. Me avergonzaría de estar en tu piel.

—El rey es el rey.

—Y tú besas el suelo por donde pisa.

—Es mi papel servirle.

—La llamas hermana, pero no la proteges. Te haces llamar guardia, pero no eres más que un criado con armadura, esperando la próxima orden de un niño injusto.

—Elina, controla esa lengua.

—Estoy harta de aguantar que me deis órdenes, estoy cansada de estar aquí y someterme a un destino que no deseo. Debería haberle hecho caso a Brenan y debería haber matado a Artai. — Las palabras escapan de mis labios sin control, pero me arrepiento casi al instante de mi confesión.

Llevo mis manos hacia mis labios y presiono con dureza mi boca, como si pudiera deshacer lo que acabo de decir. Presiono con tanto ímpetu que apenas puedo respirar, pero me domina una fuerza contenida que se derrama indómita y me cubre con un manto de rabia.

—Si alguien te escuchara decir algo semejante, podrías estar muerta al amanecer. No te atrevas a volver a repetirlo —sisea, inclinándose hacia mí con fiereza.

—No es un buen rey —declaro y sostengo su mirada, buscando algún rastro de humanidad que pudiera quedarle.

—Tú no eres una buena persona, pero aquí estamos. Sometidos al destino que nos ha marcado el Santo.

—No me hables de Santos cuando estamos condenados.

—Elina, tienes que controlarte, joder.

—¿Vas a dejar que Artai haga lo que quiera con Clarisa? ¿Con nosotros?

—No puedo hacer nada. —Veo en su expresión que hace mucho que Wesh aceptó la derrota.

—¿También vais a obligar a Clarisa a casarse? ¿Será un peón más? —ataco a la tempestad en la que se han convertido sus ojos.

—Clarisa lo ama.

—Estás muy equivocado. No creo que mi hermana sea capaz de amar a alguien que la ha traicionado de esa forma. Y, aunque todavía lo quisiera, no la obligaría a estar a su lado después de lo que ha hecho. No tengo intención de perdonar esta deslealtad, te lo aseguro. Pagaré por esto.

—Estás hablando de traición.

—Estoy hablando de justicia —digo entre dientes.

La cólera es fácil de identificar en los ojos ardientes de Wesh. Apuesto a que afilaría la hoja de su espada en mi cuello si decido seguir atacándolo, pero no puedo reprimir el impulso de querer gritarle hasta quedarme sin voz.

No soy una ingenua, probablemente esta situación podría haber sido diferente si Wesh hubiera elegido luchar por Clarisa en vez de rendirse al destino, pero Wesh siempre antepone a su rey. Así que mi hermana es otra pieza del tablero de Artai, otro daño colateral, una consecuencia en la que no pensarán mucho.

—Tenemos un viaje por delante, así que Clarisa tendrá que decidir por ella misma. Tú y yo escoltaremos a la reina de Valke a su tierra, investigaremos la plaga y, cuando regresemos, nos enfrentaremos a Nazar. —Enumera nuestros problemas como si no fueran más que una lista de tareas pendientes, como si fuera tan sencillo. Pero yo sé que nada de esto lo es.

—¿No ayudarás a mi hermana?

Busco la voz en mi garganta, pero la pena me arrebató la posibilidad de sonar segura, porque tiembla y se apaga cuando pienso en Clarisa sola ante esta situación, aislada, rodeada de gente a la que no les importa. Ni siquiera el que dice ser su hermano está dispuesto a dar la cara por ella

y la habitación comienza a darme vueltas.

—Clarisa no es una niña y ese asunto es cosa de ella y Artai —tercia Wesh sin mirarme.

—Alguien podría haberla avisado...

—No era mi papel —zanja él—. Partiremos y, como pediste, buscaremos a Brenan para que nos haga de guía por los bosques. Marcharemos rumbo a Valker y no volveremos a hablar de esto. En este castillo hay leyes que debes cumplir mientras vivas aquí.

La vena de su cuello está tirante y tensa bajo esa piel marmórea. Apenas puedo contener las ganas de lanzarme a su cuello y olvidar quién es. Solo quiero venganza.

—Artai no merece ser rey —susurro tan bajito que apenas me doy cuenta de lo que he dicho hasta que Wesh me atraviesa con sus ojos crueles.

—No vuelvas a decir algo así.

—¿Y los rumores sobre otro heredero? —sugiero con decisión. Si Wesh cree que voy a olvidar lo que me dijo, está muy equivocado.

—No sabemos si son reales ni dónde está y, en caso de que lo supiéramos, ¿le entregarías el trono a un desconocido?

Un «sí» retumba en mis sienes y, aunque soy consciente de que baso toda mi opinión en rumores y habladurías, sé que eso sería mejor que seguir permitiendo que Artai imponga su ley.

—Eso pensaba. —Wesh interpreta mi silencio de forma muy distinta.

Aunque no tengo valor para corregirlo. Prefiero creer en cuentos de viejas sobre la posibilidad de que el rey heredero esté perdido por los bosques a aceptar que no hay esperanza y que Artai impondrá su ley para siempre.

Puede que antes no me importara toda esta gente, pero son daños colaterales de una guerra en la que no tienen poder, pero que definitivamente les afecta y no condenaré a toda esta gente a un reinado de tiranía solo por egoísmo.

## 26

### ELINA

Cuando he despertado esta mañana, Wesh ya no estaba. Y he agradecido al cielo no tener que enfrentarme a él por el momento. Desde que nos reencontramos, me siento más lejos de él que nunca.

Además, Clarisa me ha mandado una invitación para unirme a ella en su paseo por los jardines y no tengo mucho tiempo de pensar en otra cosa que no sea ella. Sostengo el papel marfil con las manos y suspiro sin tener claro qué es lo que debería hacer.

Cada poro de mi piel me pide que le confiese quién soy en realidad. Todos en su vida le han mentado y traicionado y yo no quiero ser como ellos. No me gustaría decepcionarla ni dejarla sola, porque quiero estar ahí para ella, ayudarla y cuidarla en estos momentos difíciles.

Y si no puedo revelarles mi identidad... no creo estar preparada para renunciar a ella, pero cada vez tengo más claro que es lo único que puedo hacer. Vi su mirada de hielo cuando Brenan atacó, vi cómo su mandíbula se cuadraba y alzaba la espada como si siempre hubiera estado lista para ese momento.

Es imposible pedirle al árbol que se doblegue ante la insignificante brisa, del mismo modo

que será inútil intentar convencer a Clarisa de que no me mate cuando sepa quién soy.

Así que Martha me ayuda a bañarme, me frota la piel de los brazos y borra las partes de mí que nadie debería ver mientras en mi mente se cuece la indecisión.

Acabo enfundada en un vestido de seda ligera. La tela cae sobre mis piernas, las acaricia y susurra promesas que podrían haberse cumplido en otras circunstancias. El color azul oscuro del vestido me recuerda al traje que Wesh llevó la noche del ataque y acaricio la tela intentando planear algún tema de conversación con Clarisa para no permitir que mi lengua impulsiva me traicione.

Kallian me espera en la puerta con su habitual seriedad y arquea las cejas. La armadura metálica resalta el rubio de sus mechones y reparo en el cansancio bajo sus ojos.

—¿Tiene planes para salir, mi señora?

—Clarisa Langeland me ha citado en los jardines —susurro y frunzo el ceño al recordar que no había instrucciones en la tarjeta sobre nuestro encuentro.

—Por supuesto.

Kallian se pone en marcha y me limito a caminar tras él por el pasillo de piedra. Por el camino, recoloco distraídamente mis guantes, evitando dejar expuesta la piel de mi mano y tengo que hacer un esfuerzo por dejar de tocar la tela compulsivamente. No es algo que debería esconder, pero ver las marcas aún me supera.

—Las temperaturas siguen siendo muy bajas, tenga cuidado —aconseja Kallian y sonrío por ese comentario protector. Mentiría si dijera que no he llegado a apreciarlo.

—¿Prefieres el calor, Kallian? —inquiero bajando unos escalones tras él.

—Siempre he sido de sangre caliente, mi señora —contesta distraídamente hasta que se da cuenta de cómo ha sonado lo que acaba de decir.

—¿En serio? —Un atisbo de risa surge en mi garganta, pero Kallian carraspea y decido no pronunciar la evidente broma.

—Perdóneme —dice simplemente acelerando el paso y sonrío por su actitud avergonzada. No lo tenía por alguien tímido.

Descendemos en silencio los últimos peldaños de las escaleras laterales que llevan a la parte trasera del castillo y un frío helado me azota las mejillas. Maldita sea, Kallian tenía razón.

Aquí comienza la extensión de los jardines hasta donde alcanza la vista. A lo lejos, las montañas desnudas están cortadas por los muros de la fortaleza que se alzan sobre las rocas grises y húmedas.

—Se lo dije —comenta Kallian mirándome y frunciendo el ceño al verme temblar.

—¿Estás preocupado por que se me congele la nariz, Kallian? —pregunto y una nube de vaho se arremolina entre mis labios.

—Solo era una observación —dice encogiéndose de hombros con las mejillas sonrojándose por el frío.

—Apuesto a que me obligarías a entrar antes de que eso pasara.

—Probablemente. —Una sonrisa comedida adorna sus labios y río divertida.

—Oye, Kallian, querría que fuera una conversación privada —pido con el tono de voz más dulce posible. No quiero escolta para hablar con mi hermana.

—Estaré cerca —accede sin mucho convencimiento y decido que tener a Kallian a unos metros es mejor que tenerlo pegado a la espalda, literalmente.

—No pido más —digo, dejándolo atrás para adelantarme hacia donde he quedado con Clarisa.

Avanzo por los jardines y la gravilla cruje bajo mis zapatos. Hace unos días, una tormenta se asentó sobre las montañas que rodean el castillo y ha traído consigo una densa niebla, por lo que

es muy difícil caminar sin saber si hay alguien a más de unos palmos de distancia. Me pregunto por qué Clarisa ha elegido este lugar para vernos, no es cómodo ni acogedor.

Cuando me acerco al estanque que se describía en la nota, veo a mi hermana esperándome con ojos ansiosos mientras se retuerce las manos. La niebla se arremolina a su alrededor y la punta de su nariz, sonrosada por el frío, destaca sobre el blanco de su piel.

—No sabía a quién acudir y no quería molestar a mi hermano con estas cosas. Estoy desesperada, Tiara. —El dolor se cuela en sus palabras y me acerco a ella incapaz de levantar la vista de las lágrimas que le ruedan por las mejillas. ¿Lo habrá descubierto? ¿Sabrá que Artai tiene una aventura?

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto agarrando sus manos y la gelidez de sus dedos traspasa incluso la tela de mis guantes.

—Yo... No puedo respirar —dice ella con el pecho agitándose en violentas sacudidas y sus dedos me apresan con una fuerza descomunal.

—Vamos, tranquila. Respira despacio. No va a pasar nada, todo va a estar bien.

Pero la situación es tremendamente mala.

Me aferro a mi hermana y trato de calmar sus nervios, mostrándole con mis inhalaciones y exhalaciones cómo debe recuperar el control de sí misma.

Debe de haber descubierto a Artai. Sus ojos me enfocan solo a medias entre el cúmulo de lágrimas que se desbordan de sus ojos perlados, pero se van agotando poco a poco hasta que no queda más tristeza que soltar.

—¿Qué te ocurre? —pregunto, sabiendo a la perfección cuál va a ser la respuesta.

—No sé si debería contártelo...

—Puedes confiar en mí. —Me odio por decir las palabras sabiendo que lo único que he hecho durante todo este tiempo ha sido mentirle, pero es la verdad.

—Taranis me engaña con otra mujer y la ha dejado embarazada —susurra con las lágrimas asomándose de nuevo a sus ojos. Me clava las uñas en las muñecas y veo a mi hermana quebrarse, hacerse añicos y volverse afilada como un cristal roto.

Por suerte, la niebla que nos rodea evita que alguien sea testigo del momento en el que sus rodillas tiemblan y le fallan. Clarisa trastabilla presa del dolor y se rinde a la angustia que la sacude. Mientras la agarro, solo soy capaz de ver su corazón partirse.

—No seré la madre de su bebé. No soy yo. —Sus palabras temblorosas en mitad del manto de niebla húmeda se vuelven una voluta de humo que me acaricia las mejillas.

Veo a mi hermana destrozada y cada parte de mí me pide que encuentre a Artai y lo haga pagar por su traición. Sin embargo, no soy capaz de moverme mientras la estrecho entre mis brazos. Solo la aferro, la abrazo y trato de reunir los pedazos que quedan.

—Lo siento mucho. —No sabría qué otra cosa decir porque mis palabras no le darán el consuelo que necesita—. ¿Desde cuándo lo sabes?

La nube de perfección en donde creía que estaba mi hermana se ha pinchado y veo la realidad tal y como es: Clarisa es otra pieza del tablero. No tiene una relación idílica con su amigo de la infancia. Tiene el corazón roto y jamás le importó a Taranis.

Wesh me explicó que los Langeland tienen relaciones importantes con la nobleza y que el matrimonio entre Clarisa y Artai era visto como una unión entre la iglesia y la corona; Artai necesita a esos nobles de su parte. Al final, mi hermana es un medio para conseguir un fin: la unidad del reino.

—He tenido que enterarme por una sirvienta... Esa rata no se ha dignado a confesar hasta que he ido a confortarlo.

—¿Ha hablado contigo?

—Me lo ha confesado hace unas horas, estaba tan preocupado... ¿Y sabes qué es lo que lo carcomía? Que la corte se enterara. No lo que yo estuviera sintiendo, sino cómo quedaría su imagen. Es despreciable —susurra en un hilo de voz incapaz de frenar el dolor.

—Clarisa... —No encuentro palabras de consuelo para ella.

—Tiara, sé lo que os ha pedido. Sé que os ha exigido que la escoltéis, pero no puedo... No puedo permitirlo. Lleva un bastardo en su vientre.

Frunzo el ceño sin entender a dónde quiere ir a parar, pero ella me fulmina con esos ojos cristalinos como si esperara que yo adivinara sus intenciones. Y ninguna de las respuestas me gusta.

—Ella no tiene la culpa de esto —le recuerdo incapaz de morderme la lengua. Aunque Clarisa tiene el alma herida, debe saber que el único responsable es Artai.

—¡Me ha pedido que la conozca! Como si pudiéramos llegar a ser amigas. Me ha ordenado que organice una salida y que me muestre hospitalaria antes de que os marchéis... Su crueldad no tiene límites. —Escupe las palabras cuando la tristeza es reemplazada por la rabia y asiento de acuerdo con sus argumentos.

Engañarla es una cosa, esperar que ignore todo lo que ha pasado y obligarla a compartir tiempo con la reina de Valker excede toda lógica. Es vil y retorcido, incluso para él. Ahora mismo, buscaría a Artai y despedazaría sus partes nobles.

—¿Y aceptarás su petición? —Mi cabeza es un hervidero de pensamientos que no van a ningún lado.

—¿Qué puedo hacer sino? Tiara, no sé qué hacer. —Las sombras vívidas que adornaban sus párpados se han emborronado por las lágrimas y le dan un aspecto terrible.

—Inspira, tranquila. Estoy aquí. —La atraigo hacia mí, rodeándola con mis brazos y respirando su desesperación como si fuera la mía propia.

—Jamás pensé que me traicionaría así.

—Las personas no son buenas la mayoría del tiempo, Clarisa.

—Me negaba a creerlo, a pesar de que todos en este castillo han intentado advertirme. —Llora contra mi pecho y sus lágrimas me mojan la piel del cuello. Apenas soporto el peso de su desconsuelo—. ¿Qué voy a hacer ahora? No puedo aceptarlo y continuar como si nada hubiera sucedido.

—¿Quiere que os caséis? —Incrédula, frunzo el ceño apenas capaz de concebirlo.

—Esas son sus intenciones, pero no puedo. No puedo ni mirarlo.

—Es el rey... —musito sabiendo que sueno terriblemente como Wesh.

—Encontraré la manera. —Sus ojos azules brillan coléricos y me encojo ante esa rabia que bulle tras sus pupilas—. Taranis aprenderá lo que pasa cuando se traiciona a una Nordvik.

Mi corazón da un salto ante la mención del apellido de mi familia. La han criado los Langeland, pero dentro tiene mi alma y mi sangre; y, si algo tenemos las Nordvik, es fortaleza.

de caza. Me hace sospechar que su único deseo es matar a la reina de Valker de alguna manera.

Si he de ser justa, Clarisa ha cumplido los deseos del rey: ha organizado una salida. Y sospecho que mi presencia aquí forma parte de un plan de contención para evitar que sienta la tentación de cometer un homicidio que no solucionaría las cosas.

Supongo que Clarisa tiene la esperanza de que Malika se caiga del caballo y pierda a su hijo. Así no tendría que someterse a la humillación. Me aterra no conocer en absoluto el lado oscuro de mi hermana.

Por suerte, el día se ha despejado y Clarisa, Malika y yo avanzamos a la cabecera de la marcha con algunos guardias a una distancia prudencial de nosotras.

Kallian se encuentra entre ellos lanzándome miradas de preocupación por si en cualquier momento me caigo del caballo. Quizás no debería haberle comentado mi falta de práctica mientras me ayudaba a subir a Scarlett.

—Gracias al Santo, hace un día espléndido —comenta mi hermana con ojos calculadores.

En contraste con mi falta de destreza, Clarisa monta majestuosamente a lomos de un caballo negro como la noche donde cada rayo de sol se pierde en una oscuridad absoluta. Lo llama Tornado, pero parece más un demonio que un caballo.

—Sí, es agradable ver algo de sol en este lugar tan lóbrego —replica Malika tensa.

La he conocido hace unos minutos, pero no me ha pasado desapercibida su lengua afilada y esa actitud mortífera. La reina de Valker desprende orgullo por cada uno de sus poros y esa postura desafiante me inquieta.

—En verano, el bosque se vuelve precioso —añado solo para intentar rebajar la atmósfera cargada y Malika me estudia con sus ojos negros, duros y letales.

—No sabes lo que es el verano hasta que llegas a Valker. —La reina no oculta su desdén.

No sabía qué esperaba encontrar, pero desde luego, no a ella. Es hermosa en todos los sentidos de la palabra e incluso ese adjetivo no le hace justicia a cada matiz de sus rasgos bronceados y delicados.

—Perdona, no quería ofenderla... —digo sin saber qué se espera que diga.

—No te preocupes, era solo una observación. No puede llamarse verano a lo que tenéis aquí —comenta ella entrecerrando sus ojos oscuros delineados con indiferencia.

—Apuesto a que en Valker no podéis hacer otra cosa que tostaros al sol. —Mi hermana alza la barbilla con rencor y hace un gesto muy poco cortés.

Y puede que lleve razón en que probablemente se tuesten al sol porque Malika tiene una piel dorada y oscura que, aunque es hermosa, contrasta con la blancura de la piel de Clarisa. Malika es exótica y, en comparación, mi hermana parece una figura de porcelana.

—Deberíamos guardar silencio si queremos cazar algo —comento para no seguir mediando entre ambas.

Por suerte, parecen estar de acuerdo conmigo y Clarisa espolea a Tornado con decisión a través de la espesura.

Este lugar es muy diferente del bosque donde vivía con mi abuela. Aquí las rocas son despiadas, los árboles parecen sacados de cuentos de terror con sus ramas retorcidas extendiéndose hacia el cielo, como si desearan arañarlo. Los troncos rugosos crujen con el viento y los arbustos prometen rasgarnos si nos acercamos demasiado.

—¿Tenéis en Valker estos bosques? Apuesto a que solo hay arena y polvo. —Clarisa no se da la vuelta, pero puedo jurar que compone una expresión de desdén absoluto.

Al parecer, no ha durado mucho la tregua.

—Tampoco espero que vos, que no habéis salido de este reino en vuestra vida, comprendáis

qué hay o no en mi reino. Pero sí, hay arena y polvo y cientos de recursos más útiles que este bosque medio muerto. —Malika expulsa veneno por los labios igual de efectivamente que Clarisa.

Estoy a punto de pedirles que regresemos al castillo. No tiene sentido alguno someternos a la tortura de la compañía mutua, así que giro en redondo para echar un vistazo a los guardias y asegurarme de que no están escuchando cada detalle de la pelea. Los rumores podrían extenderse como la mismísima peste y será imposible frenarlos.

Por suerte, están bastante lejos. Kallian no me quita ojo de encima, pero no creo que sea capaz de escuchar a tanta distancia, por lo que relajo los hombros y sigo a Clarisa y a Malika por el bosque.

—A mí me gustaría visitar Valker —comento para tratar de rebajar la tensión, pero solo recibo las miradas afiladas de mis compañeras de caza.

—Por fortuna, dentro de poco tendrás la oportunidad —dice Malika con una media sonrisa. Es obvio que sabe que la escoltaremos hasta su tierra.

—Eso me han dicho —digo.

—Además, descubrirás que en mi país hay parajes increíbles. —La añoranza se cuela en la voz de Malika y sonrío con una nostalgia que me gustaría poder experimentar.

—No creo que tengan mucho tiempo de hacer turismo y ver ese desierto árido. Tenemos una guerra entre manos —dice Clarisa cortante.

—Olvidaba vuestra absurda guerra.

—¿Absurda?

—Carece de sentido luchar por erradicar a un pueblo que no os ha hecho nada. —El tono de Malika denota desprecio y me pregunto por qué hablará con tanta libertad sobre asuntos de un reino que no es el suyo.

—Muchos nobles perdieron la vida.

—A veces me da la impresión de que solo se cuentan las vidas si son los nobles los que mueren.

Puede que a Malika no le parezcamos la mejor de las compañías, pero admiro la seguridad con la que habla. Incluso si dice verdades que a nadie le gusta escuchar; y eso me hace preguntarme por qué razón defenderá a los brujos.

—Estamos manejando la situación lo mejor que podemos —dice Clarisa frunciendo el ceño.

—Ya veo. —La reina parece incluso enfadada.

—Ahora mismo, nuestro reino está en una situación delicada. —De repente, mi hermana usa un tono de voz mucho más suave.

Frunzo el ceño ante la dirección que ha tomado la conversación y observo a Clarisa con detenimiento. ¿Qué la lleva a ser tan clara sobre la posición del reino? No soporta a Malika, así que no comprendo por qué querría ser sincera con ella.

—Tuve una conversación muy interesante con Taranis sobre ello. —La malicia en las palabras de Malika es más que evidente y consigue su propósito: mi hermana aferra con más fuerza las riendas de su caballo, furiosa.

—El reino está atravesando...

—¿Qué estás tratando de decir, Langeland? Sé clara —exige la reina y contengo la respiración.

—Necesitamos más tiempo para cumplir los acuerdos comerciales.

Ahí está la verdadera razón detrás de todo este espectáculo. Política. Hombres susurrando palabras adecuadas en los oídos de mujeres atrapadas a su lado. Esto no es cosa de Clarisa, sino

de Artai. No me cabe duda de que él le ha pedido esto y ella ha accedido. Aunque no sé por qué razón.

—¿Secuestráis a mi pueblo, los esclavizáis, y esperáis que sea indulgente con los acuerdos comerciales? —La indignación sube por el cuello de Malika y le colorea las mejillas.

¿El Reino Dorado comercia con esclavos valkerianos ilegales? Giro en redondo hacia Clarisa, pero al instante sé que lo que acaba de decir la reina de Valker es verdad.

Los ojos azules de mi hermana no titubean mientras aprieta los dientes con rabia y tengo que contenerme para no salirme de mi papel de mera acompañante. Esto es demasiado.

—¿Debo recordarte nuestros pactos? —De repente, Clarisa se ha convertido en la emisaria de Artai. A pesar de todo, sigue a su sombra, permitiendo que la maneje.

—¿Eso es una amenaza, Langeland?

—Nos conocemos desde hace años, Malika. Solo te pedimos algo más de tiempo.

—Entregadme a los esclavos y tendréis todo el tiempo del mundo —dice ella con voz cruel sin despegar ese vacío negro de mi hermana.

—No podemos darte algo que no tenemos. —Clarisa miente. Lo sé del mismo modo que sé que necesito oxígeno para seguir respirando. El Reino Dorado roba a Valker y ni siquiera lo reconocen.

—¿Para qué los estáis usando? ¿Para luchar contra vuestros aquelarres?

—Estamos solventando ese problema —susurra Clarisa.

—Cuántas mentiras. Solo queréis masacrarlos. —Y en el tono dolido de Malika, reconozco el rencor. No parece estar de acuerdo con la guerra entre brujos y humanos.

—Debes comprender que las brujas representan un peligro para la corona. Nos atacaron en nuestro castillo.

—Solo evidenciaron vuestra debilidad.

—Malika, piensa en los reinos.

No soy capaz de asimilar que mi hermana esté rogando.

—¿Ni siquiera te molesta que me follara a tu prometido? Estás aquí hablándome de alianzas mientras ese bastardo no ha hecho más que engañarte. ¿Es que no te importa?

El silencio que se crea tras esas palabras es escalofriante. Mi hermana se queda inmóvil, congelada encima de su caballo como una estatua de mármol impoluto, pero la rabia le bulle a flor de piel y las aletas de su nariz se agitan cuando respira pesadamente un instante antes de lanzarse hacia Malika.

Clarisa se gira en su montura con urgencia y con precisión letal tarda apenas un suspiro en sacar de su carcaj una flecha, la coloca en su arco y dispara sin pestañear en dirección a Malika que no tiene tiempo de reaccionar al ataque.

—¡Clarisa, no! —Mi voz llega mucho después de que la flecha surque el espacio que queda entre mi hermana y la reina.

# ELINA

El silbido de la flecha me provoca un escalofrío antes de atravesar la carne de Malika. Su piel se desgarrar bajo la punta de metal, con total seguridad sus músculos se rompen y ella profiere un aullido salvaje que me hiela el alma justo cuando la flecha sale por detrás de su hombro.

—No vuelvas a hablarme así —declara mi hermana, colocando una segunda flecha en posición.

Tensa el arco de nuevo con actitud amenazante y la miro estupefacta. Quizás sí pretendía asesinar a la amante de su prometido delante de mis narices.

—Clarisa, deberías... —digo buscando la forma de parar esta locura.

Busco a los guardias a través de la espesura del bosque con la esperanza de conseguir que mi hermana recupere el sentido común, pero parece que nos hemos alejado demasiado de ellos durante la discusión. Maldita sea. No los veo por ningún lado.

Malika gruñe como un animal y soy incapaz de levantar la vista de la forma grotesca en la que la flecha sobresale de su hombro. La sangre espesa se derrama por su vestido. Jadeante, hago el amago de acercarme a ella para ayudarla.

—Vas a arrepentirte de haber hecho eso —sisea Malika sin darme tiempo a reaccionar y comienza a mover los dedos.

Al principio, no entiendo qué está haciendo. Sus manos se sacuden con gestos erráticos y frunzo el ceño sin comprenderlo hasta que mi hermana suelta un grito que me desgarrar por dentro.

—Ahora no eres tan valiente, ¿verdad? —dice la reina de Valker con una sonrisa torcida.

Clarisa jadea, llevándose una de sus manos al pecho donde su respiración acelerada le sacude el cuerpo. Quiera creerlo o no, la reina está provocándole dolor a mi hermana. ¿Cómo es posible?

—¿Qué pasa? —pregunto, pero nadie parece escucharme.

Mi hermana se retuerce con gesto angustiado y sus ojos se llenan de lágrimas de dolor. A su vez, Malika mueve sus dedos llenos de anillos y me fijo en que sujeta algo con fuerza.

—¡Clarisa! —grito.

Clarisa boquea y se retuerce y entonces lo comprendo. Malika está usando un poder que está matando a mi hermana.

—¿Qué le estás haciendo? —suelto un aullido aterrado mientras intento guiar a Scarlett para llegar junto a ellas—. ¡Para!

Scarlett galopa hacia ellas y me preparo para bloquear a Malika con magia, porque de alguna forma, la reina de Valker está utilizando un poder desconocido.

Antes de poder llegar hasta ellas, el caballo de mi hermana se encabrita, dando coces descontroladas. Clarisa se mantiene a duras penas a lomos del animal, pero él trata de lanzarla lejos con sacudidas salvajes.

—¡Para, Malika! ¡La vas a matar!

Mi grito estrangulado se pierde en el bosque. Malika me lanza una fría mirada que sugiere que no tiene intención de detenerse hasta matar a Clarisa y sus nudillos se ponen blancos por sujetar el pequeño objeto entre sus dedos.

—Si muriera, le estaría haciendo un favor. Es mejor la muerte que el destino que le espera.

—Como no pares, voy a atacarte —declaro.

No para. No se detiene y yo llamo al viento. Pero antes de poder atacarla, ella deja de arquear los dedos y Tornado sale galopando dominado por el miedo. Mi hermana desaparece en la

espesura del bosque a lomos del caballo como un borrón negro y furioso.

Dudo un instante. Quiero que Malika pague por esto, pero agito las riendas de mi caballo y me lanzo tras mi hermana. No he hecho todo esto para abandonarla así. No a ella. Así que espoleo a Scarlett todo lo que puedo para no perder a Clarisa entre los árboles.

Las ramas me destrozan el vestido y me rasgan la piel, pero apenas noto la sangre y el escozor de las heridas porque el corazón late en mi pecho errático y siento que estoy a punto de perder el sentido. No puede sucederle nada.

El caballo de Clarisa relincha y escucho cómo mi hermana suelta un grito de terror justo delante de mí. Desde mi posición, no puedo ver nada más que los cuartos traseros del animal y la espalda de Clarisa, pero sé que hay algo que no va bien.

Mi caballo está a punto de alcanzarlos cuando cruzamos un tramo de árboles delgados que crecen muy cerca unos de otros. De repente, Clarisa desaparece.

Abro mucho los ojos y el aire se me congela en los pulmones al descubrir que ha caído por una grieta descomunal. Un gran cañón se abre hacia abajo en una caída en picado con rocas afiladas que reclaman el cuerpo de mi hermana.

Me tiemblan las manos y a duras penas logro frenar a mi caballo para no caer. No obstante, mi reacción es instantánea y el aire corre por mis dedos en cuanto llamo a mi afinidad. No titubeo ni un instante cuando lanzo toda mi magia hacia Clarisa y un tirón en el pecho me hace encogerme de dolor por el esfuerzo cuando el aire actúa a través de mí y se lanza para salvar a mi hermana.

La veo caer y la imagen de sus brazos intentando arañar el cielo invisible se graba a fuego en mis retinas. Su desesperación. Mi miedo a perderla. Pero consigo sostener su cuerpo justo antes de que se estrelle contra las rocas del precipicio.

El aire me obedece y, aunque arrasa con todas mis fuerzas, sostengo a mi hermana en un torbellino que la rodea en una violenta sacudida. Guío al aire y logro que el cuerpo inconsciente de Clarisa ascienda por el barranco mientras contengo la respiración.

—Por favor, por favor —imploro incapaz de detener el temblor de mis piernas—. Joder, Clarisa. Tú no.

Cuando logro alzarla hasta el saliente en el que me encuentro, la atraigo hacia mí con urgencia mientras la libero del torbellino. Mis manos la aferran con fuerza y trato de calmarla. No puedo dejar de llorar y jadear a partes iguales.

Clarisa no está consciente, pero respira. Está a salvo. Conmigo.

Me desplomo en el suelo y las piedras se me hincan en las rodillas, pero no me importa porque Clarisa está bien. Sin poder evitarlo, me rompo y lloro como si mi mundo hubiera estado a punto de irse con ella por ese acantilado.

Cada rastro de mi alma se deshace en lágrimas y solo soy capaz de aferrar su cuerpo con fuerza. No puedo esconder que ella es y siempre será mi mayor debilidad y Malika ha estado a punto de matarla.

—Eres una bruja. Una elemental.

Me giro de repente ante la voz de Malika. Está en la linde del bosque, mirándome con asombro como si no me hubiera visto realmente hasta este preciso momento.

—Tú también eres una jodida bruja. Has estado a punto de asesinarla —digo entre dientes con la rabia bullendo bajo mi piel—. No te acerques.

¿Estaría dispuesta a renunciar a mi farsa con tal de salvar a Clarisa? La respuesta viene en forma de escozor en los dedos cuando mi magia me susurra que aplaste a Malika contra las rocas del precipicio.

—No voy a hacerte daño —promete Malika, alzando las manos.

—He dicho que no te acerques. —No dejo de sostenerle la mirada, esperando un ataque que no llega.

—Eres una elemental, ¿qué haces en la corte? ¿Ellos lo saben?

—No hay nada que saber —digo, llamando a la tierra. Estoy lista para atacar.

—Puedo ayudarte, si necesitas ayuda...

—He dicho que no te acerques —gruño—. ¿Qué clase de magia has usado?

Quiero atacarla. Quiero que sufra el dolor que me ha provocado, el mismo que le ha causado a Clarisa. Pero necesito respuestas porque jamás he visto ese tipo de magia.

—Yo no tengo poder —confiesa muy despacio.

—Mientes.

—Tengo esto. —Con lentitud, abre la palma de la mano y me muestra un pequeño talismán. El objeto que sujetaba entre los dedos.

Mi ira se mitiga mientras veo cómo aferra el pequeño objeto dorado, no obstante, no confío en ella. Así que me encojo en el suelo con aire protector sobre mi hermana cuando Malika se acerca con actitud apaciguadora y alza las manos.

—¿Qué eres? —susurro cuando Malika está lo bastante cerca.

Observo la manga desgarrada de su vestido. No hay ni rastro de la flecha o de herida alguna. La tela está manchada de sangre, pero la piel oscura que se aprecia a través de los girones está impoluta, a excepción de una pequeña cicatriz rosada.

Jamás he visto a ninguna bruja curarse tan rápido. Ni siquiera creo que sea posible que se haya sacado la flecha a sí misma sin dejar una herida horrible después.

—¿Cómo te has curado? —pregunto de nuevo.

—Este talismán encierra un poder que me protege. Puedo dañar a otros y curarme a mí misma —confiesa despacio, analizándose con sus ojos oscuros y emborronados de negro.

—¿Qué eres? —repito entre dientes, lista para atacar en cualquier momento.

No confío en ella, casi mata a Clarisa y se ha acostado con Artai, lo que quiere decir que Malika es más enemiga mía que aliada. A pesar de que haya usado la magia.

—Soy humana, pero veo que tú no.

—¿De dónde has sacado ese talismán? —inquiero con las ideas volando a toda velocidad en mi cabeza.

—Es mío, mi pueblo me lo dio para protegerme.

—No vuelvas a tocarla o te arrepentirás. —La fascinación ante la confesión de Malika es reemplazada por la cólera. Quiero saberlo todo, pero aprieto con más fuerza el cuerpo inconsciente de Clarisa.

—¿Me estás amenazando? —Una media sonrisa asoma a los labios de la reina y tengo que controlarme para no lanzarme hacia ella y desgarrarle las entrañas por su descaro.

—No, es una promesa. Clarisa está bajo mi protección. —A estas alturas, no tiene sentido fingir que Clarisa no me importa.

—¿Y ella sabe que eres una bruja? —pregunta con curiosidad.

Los ojos delineados de Malika se empequeñecen mientras me analiza, como si estuviera decidiendo qué hacer conmigo y puede que así sea porque tras esas pupilas adivino una mente que usará cualquier oportunidad que se le presente para aprovecharla a su favor.

—¿Saben ellos lo que eres tú? —espeto para no delatarme.

—Te he dicho que yo soy humana, aunque esto es muy interesante... Una esencial fingiendo ser humana.

—¿Qué es eso de esencial? No paras de repetirlo. —Es la primera vez que alguien me llama de esa forma y no me gusta.

—Es lo que eres. Controlas los elementos.

—¿Y ese pueblo tuyo también tienen poderes? Tienes que sacar la magia del talismán de algún sitio.

—Ellos no controlan los elementos. Sois diferentes, pero no tanto.

—¿Tus súbditos son brujos?

—No les gusta ese término, prefieren llamarse sanadores.

—No es posible, pensaba... —titubeo. ¿Acaso no se persigue a las brujas en otros reinos?

—No te hagas la sorprendida, incluso en el castillo tenéis a algunos de los míos. Rebecca me habló de ti, me dijo que sufriste un accidente y que...

—¿Rebecca es una bruja? —interrumpo.

—Te he dicho que prefieren llamarse sanadores.

—No lo entiendo, yo...

—Es normal que no lo entiendas porque los brujos en el Reino Dorado solo conocéis el miedo. Artai os masacra por su venganza absurda, pero luego roba a mi gente para que sanen a sus nobles y los esclavizan con trestal; es irónico, ¿no te parece? En mi hogar, la gente nace con dones, con el poder de sanar y curar. Hay algunos que nacen con el don y otros que no, así que yo soy únicamente humana, pero tengo armas para no estar desprotegida.

—Jamás había oído nada de eso.

Quiero respuestas. ¿Hay otro tipo de magia aparte de la que controlamos en el aquelarre? Las preguntas se me agolpan en la punta de la lengua, pero no es el momento. No es el lugar.

—Los elementales tenéis un hueco en mi corte si alguna vez os cansáis de ser masacrados por Taranis —afirma Malika con confianza y me debato entre creerme sus palabras o lanzarla por la grieta.

—No... —Estoy tan sorprendida que busco las palabras desesperadamente—. No sabía que existía magia en otros reinos y aún menos que Artai tuviera esclavos sanadores...

Entonces viene a mi mente la imagen de Rebecca curando mis heridas milagrosamente rápido y la forma en la que Wesh cambió de tema cuando le pregunté al respecto. ¿Este es otro de los secretos de Wesh?

—No esperaba divertirme tanto en mi viaje —dice Malika agachándose junto a nosotras.

—No es divertido. Casi la matas.

Mi magia se arremolina a mi alrededor y siento deseos de olvidar que Malika es una reina, de olvidar la situación tan delicada en la que nos encontramos y atacarla, pero ya he visto lo que su magia puede hacer. Así que trato de calmarme.

—Esto nos concierne a ambas, así que vamos a inventar una historia para que esos guardias no nos maten. Al menos, a ti. Yo me he hecho daño con una rama. El caballo de Clarisa se desbocó cuando vimos a un animal salvaje. Ella cayó del caballo y nosotras la hemos ayudado. ¿De acuerdo?

—No veo cómo...

—Dime si lo has entendido —exige.

—Te condenarían si supieran lo que...

—Sé perfectamente lo que les hacen a las brujas en este lugar, querida. Ambas debemos guardarnos la espalda. Tengo mis motivos para que esto quede en secreto. —Malika se acerca más todavía y extiende sus manos sobre Clarisa.

—No la toques. ¿Qué le estás haciendo? —Trato de alejar a mi hermana de Malika, pero la

reina me fulmina con la mirada y se acerca más a mí.

—Estoy tratando de hacer que no recuerde nada. Puedo hacerlo.

—¿Le vas a hacer daño?

—No. Tenemos un trato, solo haré que olvide nuestro pequeño intercambio de pareceres.

—Te juro que como le provoques un solo rasguño...

—Te doy mi palabra. No pienso hierirla —susurra.

No me convence la explicación de Malika, pero no tengo muchas más opciones. No puedo permitir que Clarisa recuerde nada de lo que ha pasado, las implicaciones de que Malika hubiera intentado matarla y si me ha visto usar la magia... Así que permito que Malika pose sus manos sobre mi hermana y susurre algo que no soy capaz de entender.

—¿Quién es esta humana para ti? —Malika alza sus ojos en mi dirección cuando parece que ha terminado y mis nervios me traicionan cuando bajo la mirada hacia Clarisa.

—La hermana de mi prometido.

—No me mientas.

—No sé por qué debería decirte la verdad.

—¡O'Brien! —La voz de Kallian llega hasta mí desde el bosque y suspiro aliviada mientras sostengo la mirada de Malika. Ambas sabemos que tendremos que guardar silencio y que, nos guste o no, estamos juntas en esto.

—¡Kallian! —grito en respuesta y la reina se levanta del suelo, atusándose la falda como si tuviera que estar presentable para los guardias.

La observo desde el suelo y me pregunto si ella no estará también interpretando algún papel como llevo haciéndolo yo todo este tiempo.

Kallian sale del bosque con los ojos abiertos como platos y, en cuanto nos ve a Clarisa y a mí en el suelo, se acerca corriendo hacia nosotras. Su pesado cuerpo cae de rodillas sobre las rocas y veo la urgencia en su rostro.

—¿Qué ha pasado?

Malika me mira desde arriba con complicidad y no dudo mientras le cuento a Kallian la mentira. Mi guardia parece aceptar mis palabras y me arrebató a Clarisa de los brazos, llevándola en volandas hasta los demás guardias que también han aparecido en la linde del bosque. Parecen asustados al ver a Clarisa desvanecida en los brazos de Kallian.

—¡Al castillo! —grita él mientras sube a mi hermana a un caballo donde otro soldado de brazos fuertes la sujeta con firmeza contra su cuerpo.

Me levanto corriendo para no perder de vista a Clarisa y me subo en mi caballo para seguirlos hacia el castillo. A pesar de lo que ha dicho Malika, necesito comprobar que mi hermana estará bien.

## ELINA

Hoy es el día.

Incluso antes de que el sol salga por detrás de las montañas, ya estoy despierta. No he podido dormir en toda la noche solo de pensar en Clarisa y en el viaje que nos espera y, aunque puede que esté arriesgándome demasiado, sé lo que tengo que hacer.

Cuando llegamos al castillo, Kallian me aseguró que Rebecca se ocuparía de las lesiones de Clarisa, pero no se me permitió verla y solo sé que pasó todo el día en cama. No obstante, se me ha acabado el tiempo. Hoy partiremos hacia Valker y mi corazón se divide entre el alivio y la angustia de saber que dejo a mi hermana aquí bajo la influencia de Taranis. Totalmente sola.

Además, no he dejado de pensar en lo que ayer confesó la reina Malika. En Valker hay aquelarres de brujos que sanan con magia y no se les persigue por ello, es un reino donde estar a salvo de la mano destructora de Artai que, al parecer, trafica con esclavos valkerianos. Si hay una mínima esperanza de paz para las brujas allí... Sería una ingenua si no lo investigara. Al final, este viaje sí merecerá la pena.

Quizás Valker es la respuesta que siempre he estado buscando. Allí estaría a salvo de mi padre, lejos de sus intenciones destructoras, y los aquelarres podrían encontrar la paz en esas tierras.

Desde que vi a Conrad con esos ojos animales, siendo tratado como poco más que escoria, he pensado muchas veces en mi deber con los brujos. Nunca he querido ser su líder, ni siquiera me siento preparada ahora, pero tengo la posición adecuada para intentar ayudarlos y así evitar la masacre que Artai intente planeada para ellos. Quiero creer que Brennan también lo verá así y ambos podríamos buscar una solución para los brujos. Al final, habría esperanza para nosotros.

No quiero ser líder, ni fuerte, ni valiente. Querría quedarme con mi hermana, llevármela lejos y empezar una vida lejos del ruido, pero no puedo darle la espalda a la barbarie. He pasado mucho tiempo encerrada entre estos muros, fingiendo, ocultándome, y es un castigo que no deseo para nadie más. Ninguna bruja debería vivir con miedo.

Salgo de la tormenta de mis pensamientos cuando Martha golpea suavemente la puerta de mi habitación con los nudillos y entra con mi ropa de viaje.

No puedo vestirme como una noble todo el trayecto o acabaré enredada en una falda pomposa que no servirá nada más que para ponerme en peligro. De modo que mi doncella me ha conseguido un traje de cuero perfecto para pasar largas horas cabalgando.

Lo mejor de todo es que tiene pantalones. No odio los vestidos, pero volver a ponerme unos pantalones sin adornos ni abalorios me hace sentirme un poco yo misma de nuevo. Como la Elina del bosque que entrenaba empapada de sudor y con las mejillas manchadas de polvo y tierra. Me recuerda que puedo volver a ser esa bruja poderosa que no tenía que esconderse ni estar alerta en cualquier momento. Echo de menos esa sensación.

El cuero negro se adapta perfectamente a mi cuerpo y, cuando Martha pasa unas correas por mi cintura, tardo un instante en descubrir que son para sujetar una espada. Un privilegio que no tengo, pero que aparentemente van a darme en algún momento. No sé si recordaré cómo usarla, sobre todo, después de haberme adaptado tan bien a mi daga.

—¿Sabes algo de la futura reina, Martha? —pregunto cuando mi criada se agacha para comprobar los nudos de mis botas en un tozudo intento por evitar que lo haga yo misma.

—Oh, casi lo olvido. Sí, Clarisa Langeland ha despertado hace unos minutos. Han mandado llamar a su criada para atenderla.

—Es una noticia increíble —comento suspirando de alivio mientras Martha me dedica una amplia sonrisa que podría iluminar la habitación en penumbra.

—La futura reina estará débil de salud, pero se repondrá de inmediato. Es una mujer fuerte.

La sombra de la preocupación se asienta en mi estómago, pero decido confiar en los sanadores de Artai. Sin duda, Clarisa se curará y encontrará la manera de salir a flote a pesar de las circunstancias. Además, si verdaderamente Rebecca es una sanadora con magia real, no le será difícil ayudar a mi hermana.

—Martha, tengo que pedirte un favor —murmuro apenas con un hilo de voz al tiempo que me inclino hacia ella.

Llevo toda la noche dándole vueltas a si pedirle esto o no, pero he tomado una decisión. Las velas iluminan el rostro de mi criada en la penumbra y, con alivio, descubro una sonrisa dulce y sus ojos almendrados dispuestos.

—Lo que sea que necesitéis.

—Me gustaría que le entregarais esta carta a Clarisa Langeland. Cuanto antes. —He escrito la carta con el alba colándose a través de las ventanas de mi dormitorio. Ahora la sostengo perfectamente doblada hasta que Martha la coge y la guarda en un bolsillo oculto de su falda—. Es urgente.

—Por supuesto, mi señora. Por cierto...

La duda se instala en su expresión y la estudio con el ceño fruncido. Me inquieta qué es lo que no se atreve a decirme con libertad.

—¿Hay algo que quieras, Martha?

—Me preguntaba si podría acompañaros.

Sus palabras me traspasan, pero no llego a comprenderlas. Ni siquiera yo estaba segura de este viaje hasta que he encontrado una buena motivación para ello.

—¿Porqué? —No puedo evitar preguntar.

Desde luego, Martha debe tener un buen motivo para querer acompañarnos hasta un reino remoto con el que tenemos relaciones tensas. Además, la plaga podría ser mortífera y nosotros vamos a correr hacia ella.

—No conozco nada más que este castillo, mi señora. Nací en esta ciudad y, si le soy sincera, no quiero morir en ella. —Por un instante, mi corazón se detiene. Veo a Tate en Martha, ese deseo de escape, de descubrir cosas nuevas, de vivir aventuras que siempre les han dicho que no son para ellas y me siento incapaz de negarle eso.

—No vamos a un sitio bonito, Martha —le advierto.

—Al menos, habré vivido más allá de estos muros. Una aventura. —Esas palabras me parten, porque fue lo único que Tate quería hacer. Vivir. Y nosotros le arrebatamos eso.

—Reúnete con nosotros en el patio de armas después de darle el mensaje a Langeland. Date prisa. —Apenas contengo las lágrimas lo suficiente como para susurrar las palabras y Martha exhala un emocionado «gracias» justo antes de desaparecer por la puerta.

Tardo un instante en recuperar la calma mientras me miro al espejo y descubro mi cabello trenzado y recogido, y el rostro despejado. Mis ojeras quizás son un poco más pronunciadas y mi piel ha adoptado un tono más cenizo que cuando entrenaba bajo el sol, pero puedo ver algo de mí misma en esta imagen. Un recordatorio de que tengo un poder que sé controlar y que, a pesar de todo, no me pondré de rodillas ni pediré perdón por mis elecciones porque son las que me han formado como lo que soy. Y no puedo renegar de eso.

Cojo la daga de mi abuela con fuerza y la engancho en las correas nuevas, miro alrededor y soy incapaz de sentir algo más que no sea alivio. Porque ya no tendré que pasar los días encerrada en esta habitación a la espera de que mi padre decida terminar de carbonizar mi piel o que Wesh y el rey decidan mi destino. Puede que esté casada a la fuerza con Wesh y que vaya en una misión en nombre de Artai, pero fuera de estos muros no pueden controlarme y, desde luego, no tengo intención de permitirlo.

No tengo muy claro cómo escaparé de Nazar o de cómo conseguiré convencer a Brenan de proteger al aquelarre, pero sé que no voy a dejarme llevar por los acontecimientos. No puedo simplemente llorar y hacerme un ovillo. No puedo esperar a que mi padre venga a por mí. Buscaré a Brenan y conseguiré que me ayude a destruir a mi padre porque, si algo ha quedado claro, es que solo la muerte lo detendrá.

Cuando llego al patio de armas, los caballos ya están ensillados y Wesh va de un lado para otro ladrando órdenes a los criados. La claridad grisácea del cielo es suficiente para reconocer en su rostro que está tenso.

Malika me lanza una mirada cargada de significado a través del revuelo de sirvientes ensillando y cargando víveres en los caballos. Sus ojos negros me recuerdan que guarde silencio sobre nuestro secreto, pero también descubro algo más.

A pesar de nuestra discusión de ayer y de que casi mate a mi hermana, no puedo evitar verla desde otra perspectiva: podría ser una aliada y, si juego bien mis cartas, ella podría ayudarme. Aunque no olvidaré lo le hizo a mi hermana, no seré una estúpida que desaproveche una oportunidad como esta.

Paseo la mirada por el patio de armas y fuerzo la vista para ver a través de la penumbra. Todo está bañado por tonos azulados, pero reconozco rápidamente a Scarlett que ya está ensillada y cargada con lo imprescindible para el viaje.

Me acerco a ella y le rasco el entrecejo y las crines, tratando de calmar mi nerviosismo mientras hago algo con las manos. No sé cómo mi hermana se tomará el mensaje que he garabateado nada más despertarme y espero y rezo a todo el que quiera escucharme que haya sido una buena idea.

Porque en esa carta, he hecho mi confesión:

*No es fácil reconocer que te he mentado y no me siento orgullosa de ello. Tenía miedo de que me rechazaras. Tenía miedo de no ser lo que esperabas, de no ser lo bastante buena. Y tenía tanto miedo de que me miraras con odio, que no hice nada y te mentí. Te he mentado todo este tiempo y lo siento.*

*Pero soy yo, Clarisa. Soy Elina. Soy sangre de tu sangre y parte de lo que eres, tanto como tú eres parte de mí. Somos la misma esencia, en vidas diferentes; somos Nordvik. Soy tu hermana y eso jamás podré negarlo, ni olvidarlo, ni renegar de ello.*

*Espero que algún día puedas perdonarme todos mis engaños, pero te aseguro que mi única intención siempre ha sido mantenerte a salvo. Ayudarte.*

*A estas alturas, supongo que lo sospechas: mamá era una bruja. Y lo siento, pero yo también lo soy. Vine al castillo por ti, para recuperarte, pero me di cuenta de que tenías una vida y no*

*quise arrebatarte eso.*

*Te he visto sufrir, pero te juro que, mientras yo viva, jamás estarás sola. Y, si algún día logras perdonar mi mentira, prometo hacer todo lo que pueda para ayudarte.*

*Te quiero hermana, te quiero. Solo te pido que me guardes el secreto, pero si no vuelvo, creía que merecías saber la verdad. Lo siento.*

*Elina Nordvik.*

*Pd. Mantente alejada de Nazar y ten cuidado. Artai tiene unos consejeros peligrosos.*

Recuerdo con un estremecimiento mis propias palabras y miro alrededor a la espera de que de repente un escuadrón de soldados me rodee y me maten al instante, pero no ocurre. Los sirvientes se dispersan, Wesh sube a su caballo, del mismo modo que Kallian y yo misma. No será hoy cuando muera. Quizás Clarisa ni siquiera ha leído mi carta o estaba dormida. Ojalá hubiera sido más valiente para decírselo en persona, pero no estaba preparada para enfrentarme a su rechazo.

Observo desde mi caballo la comitiva y, en el último momento, me sorprendo al ver a Rebecca aparecer por una puerta lateral y unirse a nuestra marcha. Su presencia me da seguridad y quizás pueda aprovechar la ocasión para descubrir más cosas sobre Valke. Ella siempre se ha portado bien conmigo y, si es cierto que es una sanadora con poder, espero tener la oportunidad de hablar con ella para que responda todas mis dudas.

Por último, Malika sube a un caballo con la ayuda de uno de los mozos de cuadra y se ajusta la falda de colores rosados de modo que le cubran las piernas. Tengo que hacer un gran esfuerzo por verla como una mujer peligrosa y no como a una embarazada, pero sí es cierto que estamos a punto de embarcarnos en un viaje para protegerla y que, cueste lo que cueste, tendremos que garantizar su seguridad.

Wesh me mira a través de todas estas personas que se ven arrastradas con nosotros y me sostiene la mirada. Parece que quisiera decir cientos de cosas que no servirían para nada y entonces espolea su caballo y comienza la marcha. Atraviesa el patio y sale por el portón sin mirar atrás. Puede que me odie, aunque me consuela que el sentimiento sea mutuo.

Por el rabillo del ojo veo cómo Martha corre hacia nosotros y llega a mi altura resollando con las mejillas encendidas.

—Le he entregado el mensaje, señora. Estaba despierta —me dice. Se le ha soltado el moño en el que tenía recogido su largo cabello castaño y algunos rizos descontrolados salen en todas direcciones.

—Gracias, Martha —susurro, estudiando las puertas. Esperando un ejército de cazadores que no llega.

—Aquí —dice Kallian deteniéndose y haciéndole una señal a Martha para que suba a su caballo.

Es incluso cómico ver cómo mi doncella trata de subir a la montura mientras Kallian la agarra, sin mucho cuidado, de la parte trasera de su camisa y la alza como si no le supiera esfuerzo alguno. Puede que esos dos tengan más confianza entre ellos de la que podría haber sospechado, aunque no es tan raro teniendo en cuenta que ambos tenían la misión de encargarse un poco de mí.

La comitiva atraviesa la muralla y la puerta se cierra a nuestra espalda. Suspiro con una sensación extraña en el pecho, como si pudiera relajar los hombros y respirar hondo después de mucho tiempo. Inspiro el aire frío de la mañana que me inunda los pulmones con un frescor electrificante.

—¡Tiara! —escucho mi falso nombre y vuelvo la vista hacia la muralla donde mi hermana me

mira con lágrimas en los ojos.

La ha leído. Ha leído la carta. Su mirada es como una flecha que me atraviesa el estómago con la intención de desgarrarme por dentro porque veo en ella el reconocimiento y el dolor, el amor y la pérdida mezclada con el asombro. Y no sé si está a punto de coger un arco y eliminarme o hacer que nos detengamos.

—¡Lo siento! —Es lo único que sale de mis labios.

—¡Te esperaré, hermana! —grita con voz rasgada y, en ese instante, sé que podría haber esperanza. Podría recuperarla.

La comitiva avanza y permito que las lágrimas se deslicen en silencio por mis mejillas porque, a pesar de todo, siempre seremos hermanas y ese vínculo no puede romperse.

## 30

### ELINA

Cada vez que miro hacia atrás, veo la silueta de la fortaleza recortada entre las montañas nevadas y tengo que reprimir los deseos de volver y estrechar a mi hermana en un abrazo que nos corte la respiración. Puede que mi confesión haya sido cobarde, pero no estaba preparada para afrontar su rechazo.

No obstante, esa sensación de alivio dura poco. Cuando soy plenamente consciente de que nos encaminamos hacia Stengal, el pueblo que visité por última vez con Tate y donde vimos pelear a Brenan, se me encoge el estómago.

Voy a volver.

Sé con toda seguridad que Brenan nos necesita para solucionar la guerra entre el rey y los aquelarres. Solo espero que Brenan me escuche. Aunque hay una parte de mí que se pregunta si no estaré actuando ciegamente. Puede que haya subestimado su odio, o quizás Brenan no acepte mi oferta.

Sostengo las riendas de Scarlett con decisión, aunque sigo sin disfrutar de la experiencia de cabalgar. En el fondo, creo que el animal siente deseos de lanzarme lejos para ir a pastar hierba fresca. Sin embargo, ambas tendremos que acostumbrarnos porque nos queda una semana de viaje.

Tras salir del castillo, pasamos rápidamente por la ciudad a la falda de la montaña, Surelia, donde la mayoría de los negocios permanecen cerrados y donde probablemente casi todos los habitantes de esta oscura capital empiezan a despertarse. A unos caballos de distancia en nuestra pequeña comitiva, Wesh parece enfadado.

Puedo ver a la perfección las venas hinchadas que surgen en sus brazos, al menos, la parte de su piel que me deja ver la camisa que lleva arremangada hasta el codo. Sus manos también están cerradas en dos puños tensos y, desde aquí, a pesar de la distancia, noto cómo aprieta la mandíbula y evita mirarme. La luz mortecina del amanecer cae como una capa de oscuridad sobre él y le da un aspecto amenazador.

Hemos pasado por mucho desde que nos reencontramos en el bosque y, aun así, creo que hemos perdido la parte de nosotros que daría su brazo a torcer por el otro.

Ha habido tanta traición, tantos secretos y dolor que no soy capaz de hacer a un lado toda esa

información, porque sé que Wesh es esclavo de su rey y me ha demostrado que su único amor verdadero es su lealtad a Artai. Ha vendido a mi hermana y ha permitido que la traten con desprecio. Y eso no puedo perdonarlo.

—¿Qué ha sido eso? —me increpa Wesh cuando salimos de Surelia—. ¿A qué se refería Clarisa cuando ha salido a la muralla?

—Le he contado la verdad: lo que soy. —No estoy de ánimos para discutir, pero Wesh se inclina más hacia mí y deja una distancia considerable entre nosotros y el resto de la comitiva para que nadie nos escuche. Sus nudillos blancos se tensan.

—¿Has perdido la cabeza? Clarisa podría poner en marcha a todo el ejército para...

—Mi hermana jamás haría eso —le interrumpo—. La has visto. No estaba enfadada.

Sus ojos grises me castigan con un odio puro, además de un terror que muda su expresión para hacerlo parecer más cansado, más consumido.

—Nos estamos jugando la vida, Elina. Nos estás poniendo en peligro continuamente. Los brujos, Brenan y ahora esto.

—Tenía derecho a ser sincera con ella, puede que no volvamos —replico, porque quizás la plaga también acabe con nosotros.

—No tenías el derecho a nada. Acabarán ejecutándome por tu culpa —dice entre dientes, fulminándome con sus ojos afilados.

—No le he dicho nada sobre ti.

—Pero lo sabe, maldita sea —gruñe lleno de cólera.

—Era mi decisión —tercio y espoleo mi caballo para alejarme de él.

—Eres una jodida egoísta —masculla mientras me alejo.

Somos una eterna constante llena de tensión y reproches que no estoy dispuesta a olvidar. Si él no es capaz de ser sincero con Clarisa, yo no viviré en una mentira por su causa. Así que decido ignorarlo durante todo el camino hacia Stengal.

Hemos acordado fingir que somos un grupo de comerciantes que se dirigen a Northriver. No queremos llamar la atención y lo cierto es que lo conseguimos con éxito en los primeros pueblos por los que pasamos. Reclutamos a dos hombres de aspecto fiero, Serval y Marvin, que cogen nuestros krons, cortesía de Artai, y no preguntan nada más que cuál es su misión. Supongo que están acostumbrados a este tipo de tareas.

El viaje se me hace tedioso, pero noto el aire frío en las mejillas y el bosque custodia los caminos por los que pasamos, así que vuelvo a sentirme libre. O al menos, más libre que atrapada en el castillo de Surelia. No obstante, apenas hablamos entre nosotros. Kallian cruza un par de palabras con Martha y Malika se queja del olor a heces de caballo, pero nada más.

No llegamos a Stengal hasta el anochecer y, por precaución, solo Malika, Wesh y yo nos alojarnos en la misma posada. El resto escogen una posada distinta para no llamar tanto la atención y acordamos partir al día siguiente. Eso me da una noche para encontrar a Brenan y no tengo ni la menor idea de por dónde comenzar a buscarlo.

A eso se le añade que me duele cada músculo del cuerpo. No estoy acostumbrada a montar a caballo por lo que ha sido un día terriblemente agotador, pero mi obstinación se impone y consigo ignorar las ganas de tumbarme en la cama para descansar durante unas horas.

—Debería marcharme cuanto antes —comento reprimiendo el impulso de sentarme.

En nuestra habitación, en vez de apuñalarme con sus ojos helados, Wesh decide ignorarme. Apuesto a que no dice nada porque Malika está presente. De lo contrario, se encararía conmigo y se negaría a dejarme ir sola porque él siempre ha sido el protector, el que tenía que ser fuerte cuando en realidad no ha hecho más que darle la espalda a quien más lo necesitaba. A mi

hermana.

—Déjala que vaya, Langeland. —El tono suave que utiliza Malika podría apaciguar el enfado de Wesh si él fuera menos tozudo. Aunque sus nudillos aflojan su agarre sobre la empuñadura de la espada.

—Sabes que tendrás que ceder. Debo que ir sola —le advierto, viendo cómo tensa la mandíbula.

Si Wesh me acompaña, podría desbaratar mis posibilidades de convencer a Brennan. Y, con toda seguridad, podré convencerlo con más facilidad si no es Wesh el que acude en su busca.

—Wesh. —La voz de Malika hace que su nombre suene como una orden y me sorprende que ella esté de mi lado.

No tengo motivos para confiar en ella, pero le he contado quién es Brennan. En cierto modo. Solo le he confesado que él también es un brujo, hijo de las líderes de uno de los aquelarres y que atacó el castillo.

En realidad, estoy jugando a un juego delicado. No sé las verdaderas intenciones de Malika y, en realidad, Wesh no necesita específicamente a Brennan para que nos guíe; con cualquier rastreador nos valdría. No obstante, Brennan es la opción más ventajosa: él puede ayudarme con Nazar.

—No es así como funcionan las cosas —replica Wesh, sin apartar su mirada de un punto en la pared.

—¿No te fías de mí? —pregunto desafiante y adivino al instante la respuesta en sus ojos que me enfocan violentamente: ni un poco.

Después de arrastrarme hasta aquí, de todas sus elecciones, ni siquiera es capaz de confiar en mí. No entiendo cómo puede olvidar tan rápidamente que ambos tenemos un objetivo común.

—Voy a ir contigo —declara.

—Quizás quiera matarte, así que solo te estoy protegiendo —le recuerdo, consciente de que probablemente también quiera matarme a mí.

—Tienes que adaptarte a las situaciones, querido. —Malika le lanza una mirada de inocencia que no engañaría ni al más estúpido, pero por alguna razón, sus palabras sí que surten efecto en Wesh.

—¿Y quién te protege a ti?

—Wesh, no sé si lo has notado, pero ya no somos unos niños. No necesito que me protejan todo el tiempo.

Él suspira lentamente, se pasa una mano por el cabello y asiente sin siquiera dirigirme una mirada de desaprobación. Quizás me habría molestado más de no ser porque, por fin, puedo marcharme sin tenerlo pegado a mis talones. Sin nadie que me dé órdenes. Sin nadie que se crea más listo o cuidadoso que yo. Aunque ahora queda la peor parte y es encontrar a Brennan.

□

Los ojos de Wesh, afilados como dagas, se me clavan en la espina dorsal cuando atravieso la puerta de la habitación, pero no miro atrás. Lo único que voy a obtener son reproches que ya he oído antes.

Por lo que, en vez de someterme al juicio silencioso de Wesh, atravieso el estrecho pasillo pobremente iluminado. Huele a estofado y mi estómago gruñe, pero lo ignoro y sigo las voces animadas que me llegan desde abajo. No titubeo mientras desciendo los escalones de la posada.

Unos sutiles rayos de luna se cuelan por una ventana e iluminan los escalones de madera que crujen bajo mis pies. Debe ser pasada la medianoche, pero el estruendo de voces agitadas me sugiere que aún falta mucho para que el jolgorio se agote en esta ciudad. Tal y como pude

comprobar la última vez que estuve aquí con Tate.

Pensar en ella me revuelve el estómago y tengo que detenerme un instante para inspirar hondo, no puedo permitir que el nudo de dolor me asfixie. Lo más probable es que la culpa por su muerte me acompañe toda la vida, pero si estoy segura de algo, es de que no tuvimos elección. Era ella o nosotros y no estábamos dispuestos a morir. Como tampoco lo estamos ahora.

Desciendo el último tramo de escalones hasta llegar al piso inferior de la posada, que también es una taberna, y me veo rodeada de borrachos, gritos y música.

La sala está pobremente iluminada con escasos candiles, por lo que los cuerpos se convierten en oscuras sombras que gruñen cuando paso a su lado y los aparto suavemente para pasar en dirección a la barra.

Las risas estridentes, animadas por el alcohol, y el ambiente cargado no son precisamente agradables, pero es un lugar seguro y con eso me basta. Al fondo de la sala, sentados en la barra y derramando cerveza en sus pantalones, hay un grupo de hombres aparentemente borrachos.

Los estudio un segundo antes de decidir que quizás pueda escuchar su conversación a hurtadillas e incluso preguntarles sobre si han oído hablar de un luchador tatuado. Me gustaría tener más información con la que poder buscar a Brennan, pero no sé mucho de la vida que tenía en la ciudad.

Al acercarme, descubro que el grupo habla sobre dinero en un tono acalorado que me hace replantearme mi elección. No debería verme envuelta en una pelea de borrachos. No tengo tiempo para eso. No obstante, uno de ellos alza su vozarrón y me detengo justo al darme la vuelta para seguir buscando. Están hablando de una pelea que se celebrará esta noche.

—Seguro que Daisy conseguirá puntos extra si consigue arrancarle la trenza de la cabeza — comenta uno de ellos con las mejillas sonrosadas.

Tiene los ojos muy abiertos y veo con claridad cómo el alcohol se ha adueñado de su sonrisa, tirando de la comisura de sus labios hacia arriba, otorgándole un gesto bobalicon. No parece lo suficientemente borracho como para decir tonterías, pero sí lo bastante como para soltarse la lengua.

—No seas bruto, Dan, Autum también tiene bastante posibilidades de ganar —replica otro chico desgarbado con aspecto de granjero. Sobre su cabeza, un gorro de paja trenzada se deforma en un ángulo extraño.

—Sí, pero Daisy es una fiera... La he visto pelear demasiadas veces —dice el tal Dan con admiración.

—Deja de soñar con ella, jamás pondría sus ojos en alguien como tú.

Según parece, están hablando de un combate entre mujeres. Lo que me trae a la memoria el lugar donde Brennan peleaba por dinero y, aunque no recuerdo ver a ninguna mujer aquella vez, no pierdo nada por intentar volver al mismo sitio.

—¿Te pongo algo? —Una voz rasposa me distrae y alzo la mirada a tiempo de ver a un camarero lleno de cicatrices y expresión malhumorada. Sus ojos me instan a responder rápido y no tiene pinta de ser alguien paciente.

—¿Tenéis clarea? —pregunto atendiendo solo a medias al camarero que asiente y sirve el líquido ambarino en un vaso de madera.

Pongo distraídamente un kron sobre la barra para pagar la bebida, me acerco el vaso a los labios y doy un sorbo. Menos mal que Artai nos dio el dinero suficiente como para permitirnos algunos lujos.

No disfruto mucho del sabor de la bebida, pero noto al instante el alcohol extendiéndose por mis músculos y adormeciendo mis sentidos. Además, está fresco y agradezco el matiz

refrescante que tiene después de todo el día cabalgando.

—Solo espero que no sea el único combate de la noche. No quiero apostar todo a uno solo — asegura el tal Dan a mi derecha y suelta un hipido mientras sonrío bobaliconamente.

Así que habrá más peleas. No pierdo nada por intentar encontrar a Brenan en aquella taberna donde lo escuchamos hacer tratos la vez anterior, donde sangraba para sustentar al aquelarre. Así que vacío mi vaso, me armo de valor para no tambalearme y me alejo de la barra.

En el exterior, apenas se distinguen las sombras enterradas en la oscuridad. Unos faroles alumbran la puerta y parte de sus alrededores, pero emiten luz insuficiente para ver con claridad. Me vendría como anillo al dedo poder invocar una llama, aunque fuera minúscula, pero no quiero arriesgarme más de lo necesario, así que no uso la magia.

Por suerte, no es complicado orientarse por estas calles y el barullo de gente armando jaleo en los exteriores de las tabernas también ayuda a ubicarme un poco mejor. Al parecer, los locales de ocio nocturno tienen ubicaciones cercanas unos de otros, reclusos a una zona lo bastante limitada como para recordar el camino de vuelta.

El fantasma de Tate parece posar sus manos en mis hombros y un escalofrío logra ceñirse sobre mí. A veces, el pasado es imposible de olvidar, pero espero no vivir en él o acabaré volviéndome loca.

Para distraerme de los recuerdos, decido repetir en voz baja todo lo que voy a decirle a Brenan, como si fuera una actriz a punto de salir a escena. Elaboro una lista de los puntos importantes por los que debería ayudarnos y compruebo que mi daga sigue en el cinturón para usarla en caso de que Brenan decida no colaborar.

Si he de ser sincera, estoy nerviosa y un tanto aterrada. Me asusta la idea de volver a verlo después de tanta traición y sangre. No sé si me reconoceré en esos ojos o, por el contrario, se habrá convertido en alguien que no esté dispuesto a mirarme jamás de la misma forma.

Puede que sea retorcido pedirle que nos ayude, y no tengo claro si es buena idea volver a encontrarme con él, pero Brenan ha sido la única persona que, desde el primer momento, me ha ayudado. Además, él también es responsable de este caos.

No obstante, una parte de mí tiene miedo a encontrar un vacío desconocido en él. Por lo que, cuando llego a mi destino, apenas me siento capaz de atravesar la puerta de madera desgastada.

No para de entrar y salir gente del local que recuerdo con exactitud y, aunque mi estómago me avisa de que es muy posible que se me revuelvan las tripas en cuanto entre, decido ignorar mi malestar.

Tengo que hacerlo. Ya no se trata de si quiero o no. Ahora es mi hermana la que está en medio de todo esto, el aquelarre entero, incluso Wesh, Malika y yo misma tenemos una posición muy precaria que podría cambiar de un instante a otro.

No me cuento a mí misma más excusas para alargar este momento y empujo la puerta hacia dentro. La negrura de la sala me engulle y los cuerpos se agolpan hacia la entrada de la puerta trasera que sé con toda seguridad que lleva al rin de lucha. Sigo a un par de hombres tambaleantes que también van en esa dirección y nos adentramos juntos en el tumulto de personas que vociferan.

Hay un combate en todo su esplendor y la sangre corre libremente por el suelo, salpicando a los espectadores más cercanos. Huelo el sudor y el deje metálico de la sangre, siento los brazos pegajosos en cuanto me rozo sin querer con un par de personas y trato de ponerme de puntillas para ver por encima de todas las cabezas. El círculo de arena es una batalla sangrienta, pero no encuentro los ojos ámbar de Brenan por ningún lado.

## ELINA

Los borrachos se agolpan en una vorágine de sudor, gritos y salvajismo. Jamás pensé que la violencia pudiera suscitar tanta emoción en personas que apenas están vivas. Me pregunto qué será pasar los únicos momentos libres del día bebiendo y pagando para que otros sangren sobre un suelo de arena sucia.

La última vez que estuve aquí, Brenan sangraba sobre ese mismo suelo y su mirada desprendía un brillo animal e indómito.

No quiero reconocerme a mí misma que lo echo de menos, pero sí que anhelo esa mirada cargada de furia que, para bien o para mal, era mía. Yo antes le pertenecía como las ramas le pueden llegar a pertenecer al tronco de un árbol, me nutría de esas miradas y de su deseo por mí. Ahora no me queda nada y, aunque sé que no debería, lo extraño.

El griterío es casi insoportable y las vibraciones graves de los vozarrones de estos hombres me retumban en el pecho, como si quisieran marcar con sus alaridos el ritmo que debería seguir mi corazón. Aunque es muy probable que el martillar frenético en mi pecho se deba a que estoy nerviosa. Voy a volver a ver a Brenan.

Pero desde luego, no es ninguno de ellos. No se encuentra en la multitud y ni siquiera está peleando. La decepción se enrosca en mi vientre y me debato entre permanecer en las sombras que me proporciona el rincón apartado en el que me encuentro y esperar a que aparezca, o aventurarme por el pasillo que recorrí con Tate hace lo que parecen años.

Nada más pensar en ella, de nuevo, un frío antinatural me recorre la espalda y me recuerda mi traición. Me horrorizo de mí misma y apenas sé cómo escapar de ello.

De repente, veo a mi amiga a mi lado, con esos ojos oscuros susurrándome que no llame la atención; de repente, tengo ganas de marcharme de este lugar. Quizás todavía no estoy preparada para ello, pero no puedo renunciar a mi plan tan pronto. Encontraré a Brenan cueste lo que cueste y, si tengo que arriesgarme a morir para conseguir que me escuche, entonces lo haré. Una parte de mí necesita reconstruir todo lo que he roto a lo largo del tiempo.

Así que me abro paso a empujones entre la multitud que se agolpa alrededor del círculo de lucha y avanzo hacia la puerta que conduce a ese pasillo largo y pegajoso donde Brenan nos descubrió espiándolo.

En cuanto la puerta se cierra a mi espalda y los gritos quedan amortiguados por las paredes, me doy cuenta de que hay algo que ha cambiado. Lo que antes parecían puertas desvencijadas y corroídas por la dejadez, ahora se han convertido en cortinas de colores anaranjados que se agitan ligeramente.

Los candiles alumbran un pasillo nuevo que, si antes sugería el deterioro de algo semejante a una trastienda, ahora parecen una invitación sellada con el lacre más vistoso que jamás haya visto.

Las paredes están revestidas de una madera que, aunque no es nueva, sí que le da un aspecto más acogedor al largo pasillo. No sé si quiero descubrir en qué ha evolucionado el negocio de las peleas, pero los suaves suspiros que se cuelan a través de la ligera gasa de las cortinas me dan una pista.

No obstante, avanzo hasta que me encuentro de frente con la primera habitación y no me cuesta mucho reconocer la forma de una mujer semidesnuda tendida entre decenas de cojines de tonalidades chillonas y brillantes. Parece somnolienta, repantingada en mitad de la habitación de

paredes rojas y abrigada solo por las sombras a donde las llamas de las velas no son capaces de llegar. No puedo creer que hayan convertido esto en un burdel.

Estoy a punto de darme la vuelta y desaparecer de este lugar, cuando escucho unos gemidos ahogados que paralizan cada una de mis extremidades.

No voy a fingir que me escandalizo de lo que está sucediendo aquí, pero una parte de mí sabe que Brenan estaba hace unos meses relacionado con este negocio y esa parte, aunque sabe que no debería importarle lo más mínimo, se pregunta si Brenan sería capaz de inmiscuirse en un negocio como este.

No sé si sus ansias de poder y su necesidad de recursos lo han podido arrastrar a participar en este tipo de empresa, pero a pesar de que sé que no debería importarme, mis pies abandonan su huida y me hacen adentrarme más en este deprimente escenario de lujuria gastada.

Paso por las habitaciones contiguas que están decoradas prácticamente igual a la primera, las paredes mantienen ese carmesí estridente y las camas consisten en cojines y colchones recubiertos de telas de colores cálidos, como si así pudieran tapar la suciedad.

Por suerte, no soy capaz de distinguir a nadie a través de las cortinas y la mayoría de las habitaciones están desiertas, probablemente porque la acción comienza cuando acaban las peleas y liberan a los perros rabiosos para que terminen la noche en este sitio.

Sin embargo, ese gemido que ha detenido mis pasos hace un rato, sigue resonando como una llamada siniestra que me sugiere cosas en las que no quiero ni pensar. El placer no es algo que se pueda comprar y, desde luego, esos gemidos suenan a que han pagado unas buenas monedas por ellos.

Tengo el vello de la nuca de punta, pero me obligo a continuar hasta que me encuentro frente a unas escaleras oscuras y gastadas que ascienden de forma sinuosa.

Sé que Brenan aceptaba encargos de gente horrible para cometer actos incluso más atroces, pero decidí que no iba a juzgarlo y, aun así, no puedo evitar que la idea de que él pueda estar implicado en esto se cuele por mi mente.

A estas alturas, no entiendo cómo puedo asombrarme por este tipo de cosas. Yo no soy mucho mejor, pero la parte en mí que alguna vez deseó ser honrada y buena, se revuelve contra todo lo que ve.

Sé que los dioses no hacen distinciones, Wesh parece haberme dejado muy claro que El Santo nos castigará a todos por igual, pero siento en lo más profundo de mi corazón que definitivamente hay actos que merecen más condena que otros. Así que asciendo las escaleras y descubro otro pasillo prácticamente idéntico al inferior.

La parte racional que todavía funciona dentro de mí me pide que me dé por satisfecha y me marche, pero en cierto sentido, necesito comprobar que Brenan no se encuentra aquí. Así que camino despacio, tratando de no hacer ruido hacia la habitación de la que vienen los jadeos. Puede que esto me convierta en una pervertida, pero me da absolutamente igual. Me asomo y devoro la imagen que soy capaz de vislumbrar a través de la cortina.

Hay una chica desnuda de espaldas a mí, contoneándose de forma sugerente sobre un hombre y casi aprecio la sobreactuación de la mujer cuando alza la cabeza y deja que su cabello le acaricie la piel de su columna.

Sé que su acompañante se trata de un chico porque rápidamente vislumbro la línea de vello que recubre su pecho y que baja hacia su pelvis. Su piel lisa y bronceada recibe con entusiasmo la cercanía de la mujer y la rodea con sus fuertes brazos; brazos desnudos. Brazos sin tatuajes. Brazos que de ninguna forma podrían pertenecer a Brenan.

Hay muchas cosas que podría hacer en este instante, pero solo soy capaz de soltar un suspiro

de alivio. De alguna forma, no era capaz de imaginar a Brenan en una situación así. Quizás debería avergonzarme de mí misma por preocuparme de ello cuando yo también he sido una traidora, pero no puedo negar que me invade una sensación de alivio.

Ya no tengo nada que hacer aquí, así que me doy la vuelta y me encamino hacia las escaleras por las que he venido. Aunque en lo más profundo de mí, me cuesta recordar que debería dejar a parte mis sentimientos y centrarme en evitar esta maldita guerra.

Comienzo a idear la forma en la que podría encontrar a Brenan y me maldigo por no haber pensado nada más práctico que simplemente esperar que apareciera, pero por descontado, no pienso presentarme en el bosque y caminar tranquilamente por el aquelarre a la espera de que me claven un cuchillo en el estómago.

Apenas soy capaz de ver nada entre las sombras que separan un candil de otro y trato de no tropezarme, pero cuando escucho unas voces ascendiendo por las escaleras, se me corta la respiración, trastabillo y mi instinto me grita que me esconda.

No puedo ir en contra de lo único que todavía funciona en mí, así que hago caso a mi intuición y me adentro en la primera habitación que encuentro. Como la mayoría de ellas, está desierta, aunque hay un ligero olor a flores que es demasiado intenso, casi nauseabundo, que se me mete en la nariz y me revuelve el estómago.

No es muy prudente permanecer a la vista de quien esté subiendo las escaleras, pero, de todas formas, me asomo tan solo un instante cuando las voces pasan por mi lado y siguen avanzando por el pasillo hacia las habitaciones del fondo.

Mi corazón tarda un solo palpito en darse cuenta de que no tiene permitido seguir bombeando sangre. De repente, toda la vida que me quedaba se ha drenado y se ha derramado a mis pies mientras veo la inconfundible espalda de Brenan. Sus fuertes brazos rodean a un chico y a una chica, uno a cada lado, y los tres sueltan risitas infantiles y tontas que sé perfectamente lo que avecinan.

El alivio que había sentido hace tan solo un instante es reemplazado por un nudo en la garganta y, aunque sabía que Brenan me odiaba, ver que apenas hay nada ya de mí en él me destroza un poco más.

No sé cuántas veces se puede romper un corazón por una misma persona, pero sé que no tengo derecho a estos sentimientos. Aun así, aquí están, derramándose por mis dedos como cera caliente que quema y levanta ampollas.

—Vamos, no nos dejarás así. —La voz del chico que acompaña a Brenan es lasciva, sugiriendo promesas evidentes que no hace falta que pronuncie en voz alta.

—Tu pelea no es hasta mañana, tienes tiempo de descansar y quizás también de liberar tensiones. —Ahora es la chica la que murmura una invitación indecorosa con un tono agudo que enciende mi ira casi al instante.

Trato de ser racional, pero parece que cualquier control que pudiera haber tenido sobre mí misma ha desaparecido en el mismo momento en el que he visto a Brenan. El reencuentro después de estos dos meses no me ha sentado demasiado bien porque ni siquiera me he enfrentado a él y ya he perdido por completo el sentido común.

Contemplo incapaz de reaccionar cómo los tres desaparecen por una habitación lateral y, sin pensar en las repercusiones, me lanzo tras ellos. Es como si supiera que lo que voy a ver no va a gustarme en absoluto, pero no levanto la vista de la escena.

Necesito que el dolor me mantenga despierta, necesito que esto me recuerde muchas de las razones por las que no puedo confiar en Brenan, porqué debería odiarlo; porqué, después de todo, debería deslizar mi cuchillo por su piel sin siquiera preguntar las razones de sus traiciones.

Pero en el fondo sé que no puedo porque soy egoísta y, aunque estoy tratando de rehacer las cosas de otra manera, todavía hay partes oscuras que se resisten a ser sanadas.

Así que avanzo por el pasillo con decisión sin hacer ruido y me asomo por el resquicio de la puerta. No me resulta difícil distinguir a través de las sombras cómo el chico besa el cuello de Brenan. La forma en la que abre sus labios y devora con lujuria esa piel de terciopelo me revuelve las tripas.

El jadeo de Brenan es casi obsceno cuando el chico recorre su piel. Al mismo tiempo, Brenan permite que la chica meta sus manos bajo su camisa desabrochada y puntée con dedos ávidos sus tatuajes. No hace tanto era yo la que acariciaba esas líneas y una rabia ciega nace en la base de mi cuello y me asciende con llamaradas hacia las mejillas.

Entonces, entre la bruma de mi frustración, como si estuviera teniendo una revelación, recuerdo lo que Brenan me dijo sobre la magia, que, si manteníamos relaciones con humanos, la perderíamos.

No llegamos a hablar tanto del tema como para descubrir hasta qué punto llegaba esa condición, pero lo que estoy viendo me resulta un juego demasiado peligroso. Brenan no renunciaría a su poder, eso lo tengo claro. ¿Qué está tratando de hacer, entonces? Porque, desde luego, sus acompañantes son humanos y estoy más que segura de ello.

Mis cavilaciones internas les dan el tiempo suficiente como para besarse más entre sudor, sedas y sonrisitas juguetonas. Mi respiración se acelera sin que pueda hacer nada por controlarla.

Cada beso que regala Brenan es como una puñalada que no debería incrustarse en mi espalda, porque no tengo derecho a sentir celos. No tengo ni el más mínimo derecho, pero eso a mi corazón encogido le da igual.

—Vamos, Dalia, cumple tus promesas. —La voz ronca y seductora de Brenan retumba en la habitación y, de repente, descubro lo mucho que había añorado esa cadencia. Esa maldita voz que me retaba siempre.

Estoy metida hasta las rodillas en una lucha encarnizada, rodeada de barro y mugre donde lo único que se me ocurre es soltar lamentos tontos por un hombre que solo ha sabido traicionarme. Wesh debería haberme clavado ese cuchillo cuando se lo pedí porque está más que claro que el sentido común me ha abandonado por completo.

—Si es lo que quieres...

La tal Dalia parece que está más que dispuesta a cumplir las promesas de las que Brenan ha hablado porque, mientras el chico sigue mordisqueando el cuello de Brenan, ella desciende con besos húmedos por su pecho y le arranca la camisa de la que apenas quedaban ya un par de botones que desatar.

Ella recorre con sus garras afiladas la piel de Brenan y, cuando llega a los pantalones, pega un tirón revoltoso que me hace querer irrumpir en la habitación sin pensarlo ni un instante.

De hecho, me doy cuenta de que he dado un paso hacia el interior de la habitación y, por suerte, la estancia está tan sumida en la oscuridad que todavía no han advertido mi presencia.

Quiero darme la vuelta y correr en dirección opuesta, pero he dado un único maldito paso y ese minúsculo gesto me envalentona. No podría marcharme sabiendo que he dejado a Brenan así.

Por lo que doy otro paso hacia el interior de la habitación sin tener muy claro qué es lo que voy a hacer. Ni siquiera tengo claro si Brenan me matará en cuanto me vea.

Dalia se agacha y se pone de rodillas frente a Brenan mientras el chico desciende con besos húmedos por su piel. Entonces Brenan, que había tenido hasta este momento los ojos cerrados, abre esos dos bloques de miel derretida y teñida de lujuria y me mira directamente.

—Joder. —Se sobresalta y, en lo que creo que es un acto involuntario, aparta a las dos

sanguijuelas que trataban de chuparle la sangre hasta la última gota y los lanza a un lado de la habitación con un empujón.

—Hola, Brenan. —Mi voz suena dura y cruel, casi desconocida para mí y me alegro de no haberme marchado porque la imagen de Brenan con la camisa abierta, el pecho acelerado y los ojos cargados de resentimiento vale la pena.

Porque me está mirando y hacía tiempo que no me sentía tan vista.

## 32

### ELINA

—¿Qué cojones haces tú aquí? —Me dirige una mirada vidriosa y frunzo el ceño cuando reparo en que se tambalea. La embriaguez brilla en sus ojos, aunque desde luego, mi presencia parece haberle despejado la mente.

—He venido a hablar contigo —declaro con más seguridad de la que siento en realidad. Si quiero que me tome en serio, debo parecer fuerte. Necesito que vea que tengo algo lo bastante valioso que ofrecer como para que me escuche.

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. —Su voz carente de sentimientos podría haberme hecho estremecer cuando era la chica complaciente del bosque, pero no ahora que luchó por sobrevivir de cualquier forma. No ahora que necesito aprender a ser la chica valiente que se rescata a sí misma.

—Apuesto a que quieres escuchar lo que voy a proponerte —musito y él me estudia durante un momento, ladeando la cabeza como un animal impredecible.

Entonces se levanta rápidamente del colchón en el que estaba tumbado, toma impulso y se acerca a mí en una exhalación. Violento, voraz, salvaje.

No sé si va a intentar atacarme, apartarme o abrirme en canal, pero no retrocedo ni un paso y me mantengo firme mientras le sostengo esa mirada fría y helada como el oro. He odiado tanto ese destello dorado que apenas me siento capaz de contemplarlo ahora sin hacer nada por destruirlo.

Está tan cerca que puedo oler el perfume dulzón y asqueroso de los dos amantes que acaba de lanzar al otro lado de la habitación. Todavía queda un rastro de besos húmedos en su cuello que brilla cuando la luz del único candelero de la estancia refleja la saliva extranjera en su piel. Reprimo un gesto de asco y me trago el insulto cruel que me sugiere mi cerebro.

—Tienes mucho valor al venir aquí. —Sus palabras suenan a amenaza, pero no veo que esté sacando ningún arma para rebanarme el cuello, así que supongo que esto es un comienzo más que prometedor.

—Da gracias de que no te he destripado en cuanto te he visto aparecer con ellos dos —replico señalando a estos humanos que desangraría con gusto solo por resentimiento. Pero ellos no tienen la culpa y Brenan tampoco. No nos debemos nada.

—¿Te crees que te debo algo? —pregunta leyéndome el pensamiento y aprieto los dientes en un intento por no desvelar mis secretos. Que todavía hay algo ahí, en mi pecho, que se resiste a apagarse ante él.

—Brenan, fuiste tú el que me traicionó. No me refiero a tu asqueroso comportamiento. Lo que hagas me da igual —miento lo mejor que puedo e, involuntariamente, alzo la barbilla como si pudiera evitar sentirme inferior.

—No veo que esa rabia sea porque te da igual. —De repente, aparece esa sonrisa ladeada que tanto había llegado a adorar y aprieto las manos en puños.

Disfrutaría profundamente de golpear su estúpida cara hasta borrarle ese gesto de arrogancia, pero no es la mejor manera de comenzar una negociación por la paz. Aunque presentarme en mitad de un burdel y espiarlo, tampoco creo que lo sea.

—Brenan, he venido para hablar y, siento decírtelo, pero no voy a irme sin tener una conversación contigo. —Mi intención es sonar fuerte y no totalmente insegura, pero apenas soy capaz de leer bien su expresión, apenas reconozco nada en sus ojos que no paran de recorrerme de punta a punta.

—¿Eres un maldito fantasma? He intentado borrar de mi memoria esos malditos ojos, joder.

—No, Brenan, soy muy real y no me iré sin conseguir lo que quiero.

—Podría matarte. —Las palabras salen de sus labios como una sugerencia, como algo en lo que apenas ha pensado, aunque sé que tiene muy presente mi muerte en sus fantasías.

—No ganarías nada con ello. —Ni siquiera sé si estoy negociando por mi vida o demostrándole lo absurdo que es que haya dicho algo así.

—Elina, no sé si crees que puedes hacer lo que quieras, pero esto no es ni de cerca lo más prudente. No sabes la de veces que he deseado apretar ese cuello.

Lo cierto es que me queda tremendamente clara su afirmación cuando su mano rodea mi garganta y aferra mi piel como si estuviera colgando de un precipicio, a punto de caer al vacío.

La calidez de la dura palma de su mano rozando mis clavículas es enfermizamente placentera, pero la disfruto un instante justo antes de tratar de soltar su mano de mi cuello.

—Brenan. —No tengo ni idea de qué es lo que quiero decir, solo me sale pronunciar su nombre como una advertencia.

De repente, he olvidado qué he venido a hacer aquí, he olvidado cómo respirar e incluso mi nombre me resulta lejano. Esa es la clase de poder que Brenan tiene sobre mí y dudo que estuviera preparada para enfrentarme a él.

—Mátala ya, nos ha arruinado la fiesta. —Entre el rumor de mis oídos soy capaz de escuchar a Dalia animando a Brenan y aprieto la mandíbula con rabia, conteniendo mi lengua de soltar comentarios mordaces. Mi guerra no es contra ella.

—Cierra la maldita boca. Desapareced de aquí —ordena Brenan como si poseyera todo el poder del universo y casi siento que podría pertenecerle, pero he aprendido que no voy a doblegarme ante él.

—Pero... —La voz titubeante del chico flota hasta nosotros, pero me he quedado atrapada en los ojos ambarinos de Brenan y él no despega su cruel mirada de mí.

—He dicho que os marchéis. —Sus ojos siguen fijos sobre mí y llamean como una lumbre alimentada de troncos gruesos y duraderos. Candente y destructora.

Percibo el susurro de los pasos saliendo de la habitación y marchándose por el pasillo, pero no sé si eso es una victoria o un completo error.

Si va a matarme, no voy a tener ni un solo testigo que pueda ofrecerme compasión. Aunque prefiero que, si va a seguir apretando su mano contra mi garganta, lo haga en la oscuridad de esta

habitación. Nosotros a solas, acabando con todo lo que alguna vez nos perteneció a ambos.

—No deberías haber venido, Elina.

—Tenemos una guerra entre manos.

—Tú tienes una guerra. Yo tengo la victoria asegurada, no me extraña que vengas arrastrándote pidiendo clemencia.

—No vengo a implorar perdón.

—Entonces no sé qué es lo que quieres. No obtendrás nada de mí.

—Mi padre está vivo. —Jamás pensé que cuatro palabras pudieran hacer que Brenan frunciera el ceño y me soltara. El alivio por poder volver a respirar libremente es sustituido por la desilusión de perder su contacto.

—Mientes.

—En absoluto. Ha estado todo este tiempo haciéndose pasar por un consejero del rey y se ha adentrado tanto en la corte que ha conseguido un puesto muy influyente. Va a masacraros y tiene intención de arrebatáros el poder de lo que sea que quede después.

—Una historia muy convincente, Elina. Sabes jugar sucio.

—Mírame, ¿te crees que arriesgaría mi vida viniendo aquí para contarte una farsa? Lo único que quiero es evitar más muertes y si mi padre llega hasta vosotros, puedo asegurar que tú serás de los primeros en caer. Sois su objetivo.

Todo el interior de Brenan parece revolverse contra él y reflejarse en sus ojos mientras me mira y asimila lo que acabo de contarle. Quizás el odio que siento es fuerte, pero espero que el miedo a perder todo por lo que ha luchado pese más en su balanza de prioridades.

—¿No era eso lo que querías? ¿Vernos muertos? —replica y suelta una risa carente de diversión. Está pensando y valorando si lo que digo es cierto.

—Eres muy injusto. Solo quería encontrar a mi hermana y sabes que no les debía nada a ellos. No quería una masacre.

—Mataremos a tu padre como matamos a los cazadores el día del baile.

—Matasteis a nobles que no tenían nada que ver con tu guerra.

—Todos son iguales de todas formas. —Su desdén me golpea.

—Ya veo, prefieres una masacre a admitir que no puedes con esto tú solo. Eres demasiado orgulloso como para reconocer que quizás no puedes dejar un reguero de sangre sin que ellos se cobren su venganza. Sigues siendo el mismo —ataco con toda mi rabia y él entrecierra los ojos, estudiándome con ira. Al parecer, estamos en el punto de partida.

—¿Por qué iba a cambiar? Así fue como te hice mía y parece que funcionó.

—Sí, las traiciones y mentiras jugaron bastante bien a tu favor. —No puedo evitar que la ironía se cuele en mi voz y él sacude la cabeza. Niega mis palabras, aunque ambos sabemos que son verdad.

—Yo no te reemplacé, habría dado mi vida por ti.

—No, habrías dado tu vida por mi pueblo. No por mí. —Digo entre dientes y decirlo me duele, aunque sigue siendo una verdad que tengo que afrontar.

—¿Ahora es tu aquelarre?

—Es mi maldito derecho de sangre. —Porque, por mucho que trate de ignorarlo, soy una Nordvik y mi hermana me ha hecho recordar de dónde venimos.

Nuestro linaje importó y no se lo entregaré a mi padre o a Brenan. Puedo salvar a los aquelares y, aunque no les deba nada, les ofreceré mi ayuda si eso salva vidas. No puedo permitir que sigan masacrándonos. Habrá más cacerías, nos tratarán como animales y no voy a permitir que el pueblo de mi abuela sea considerado como un desecho cuando tenemos el poder a

nuestro alcance.

—Ni siquiera querías ser líder.

—He cambiado la forma de ver las cosas, Brenan.

Él chasquea la lengua con disgusto y me lanza una fría mirada que contrasta con el calor de la estancia. El pecho repleto de tatuajes se le agita con respiraciones profundas y veo cómo la cicatriz en su mandíbula se marca al apretar los dientes.

—Entonces deja que tu padre venga a por nosotros y acabe conmigo para que no tengas que ensuciarte las manos. Si quiere una guerra, eso es justo lo que va a tener.

—Eres un maldito egoísta.

—No, Elina. Esa es la realidad.

Sus manos encerradas en puños se alzan con violencia como si fuera a golpearme, pero destrozan un espejo a mi espalda que colgaba junto a la pared. El cristal se hace añicos y miles de pedazos centellean contra el suelo a la luz de las velas. No distingo si Brenan se ha cortado hasta que llega hasta mí el olor inconfundible de su sangre. No tengo claro si lo ha hecho a propósito, pero logra desestabilizarme.

Si hubiera sido en otras circunstancias, correría a revisar la herida para comprobar si está bien. Cogería su piel entre mis manos, estudiaría sus nudillos y trataría de quitarle con cuidado las esquirlas de cristal de sus cortes. Pero ya no somos esas personas. Ahora él es un forastero en mi piel y yo en la suya y, como tales, ni siquiera rozamos.

Brenan no me mira, del mismo modo que apenas dedica atención a sus cortes. Simplemente tiene la cabeza gacha, respira con fuerza y su pecho sube y baja rítmicamente.

Percibo cómo tensa la mandíbula y reprimo todo el veneno que tengo dentro. En este momento, no quiero volver a dar vueltas sobre lo mismo que acabará por condenarnos.

—Tenemos un plan, Brenan.

—Por supuesto que sí.

Su risa irónica me rebota en el pecho y frunzo el ceño. La sangre de sus manos gotea en el suelo y me muerdo el labio inferior intentando no sentirme tentada. Aunque desde luego que me tienta el rubí corriendo por sus venas.

El recuerdo de cómo fue probar su sangre me estremece, pero trago con fuerza y me centro en él. Solo en él y no en lo que pueda darme.

—Podemos arreglar esto. Podemos evitar la guerra —susurro tratando de parecer más segura de lo que me siento.

—¿Podemos? ¿En plural? Dime que no te has traído a ese cazador o juro que lo destrozaré con mis propias manos. —Alza sus ojos dorados y su rabia me golpea, se estrella contra mí y me recuerda todo el odio que jamás se extinguirá en él. Brenan no olvida y, por desgracia, yo tampoco podré hacerlo.

—Sí, ha venido porque hay algo de esperanza. Y tú deberías comenzar a pensar igual.

Necesito que entienda que podemos ganar ventaja si encontramos al heredero, pero no quiero que me tome por loca. No quiero que piense en que son leyendas infantiles, no quiero que crea lo mismo que Wesh.

—¿Ahora vas a decirme cómo debo sentirme? —Parece más que furioso y abrazo esa ira como si me perteneciera, porque en cierto sentido, la echaba de menos.

Brenan avanza hacia mí y sus manos rodean mi cuello. La sangre que corre por sus dedos se mezcla con mi sudor y resbala por mis clavículas. Trago con dificultad.

El olor dulzón es tentador y el calor de su cuerpo es casi insoportable, por lo que reprimo un gruñido de deseo e inspiro tratando de deshacerme de la sensación de que estoy perdiendo poco a

poco el control.

—Te estoy ofreciendo una solución. Tú solo no vas a poder enfrentarte a Artai y yo tengo un plan para destronarlo. —Casi jadeo mi respuesta.

La cercanía de Brenan me trae recuerdos que creía poder controlar, pero parece que mi interior grita al reconocer de nuevo el aroma de su cuerpo y cada uno de mis sentidos se llena de esa imagen de Brenan por la que siempre he sentido debilidad: poderosamente enfadado, sobre mí y con intenciones destructoras.

—Creía que querías acabar la guerra —apunta, enarcando una ceja mientras inclina un poco la cabeza y me mira tan fijamente que creo que está a punto de desenredar el nudo que yo misma me había atado al cuello desde que lo traicioné.

Su camisa abierta me deja contemplar a la perfección su pecho desnudo y podría jurar que siento el terciopelo de su piel bronceada. Si me moviera tan solo unos centímetros, lo tendría sobre la yema de mis dedos al instante. Disponible, accesible y completamente para mí.

—Y eso haremos. Acabaremos la guerra y brujos y humanos podrán vivir en igualdad de condiciones.

—Oh, pero no somos iguales, Elina. Somos más poderosos, más fuertes y estamos preparados para los soldados de Taranis e incluso para tu padre. Déjalos que vengan a intentar destruirnos. —No sé si Brenan es consciente de lo presuntuosas que suenan sus palabras. Sobre todo, teniendo en cuenta que no tiene ni idea de la clase de poder a la que va a enfrentarse.

—Brenan, Artai tiene un hermano. Vamos a encontrarlo. Podemos apoyarlo para que ascienda al trono. —A la mierda la discreción, si no le cuento mi plan jamás conseguiré convencerlo de que venga con nosotros.

Brenan parece confuso durante un instante, frunce el ceño y ladea la cabeza como si quisiera procesar la información completamente, como si no estuviera seguro de lo que acaba de escuchar. Sostengo sus ojos dorados entre los míos y espero. Espero tanto que noto cómo su sangre comienza a secarse sobre mi piel y una picazón se extiende por las partes de mi cuello en donde él todavía tiene sus dedos.

Al cabo de un momento, Brenan suelta una carcajada, dejándome completamente desarmada. Para ser sincera, hubiera esperado que me echara de la habitación o que me amenazara, no que se riera de mí.

—Vaya, no te bastaba con provocar un ataque. Ahora quieres una guerra civil. Veo que nadie puede salvarse de tu aura destructiva. —La media sonrisa amenazante de Brenan me corta la respiración en dos y trato de no sentirme herida ante sus palabras. Está claro que el resentimiento se ciñe a él como una segunda piel.

—Podrías venir conmigo —sugiero con un hilo de voz.

—Espero que no creas que me interesa.

—Juntos lograríamos arreglar esto —digo, respirando su mismo aire. No puedo soportar su mirada sobre mí, afilando su sonrisa irónica en mi cuello palpitante.

Quiero besarlo. La realidad de ese pensamiento me revuelve el estómago. No debería querer que apriete un poco más su mano en mi cuello, ni debería desear que me estrellase contra la pared de esta nauseabunda habitación, pero aquí estamos. Sin nada que nos ate al otro, pero más presos de nuestros anhelos que nunca.

—¿Y por qué debería interesarme entrar en este plan tan absurdo? —Su boca está a un par de centímetros, aunque sé que su mente está trabajando a toda velocidad. Lejos de nosotros, urdiendo planes y sopesando estrategias.

—Porque liberarás a tu pueblo con ello. —No me pasa desapercibida la mueca de disgusto

que hace y frunzo el ceño sin entenderlo. Desde que lo conozco, no ha parado de luchar por el aquelarre. Que yo supiera, eran lo único que le importaba.

—Ya son libres.

—Pero podrías ayudarlos. —Ni siquiera sé ya con qué convencerlo porque está claro que carece de cualquier motivación. No esperaba encontrarme a un Brenan sin esperanza, solo una sombra oscura de lo que era.

—Elina, no he vuelto al aquelarre desde el ataque —confiesa y me quedo helada.

Un silencio denso se asienta entre nosotros y cuento las respiraciones que tardo en entender lo que me está diciendo. No ha vuelto a su hogar cuando era lo único que quería. Estar entre los suyos y demostrarles que podía gobernarlos.

—¿Porqué?

—Porque dejó de tener sentido. No quiero un pueblo que me ha rechazado tanto tiempo. —La dureza en su voz me levanta ampollas que creía sanadas, pero en cierto sentido, me reconforta saber que todavía existe algún resquicio en su interior con algo de compasión por sí mismo.

—Brenan, ven conmigo. No lo merecen, pero les daremos un futuro de paz. —No tengo nada más en mi arsenal. Necesito su influencia, porque el aquelarre lo ve como un líder y no confiarán en mí. Para ellos, yo soy el enemigo.

—¿Sabes dónde está ese heredero? —inquieta inclinándose un poco hacia mí, amenazante y listo para atacar.

Me gustaría mentirle, pero fue la mentira la que nos llevó a la guerra y no quiero volver a ser esa persona. De modo que inspiro lentamente y dejo pasar el aire por mis pulmones, meditando lo que voy a decir a continuación.

—He conocido a la reina de Valke y me ha contado que en su tierra los brujos viven en paz con los humanos. Tienen otro sistema de magia, pero parece un lugar seguro y... creo que tienen las respuestas que necesitamos. Al menos, podríamos poner a los aquelarres a salvo.

—Ya te dije una vez que huir no era una opción.

—¿Prefieres que mueran? Les he hecho creer que te necesitamos para viajar hacia Valke, para atravesar el Bosque Mythor. Sabes el camino. Pero en realidad creo que podríamos ir juntos a Valke para pedir ayuda para nosotros, para nuestro pueblo. —Frunzo el ceño, enfadada por su tozudez y él suspira, apartando sus ojos de mí.

—Entonces no sabes dónde está ese heredero.

—No, pero podemos obtener información de la reina Malika —musito y él se rasca el cuello pensativo.

Entonces, incapaz de morderme la lengua, le cuento todo lo que ha pasado en el castillo que podría llegar a convencerlo. Mi hermana, la aventura de Artai y el embarazo, la plaga hacia la que nos dirigimos, incluso la cacería donde Malika confesó poder controlar la magia a través de un talismán. Sin embargo, me callo muchos detalles. La boda. El incendio. La cacería de Conrad.

Cuando dejo de hablar, Brenan me estudia en silencio con sus ojos aterradoramente brillantes y llenos de sentimientos a los que no tengo acceso.

—Con una condición, *princesa* —susurra inclinándose peligrosamente sobre mis labios.

Algunos mechones de su pelo oscuro caen sobre su frente y resbalan hacia mis mejillas. El olor familiar a pino y cuero de Brenan se cuela en mis fosas nasales y apenas puedo ignorar el deseo de olvidar, aunque sea durante un segundo, que tengo que arreglar todo el caos que yo misma contribuí a provocar. Quiero olvidarme de mí misma, solo un instante. Deseo con todas mis fuerzas que sea él quien me desdibuje las barreras, aunque no estoy segura de que eso sea sensato.

—Qué condición —digo sin despegar los ojos de sus labios entreabiertos.

—Quiero que me ayudes a derrocar a mis madres.

El silencio que viene después de sus palabras me sacude, porque lo que acaba de proponerme no es una tontería. Una sonrisa torcida se desliza por sus labios. Aterradora y fiera, como si tuviera la absoluta certeza de que caeré rendida ante él y puede que así sea. Porque, en este punto, no tengo otra opción.

—De acuerdo. —Apenas soy consciente de mis propias palabras, pero accedo. Probablemente, esta sea la única forma de aliarme con él y estoy más protegida de Nazar al lado de Brenan que sola en el castillo.

—No voy a mentirte, echaba un poco de menos esa insensatez. —Brenan suelta una risa grave y rompe nuestro contacto, separándose de mí y dejándome un poco más vacía.

Parece que, de nuevo, tenemos un trato. Y haré lo necesario para no romper mi promesa. De algún modo, todavía soy esa chica que le debía a Brenan parte de lo que era, aunque sepa que jamás me doblegaré ante su voluntad. Nunca más.

## 33

### ELINA

No tengo ni la más mínima idea de si estoy a punto de provocar una pelea.

Contra todo sentido común, guío a Brenan hacia la habitación compartida con Wesh y Malika a través de los callejones malolientes y siniestros de la ciudad.

Quedan pocas horas para que despunte el alba y no hay tanto alboroto como cuando salí de la taberna, por lo que los gritos vivaces de los borrachos han sido sustituidos por un silencio sepulcral donde los grillos son los únicos que se atreven a hacer ruido.

La mayoría de las lámparas de aceite que antes iluminaban las entradas de las tabernas se han consumido o las han apagado y trato de aferrarme al sonido firme y decidido de los pasos de Brenan para ganar un poco de seguridad.

Apenas me cuesta encontrar el camino de vuelta a la posada, pero hay algo en mí que me susurra que quizás me esté equivocando. Al pasar por la planta baja del edificio, en la taberna, me siento tentada de echar un trago rápido para mitigar los nervios, pero sé que el alcohol no va a solucionar nada. Sobre todo, porque me volvería más débil y lenta si tuviera que interferir en lo que supongo que será un huracán desatado cuando Wesh y Brenan se encuentren de nuevo.

—Wesh estará ahí —susurro sin saber cómo introducir en mi conversación un «no lo mates, por favor» que no suene como una súplica.

—Suponía que estaría.

—¿Y hay algún problema con eso?

—¿Quieres que lo haya? —Arquea una ceja y me dedica una mirada terriblemente retadora.

—Quiero que no lo mates.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Por qué es un asesino de brujas o porque te ha vendido una versión falsa de la corte y de sí mismo? ¿Debería matarlo porque te ha ayudado a masacrar a los que antes eran tus amigos? No lo sé, Elina. Creo que no hay razones suficientes.

—Brenan, yo... —Un «lo siento» me baila en los labios, pero es efímero y se esfuma cuando recuerdo todas las veces que Brenan hizo sus elecciones por encima de mí. Porque, aunque sienta

mi traición, ninguno de los dos es inocente.

—Si te preocupa tu delicado soldadito, tranquila. No lo mataré por el momento, mantengo nuestro trato y es lo que voy a ofrecerte: una tregua hasta que recupere el control del aquelarre.

—Recuerda: te hemos contratado para pasar por el Bosque Mythor. En teoría, no debes saber nada más —digo, estudiándolo fijamente hasta que asiente con la cabeza.

Lo contemplo un instante, sus ojos fijos en los míos me convencen como siempre lo han hecho y me pregunto si no seré yo la que quiere confiar en Brenan a toda costa. No quiero ser una ingenua, pero no sé cómo ignorar el remolino de emociones que me provoca.

Quizás todo esto sea una trampa, pero cada poro de mi piel me dice que me quede con él, que reviva los fuegos extinguidos y salve las cenizas de lo que haya quedado. No es fácil ignorar lo completa que me he sentido al lado de este hombre y confiar en él es más fácil que la sospecha de su posible traición. Así que, aunque sé que no debería, asiento y sigo ascendiendo por las escaleras.

Mis pasos resuenan como truenos sobre la madera del pasillo que lleva a la habitación. La madera cruje bajo mis pies, mi corazón martillea contra mi pecho y la presencia de Brenan a mi espalda es de todo menos tranquilizadora. Sin embargo, consigo sobreponerme a mí misma y abro la puerta.

En cuanto abro un resquicio, puedo ver a Wesh sentado en una silla e inclinado hacia adelante, con los codos en las rodillas en una posición que, de algún modo, me parece suplicante. Malika está a centímetros de él con el ceño fruncido y sus labios carnosos atrapados bajo sus perfectos dientes helados. La mirada de Wesh se congela un instante y, en cuanto ve la sombra que tengo a mi espalda, se levanta de un salto.

La silla cae estrepitosamente al suelo y con un movimiento rápido, él tira de Malika para ponerla a su espalda, como si quisiera protegerla de nosotros. Wesh no tarda ni un segundo en desenvainar su espada y la alza hacia nosotros con una furia decidida.

—No habíamos acordado esto —gruñe Wesh en cuanto doy un paso dentro de la habitación y Brenan me sigue como si estuviera compenetrado con mis movimientos. Una danza que hacía mucho que no nos pertenecía.

—Brenan ha accedido a ayudarnos.

—Lo has traído aquí —acusa Wesh y frunzo el ceño, cansada de su actitud.

Siempre tiene que ser el caballero honorable, el salvador y protector, pero en este viaje todos vamos a ser un poco traidores y un poco viles.

—Parece que volvemos a encontrarnos, *soldadito*.

No me gusta el tono divertido que adopta Brenan, como tampoco creo que sea nada acertado el mote con el que ahora llama a Wesh, pero no seré yo la que discuta cómo tiene que librar sus batallas.

—Ni se te ocurra acercarte —amenaza Wesh mientras Brenan avanza hacia donde está.

Brenan se acerca tanto que la punta de la espada de Wesh le toca el pecho y siento el susurro de la hoja metálica cuando roza la tela de su camisa oscura. Quizás todavía esté un poco borracho para hacer algo así.

—Wesh, habéis venido a buscar mi ayuda y aquí estoy. Así que cierra la puta boca y baja esa espada. No quiero que cortes a nadie por accidente. —Brenan aparta la espada de su pecho con desdén y, con sorpresa, contemplo cómo Wesh baja el arma.

—No debería haberte traído aquí. Debería haber supuesto que harías las cosas a tu manera, Elina —me recrimina Wesh, sus ojos furiosos y acusadores llamean llenos de rabia.

—Puede que te sorprenda, Wesh, pero he estado hablando con Elina y parece muy capaz de

tomar las decisiones necesarias para arreglar toda esta mierda. Al contrario que tú que te has quedado cómodamente aquí a esperar que ella hiciera el trabajo sucio.

Brenan no hace nada más que avivar la rabia de Wesh y no estoy muy segura de cuánto tiempo podrá durar esta situación, así que decido avanzar hasta tocar la espalda de Brenan.

Ni siquiera lo pienso demasiado, pero cuando rozo su espalda y cada uno de sus músculos se contrae ante mi contacto me doy cuenta de que quizás he cometido un error. Es fácil olvidar que he perdido todo el derecho a tocarlo.

No obstante, mi distracción funciona y Brenan deja de apuñalar con la mirada a Wesh. Malika, que no ha dicho nada en todo este tiempo, parece algo impresionada. No creo que esta mujer sea jamás capaz de asustarse ante nadie, ni siquiera ante uno de los brujos más aterradores.

La reina de Valker simplemente suelta una ligera sonrisa que le da a su rostro un aspecto felino y echa a un lado a Wesh con una delicadeza asombrosa. Entonces alza su mano hacia Brenan y espera.

Esa suficiencia solo es posible adquirirla después de muchos años de acostumbrarse a ser adorada constantemente y parece que a Malika no le ha faltado nada de eso. Brenan adivina los deseos de la reina y coge entre sus callosos dedos la diminuta mano de Malika.

—Estoy encantada de, por fin, conocer a quien nos va a guiar de vuelta a casa. Soy la reina Malika —dice con voz melosa y la contemplo asombrada. Jamás se me ocurriría pensar que unas palabras eran capaces de hacer parecer a alguien tan poderoso.

—Un placer servirla, majestad. —Brenan se transforma en un perfecto caballero y se inclina ante ella como si llevara haciéndolo toda la vida. Un papel espectacular.

—No habíais mencionado que era tan encantador. —Sonríe Malika divertida y me guiña un ojo con complicidad, pero no somos amigas, así que no entiendo el gesto.

—Es que depende de cómo lo pilles —replico.

Brenan suelta la mano de Malika y se da la vuelta, acercándose a mí con oscuridad en la mirada.

—Esa es una de las cosas que me gustaban de ti: no tenía que ser encantador para revolverte las entrañas —susurra lo bastante bajo como para que solo nosotros dos sepamos lo que acaba de decir.

Justo en ese momento, antes de darme tiempo a contestar, se da la vuelta y se sienta despreocupadamente sobre una silla pegada junto a la pared. Wesh lo observa desde la otra punta de la estancia, receloso y cargado de odio en la mirada.

—Y bien, ¿por dónde empezamos? —pregunta Brenan antes de que Wesh o yo le lancemos un cuchillo al cuello.

Sé que las razones por las que Brenan nos acompaña son egoístas, aunque espero que sean lo bastante buenas como para mantener a raya sus deseos asesinos. No termino de fiarme de él, pero confío en el plan.

El problema con mis planes es que normalmente no me han salido bien. Traicioné a Brenan, puse en peligro la vida de mi hermana, quizás he dañado más de lo que quería a Wesh. Desearía tener un pequeño consejero espiritual que me evitara fastidiarlo todo, pero parece que estoy condenada por mis errores.

No obstante, he decidido que no voy a seguir lamentándome. No puedo deshacer nada de lo que he sido y solo me queda seguir adelante. Brenan y Wesh también han hecho sus elecciones y únicamente podemos encontrarnos en un punto intermedio. Quizás ahora estemos cerca de algo parecido a una tregua donde aprendamos a soportar las traiciones de los demás.

Así que no tardamos en salir de la taberna y reunimos con los demás cuando aún es de noche. Mientras cabalgamos, observo de reojo a Serval y a Marvin, tratando de adivinar si debo fiarme de ellos, aunque en estas circunstancias, hay varios candidatos en nuestra comitiva que podrían querer rajarme la garganta.

—¿Cómo se encuentra, mi señora? —pregunta Kallian sacándome de mis pensamientos.

Ya ha amanecido y llevamos un buen trecho recorrido por uno de los caminos principales. Martha se aferra a la espalda de mi guardia con los dos brazos tensos como si fuera un saco de equipaje, lo que me hace sonreír.

—Cansada. —Suspiro al notar la pesadez tras los párpados.

Hemos pasado toda la noche discutiendo. Wesh con Brenan. Brenan con Wesh. Malika interfiriendo solo en los momentos clave. Y todo para decidir si hacíamos el camino por tierra o por mar.

—Será un viaje cómodo —promete Kallian, pero dudo mucho que sepa lo que es aguantar las miradas heladas de Wesh y las furiosas de Brenan.

Por suerte, hemos decidido tomar la ruta marítima que, de hecho, es la más rápida. Wesh no quiere arriesgarse a que la plaga se extienda demasiado rápido, aunque no ha sido sincero al respecto con Malika. De modo que nos dirigimos hacia Castilmar donde tomaremos un barco hasta Valke y pondremos a la reina a salvo en la capital.

No hay más de tres días de camino desde Valke hasta Northriver donde nos espera la plaga y, si he de ser sincera, no tengo prisa por averiguar qué es lo que nos aguarda allí.

—Yo nunca he visto el mar —confiesa mi doncella asomando su rostro redondo tras la espalda de Kallian y asiento imaginando cómo debe ser.

—Es como un lago abismal en el que hay corrientes de agua que te arrastran violentamente con olas turquesas que resplandecen al sol —describe Kallian con aire nostálgico e imagino lo que será ver agua en todas direcciones.

—No sabía que fueras un poeta —dice Martha con una risita y pongo los ojos en blanco cuando veo sus mejillas sonrosadas. Obviamente, me he perdido muchos detalles de la relación de estos dos.

Quiero un poco de tranquilidad para pensar, así que me adelanto un poco con Scarlett y disfruto de los rayos del sol sobre la piel. El frío no se ha ido del todo, pero se nota que viajamos hacia el sur, porque el viento helado de la montaña de Surelia ha desaparecido.

Scarlett relincha cuando ve algo que llama su atención y sale del camino con tozudez a pesar de mis intentos de hacerla girar. Ella tira con más fuerza y nos conduce a través de la maleza mientras nos alejamos de la comitiva.

A mi espalda, Brenan chasquea la lengua con fastidio y noto la nuca ardiente. Apuesto a que

es la magia de Brenan que tantea el terreno para saber si sería fácil matarme.

Por suerte, Scarlett me aleja de él y avanza por una zona en la que apenas crecen árboles, lo que reduce las posibilidades de chocarme o rasparme los brazos hasta que llegamos a un árbol que aparentemente llama mucho su atención. Tiro de las riendas un poco más hasta que decido rendirme y dejarla mordisquear la hierba de la base del árbol. Jamás sabré montar como es debido.

No obstante, Wesh aparece a mi lado, tiene la mandíbula tensa y sus carnosos labios tirantes en una fina línea. Apenas me dedica una mirada mientras se inclina sobre su caballo y me arrebató las riendas. Sin esfuerzo alguno, hace que Scarlett vuelva al camino y me muerdo el interior de la mejilla para reprimir todo lo que tengo dentro.

—Lo siento —digo mientras nos unimos de nuevo a los demás.

—¿Aprenderás a montar alguna vez o necesitarás que te rescate siempre tu marido? —comenta Kallian mientras suelta una risa sarcástica.

—Marido. —La voz de Brenan corta el aire entre nosotros como si jamás hubiera escuchado esa palabra.

Joder.

Aunque no le debo nada, una parte de mí se encoge al pensar en que no le he contado esa parte. Puede que no le importe, al fin y al cabo, fue él quien se fue, pero esos ojos dorados llamean con una intensidad capaz de destrozarme los huesos.

La comitiva continúa por el camino mientras los cascos de los caballos levantan una suave nube de polvo y trato de evitar la mirada de Wesh hasta que me devuelve las riendas de Scarlett.

En cuanto mis dedos se ciernen sobre las correas de cuero, Wesh me desarma con su mirada glacial. Antes de darme tiempo a agradecerle el gesto, se adelanta espoleando a su caballo para llegar junto a la reina Malika que cabalga con un orgullo impresionante para ser una reina embarazada a la que han obligada a ocultar su identidad como una vagabunda.

No es hasta que suspiro de alivio por tener lejos a Wesh que me doy cuenta de la mirada acusatoria de Brenan sobre mí. No obstante, no dice nada y continuamos la marcha en un silencio tenso que crece cada vez más.

□

Llevamos ya un día de camino con el sol cayendo en picado y amenazando con ocultarse tras los árboles cuando nuestro viaje se ve interrumpido. Me escuecen los muslos y tengo atascado en la garganta el polvo del camino. Además, hemos pasado tanto tiempo en silencio que, cuando Brenan alza la voz, doy un respingo.

—Nos están siguiendo —susurra. No sé si se lo dice a alguien en particular, pero cuando hago el amago de darme la vuelta, sisea con rabia—. No te gires, joder.

Se me tensan todos los músculos de la espalda y trato por todos los medios de evitar la tentación de darme la vuelta para mirar y comprobar que no es un truco. Sin embargo, cuando enfoco el rostro de Brenan a través de los perezosos y dorados rayos de sol, sé que lo dice muy en serio. Ambos sabemos que no estamos en situación de bromear.

Kallian, a unos pasos de distancia, también parece haberlo escuchado puesto que se gira hacia nosotros, fingiendo que lo ha hecho para escupir en la tierra.

—¿Desde cuándo? El camino conecta Stengal con Castilmar, podría ser casualidad —añade mi guardia, apretando las manos contra las bridas de su montura.

—Hemos pasado por demasiados pueblos. No se han detenido en ninguno. Ni uno solo. Ni siquiera para descansar. Siempre mantienen la distancia, como si no quisieran que notáramos su presencia, pero están lo bastante cerca como para alcanzarnos —responde Brenan sin mover la

vista del frente.

—¿Sabes quiénes son? —pregunto frunciendo el ceño y haciendo un repaso mental de todas las personas del reino que querrían vernos muertos.

—No he podido ver sus caras, pero llevan ropa de guerreros. —Brenan gira sus ojos hacia mí y veo una preocupación real tras sus pupilas.

—Qué forma tan elegante de decir «sicarios» —añade Serval, girándose disimuladamente como si estuviera ajustando con aire distraído unas correas de su silla de montar.

La noticia parece extenderse entre susurros hacia el principio de la comitiva donde Wesh custodia a Malika. No puedo ver su rostro desde mi posición al final de la cola, pero apuesto a que está frunciendo sus cejas oscuras en una expresión de absoluta contrariedad.

Brenan espolea su caballo y se adelanta hacia Wesh. Al instante, los hombros del que era mi mejor amigo se tensan tanto que veo los músculos de su cuello hinchándose. No hemos hablado de verdad desde que estábamos en el castillo y me pregunto si me guarda rencor por exigir la presencia de Brenan en este viaje.

—Esperemos a que hagan algo. No atacaremos. —Escucho a Wesh alzar la voz y, por su tono enfadado, seguramente Brenan esté sugiriendo atacar antes de que sean ellos los que nos sorprendan.

—Deberíamos despistarlos —murmura Kallian mientras me mira de reojo, contradiciendo la sugerencia de Brenan. Es evidente que no se fía de él.

—Somos demasiados como para ocultarnos y esperar que dejen de buscarnos —le recuerdo, señalando a Malika que parece tener una vara de hierro pegada a su espalda y ella nos lanza una mirada fugaz, pero orgullosa.

—No podemos atacarlos sin provocación —replica mi guardia.

Me vendría bien recordar que Kallian se rige por las mismas normas que Wesh, porque cuando se trate de defender nuestras vidas, siempre estaré más de acuerdo con Brenan que con ellos. Atacar primero es adelantarse a un golpe que sabes que va a llegar.

—Prometo enterrarte en un sitio bonito. Con esa actitud no esperes otro destino —comenta Marvin con una medio sonrisa, palmeando el cuello de su caballo. Al parecer, adora a ese animal.

Nuestro sicario se gana un gruñido de Kallian como respuesta, pero nada más. Espero intranquila a que Wesh y Brenan terminen de discutir sobre si atacar o esperar. Cuando veo cómo Wesh levanta un dedo acusador y apunta hacia Brenan, caigo en la cuenta de lo difícil que será que ceda alguno de los dos. Moriremos antes de que alguno decida dejar el orgullo a un lado.

El camino se estrecha y entramos en una zona boscosa que nos rodea en todas direcciones. El sol está demasiado bajo como para llegar hasta aquí y el verde apagado de los árboles nos da la bienvenida mientras las sombras se alargan sobre el camino de gravilla. La luz tenue que se cuela a través de las copas de los pinos me recuerda lo peligroso que puede llegar a ser el bosque de noche.

Al final, sucumbo a la tentación y miro hacia atrás tratando de fingir que necesito algo de la bolsa que tiene Scarlett anudada sobre uno de sus cuartos traseros. Trasteo con la correa de la bolsa y, cuando levanto la vista, mi corazón da un pequeño brinco.

Si había alguien siguiéndonos, han desaparecido. Eso no puede significar nada bueno. O se han dado la vuelta, o vienen a por nosotros.

En caso de que hayan notado nuestras sospechas, ahora no sabremos por dónde nos atacarán o cuándo lo harán, lo que los hace impredecibles y nos deja en clara desventaja. Espoleo a Scarlett

suplicando en silencio para que me haga caso y no me dé más problemas para llegar hasta donde Wesh y Brenan discuten como dos niños tozudos.

—Han desaparecido —anuncio llegando junto a ellos y Brenan se da la vuelta rápidamente, comprobando que, en efecto, ya no están.

—Estamos jodidos —maldice, volviéndose hacia Wesh con una expresión acusatoria—. Nos van a matar por tu maldita cobardía.

—No soy un cobarde, bastardo —replica Wesh mientras desenvaina la espada.

Casi al mismo tiempo que Wesh muestra su acero, Brenan saca una daga de su cinturón y apunta con la hoja hacia el cuello de su contrincante. Ambos parecen dispuestos a matarse por puro orgullo.

No obstante, un silbido corta el aire y cualquier cosa que estuvieran a punto de hacer, pierde todo el sentido. Una flecha pasa volando demasiado cerca de nuestras cabezas y se clava en un árbol cercano con un ruido estridente que resuena en la quietud del bosque. Los que nos seguían han decidido actuar. Nos están atacando.

Antes de poder reaccionar, una segunda flecha vuela hacia nosotros y, esta vez, el disparo es mucho más certero y me roza el hombro. Por suerte, pasa de largo sin clavarse en la carne, aunque ha estado cerca y un escalofrío se instala en mi columna.

—¡En el bosque! —grita de repente Brenan, lanzándose hacia las sombras de los árboles mientras desenvaina su espada. La cabeza de un lobo aullando me mira desde la empuñadura, brillando como una reliquia perdida—. ¡Protegedla!

Todos sabemos que se refiere a Malika y, en cuanto sus palabras cortan el aire, Kallian corre a posicionarse junto a la reina. Serval también rodea a Malika por el otro lado y veo cómo Marvin saca su arco para responder al ataque.

Un instante después, cinco hombres salen del bosque con las armas en alto.

—¡La mujer de piel oscura! ¡Es ella! —lanzan un grito aterrador mientras se abalanzan sobre nosotros.

Con rapidez, me bajo de Scarlett para poder arremeter mejor contra ellos mientras mi corazón me bombea en los oídos.

El peso de mi daga es algo familiar mientras alzo la afilada hoja y la arrojo con todas mis fuerzas hacia la zona desprotegida del cuello de uno de nuestros atacantes. No es el momento de dudar o fingir que no sé usar un arma.

—¡Martha, mantente cerca del círculo! —le grito a mi sirvienta para que sepa que, si se queda cerca de Malika y su escudo humano, tiene más probabilidades de sobrevivir.

Por el rabillo del ojo, veo a Rebecca posicionarse en actitud amenazante junto a Malika y espero que su poder también sea defensivo.

Una sombra en el bosque llama mi atención y corro hacia el cuerpo caído del hombre al que le he derribado. Cuando llego junto a él, descubro que no he acabado con su vida. Mi daga se le ha clavado en el bíceps. Al acercarme, él alza una pesada hacha de leña contra mí y el aire zumba entre nosotros al esquivar el golpe.

Sería tan fácil llamar a la magia y hacer que su cuerpo se partiera en dos... pero debo mantener la calma y, tal y como digo Brenan, depender de mi fuerza física.

Cuando esquivo un segundo hachazo, tropiezo contra una roca y caigo de espaldas entre los árboles, mordiéndome la lengua accidentalmente. El hombre aprovecha esa ventaja y avanza hacia mí, con mi daga todavía clavada en la carne, y alza el hacha sobre la cabeza con la intención de asestar una estocada letal.

Me resisto a usar la magia porque, a pesar de que estemos en el bosque, alguien podría verme.

Así que repto entre las hojas secas para alejarme de él y suelto un aullido cuando el hacha cae sobre mí y me hace un corte en un costado. Me roza, aunque no me parte las costillas, pero ha estado cerca. Muy cerca.

A la mierda la discreción.

La rabia inunda cada rincón de mi ser y apenas soy consciente de que invoco al aire y lanzo a mi atacante hacia las ramas de un árbol con una fuerza brutal. Su cuerpo enclenque cruje y me estremezco mientras cae al suelo después de estrellarse contra el abeto.

Estoy viva y no por mi fuerza física. Me levanto de inmediato mientras la sangre corre por mi costado con libertad. Me llevo la mano a la herida y apenas soporto el dolor que me produce el movimiento. A pesar de ello, consigo llegar hasta el cuerpo inerte del hombre y desentierro mi daga de su piel.

Estamos en la espesura del bosque y, con suerte, nadie me ha visto. Cuando me giro, Brenan está a poca distancia, inclinado en el suelo sobre otro de los hombres.

Trastraballo hacia donde se encuentra y descubro que está usando sus sombras para torturar al hombre que suplica por su vida. Las lágrimas le inundan las mejillas manchadas por el sol.

—Quién os envía —exige saber Brenan con las sombras reptando entre sus dedos y enroscándose en el cuerpo del hombre.

Había olvidado lo temible que es contemplar a Brenan en su máximo control de las sombras. Rodeado de oscuridad como un príncipe de las tinieblas.

No parpadeo cuando escucho cómo las sombras quiebran los huesos del bandido. El gruñido de agonía que lanza el hombre me pone los pelos de punta, pero mi voluntad no trastabilla y me acerco un poco más. Por su parte, Brenan no afloja el agarre y aprieta los dientes.

—Si fuera tú, lo diría rápido. ¿Quién os envía? —Había olvidado lo fascinante que es ver a Brenan usando su magia. Si es que olvidar esta parte despiadada de él fue alguna vez posible.

—No podíamos negarnos. Ten algo piedad, joder —suplica el hombre sin dejar de llorar con las lágrimas goteando por su barba desaliñada.

—Dime su nombre —vuelve a ordenar Brenan y aprieta con fuerza la punta de su espada contra el pecho del hombre.

—No puedo... Nos matará. —Otro hueso cruje en su interior y reprimo las náuseas mientras observo en silencio cómo los ojos desesperados del hombre bailan entre Brenan y yo—. Señora, por favor.

—Te ha hecho una pregunta —susurro incapaz de despegar la mirada de las lágrimas relucientes del bandido.

—Ahora —exige Brenan mientras sus sombras se enroscan sobre el cuello de su víctima y comienzan a apretar hasta que sus ojos comienzan a ponerse en blanco. Entonces afloja su agarre y el hombre tose violentamente—. ¿Quién?

—El rey. Ha sido el rey Taranis —escupe entre jadeos antes de que Brenan le atravesase el pecho con su espada. El lobo de la empuñadura, salpicado de sangre, brilla en las sombras.

Brenan alza sus ojos hacia los míos y ambos asimilamos en silencio la información. Estamos lo bastante lejos como para que nadie más lo haya escuchado y ahora mismo no sé qué hacer.

—Consigues complicarme la existencia, *princesa*.

—No tenía ni idea de esto.

—Apuesto a que no —dice apretando los labios.

Si el rey es quien ha enviado a estos hombres para matarnos, matar a Malika, es porque, en realidad, no pretendía que escoltáramos a la reina a su hogar. Ha sido una encerrona.

Artai quería acabar con ella y con su hijo bastardo. Quería deshacerse de ella y se habría

salido con la suya porque podría haberles echado la culpa a los bandidos. Taranis quería quitarse un problema, pero al parecer, no lo ha conseguido.

## 35

### BRENAN

Tras ocultar los cuerpos de nuestros atacantes y montar un campamento seguro lo bastante lejos del camino, al final, el bosque se queda en silencio. Me martillean las sienes y creo que necesito un trago, pero sé que la avalancha de pensamientos no se detendrá.

Wesh prácticamente ha negado lo que Elina y yo hemos escuchado con nuestros propios oídos. Es un maldito ignorante. No se da cuenta de que sirve a un cobarde que es capaz de matar a su hijo no nato y a su amante. Taranis no es un hombre.

No obstante, el soldadito no nos cree. No sé si es que Wesh tiene una lealtad tan ciega a su rey que lo vuelve imbécil o que simplemente no está preparado para darse cuenta de que tiene un rey de mierda.

Cualquiera de las dos opciones es una cagada, porque eso quiere decir que estamos bajo las órdenes de alguien que no sabe ver lo que tiene a dos palmos de distancia y eso nos pondrá en peligro. Pero no ha querido hablar del tema y ha propuesto una reunión para cuando amanezca. Solo que no habrá un «mañana».

El chasquear del fuego de la hoguera es lo único que se escucha en el campamento cuando me deslizo entre las sombras ya pasada la madrugada. Todos están durmiendo en sus tiendas y las lonas se mecen con el leve viento de la noche.

Los caballos, atados a unos arbustos, apenas se mueven cuando paso por su lado en dirección a la tienda de Elina y cuido que mis pasos sean lo más silenciosos posible. Solo me queda una cosa que hacer y tengo que actuar rápido.

Mis sombras son lo bastante densas como para ocultarme en la oscuridad y cuando paso junto al guardia que creo recordar que se llama Serval, niego para mis adentros con desdén. Tiene los ojos cerrados y su respiración superficial me indica que está dormido.

Desde luego, han contratado a los mejores. Lamentable. Tendremos suerte de que no nos maten en la próxima media hora, sobre todo, si el rey ha puesto precio a nuestras cabezas.

Si antes no tenía claro si matarlos y marcharme, esta es otra señal para no continuar con nuestro viaje y romper mi trato con Elina. No puedo confiar en el criterio de Wesh y, desde luego, no tengo intención de perder la vida por ellos.

Acepté ayudar a Elina no sé muy bien porqué. La promesa de recuperar el aquelarre sonaba tentadora y, de hecho, contar con su apoyo me habría ayudado mucho, pero está claro que el rey Taranis quiere que esta misión fracase.

Por muchos rumores sobre un heredero que haya escuchado Elina, nos estamos lanzando de cabeza a una trampa. Todavía no sé dónde está el truco, pero no confío en ese soldadito ridículo. Nos han atacado por su falta de decisión.

Me deslizo hacia la tienda de Elina y saco mi daga del cinturón. Debería haberla matado en cuanto puso un pie en la taberna de Stengal, pero he dejado que mi corazón se imponga con insensatez a mi cabeza y no estoy dispuesto a que me maten por ella. Debería haber acabado con su vida y punto. Juré que lo haría y ha llegado el momento.

Cuando retiro la lona y paso al interior de la tienda de campaña, Elina es un bulto bajo las

mantas y pieles, encogida como si tuviera frío. Su cabello castaño cae sobre las pieles y recorro con tranquilidad la forma de su mandíbula, la línea recta de su nariz, bajando por su cuello magullado que se pierde bajo las mantas. Hasta que descubro que uno de sus pies asoma bajo la cobija y entrecierro los ojos al descubrir su piel quemada.

Sostengo con más fuerza la daga entre los dedos y me recuerdo a mí mismo que no debería estar aquí ayudándola en su plan. Ella me traicionó. Se ha casado con ese jodido soldado. Me ha insultado de todas las formas posibles.

«Hazlo rápido». Me susurra la voz de mi cabeza.

Sin embargo, no puedo despegar los ojos de la piel derretida de sus pies que asciende hacia arriba y, aunque está oculta por las mantas, apenas me atrevo a pensar hasta dónde llegan las heridas. Sabía de memoria su cuerpo, cada línea y cada cicatriz y puedo jurar que estas son nuevas. Deben de haberle dolido.

De improviso, Elina se revuelve en sueños y cambia de posición. Llamo a mis sombras para camuflarme con más insistencia en la oscuridad de la noche y dejo de respirar mientras me inclino hacia ella con la daga aferrada con fiereza. Uno de los brazos de Elina sobresale por las mantas y la veo por primera vez desde que nos reencontramos sin guantes. Y entiendo al instante porqué.

Su piel se desfigura en arrugas, cicatrices y piel derretida y aún rosada. Las heridas se le enroscan en los dedos como raíces de fuego y le deforman la piel hasta la muñeca. Qué cojones le ha pasado.

La punta de mi cuchillo levita sobre su piel y dudo. En un instante, olvido qué es lo que he venido a hacer aquí porque ahora quiero cazar a quienquiera que le haya provocado esas heridas. Quiero perseguir a quienquiera que se haya atrevido a tocarla y a marcarla de esa forma.

Me pregunto cómo habrá sobrevivido todo este tiempo en el castillo junto a su padre. Yo lo conocía por otro nombre: Absalon Nazarias, pero al final, da igual qué nombre tome, es el mismo monstruo retorcido.

He escuchado historias de la crueldad de Nazar desde que era lo bastante consciente como para temerlo y ella ha jugado a las princesas con uno de los monstruos de sus pesadillas como si nada. Pero parece que sí que le ha pasado algo. ¿Serán sus cicatrices causa del ataque? ¿De Nazar? ¿De Wesh?

No tendría que importarme. No puede importarme. Elina es una debilidad que fui capaz de arrancarme de cuajo a tiempo, antes de que se extendiera por mi piel como una infección. Y, sin embargo, debería matarla y dudo.

En el fondo, sé que solo quiere la paz, pero sus tácticas para conseguirla son inútiles. Ella destroza todo a su paso y no puedo permitirlo. Me destrozó el alma y juré que la mataría, así que eso haré.

Me acerco más a ella, sujeto el cuchillo y lo deslizo entre las mantas, reptando como una serpiente hasta que queda a escasos centímetros de su cuello. De un solo movimiento, podría acabar con su vida. Ya no habría más Elina. No existiría.

No veré jamás sus ojos verdes, ese fuego obstinado, ni esa sonrisa satisfecha cada vez que se supera a sí misma. No probaré de nuevo cómo sabe derrotarla y encender en ella ese odio feroz que la hace arremeter contra mí. No volveré a tener la oportunidad de probar sus labios. Si la mato, me arrancaré un trozo de alma y se la daré de comer a la oscuridad. Y simplemente, me siento incapaz de concebir un mundo donde ella no sea mi maldita perdición.

Guardo la daga en su funda y la contemplo un instante más. Estoy jodido.

## ELINA

Despierto en mitad de la noche sobresaltada, con la respiración irregular agitándose en mi pecho sin ninguna razón aparente. Miro alrededor y veo a Martha durmiendo tranquilamente en la otra esquina de la tienda.

Nunca he sido la clase de persona que sufría insomnio, pero parece que el constante temor a que nos rajen el cuello de un momento a otro ha cambiado eso. Trato de cerrar los ojos, pero algo me dice que no seré capaz de volver a conciliar el sueño.

Rebecca curó a escondidas el tajo que me han dado en el costado y, aunque me ha prometido que sanará en unos días, todavía tengo el dolor fantasma de estar desangrándome.

—Tienes un poder muy valioso —le he susurrado mientras arqueaba sus dedos sobre mi herida.

—Eso mismo pensó el rey.

—Lo siento, no pretendía... Es una barbarie. —He cerrado la boca para no seguir ofendiéndola, sabiendo lo que los valkerianos deben sentir al ser esclavizados, pero ella me ha sonreído y ha negado con la cabeza.

—Sé que Artai atacó también a tu pueblo. Te vi el día del ataque al castillo, escuché vuestra conversación y comprendí que eras una bruja. —La confesión de Rebecca me ha pillado con la guardia baja, aunque descubrir que lo ha sabido todo este tiempo me reconforta.

—Estamos del mismo lado. —Estoy comenzando a ver que Valke y las brujas del Reino Dorado tenemos un enemigo común.

—Me intrigó saber por qué fingías ser humana.

—Es una larga historia.

—Quizás puedas contármela en otro momento —ha dicho mientras sonreía con amabilidad y la he adorado un poco más.

—Si eres capaz de curar tan rápido, ¿porqué mis heridas todavía duelen? —No quiero que suene a reproche, pero me ha curado el tajo en segundos mientras que mis quemaduras tardaron semanas en recuperarse.

—Wesh me pidió que fuera discreta, tenía que parecer que no usaba la magia.

—Muchísimas gracias, Rebecca. Ojalá puedas volver a casa pronto. —Ella ha asentido con ojos vidriosos y no he dejado de pensar en el dolor que Artai ha provocado. Un odio injustificado que ha acabado con familias rotas y vidas destrozadas. Valke también merece justicia.

No obstante, el poder de Rebecca me parece un don. Me gustaría haber preguntado más sobre su magia, su origen y su historia, pero no quería seguir metiendo la pata. Tendré que encontrar el momento adecuado.

Después de un rato dando vueltas entre las pieles, decido levantarme. Afianzo las dagas que tenía escondidas bajo las mantas en mi cinturón, me enfundo los guantes de cuero y me recojo el pelo en una coleta. Hasta que no lleguemos a Castilmar probablemente no pueda darme un buen baño y apenas tolero mis mechones desordenados sueltos al viento.

En cuanto salgo, me recibe una siniestra oscuridad, por lo que me acerco a la hoguera donde el fuego comienza a apagarse poco a poco y añado unos cuantos leños para avivar el fuego. Las llamas lamen la madera con codicia y al instante comienzan a crujir mientras el viento se cuela por las ramas de los árboles que nos rodean.

Serval está durmiendo apoyado en un árbol y pongo los ojos en blanco. Tendremos suerte si

no nos matan. En ocasiones como esta, agradezco haber acudido a Brenan en busca de ayuda y, si tengo que ser sincera, no entiendo por qué Wesh ha negado tan rotundamente lo que ambos hemos escuchado en el bosque.

Taranis quiere muerta a Malika y este teatro para escoltarla era una treta. Apuesto a que, en cuanto no reciba noticias de sus sicarios, mandará a más matones a por nosotros. Si quiere que su bastardo muera antes de nacer, no se detendrá ante nadie.

—Estás despierta —saluda Kallian, acercándose a mí a través de la noche. Al parecer, no soy la única que no puede dormir.

—Jamás pensé que el rey fuera tan retorcido —digo a modo de contestación. No sé qué opina Kallian al respecto, así que no quiero aventurarme a decir lo que pienso en realidad sobre Artai, aunque puedo tantear el terreno.

—El rey hace lo que le da la gana.

—¿Lo justificas? —pregunto solo por conocer un poco más su perspectiva.

—He sido soldado desde que tengo diecinueve años, pero también he visto las consecuencias del reinado de Taranis. —Su tono de voz me sugiere que no está del todo de acuerdo con la forma de gobernar de su rey.

—¿Hemos adelantado la reunión? —La voz de Brenan llega hasta mí y alzo la cabeza para encontrarme sus ojos dorados perforándome con algo que no logro identificar. Rabia o impotencia, no estoy segura de ello.

—No podemos dormir —comenta Kallian extendiendo sus manos hacia las llamas para calentarse los dedos.

—Creo que ya está ese para dormir por nosotros —dice Brenan negando con desprecio hacia Serval.

Los tres nos quedamos en silencio, sentados alrededor de la hoguera y noto el momento exacto en el que el viento silva y se cuela por el cuello de mi camisa. Un escalofrío me recorre la espina dorsal y me encojo, incapaz de reprimirlo.

Al instante, las llamas arden con más fuerza, calentándome las mejillas y miro de reojo a Brenan con sorpresa. Apenas percibo cómo la comisura de sus labios se eleva un ápice. Quizás le parece divertido jugar con la magia frente a los soldados del rey, probando a ver si en algún momento lo descubren.

Kallian se levanta para hacer té en una tetera de metal y observo sus movimientos meticulosos mientras vierte las hierbas y las mezcla con el agua. Ni en un millón de vidas me habría imaginado al gigantesco Kallian inclinándose para verter en unos vasos de madera un té calentito.

Poco después, mientras nos calentamos las manos con los té, Wesh se une a nuestro grupo con el ceño fruncido y las ojeras marcándose bajo sus ojos tormentosos. Me gustaría decirle algo para convencerlo de que el ataque ha sido obra de Artai, pero tengo la certeza de que no me creerá. Siempre elige a su rey.

—Creo que podemos hablar antes de que amanezca y partir cuanto antes —declara mientras se sienta junto a Kallian sin levantar la vista del fuego.

—No sé qué quieres que hablemos. Ya te contamos lo que dijo ese hombre: el rey viene a por nosotros —replica Brenan con seriedad, apuñalándolo con la mirada.

—Yo diría que viene a por Malika. Esas fueron las órdenes que gritaron «la mujer morena». —apunta Kallian y asiento recordando cómo ella era el objetivo.

—El rey no... —Trata de decir Wesh, pero estoy cansada de su actitud.

—El rey ha dejado embarazada a la reina del pueblo vecino con el que tiene unas relaciones

tensas. El rey ha engañado a su prometida y ahora quiere deshacerse del problema. —No soy capaz de entender por qué lo niega cuando todos sabemos que es la realidad.

—¿Por qué no se me ha invitado a esta reunión? —La voz de Malika nos sorprende a todos y nos damos la vuelta a tiempo de verla salir de su tienda, envuelta en pieles de color claro que resaltan con el tono de su piel bronceada.

—Wesh no cree que haya sido obra de Artai. —Le informa Brenan mientras ella llega hasta nosotros y se sienta a mi lado. El perfume a azahar que la acompaña a dondequiera que va me llega con suavidad.

—Pues claro que ha sido él —replica ella acercándose a Wesh y lanzándole una mirada que lo reta a contradecirla—. Nos conocemos desde hace mucho, Langeland. Ambos sabemos que él lo haría.

—Mi rey jamás...—Wesh parece quedarse sin argumentos mientras pasea la mirada por todos nosotros y decide guardarse para sí mismo la excusa que tuviera preparada para defender a Artai —. ¿Qué sugerís entonces?

Me sorprende que, al final, ceda. Debe de haberse dado cuenta de que las convicciones que tuviera, por muy fuertes que pudieran haber sido, han resultado ser una mentira muy bien construida.

—Deberíamos cambiar la ruta —propone Brenan y mira a Malika buscando su aprobación. Al parecer, es ella la que decide ahora.

—Podríamos volver a la idea inicial: la ruta por tierra. Puede ser más segura —añade Wesh con convicción.

—Ya has visto que no —digo mirándolo directamente, pero él esquivo mi mirada con facilidad.

—La ciudad más cercana a nosotros es Torstel. Es un puerto que conecta con la zona sur del país, podríamos coger un barco hasta Valke sin tener que pisar la región de Northriver —propone Brenan mirando fijamente a Malika, como si solo se estuviera dirigiendo a ella.

—El rey nos dio la misión de ir a Northriver. —Wesh no parece dispuesto a ceder fácilmente a que cambiemos el plan.

—Lo haremos cuando Malika esté a salvo en su reino. —Y Brenan no está dispuesto a aceptarlo.

—La ruta por barco es la más rápida, coincido —comenta Kallian ganándose una mirada de reproche de Wesh que nos fulmina con la mirada, como si no tuviéramos derecho a dar nuestra opinión.

—Pues decidido: iremos por barco desde Torstel —anuncia Malika mientras nos mira a cada uno de nosotros como si realmente pudiera ver a través de nuestras almas.

La reina de Valke todavía guarda muchos secretos y, aunque no hemos tenido oportunidad de hablar más sobre ello, estoy ansiosa por obtener respuestas sobre su magia y cómo funciona el mundo más allá del Reino Dorado. Pero, por el momento, tenemos por delante un duro día de camino.

Tras nuestra tensa conversación, despertamos a los demás, recogemos el campamento y nos ponemos en marcha con rapidez. No solo hay prisa por evitar que se extienda la plaga, sino que ahora tenemos una diana sobre la espalda.

## ELINA

Tras todo el día cabalgando, nos detenemos justo cuando el sol comienza a caer por detrás de las montañas escarpadas. Desmonto con las piernas doloridas y, cuando Marvin se lleva a Scarlett para darle de beber, me masajeo la parte baja de la espalda mientras observo el paisaje y lleno mis pulmones de aire fresco.

Noto el polvo del camino en la garganta, pero debo reconocer que me hace inmensamente feliz volver a sentir la naturaleza alrededor. Echaba de menos este sentimiento de libertad.

Probablemente nuestro destino esté tras esas montañas y no me siento preparada ni en lo más mínimo. Este atardecer me recuerda a las puestas de sol que disfrutaba tras el entramiento con Brenan, cuando aún creía que podría llegar a ser dueña de mi destino; ahora es el destino el que se ríe en mi cara. No me atrevo a pensar en el momento en el que lleguemos a las aldeas que, según los informantes, han sido destruidas.

—Tu tienda está lista, es la última de la fila —anuncia Wesh acercándose a lomos de su caballo y estudio la postura rígida que mantiene, apretando las riendas como si estuviera imaginándose a sí mismo rodeando los dedos sobre un cuchillo. No sé si para lanzármelo a mí o a Brenan. Supongo que a cualquiera de los dos.

—¿Podremos hablar esta noche? —No me atrevería a reconocer en voz alta que no me gusta nuestra nueva dinámica. Quiero que hablemos y seamos sinceros, aunque tampoco sé exactamente cómo olvidar todas nuestras diferencias.

—No tengo tiempo para eso. Dormirás con Brenan y Martha —dice entre dientes, dedicándome una mirada lo bastante sombría como para hacerme apartar los ojos del invierno de sus pupilas.

Creía que ya no volvería a ver en su rostro esa dureza. Al menos, no esperaba volver a ser la culpable de provocar ese odio destilado y que estuviera dirigido exclusivamente para mí. No quiero volver a caer en pensamientos destructivos, pero el mundo tiembla a mi alrededor.

—No disfruto de esto —comento todavía dirigiendo la vista al sol anaranjado que se esconde tras las montañas. Está ansioso por sumirnos en las tinieblas de la noche, pero a mí me aterra lo que pueda suceder en esa oscuridad.

—Ojalá pudiera creerte.

El tono cansado de su voz enciende todas mis alarmas, pero cuando me giro para responder, Wesh ya no está a mi lado. Espolea su montura y se aleja hacia un apartado donde hay agua para los caballos. Reconozco a Serval entre el movimiento, encargándose de abastecer de comida a los animales después del duro día de camino que hemos tenido.

No sé si me alivia que Wesh se haya marchado para no tener que enfrascarme en una discusión más. A veces no sé cómo ser una buena persona, a pesar de lo desesperada que estoy por serlo. Soy mi peor enemiga y eso ahora comienza a pasarme factura porque ya no solo me afecta a mí, pero no sé cómo hacerlo mejor.

El problema es que no puedo evitar que Brenan esté aquí o que Wesh me culpe por haberlo convencido de pedirle ayuda. Quizás debería matarlos a ambos y solucionaría solo la mitad de los problemas, aunque tengo que admitir que me siento más segura al tenerlos de mi lado.

Martha me hace una señal desde la puerta de mi tienda y vuelvo a la realidad mientras me encamino hacia allí. No se asustó tanto como cabría esperar del ataque y eso me hace sospechar que es mucho más valiente de lo que podría haber imaginado al principio. No mentía cuando

decía que quería vivir experiencias diferentes.

—¿Necesita algo, mi señora? —pregunta Martha con el rostro sonrojado y la frente perlada de sudor. Algunos pelitos se han salido de su moño despeinado y da la impresión de estar a punto de desplomarse.

Lo más seguro es que haya estado trabajando rápidamente para montar las tiendas y acomodarlas para que podamos descansar y, aunque tengo que hacer el teatro de ser una noble acostumbrada a este tipo de cuidados, me siento extraña.

—Gracias, Martha, puedo apañármelas.

—Brenan está dentro. Les he dejado algo de fruta y carne seca. Espero que pase buena noche, señora. Si necesita algo, estaré fuera. —Frunzo el ceño mientras ella señala una hoguera donde comienzan a reunirse sirvientes y soldados.

—¿No vas a entrar conmigo? —pregunto rápidamente, incómoda ante la idea de estar a solas con Brenan.

—Me gustaría... —titubea lanzando una mirada en dirección a la hoguera y reconozco la trayectoria de sus ojos. Hacia Kallian y Marvin que bromean junto a la hoguera.

—Está bien, no te preocupes. Muchas gracias —contesto intentando que no adivine mi incomodidad.

—Es mi trabajo y lo hago encantada. —La sonrisa que me dedica llena su rostro redondeado y reprimo las ganas de darle gracias a gritos mientras ella se aleja secándose la frente con la manga de la camisa.

Ahora que se ha marchado, estoy a solas con la inevitable presencia de Brenan al otro lado de la lona de la tienda. No sé si seré capaz de no apuñarlo, pero puedo intentarlo.

Así que dejo de postergar el encuentro y entro en la tienda justo para enfrentarme a la dominante presencia de Brenan que levanta la mirada de una manzana mordisqueada. Sus ojos dorados me perforan y siento con facilidad cómo flota entre nosotros una tensión enfermiza.

En uno de los bailes a los que acudí con Wesh, escuché a una noble cotillear sobre cómo reflejamos emociones. La mujer aseguraba que si experimentamos cierto tipo de tensión se debe a que la otra persona siente exactamente lo mismo. Apuesto a que si Brenan nota la mitad de la rigidez que yo siento en este momento, apenas seríamos capaces de contener las ganas de acuchillarnos mutuamente.

Tengo los muslos doloridos por haber cabalgado durante estos días y la falta de costumbre comienza a pasarme factura. Apenas puedo sentarme sin reprimir una mueca de dolor que me atraviesa las piernas y asciende hacia mi columna vertebral. Además, la ropa de montar no es lo que se diga cómoda y necesito sacarme esta especie de armadura acolchada que ayer Wesh me obligó a llevar antes de salir. Decía que era más seguro.

El problema es que Brenan sigue mirándome como si quisiera perforarme con sus ojos oscuros y las sombras se arremolinan a sus pies. Las perezosas volutas de oscuridad le lamen los tobillos como si estuvieran esperando fielmente a que su amo las lanzara hacia mí. Me arriesgo a afirmar que me destrozarían con agrado si Brenan se lo ordenara.

—Pareces incómoda con esa ropa.

Su tono burlón no me pasa desapercibido y caigo en la cuenta de que, desde que he entrado, he estado rascándome la rodilla en un estúpido intento por aflojar la picazón que me produce la rígida tela. En respuesta, detengo mi acción y reprimo las ganas de quitarme los pantalones de un tirón para lanzárselos a la cabeza.

—Estoy bien, gracias —replico secamente y me acerco a la mesa donde Martha ha dejado la fruta. Hay una cesta con manzanas, así que cojo una entre las manos y la estudio, convirtiéndola

en la excusa perfecta para huir de la mirada de Brenan.

En el fondo, sé que él está tejiendo una red en la que poder atraparme. Sus palabras tienen como único objetivo hacerme perder el control, pero para su desgracia, estoy más que prevenida. No pienso permitirle dominar mis sentimientos de nuevo. Así que no pico el anzuelo y simplemente me doy la vuelta, me siento entre las pieles del suelo y muerdo la manzana.

—Estás ridícula con esa ropa.

Inspiro lentamente mientras aprieto las manos en puños y me recuerdo los cientos de razones por las que no debería matarlo.

—Ya has dejado claro en varias ocasiones que eres un experto en moda. Ahora, cállate y deja de castigarme con la opinión que nadie te ha pedido.

Si en algún momento se me ha ocurrido la idea de que Brenan se acobardaría ante mis palabras tirantes, es simplemente porque había olvidado lo molesto que puede llegar a ser. Desde luego, no tiene intención de callarse. Él sabe dónde y cómo doler y apuesto a que pretende aprovecharlo al máximo. Es aterrador que sepa dominar esas partes de mí que me gustaría olvidar.

—Te prefería como la chica del bosque. Libre y salvaje.

Cierro los ojos tratando de calmar mi respiración, pero noto las palabras de Brenan lijando mi piel, raspando todas las certezas a las que me he ido aferrando con desesperación. La verdad es que no tengo ni idea de qué estoy haciendo.

—Yo prefería al Brenan que no me molestaba con gilipolleces.

—Sabes que siempre te he molestado un poco.

—¿Sabes? En eso llevas razón, siempre has sabido sacarme de quicio.

—Y, aun así, tengo razón. En el bosque eras tú y ahora te miro vestida con esa ropa ridícula, conteniendo lo que eres, fingiendo por ellos, y no tienes ni idea de lo que se me pasa por la mente. Aunque te aseguro que no son pensamientos amables.

Su voz grave me pone el vello de punta y, quizás sea porque estoy harta de evitarlo o de escucharlo, pero me giro hacia él con ímpetu y me estrello con sus ojos animales. Contemplo en silencio su media sonrisa diabólica esbozada como un recordatorio cruel de que esos dientes podrían destrozarme en cualquier momento, pero por el momento, ha decidido no hacerlo.

—Estoy tratando de salvar al maldito reino. Estoy tratando de ser práctica.

—Qué honorables palabras viniendo de la persona que se unió a quienes masacraron a la mitad de su pueblo.

Su acusación se me incrusta en la piel como esquilas de cristal lacerante y recuerdo las muertes, el olor a sangre y los ojos sin vida de Tate. Tardo algunas respiraciones de más en recobrar la compostura y no morderme el interior de la mejilla hasta provocarme sangre. Me cuesta un mundo no romperme delante de Brenan.

—Vosotros nos atacasteis, no íbamos a quedarnos de brazos cruzados. —Mi voz es un susurro y lo sé, sé que parezco débil.

—Traté de salvar a las brujas. —Brenan sigue anclado en esa idea de grandeza que nos ha traído hasta aquí y no puedo reprimir poner los ojos en blanco ante su declaración.

—No era la manera. Nos masacrasteis de la misma forma. Humanos y brujos no sois tan distintos. Sois los mismos monstruos, pero con máscaras diferentes. Os llamáis por vuestros nombres para diferenciaros, pero no hay nada más parecido que el odio mutuo. Pensaba que eras mejor que eso.

Mi lengua se descontrola con todo el veneno que es capaz de reunir y lanzo mis palabras hirientes hacia Brenan sin un atisbo de remordimiento. Estoy cansada de escuchar sus palabras,

estoy harta de sentirme culpable por hacer lo que creía correcto. Quizás no he sido una buena persona, pero he hecho lo que me dictaba mi corazón y no traicionaré eso.

—Debes de sentirte invencible en tu torre de neutralidad donde cambias de bando a tu antojo.

—Me provoca de nuevo con una medio sonrisa en los labios.

—Estoy cansada de esto.

—No tendrás que soportarlo durante mucho más tiempo.

—No te tengo miedo, Brenan. Nos atacaste una vez y estaré preparada si vuelves a hacerlo, pero te recuerdo que tenemos un trato.

Aprieto los dientes mientras siento el poder de Brenan deslizándose por la piel de mis piernas y alzo la mirada hacia él. Se ha levantado de donde estaba comiéndose la manzana y su actitud amenazante ahora llena este pequeño espacio con crueldad.

La rabia es más que visible tras sus ojos, pero estoy acostumbrada a esa furia. Me pertenece al completo, aunque esperaba que nunca fuera tan poderosa como para arrastrarlo hacia mí como lo está haciendo en este mismo momento.

Apenas tarda un instante en llegar hasta mí y su olor a tierra y a pino se cuela en mis fosas nasales. En menos de un parpadeo, ya estoy atrapada en esos ojos, en sus labios carnosos apretados en una línea tensa, tan cerca que veo cómo se agita en su interior un mar de emociones que, a pesar de todo, me pertenecen.

Sus fuertes brazos me rodean y sus manos se apoyan en las pieles a mis costados, obligándome a echarme hacia atrás. Me enjaula sin compasión entre su cuerpo y la pared de cuero de la tienda; apenas sé cómo reaccionar.

Su respiración es pesada, llena de furia ciega y observo cómo arruga la nariz durante un instante, quebrando su imperturbable máscara. Puede decir lo que quiera, pero no está a salvo de lo que le hago sentir, casi puedo percibir cómo lucha contra sus instintos.

—¿Por qué hablas siempre en plural como si formarás parte de ellos? ¿Te crees que sois iguales? —sisea a escasos centímetros de mis labios—. Nos ven como salvajes, apenas como seres de carne y hueso. Nos desprecian por nuestro poder y tratan de erradicar de nuestra piel esa magia que saben que no pueden controlar. Se cubren de armaduras relucientes y afilan sus cuchillos en nuestras gargantas, sintiéndose los reyes del puto mundo. Pero son escoria. Huelen a miedo y ahora tú quieres oler como ellos y vestirse con esa armadura reluciente que solo evidenciará que no eres de los suyos.

—Para —rujo.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Esconderte? —continúa—. Tú no eres como ellos. Tú eres tierra y fuego, tú eres lluvia en la cara y aire helado en los pulmones. Tú eres vida y muerte y fiereza descontrolada, pero has dejado que te aten y les dejas sujetar la correa de tu cuello. Repito: me gustaba más la Elina del bosque.

Quizás llevaba mucho conteniendo comentarios hirientes contra Brenan, pero en cuanto escucho su confesión, todo desaparece porque, después de todo, veo sinceridad en sus palabras. Por primera vez en mucho tiempo, no me está mintiendo y reprimo el impulso de estallar.

—No me conoces y nunca lo has hecho. Durante los momentos que estuvimos juntos solo quisiste que yo obedeciera. Así que no me hables de sumisión cuando fuiste el primero en intentar domarme como a una buena chica.

—Intenté ayudarte —murmura todavía tan cerca de mí que puedo ver cómo sus pupilas se dilatan.

—¿Intentabas ayudarme cuando no me dijiste la verdad sobre mi familia? ¿Al ignorar mi consejo? ¿Cuando me obligaste a espiar para ti? ¿Cuando me rechazaste por no matar a mis

amigos? —Los rалlos de dolor se suceden en mi pecho, pero sigo hablando a sabiendas de que toda la rabia contenida, al final, me ha dominado.

—No mencionas las formas en las que tú me traicionaste a mí. De cómo hiciste un vínculo de sangre con ese humano, de cómo casi te excitabas cada vez que lo mirabas. Es repugnante.

No puedo soportar seguir tan cerca de Brennan. Lo empujo con fiera para alejarme todo lo posible de él, pero sus brazos son una cárcel perfecta de músculo y determinación. No es hasta que saco el cuchillo de mi cinturón que reacciona, aunque no es lo que esperaba. En ese instante, comienza a reírse, como si le hiciera gracia la situación.

Entonces lo apuñalo.

Había olvidado lo escalofriante que es el sonido de la carne desgarrándose bajo una hoja de metal o del sonido viscoso de esa misma carne abriéndose como la mantequilla para dejar paso a una sangre oscura y pegajosa.

Trago con fuerza para no abalanzarme sobre su herida y beberme hasta la última gota, así que giro el rostro y reprimo mi instinto.

—Joder, no creía que fueras capaz. —Brenan parece sorprendido y se lleva una de sus manos al pecho donde mi puñal sobresale, unido a su cuerpo de una forma un tanto grotesca.

—Como he dicho, ya no me conoces —replico saliendo de debajo de su cuerpo. Me levanto de un salto y le arranco el puñal con un desgarr. Sé que no puedo matarlo, pero puedo dejar que sufra—. No vuelvas a hablarme así.

Salgo de la tienda incapaz de soportar su presencia y el aire gélido de la noche me inunda los pulmones. Apenas veo nada en la oscuridad, pero me encamino sin pensarlo hacia la fogata donde se escuchan las voces alegres de los soldados. Probablemente estén cenando y disfrutando de un poco de tranquilidad después de todo el día cabalgando.

Me aproximo a ellos hasta dar con Rebecca, que está sentada con un poco de pan entre los dedos, y le pongo una mano en el hombro para llamar su atención. No quiero abusar de su poder, ni siquiera sé si eso le pasa factura, pero me guste o no, necesito a Brennan vivo.

—Rebecca, ¿podrías acudir a mi tienda? Creo que Brennan necesita tu ayuda —susurro en su oído para que nadie más pueda oírnos.

—Por supuesto —accede ella con un asentimiento sin despegar sus ojos de los míos. Su cabello rojizo brilla con los reflejos del fuego y le da un aspecto fiero.

—Gracias. No te lo pediría si no fuera necesario —digo apretándole afectuosamente el brazo. Rebecca me ha salvado en varias ocasiones y siempre ha sido amable.

Le debo prácticamente la vida.

## 38

## ELINA

Después de eso, me marché al bosque para tener algo de privacidad. Desesperada en mi propia piel, me adentro en la oscuridad y aprieto las manos en puños con tanta fuerza que siento cómo las uñas se me clavan en la carne. Lanzo un grito de frustración y encajo la mandíbula. Tengo que recordarme a mí misma cómo respirar.

Había olvidado cómo Brenan consigue desestabilizarme. Me vuelve loca en el peor sentido de la palabra, porque es capaz de sacar lo peor de mí, lo más retorcido. Esa parte que le escondería a cualquiera sale a relucir con él. Y no me gusta.

—¿Estás bien? —Me giro rápidamente a tiempo de reconocer a Wesh entre las sombras y frunzo el ceño.

—¿Qué haces aquí?

Creía que habíamos firmado un acuerdo silencioso de no hablar entre nosotros o, al menos, él lo había hecho. Apenas hemos hablado desde que salimos de Surelia y la tensión que hay entre ambos solo va en aumento.

—Te he visto salir de la tienda y parecías enfadada.

—Sí, Wesh. No estoy en mi mejor momento.

—¿Te ha hecho algo? —pregunta acercándose a mí con actitud protectora, pero yo doy un paso hacia atrás. No puedo con esto ahora. No soportaría que intentara hacer algo por protegerme a estas alturas.

La imagen que tenía de él, de soldado fiel a su familia, honorable y justo desapareció cuando descubrí todas sus elecciones. Sé que jamás podré perdonarle que permitiera el sufrimiento de mi hermana.

—Estoy bien —replico, poniendo un par de pasos de distancia entre nosotros.

—Odio esto, que no seamos capaces ni de mirarnos. Maldita sea —dice entre dientes, estrangulando el mango de la espada que cuelga en su cadera.

—Hemos cambiado —musito incapaz de soportar otra pelea más esta noche.

—¿Por eso no hablas conmigo? ¿Por eso me evitas?

—Eres tú el que parece no querer ni verme —contraataco con la rabia en la punta de la lengua. No es el mejor momento para una discusión.

—Me culpas, Elina. Por eso no soy capaz de hablar contigo, porque en tu mente soy el culpable de todo lo que pasa.

—¿Estás diciendo que no tienes la culpa del sufrimiento de mi hermana? ¿Podrías haberla avisado! Nadie te habría condenado por ello. —Casi grito, consciente de lo cerca que estoy de dejarme llevar por la rabia.

—No era mi deber.

Su ira contenida se refleja a la perfección en su rostro. Está furioso, pero me da igual porque sí que era su cometido ayudar a Clarisa. Debía evitar que sufriera porque estaba a su cargo.

—Tu deber era proteger a mi hermana —sentencio incapaz de sostenerle la mirada.

—También es mi hermana.

—Pues no has actuado como tal —digo entre dientes, cargada de resentimiento.

—Hice lo mejor para el reino.

—No, hiciste lo que tu rey quería y olvidaste la lealtad a Clarisa.

—Cúlpame por ser fiel a Artai, está bien, pero no me evites.

—Wesh, no sé cómo vivir sabiendo lo que sé. Creía que éramos los niños que se enamoraron. De verdad que lo creía, pero no somos esas personas. Añoraba un recuerdo.

—Te has casado conmigo, estamos juntos en esto. Me has envenenado con tu magia y has urdido planes a mi espalda. Tú tampoco eres la chica que creía conocer —acusa con ojos tormentosos.

No sé qué responder a eso porque lleva razón. Hemos llegado tan lejos solo para darnos cuenta de que, a veces, el amor no es lo bastante fuerte como para apaciguar las batallas que llevamos dentro. Y desearía con todas mis fuerzas que Wesh bastara, pero no es así. No puedo

acallar todos nuestros demonios solo con desearlo.

—Rompe el vínculo. A estas alturas no tiene sentido que sigamos vinculados, sabes que no te traicionaré. Estamos juntos en esto —dice Wesh al cabo de lo que parecen años de silencio.

—¿Cómo? —Frunzo el ceño y veo cómo alza la barbilla.

—Rompe el vínculo de sangre. No quieres estar unida a mí, así que rómpelo.

—Wesh, tú eres... —Quiero decirle «mi mejor amigo», pero no somos esas personas. No somos niños. No somos recuerdos.

—Necesito que lo rompas. No te traicionaré y lo sabes, pero me debes mi libertad.

—No puedo...

—Sí que puedes. Rompe el vínculo de sangre y, cuando todo esto termine, cada uno podrá seguir su camino. Me lo debes.

Lo observo durante un momento y comprendo que tiene razón. Yo lo obligué a traicionar a su rey, lo sometí bajo mis deseos, pero ahora todo ha cambiado. Wesh no es mi prisionero y no quiero seguir atándolo a un pacto que sé que no romperá. No es justo para él no tener el control completo de sí mismo.

—De acuerdo —susurro incapaz de asimilar que estoy accediendo hasta que mi voz se hace eco en el bosque.

Después de rebuscar en mi equipaje, encuentro el grimorio y lo llevo al bosque. Repaso con inquietud las líneas del conjuro que usé con Wesh hace lo que parecen vidas y paso mi dedo por encima de la letra de mi abuela: «Labios sellados, almas unidas. Que tu lengua no me hiera, que tu espíritu, si me traicionas, muera. Dime tu verdad».

Nuestro vínculo, nuestras emociones entrelazadas, nuestra conexión. Voy a renunciar a todo eso y, aunque una parte de mí no quiere hacerlo, busco en la página una forma de revertirlo. No puedo seguir siendo tan egoísta, debo dejarlo libre.

Por suerte, mi abuela era muy minuciosa y apuntó con todo lujo de detalles la forma de romper el vínculo, aunque especifica que es doloroso. Como no tengo una vela, enciendo una pequeña llama que prende junto a nosotros mientras Wesh me mira con ojos como platos. Si he de ser sincera, parece un poco reacio.

—¿Estás preparado? —pregunto alzando los ojos de las páginas para estudiarlo con seriedad.

En sus ojos grises, tan solo encuentro la esperanza de terminar con esto.

—Desde luego que sí. —Su seguridad abre brechas en mi interior, pero guardo silencio.

Entonces susurro el conjuro y lo repito una y otra vez en un cántico ahogado mientras saco la daga de mi abuela y me hago un profundo corte en la mano.

«Rompe nuestra unión, almas que se alejan, espíritus extraños. Olvida mi verdad. Renuncio a ti».

Ni siquiera dejo de entonar el conjunto cuando hago un gesto con la mano y le pido a Wesh que extienda su palma. «Renuncio a ti». Él obedece con los ojos muy abiertos y también le corto la piel que sangra al instante.

El olor de su sangre me inunda las fosas nasales y trago con dificultad, llena de deseo. «Renuncio a ti». Le ofrezco mi mano y tomo la suya para beber de su herida. Wesh imita mi gesto y se lleva a los labios mi mano. En cuanto su boca toca mi piel, mi voluntad se tambalea y entierro los labios en su corte sangrante. Su sangre estalla en mi boca y bebo ansiosamente, tratando de contener mi hambre voraz. «Renuncio a ti».

Wesh suelta un gemido de dolor y me detengo. Alzo la vista hacia él que tiene los labios manchados con mi sangre y nuestros ojos se encuentran a medio camino. Un instante de silencio. Es lo único que tenemos.

—Renuncio a ti —termino por decir.

—Renuncio a ti —imita Wesh con la llama reflejándose en su iris.

Entonces un dolor lacerante me parte en dos, como si algo quisiera arrebatarme el alma de un tirón. Me encojo sobre mi estómago y me muerdo el labio inferior para no gritar. A mi lado, Wesh vomita mi sangre y se retuerce.

Al cabo de un momento, yo también vomito su sangre y se me llenan los ojos de lágrimas ante la sensación de estar cayendo hacia un abismo oscuro. Frío. Desconocido.

Cuando el dolor pasa, las lágrimas me empapan las mejillas y la cabeza me da vueltas, pero sé que ha funcionado porque donde antes sentía la rabia, el deseo, la incertidumbre de Wesh, ahora no siento nada. Vacío. Y me duele más de lo que hubiera esperado.

—¿Estás bien? —pregunto a Wesh que me mira con la espalda apoyada en el tronco de un árbol.

—No siento nada —susurra, con un deje de asombro.

—Yo tampoco.

Después de eso, volvemos en silencio al campamento y trato de acostumbrarme a este agujero en el pecho que necesito desesperadamente llenar con algo, porque ya no está esa parte de mí que se había acostumbrado a leerlo con facilidad.

—Gracias —musita Wesh acercándose a mí e, inesperadamente, me estrecha entre sus brazos. La calidez de su cuerpo, el olor a tierra y a sangre me marea, pero me dejo envolver por sus brazos y suspiro—. No somos los niños del bosque, pero te quiero. De alguna forma, aunque sea retorcida y no esté bien, siempre te he querido y te querré. Me guste o no.

## 39

## BRENAN

Me ha apuñalado. Esa maldita bruja me ha apuñalado y se ha largado como una jodida diosa de la destrucción y, puede que esté perdiendo la cabeza, pero la he admirado por su coraje. Ha hecho que quiera morderle los labios hasta que solo sea capaz de pronunciar mi nombre.

Creía que el odio me haría olvidar lo que sentía antes por ella, pero el odio solo alimenta esta obsesión malsana que ha crecido en mi interior. La deseo con cada rastro de poder, lúcido o no, que hay en mí.

Me llevo las manos a la herida y suelto un jadeo. Sí que me arrepiento de haberle hablado de esa forma, pero me ha dominado el resentimiento. No obstante, no me arrepiento de haberle dicho lo que pensaba. Puede que ella quiera jugar a las princesas, pero alguien debía decirle la verdad. Que, en la vida real, los cazadores matan a las brujas, que la magia es perseguida y no hay un final feliz en el que ella acaba viviendo en armonía con los humanos. No hay paz para los monstruos.

—¿Hola? Lady Tiara me ha pedido que venga... —La voz me resulta conocida y me giro a tiempo de ver a la bruja que me salvó en el ataque. He escuchado a los demás llamarla Rebecca.

Al principio no la reconocí porque el día del ataque estaba débil y sorprendido, pero sé que es ella. Me curó las heridas, así que supongo que está de nuestra parte. Me dijo que ella entendía nuestra lucha.

—Sí, me ha apuñalado. —Me giro hacia ella para que vea la herida que perfora mi hombro y

por la que no deja de derramarse la sangre.

—¿Te lo merecías?

—Puede —confieso.

—Parece que nos encontramos en situaciones de vida o muerte —susurra ella con una sonrisa en los labios y contemplo en silencio cómo entra en la tienda y viene hacia mí con calma.

—¿Eres una bruja? —pregunto dándole voz a mis dudas desde que me curó el día del ataque.

—Algo así —dice agachándose a mi lado, de forma que su cabello rojizo le tapa parte del rostro al inclinarse sobre mí.

—Gracias por salvarme. En el ataque —digo buscando en sus ojos los secretos que oculta—. ¿Qué eres?

—Suelen llamarme sanadora. —Sus labios se arquean en una sonrisa e imito su gesto.

—¿De dónde eres? —inquiero incapaz de despegar los ojos de sus manos que se mueven sobre mi herida, provocándome un escozor familiar.

—De Valker, la tierra hacia la que nos dirigimos —confiesa escuetamente, frunciendo el ceño con concentración.

—¿Qué hacías en el castillo? —No es propio de mí hacer tantas preguntas, pero esta mujer ha conseguido intrigarme. ¿Por qué estaría en la corte de Artai?

—Porque me secuestraron y me obligaron a servir al rey, pero ahora vuelvo a casa. —Hay un claro resentimiento deslizándose por sus labios y maldigo a Artai en silencio. No le basta con masacrarnos, sino que usa también a las brujas a su favor. Es despreciable.

—Supongo que hay más como tú...

—Si te refieres a si en mi pueblo hay más gente con poder, la respuesta más sencilla es sí. No todos nacen con el don, pero no soy la única.

Lo que dice me recuerda las palabras de Elina sobre Valker, sobre que era un lugar seguro para vivir en paz con los humanos y, aunque no la creí del todo, lo que dice Rebecca solo confirma que puede que tuviera razón. Hay una pequeña esperanza para las brujas.

—¿Saben ellos que piensas abandonarlos?

—¿Saben ellos que tú eres un brujo?

—De acuerdo, cada uno tiene sus motivos para estar aquí. —digo apretando los dientes cuando la carne se siente tirante y mis tendones vuelven a unirse con un desgarró.

—Ya está —anuncia la sanadora levantándose y soltando un suspiro. Sus ojos me estudian con satisfacción, como si estuviera contenta por cómo ha quedado su trabajo.

—Gracias, de nuevo —murmuro, llevándome las manos a la herida que se ha cerrado por completo y ha dejado en su lugar una cicatriz apenas visible.

—Espero que nos ayudes a llegar a salvo a Valker, con eso me basta —dice asintiendo justo antes de marcharse, dejándome solo en la tienda.

Ha sido un intercambio de lo más interesante y eso me da que pensar. Elina tenía razón. En Valker viven brujas que, sanadoras o no, están a salvo y viven en paz. Las ideas revuelan en mi cabeza, buscando encajar en un plan que nos dé ventaja, pero entonces escucho un susurro a través de la lona de la tienda.

Frunzo el ceño y aguzo el oído, intentando identificar el sonido. Viene de detrás de la tienda. Aferro mi puñal en caso de necesitarlo y espero. La herida todavía me molesta y, aunque se me engarrotan los músculos por la tensión, no puedo hacer nada más que mantenerme alerta. El susurro vuelve a escucharse, esta vez, más nítido y parece decir algo que reconozco. Mi nombre.

Salgo de la tienda apresuradamente y rodeo la lona hasta llegar a la parte trasera donde los susurros se escuchan con mayor claridad. Hay alguien en el bosque que me llama. Escruto la

oscuridad, entrecerrando los ojos para ver mejor, pero las sombras me impiden reconocer cualquier forma posible.

No es lo más sensato, pero me adentro entre los matorrales, alejándome de la luz de la hoguera y del campamento. Mi nombre cada vez se escucha más claramente hasta que llego a un claro donde la luz de las estrellas apenas ilumina lo que me rodea.

Entonces los susurros se detienen. *Qué cojones es esto.*

Miro alrededor con las sombras en la punta de los dedos, listo para atacar a quienquiera que me haya traído hasta aquí. El metal del puñal en mi otra mano se siente caliente, pero seguro.

En ese instante, una sombra aparece de entre los árboles y fuerzo la vista para distinguir sus rasgos. Esto es una maldita broma.

—Hola, Brenan. —Su voz grave y oscura me rodea, me retuerce las entrañas y lo reconozco.

—Hola, Nazar —respondo sin titubear y sus dientes afilados brillan en la oscuridad.

—Bien, sabes quién soy —sisea como una serpiente llena de veneno—. Tengo algo que ofrecerte y apuesto a que no podrás negarte.

Aferro mi cuchillo, pero escucho sus palabras. Al fin y al cabo, siempre seremos monstruos.

## 40

### ELINA

He pasado la noche en la tienda de Kallian, aunque no he dormido mucho. El dolor de romper el vínculo con Wesh no ha cesado hasta la madrugada y no ha ayudado mucho que nos pongamos en marcha antes del amanecer. Sonrío mientras Martha bosteza en el caballo, a la espalda de Kallian, entrecerrando los ojos por el cansancio.

Mi mente es un caos ahora mismo y me replanteo cada una de las decisiones que he tomado. Sé que la ayuda de Brenan es necesaria para seguir vivos en este viaje, pero no me faltan ganas de matarlo. La forma en la que me habló, con el odio rasgando cada palabra... fue demasiado para mí.

Cabalgo junto a Malika durante todo el trayecto hasta Torstel. Brenan cierra la marcha porque, al parecer, Serval no es lo suficientemente profesional, así que es él quien nos escolta con la mirada atenta en todas direcciones. Parece nervioso de una forma extraña, aunque no es que me importe demasiado. Si puedo evitarlo, no cruzaré más de dos palabras con él en lo que nos queda de viaje.

—Lo que dije era verdad —me susurra Malika mientras atravesamos un arroyo a media mañana. Los caballos salpican agua sobre nuestras rodillas y el frío me sube por la espalda.

—Me cuesta confiar del todo en ti. Casi matas a Clarisa Langeland —replico en el mismo tono para que los demás no nos escuchen.

—No soy despiadada, solo ataqué en respuesta.

—¿Por qué querías ayudar a los aquelarres de este reino?

—Porque nadie merece vivir con miedo —asegura ella mirándome a través de sus espesas pestañas.

—¿Y es una oferta altruista? —inquiero.

—Por supuesto. Todos los brujos tenéis un hogar en Valkei. No permitiré que Artai siga usando a mi gente ni masacrando a más inocentes. He tenido suficiente paciencia, pero eso se acabó. —Hay fuego en su mirada y, sin dudar, la creo. Ella es otra de las víctimas que Artai habría dejado a su paso si no llegamos a luchar por ella.

—Estamos en una situación delicada...

—No hay nada delicado en la guerra —sentencia.

—¿Atacarías al Reino Dorado? —musito mirando en todas direcciones para cerciorarme de que nadie se encuentra cerca de nosotras.

—Me he cansado de esperar un cambio para mi pueblo. Y tú, ¿les eres leal a ellos? —inquire estudiándome con sus ojos negros, alerta.

—De ninguna manera. Solo quiero evitar más muertes —confieso con la esperanza de encontrar en ella una aliada que me dé las respuestas que necesito. Malika tiene poder y sería la ayuda que necesitamos.

—Pues entonces eso haremos, querida. Hablaremos de ello cuando lleguemos a Valker, pero te prometo que Artai no quedará absuelto por su atrevimiento —dice entre dientes lanzándome una promesa que espero que cumpla.

Después de todo, hay esperanza de aliarnos con Malika y eso solo me hace confiar más en ella. La rabia y el rencor son amigos fieles y no dudo de que ella cumplirá sus deseos de venganza; si puedo aprovecharlo a mi favor, mejor. Por primera vez, creo ser capaz de solucionar el problema de los aquelarres y de huir de Nazar.

Podremos empezar una vida nueva lejos de toda esta oscuridad.

□

Después de todo el día cabalgando, llegamos a Torstel tan tarde que ya es noche cerrada y el aire salado del mar es tan fresco que se me pone la piel de gallina. Nos hospedamos en una posada y, gracias a Cintris, conseguimos habitaciones suficientes para todos.

En mi habitación nos apelonamos la reina Malika, Martha, Rebecca y yo. No me atrevería a dormir con Brenan o Serval ni aunque fuera la única habitación disponible del reino, así que prefiero dormir codo con codo con ellas.

Sin embargo, Malika es la que acapara el baño primero y le pide a Martha que la ayude. Rebecca decide echarse una siesta y las miro con algo muy parecido al cariño. Casi parecemos amigas. Casi.

—Voy a bajar a la taberna —comento incapaz de contener la emoción. Necesito despejarme o acabaré recordando a Tate y me pondré a llorar antes de poder contenerme.

Me gano un asentimiento, más parecido a un gruñido, de Rebecca que parece exhausta. Quizás sí que le pase factura utilizar su poder, así que evito molestarla y la dejo descansar.

Por lo que desaparezco rápidamente de la habitación y bajo las escaleras de la posada. Al final, hay un pasillo que conecta con la taberna donde la música es alta y las voces lo bastante estruendosas como para apagar el sonido de los laúdes de fondo.

Voy hacia la barra, me siento en un taburete con cansancio y miro distraídamente las botellas que hay en el expositor. Jamás he bebido algo más que el hidromiel del solsticio con Brenan y algún que otro vaso inocente, pero hoy me apetece dejar de pensar, aunque sea solo durante un instante.

Sé que probablemente no sea la mejor opción, pero estoy a kilómetros de casa, rodeada de personas que o quieren matarme o a las que tengo que proteger y, aunque no me quejo, la situación me pesa.

Nunca he tenido que encargarme de la seguridad de nadie, siempre era yo contra el mundo, pero ahora están estas mujeres que, por una razón u otra, debo proteger. Se me forma un nudo en el estómago. Este sentimiento es el que debería haber tenido por mi pueblo y fallé incluso en eso. Ellos no tuvieron la culpa de la traición de las madres de Brenan, pero pagaron las consecuencias igualmente.

—¿Quieres algo? —pregunta el tabernero y asiento señalando una botella que ha llamado mi

atención. Contiene un líquido oscuro con tonos marrones y, en cuanto me lo sirve, me llevo el vaso a los labios.

El licor tiene un sabor dulzón que se mezcla con el familiar tirón en la garganta del alcohol. Está rico, por lo que pongo un par de krons encima de la barra y pido otra ronda que bebo en tragos más lentos. Estoy planteándome tomar un tercer vaso cuando una sombra se cierne sobre mí en el asiento de al lado.

—¿Ahora bebes? —La voz de Brennan es dura, como si llevara mucho tiempo sin hablar con nadie. Quizás haya sido así porque no lo he visto articular palabra alguna durante todo el viaje.

—No, solo quería... —¿Emborracharme para olvidar que me casaron a la fuerza y ahora estoy en una misión suicida? Ni siquiera sé por dónde empezar y Brennan ya no es la persona a la que le importan mis problemas.

—Hiciste un buen trabajo en el ataque. —Si pretende que olvide lo de ayer con un cumplido inútil está muy equivocado.

—Me enseñaron bien —digo simplemente. No me apetece hablar con él.

—¿Qué te ha pasado en los pies y la mano? —inquieta sin andarse con rodeos y me giro rápidamente hacia él. No entiendo a qué viene esa pregunta.

—Cómo sabes...

—Cuando estábamos sentados en la hoguera vi las cicatrices.

Estudio su rostro un segundo antes de decidir que no importa que lo sepa, al fin y al cabo, necesito su ayuda para destruir a mi padre. Soy la prueba viviente de que Nazar no tiene compasión, ni siquiera por su propia sangre.

—Mi padre intentó quemarme viva.

—¿Con magia? —su incredulidad parece genuina mientras asiento con la cabeza.

—Él lo llamaría castigo.

—¿Y cómo se siente?

Durante todas estas semanas, nadie me había preguntado cómo me sentía al respecto. Nadie me había mirado las cicatrices ni había intentado hablar de ellas. Todos las evitaban y yo me he limitado a ocultarlas bajo la tela. Ahora Brennan me mira de lleno y me ahogo en sus ojos.

—Aprendiendo a sobrevivir.

—Es lo que llevas haciendo desde siempre, pero no deberías esconder las cicatrices.

—A nadie le gusta ver esta piel.

—Que se vayan al infierno. Si no les gusta, que no miren.

Alzo los ojos hacia él y trato de adivinar sus intenciones. Ayer estaba dispuesto a retarme con cada palabra y ahora parece amable y sincero. Me gustaría creer que es real, pero no puedo.

—Acabaré con Nazar —promete tras unos instantes. Sin titubeos. Me sorprende ver el fuego en sus ojos, ese deseo de venganza cuando ayer estaba tan dispuesto a herirme él mismo con sus palabras.

—Por el bien del aquelarre, espero que lo hagamos.

Me llevo el vaso a los labios para escapar de su mirada y saboreo despacio el alcohol antes de tragar. Necesito una excusa para dejar de mirarlo porque provoca que mi corazón se ablande y no quiero simpatizar con él. Ya no.

—¿Te has casado con él? —dice repentinamente. El cambio en su tono, que adopta un deje cruel, es demoledor. Parece dolido y me estrello con sus ojos en cuanto alzo la mirada.

Entre el caos de gente, de borrachos bribones, de marineros cansados, de música estridente, mis ojos se encuentran con la miel de los suyos y solo encuentro silencio. Un abismo vacío y silencioso que antes estaba lleno de sonrisas cómplices y un lenguaje que no necesitaba palabras.

para que nos entiendiéramos. No quiero que mi corazón tire en su dirección, pero a pesar de todo, lo hace.

Las traiciones y los secretos se desvanecen de mi memoria, como si mi interior fuera capaz de ignorarlas con tal de acercarme un poco más a él. Y no quiero, pero mi cuerpo se inclina un poco más hacia el suyo.

Y quizás él sienta lo mismo porque, a pesar de que Brenan me abandonó y eligió su orgullo, ahora parece querer algo de mí. Como si le doliera.

—Me obligaron a hacerlo —confieso. Una parte de mí está desesperada porque Brenan no crea que me he enamorado tan perdidamente de Wesh que he decidido casarme en menos de un par de meses.

—Qué gran consuelo. —La ironía en su voz es como una puñalada, pero no voy a doblegarme ante él.

—Pensé que no te importaba —contraataco tratando de controlar el tono resentido de mi voz.

Sus ojos me estudian como si pudiera ver a través de mí y sus labios están terriblemente cerca de los míos, esperando para abalanzarse sobre mi cuello y destrozarme las entrañas. Soy su presa y no sé cómo cambiar eso.

—¿No sientes nada por él? —susurra mientras me fulmina con esa mirada letal—. Hiciste un hechizo vinculante de sangre. Me traicionaste por él y ahora matas en su nombre.

—Parece que era lo que el destino quería —digo a duras penas a través del nudo de mi garganta porque, en realidad, Brenan lleva razón.

—No hay ningún jodido destino, solo las decisiones que has tomado hasta este momento.

—Pareces enfadado.

—Te he seguido hasta aquí, joder. —Da un golpe sobre la barra de la taberna y cuadra la mandíbula, rechinando los dientes con fuerza. La cicatriz de su mandíbula resalta sobre su piel.

—Pensaba que lo hacías por tu pueblo, no por mí —replico solo por no ceder ante él.

—¡Pero merecía saberlo!

—¿Por qué crees que debería habértelo contado? Tú te fuiste, elegiste tu orgullo por encima de mí, ni siquiera te preocupaste de mi hermana o mis amigos. En el momento en el que echaste abajo ese salón de baile, dejaste de merecer nada. —Y, a pesar de todo, el resentimiento vuelve a salir a flote. Estamos atrapados en nuestros errores.

—¡Me traicionas una y otra vez! Joder, ¿cuánto crees que aguantaré tus malditos juegos? —La ira se ciñe a su cuello donde veo cómo las venas se le hinchan y me estremezco.

—No es un juego o una estrategia. El rey nos exigió contraer matrimonio. No lo disfruté si eso te consuela.

—No he dejado de pensar en ti, maldita sea. Y ahora me dices que te has casado con otro.

Mi corazón se detiene un instante ante sus palabras, pero no puedo deshacer lo que ha pasado, solo intentar explicarle cómo sucedió.

—Fue por obligación —digo entre dientes.

—¿Acaso tienes alguna idea de dónde está tu corazón? —Se levanta tirando el taburete al suelo y se acerca a mí, su respiración se mezcla con la mía y espero. Espero que me destroce o que me acerque más a él, porque yo no puedo moverme, ni pensar con claridad.

—Ya te he explicado que me obligaron a hacerlo. De lo contrario, habrían descubierto mi farsa y me habrían ejecutado —digo con un hilo de voz sin poder despegar mis ojos de los suyos. En ese momento, sus manos rozan las mías y siento su calor a través de los guantes.

—¿Qué quieres de mí? Dímelo. Me pondré de rodillas y le imploraré a los dioses que me perdonen si tú no puedes hacerlo. Sí, cometí un error y sí, te mentí. Perdóname, pero no me des

la espalda. Dime que no lo amas, joder —susurra en mis labios y parpadeo en un intento por aclarar mis ideas, pero no hay lugar en la tierra donde huir de él y de esa mirada de fuego que amenaza con consumirme.

—No lo amo, Brenan. He roto nuestro vínculo de sangre.

Brenan ancla su mirada dorada en mis ojos y sonríe levemente. Sus dedos se enroscan entre los míos y saboreo sus labios incluso a centímetros de su boca. No puedo negar mi hambre voraz por él y quizás eso me convierta en una estúpida, pero es la verdad.

Un carraspeo me arranca del estupor en el que estaba sumida y me separo a regañadientes de Brenan para toparme con Wesh que parece furioso a unos pasos de nosotros. Hay tormentas inclementes tras sus pupilas.

—Aparta tus jodidas manos de mi mujer —gruñe Wesh con actitud amenazante.

## 41

### ELINA

¿Qué acaba de decir? Apuesto a que mi rostro empalidece en cuanto nuestras miradas se cruzan y sus ojos dolidos me enfocan. Sus manos sujetan la empuñadura de la espada que, aunque está envainada, parece a punto de apuntar a Brenan.

Brenan se ríe y eso solo enfurece más a Wesh que se acerca un único paso en nuestra dirección. Mi corazón decide golpear fuerte contra mi pecho, asustado por las intenciones de Wesh.

—Qué oportuno, *soldadito*. Desde luego, sabes hacer una entrada —dice Brenan despacio, irónicamente divertido.

—No he olvidado que nos atacaste, así que mantén las manos lejos de ella. Nos hemos casado y ahora es mía. —Wesh parece consumido por el fantasma de la locura y frunzo mucho el ceño sin entender si lo que está diciendo es real para él o es un simple truco.

—Ella sabe elegir por sí misma, no creo que necesite que alguien estampe su nombre sobre ella. No es una propiedad —señala Brenan, retando a Wesh con la mirada.

—¿Esto es lo que quieres? ¿A él? —pregunta Wesh entre dientes dirigiéndose a mí. Creía que nuestra última conversación había aclarado las cosas, aunque puede que me equivocara.

—¿Te crees especial, *soldadito*? —dice Brenan entrecerrando los ojos.

—Eres escoria, sucia sangre de brujo —sisea Wesh con ojos febriles y siento un golpe invisible en el corazón porque, de una forma u otra, él sigue creyendo que los brujos no merecemos el respeto que se nos debe.

—La diferencia entre tú y yo es que, aunque ambos estemos perdidos por ella, tú pondrás

siempre por delante a tu rey. Y yo arrasaré el mundo por ella —declara Brenan salvando la distancia entre él y Wesh.

No me da tiempo a reaccionar cuando Brenan le propina un empujón para apartarlo de nosotros y el ambiente se vuelve pesado. Ambos dan la impresión de estar a punto de lanzarse sobre el otro.

No me gusta cómo se está desarrollando la conversación y me levanto lista para mandarlos a ambos a la mierda. No soy una propiedad y, por descontado, no permitiré que hablen de mí como si yo no estuviera presente. No soy de nadie.

—La traicionaste y elegiste a tu pueblo —acusa Wesh lanzándose hacia Brenan, empujándolo aún más fuerte.

—Y no hay ni un solo segundo en el que no me haya arrepentido de ello. Yo viviré con la carga de saber que le fallé, pero ambos sabemos que jamás podrá confiar en ti —replica Brenan con dureza.

—Eres un demonio, un monstruo. Sangre pagana que merece la muerte —gruñe Wesh.

—Debería haberte matado cuando tuve ocasión, puto cazador de los cojones.

—¿Podéis parar? —pregunto demasiado tarde, porque he reaccionado cuando ambos ya han llegado a sus extremos y solo les queda una cosa por hacer.

Wesh le propina un puñetazo a Brenan que resuena en la taberna. El impacto le enrojece la mejilla, pero Brenan le dedica una sonrisa torcida solo un segundo antes de cargar contra él. Ambos se convierten en un borrón de furia desatada mientras sus puñetazos se me clavan en los oídos.

Brenan se estrella contra el pecho de Wesh y lo lanza al pegajoso suelo de la taberna sin parar de maldecirlo y demuestra lo acostumbrado que está a este tipo de luchas. Lo apalea incluso cuando está en el suelo. Ambos se golpean con puños de hierro y me quedo pasmada ante la violencia con la que tratan de doblarse el uno al otro. Huelo la sangre incluso antes de verles los nudillos en carne viva.

—¡Parad! —les pido, pero no parecen escucharme y, si lo hacen, no les importa porque sé que esto no trata sobre mí, sino sobre ellos.

Llevan odiándose desde el primer momento en el que se vieron. Cazador y brujo. Ambos han matado a gente del otro y la fina línea que los separaba se ha roto. Así de simple, así de rápido. En una taberna alejada de la mano del Santo, las reglas que los ataban a mantener la compostura se han roto.

Alrededor de ellos se forma un círculo de gente que vocifera. Unos se quejan y otros los animan a continuar, pero el estruendo es ensordecedor mientras cazador y brujo tratan de matarse. Por suerte, dos hombres, más mole de músculo que humanos, se meten en la pelea para separarlos.

—¡Eh! ¡Los del fondo! —Es el tabernero que me ha servido antes la bebida, claramente dirigiéndose a nosotros en gritos enfadados—. ¡Aclarad vuestras mierdas fuera de mi taberna!

Como si les hubiera dado una orden silenciosa, los dos hombres que los habían separado se ponen en marcha a través de la multitud de cuerpos. Agarran a ambos con fuerza y los llevan a rastras hacia la salida hasta empujarlos fuera de la taberna. Brenan tiene el labio partido y Wesh un ojo hinchado. Ambos se miran con las respiraciones aceleradas, aunque sus manos siguen cerradas en puños, listos para contraatacar.

Incapaz de procesar lo que acaba de suceder, los sigo con el corazón bombeando frenético. El alcohol se ha hecho con el control de mi mente en el peor momento posible y estoy mareada. Mis sensaciones se reducen y siento como si viviera la escena desde fuera, siguiéndolos por inercia.

—¿Estáis locos? —Logro decir a través de la bruma de mi mente una vez en la calle. El ambiente pegajoso y húmedo de la costa se me pega a la piel y saboreo la sal marina en los labios.

—¡Son el enemigo! —grita Wesh con ojos desorbitados y frunzo el ceño.

—¡Vosotros sois los malditos bastardos que deberían morir! ¡El reino estaría mejor sin vuestro jodido control! —vocifera Brenan en el mismo tono colérico.

—¡Que os calléis! Si queréis mataros, hacedlo cuando hayamos terminado de escoltar a Malika. Después de investigar en Northriver. ¡No antes! Os necesitamos a los dos vivos.

Trato de darles forma a las palabras de la mejor forma posible y ellos me miran con las aletas de la nariz agitándose violentamente, con ademanes feroces para continuar su pelea donde la habían dejado.

—Estamos luchando por la paz, ¿os habéis olvidado de eso? —continúo cuando veo que no van a responder.

—No voy a disculparme —replica Brenan escupiendo sangre al suelo.

No obstante, se aleja de Wesh y, sin decir nada más, se adentra en uno de los callejones oscuros cercanos a la taberna. Ni siquiera me atrevo a seguirlo con la mirada para ver a dónde va, pero las sombras se arremolinan en sus manos y apuesto a que su rabia todavía está a flor de piel.

Por su parte, Wesh contempla sus nudillos destrozados y reprimo un suspiro de decepción. Le he dado la libertad que deseaba, me he alejado de él y, aun así, vuelve a arremeter contra mí. No entiendo qué es lo que busca.

—No era el vínculo, Elina. —El gris de su mirada me envuelve cuando hace su confesión y frunzo el ceño sin entender a qué se refiere—. Mis sentimientos no eran por el vínculo.

—¿Creías que controlaba tus emociones? —Una rabia conocida resurge en mi pecho. Estupefacta.

—No sabía de lo que eras capaz con tal de conseguir lo que querías, pero me he equivocado porque sigo sintiendo...

—Wesh, no quiero hablar de esto. No puedo. No me digas que me quieres y luego sigas a tu rey sin cuestionar las personas a las que afectan sus decisiones. No me prometas que podemos arreglar las cosas, porque ambos sabemos que, si Artai manda, tú obedeces sin importar a quién destroce esa decisión. Antepones a tu rey al resto y, si puedes vivir con ello, esa es tu elección, pero no la mía.

—Elina, no lo entiendes, él...

—Wesh, te quiero, pero no acepto el coste —digo dándome la vuelta para volver a entrar en la taberna. No puedo soportar seguir a su lado. No esta noche.

## 42

## ELINA

No tengo ni la menor idea de cómo Wesh ha conseguido los pasajes, aunque supongo que el dinero de Malika ha ayudado lo suficiente como para que a esta tripulación no les importe ni lo más mínimo lo que tengamos que hacer en Baymere, en la frontera de Valke. Viendo la piel bronceada de Malika y Rebecca, apuesto a que no tenemos pinta de valkerianos y, por descontado, no creo que nadie creyera esa excusa.

No obstante, no tengo mucha confianza en la travesía. Si el tiempo acompaña, hay menos de un día desde el puerto en el que nos encontramos y nuestro destino, tiempo suficiente encerrados

en un barco todos juntos. Brenan y Wesh van a adorar el viaje.

Aunque por muchas pegas que le encuentre a esto, tengo que admitir que es la mejor opción. Si hiciéramos el camino por tierra nos retrasaríamos al menos cuatro días, además del riesgo a ser perseguidos por los sicarios de Artai.

Así que avanzo detrás de Wesh por el puerto. Esta mañana nos hemos reunido fuera de la posada y su ojo tenía mejor pinta, pero su ánimo no ha hecho más que empeorar. Por su parte, Brenan no ha dicho ni una palabra, pero reconozco fácilmente su escepticismo. A estas alturas, ni siquiera yo confío en que esto salga bien.

—Huele a mierda —la queja Serval llena el aire detrás de mí mientras atravesamos la zona de almacenes del puerto y sí que tiene razón. Tengo el estómago revuelto.

—Cúbrete la nariz como las señoras —se burla Kallian con una sonrisa socarrona. Me atrevería a decir que es el único del grupo que todavía conserva su buen humor.

Hemos pasado una mala noche. Malika no ha parado de despertarse para ir al baño, no sé si porque está embarazada o porque es así de insoportable, pero ha estado haciendo ruido toda la noche, por lo que ninguna hemos pegado ojo. Martha bosteza a mi lado y Rebeca se masajea las sienes.

—Cuando estemos en el barco será mejor —comenta Marvin mirando en todas direcciones, como si ahora que ha quedado claro que podemos ser atacados en cualquier momento, él no pudiera dejar de inspeccionar los alrededores.

Sin embargo, por extraño que parezca, el ajetreo diario del puerto consigue relajar mis nervios. El olor a pescado y a sal lo impregna todo y la humedad del mar se ciñe a mis brazos con un calor pegajoso que hace que se me resequen los labios. A pesar del ambiente asfixiante de la gente transportando cajas, arreglando los barcos y vendiendo pescado, el rumor del mar es una promesa demasiado tentadora como para ignorarla.

Antes de venir aquí, jamás había visto el océano, pero creo que se ha convertido en uno de mis lugares favoritos de la tierra. Creía que amaba el bosque, pero la inmensidad del azul oscuro extendiéndose hasta perderse en la lejanía mientras las olas rompen en la arena es sobrecogedor. El mar me recuerda que le debemos nuestro poder a la naturaleza y no puedo sentirme más honrada de poseer esta magia.

—Si acabo matándolo, espero que tengas un plan alternativo —susurra Brenan en mi oído tan bajo que me cuesta escucharlo incluso a mí.

—No vamos a matar a nadie.

—Ayer se descontroló.

—Tú también —le recuerdo fulminándolo con la mirada.

Hemos perdido más tiempo discutiendo entre nosotros que actuando simplemente. De modo que seguimos hacia adelante por el puerto, sorteamos unos puestos en los que venden pescado crudo, los peces nos miran desde sus cajas, inmóviles y viscosos y trato de contener el aliento para evitar que se me revuelva el estómago.

El sol, que hasta ahora me quemaba la piel, se oculta tras una nube gris y perezosa que nos da un respiro del calor asfixiante. El puerto se tiñe de un color apagado y todo lo que antes brillaba, ahora despidе una tonalidad apática.

—Es aquí —anuncia Wesh señalando un barco de madera oscura que se mece suavemente sobre la superficie del agua.

Debo decir que estoy decepcionada. Se trata de una embarcación de velas altas que se alzan con desgana sobre el horizonte. El casco está decorado con detalles de madera, pero su aspecto gastado me preocupa, así que lo único que llama mi atención es la figura tallada en la proa que

mira al mar con ojos desafiantes.

—Has hecho un buen trabajo —dice irónicamente Marvin alzando la vista por la embarcación y las velas que se agitan con la brisa.

—Iré delante —anuncia Wesh, haciendo caso omiso de la burla.

Acompaña sus palabras del crujido de la madera bajo sus pies mientras asciende con confianza por las tablas hacia la embarcación. Tras él, Kallian ayuda a Malika y el resto los seguimos hasta donde un marinero nos hace esperar.

El hombre lleva una chaqueta deslucida de un color que podría haber sido rojo en algún momento y Wesh habla con él durante un rato. Seguramente sea el hombre que le ha vendido los pasajes y no tarda en apartarse a un lado para dejarnos pasar.

—Detrás de ti. —Brenan me tiende su mano bronceada para ayudarme a subir a bordo y lo contemplo un instante sin saber qué hacer.

Sus nudillos destrozados y la sangre reseca de sus heridas me recuerdan de lo que es capaz, pero cojo su mano entre mis dedos y subo la pasarela hacia el barco, tratando de no perder el equilibrio y caer al agua.

En cubierta, los marineros corren de un lado para otro y en el castillo de proa hay una mujer gritando órdenes a todo aquel que osa detenerse un instante a tomar el aliento. Parece que están cargando los últimos suministros para el viaje.

—Qué emocionante, ¿verdad? —susurra Martha y su sonrisa de emoción consigue ablandarme un poco. También es mi primera vez en un barco y, como ella, estoy un tanto nerviosa.

—La emoción será salir vivos de esta travesía —comenta Brenan estudiando su alrededor con los ojos entrecerrados.

—Hoy alguien se ha levantado de buen humor —responde Kallian chasqueando la lengua.

Frente a nosotros, Wesh le da un apretón de manos al marinero y ambos sonríen. Bien, tenemos un barco para viajar, pero hasta que no vea cómo este barco atraca en Valke, creo que la intranquilidad va a acompañarme. Quizás es por estar rodeada de agua cuando nunca he tenido afinidad con ella.

—Por aquí. —Nos guía el marinero y nos conduce por la cubierta hacia el interior del barco —. Compartiréis un camarote que está acondicionado para todos.

Descendemos en fila unas escaleras desvencijadas que crujen bajo nuestro peso y se comban con fragilidad, evidenciando que el agua y la sal pronto acabarán con cada uno de estos escalones astillados. Y, a pesar de que todo parece ir como esperábamos, no puedo evitar tener la sensación de que nos estamos metiendo en una ratonera.

Brenan pasa un brazo por mi cadera en actitud protectora y no digo nada mientras la palma de su mano arde a través de la tela. Por alguna razón, sobre la que no tengo control alguno, se lo permito y me pregunto si no habré perdido la cabeza por completo.

Es probable que Brenan aún desee matarme sin remordimientos, pero aquí estoy dejándole que me trate con delicadeza como si jamás hubiéramos roto nuestras promesas.

Por otro lado, no es que me centre solo en eso. Lo que me preocupa ahora mismo es si este barco va a ser capaz de llevarnos de una pieza. Sé que no es un viaje largo, pero parece algo más deteriorado de lo que hubiera esperado por el precio que hemos pagado.

—Bienvenidos a bordo, espero que sea una travesía agradable —dice el marinero al llegar a un diminuto camarote en el que hay una decena de hamacas colgadas de postes de madera.

Desde luego, vamos a viajar con todos los lujos.

—No sé quién ha prometido que el hedor desaparecería, pero no habéis acertado —comenta

Malika, arrugando la nariz asqueada cuando nos quedamos a solas en el camarote. Lo peor es que lleva razón.

—Parecía más seguro desde tierra —dice Wesh acercándose a un extremo de la habitación, inspeccionando la zona con el ceño fruncido.

—¿Esta es tu idea de viaje, Wesh? —Marvin nos lanza una medio sonrisa, pero solo da voz a lo que todos estamos pensando. Nos han estafado.

Los techos bajos, el olor a sal y la humedad son casi insoportables, no hay ventanas y el sonido de la madera crujiendo anticipa que en cualquier momento uno de esos tablones saltará por los aires y comenzará a inundarse la embarcación. Sin embargo, el suelo está seco y parece que no compartiremos habitación con nadie más, al menos, la habitación está desierta.

Me consuela ver que no soy la única que no confía del todo en esta travesía porque cuando me giro hacia Malika y la veo arquear sus labios delineados, tiene una mueca de desdén. Debe ser difícil hacerse pasar por una cualquiera cuando ha estado acostumbrada al lujo durante toda su vida.

Rebecca no dice nada mientras se acomoda en una de las hamacas y nos dispersamos por el camarote. Al menos, todo lo que podemos dentro del reducido espacio que tenemos.

Por su parte, Brenan va de un lado hacia otro de la habitación hasta que coge un cofre vacío que encuentra apostado en un lateral y lo apoya contra la puerta cerrada del camarote. También apoya una silla contra el pomo de la puerta y bloquea la salida. Al parecer, no soy la única que no tiene un buen presentimiento al respecto.

—He pagado lo suficiente como para ahorrarnos eso —comenta Wesh negando con la cabeza, pero lo que acaba de hacer Brenan no me parece nada exagerado. Si hubiera podido, yo misma habría puesto un candado.

—Repítelo cuando nos rebusquen los bolsillos. —Brenan se adelanta hacia Wesh con actitud amenazante y siento deseos de golpearlos a ambos.

En ese momento, una sacudida del barco me desestabiliza y tengo que agarrarme a la pared de madera para no caer de bruces mientras el vaivén de la embarcación comienza a ser más brusco. Seguramente hayamos zarpado, pero no parece importar nada más que esta estúpida pelea entre ambos.

—Que tú seas un criminal, no quiere decir que todos los sean —acusa Wesh, aparentemente incapaz de morderse la lengua.

—Estoy protegiendo tu vida, hijo de... —Brenan aprieta las manos en puños y noto cómo una vena en su frente se hincha de ira.

—Dilo, vamos —reta Wesh con ojos desquiciados—. Cobarde.

—El único cobarde que veo aquí eres tú, *soldadito* —gruñe Brenan entre dientes y veo por el rabillo del ojo cómo las sombras comienzan a serpentear por sus pies.

Hemos vuelto al principio.

—He servido a la corona desde que tengo uso de razón, he luchado contra todo tipo de monstruos. No necesito que me protejan —declara Wesh entre dientes.

—Pues entonces, vas a probar lo que es el peligro —amenaza Brenan, con una postura rígida que me sugiere que está a punto de abalanzarse sobre Wesh.

Sin pensarlo, alargó una mano y la poso sobre el brazo de Brenan para tratar de apaciguar su mal humor. No nos conviene perder las formas. El movimiento es instintivo y veo cómo él se encoge levemente cuando nota mi palma sobre su piel cálida.

—Si quisiera una demostración de cuánto os miden las partes nobles os pediría que os bajaseis los pantalones. Callaos ya, maldita sea. Me dais dolor de cabeza. —Malika pone los ojos

en blanco y hace un aspaviento con la mano como despachándonos lejos de ella.

Por suerte, sus palabras parecen relajar toda la tensión. O, al menos, parte de ella.

—Aprovechemos para dormir, nos haríais un favor a todos —secunda Rebecca desde su hamaca.

Brenan parece recordar la razón por la que estamos aquí y afloja sus puños, pero Wesh no despega su mirada orgullosa de él. Por lo que, sin pensarlo mucho, afianzo con más fuerza mis manos sobre el brazo de Brenan y tiro de él para separarlo lo máximo posible de un intento de asesinato que solo haría que perdiésemos más tiempo.

—Vamos. —Aparto el cofre de la puerta y arrastro a Brenan fuera de la habitación.

Sé con toda seguridad que Brenan podría matarlo, pero que domina sus deseos. También Wesh podría acabar con él, al fin y al cabo, lleva toda su vida entrenándose para ello. Son enemigos que se han visto obligados a compartir un mismo espacio y un objetivo común, pero esa línea es muy fina.

Las alianzas se rompen con la misma facilidad con la que se forjan y no espero que se soporten, pero tampoco había imaginado que tratarían de sacarse los ojos el uno al otro en todo momento.

—No deberías entrar en su juego —sugiero incapaz de morderme la lengua.

En el húmedo pasillo, aún con mis dedos sobre su brazo, Brenan me estudia un instante. Sus ojos caen sobre mí como un castigo, pero no aflojo mi agarre. No confío en que vuelva a entrar en la habitación para lanzarse sobre Wesh.

Lo más prudente sería esperar un poco hasta que los ánimos se relajaran, así que decido subir a cubierta. Necesito poner espacio entre Brenan y Wesh.

—Él es quien está jugando con vuestra seguridad —gruñe Brenan a mi espalda.

—No pensaba que te importara que estuviéramos a salvo —digo, subiendo los escalones mohosos hacia el exterior.

—Tú y yo tenemos un trato, no me sirves de nada muerta.

Sus palabras frías, carentes de emoción, me sacuden. No es que no supiera lo que pensaba, pero escucharlo sigue siendo desagradable. Mi existencia depende tan solo de una alianza con la que Brenan espera sacar tajada.

—Por el momento tu estrategia está dando resultado, sigo viva —murmuro enfadada, haciéndome a un lado para asomarme por la borda y no tener que soportar esa estúpida cara.

Hemos zarpado hace poco y el puerto se aleja rápidamente mientras el viento agita las gruesas velas blancas del navío. El agua salada me salpica las mejillas y trato de respirar en un intento por alejar el nudo que se me ha formado en la garganta.

—No quería que sonara así. —La voz grave de Brenan me devuelve al presente y, aunque quiera negarlo, sé que todavía sabe leerme mejor de lo que sería bueno por el bien de ambos.

—Me da igual. —«Para nada, pero no lo reconoceré jamás».

—Lo digo en serio.

—Ojalá acabemos con esto pronto. —Me agarro a la barandilla del barco para reprimir mis impulsos de estrangularlo.

Contemplo el reflejo del agua que baila contra el casco y suspiro. Las nubes siguen avanzando hacia nosotros con una calma escalofriante y el sol apenas se cuele por los resquicios de los oscuros nubarrones que surcan el cielo como una plaga.

—¿Te quedarás con ellos cuando Malika esté a salvo? —inquieta de improviso. Me giro hacia Brenan sin comprender por qué me hace ese tipo de pregunta, como si realmente se preocupara por mí.

—No lo sé. Me gustaría ir con mi hermana, no quiero estar sola para siempre. —El arranque de sinceridad me recuerda que todo esto lo hago por ella. Desde el principio, mi objetivo era estar con Clarisa para volver a ser una familia.

He ido alzando unos muros frágiles que mantenían mi mundo a salvo, pero cuando las palabras salen de mis labios, siento cierto alivio. Siempre he considerado a Brenan un confidente, aunque ya de igual. Ya no compartimos historias.

—Finges ser otra persona para estar a una invitación de té de distancia, ¿vas a seguir conformándote? Podrías ser mucho más que una mentirosa.

—Tampoco es que tenga muchas más opciones, no sé si te has dado cuenta de mi situación.

El viento cálido parece diluirse entre nosotros y comienza a soplar una brisa helada que me araña los brazos y me despeina sin remedio. Apenas veo a Brenan entre el torbellino de agua, sal y rizos en los que me he convertido.

Él se da cuenta y desata con destreza una de las finas cintas que llevaba anudada a la muñeca. Cuando la tiende en mi dirección, la acepto sin pensar y me recojo rápidamente el pelo en un moño desordenado que me permite mirar al horizonte sin problemas. No me siento capaz de seguir aguantándole la mirada.

—Podrías dominar el aquelarre, podría ser tu hogar —sugiere Brenan mirando al horizonte.

Después de un instante de silencio, niego sin saber cómo explicarle que, aunque salvemos a los brujos, nunca me he sentido parte de ellos y dudo que alguna vez lo haga.

—Solo quiero la paz, después no tengo intenciones de volver a vivir entre ellos.

—Pues parece que nos has arrastrado a todos a una guerra. O, al menos, Artai y tu padre lo han hecho y aquí estás tú limpiando su mierda. Yo te habría ayudado a tomar el control.

No se lo digo, pero estoy cansada. Damos vueltas sobre los mismos temas una y otra vez y apenas avanzamos. Nos hemos atascado juntos en un momento de nuestras vidas que no conseguimos superar. Destinados a odiarnos por nuestro pasado.

—He estado a tu merced como la he estado a merced de todos a lo largo de mi vida. ¿Estás queriendo decir que habría sido más feliz si no hubiera descubierto tus mentiras? —susurro sin despegar los ojos de los nubarrones grisáceos que cada vez se espesan más y avanzan como un ejército imparable hacia nosotros.

—Tú fuiste la primera en traicionarme por ese humano. —Y ahí está de nuevo la raíz del problema: Brenan cree que elegí a Wesh por encima de él. Solo que nunca ha entendido que elegí a mi hermana y su felicidad.

—Lo peor de todo es que te has convencido a ti mismo de ello sin darme la oportunidad de explicarme. Si no te apoyé fue porque me he criado con Artai, porque mi hermana estaba prometida a ese maldito asesino y creía que estaba haciendo lo correcto.

—No puedes salvar a todo el mundo.

Me muerdo el labio inferior, aguantando las ganas de gritarle que podría haberme hecho caso y no estaríamos así. Solo que no creo que los reproches nos hicieran mejores a estas alturas.

—¿Vas a culparme por no querer estar sola?

—Yo estaba contigo.

Sus ojos ambarinos me contemplan a través del viento y el agua salada que nos salpica la piel, me observa fijamente y parece querer despertar en mí algo que había muerto con nuestras traiciones. Pero veo que está herido, resentido.

—Me estabas utilizando. Nadie habría cuestionado tu posición en el aquelarre junto a mí. Es rastrero decir que eso era una unión por amor —digo entre dientes y él cuadra la mandíbula con fuerza.

—Era amor, joder.

Sus ojos se arrastran como una condena sobre mí y aguanto impasible cuando sus manos me aferran con fuerza, marcando mis brazos con su furia. No le doy la satisfacción de encogerme ante su contacto y le sostengo la mirada como si nada de lo que él pudiera decir tuviera poder para doblegarme.

—No me hiciste caso porque el poder te cegó. Eso no es amor.

—No creo que tú seas la chica de moral intachable que tanto te gusta creer que eres. —Una medio sonrisa escapa de sus labios y siento que podría golpearlo por su insolencia, pero me tiene agarrada con fuerza y no puedo moverme ni alejarme de su cuerpo caliente.

—Brenan, no somos iguales.

Me retuerzo para separarme de él, pero él aprieta con firmeza y me atrae hacia sí. Algunos mechones rebeldes caen sobre su rostro, dándole un aspecto fiero y despiadado ante el que siempre me he rendido.

—¿Sabes qué? Creo que eso es lo que te aterra: que somos exactamente la misma cosa y es como mirarte a un espejo del que no quieres ver el verdadero reflejo. Eres sangre, furia y oscuridad. Y creo que tienes tantas ganas de no ser esa persona que te has convencido de que yo no te convengo, pero soy lo más real a tu lado. Porque sigo aquí, siguiéndote al confín del reino solo porque he decidido confiar en ti. A pesar de todo.

—Suéltame —ordeno. Pero en el fondo sé que no soy inmune a su veneno, sino que lo consumo como una jodida adicta.

—Sé sincera por una vez en tu vida y reconoce que quieres que te toque. No me apartes, porque sé que por dentro estás suplicando que te haga mía de las formas más oscuras que conoces.

—¿Eso es lo que crees? —Suelto un bufido, pero las piernas comienzan a temblarme mientras él se inclina hacia mí peligrosamente—. Te equivocas.

—No eres tan buena mentirosa. Te conozco, Elina. —Su voz es un gruñido salvaje y, cuando forcejeo para separarme de él, Brenan consigue acercarse incluso más a mí, robándome el aire y la poca cordura que me quedara.

—Déjame.

—Me rindo ante ti, joder. Toma de mí lo que quieras, perdóname, grítame, lo que sea, pero no me alejes de nuevo —murmura a centímetros de mis labios, con una oscuridad malévola tras sus pupilas.

Rebusco en mi mente las palabras que harían que me soltara o que me condenara al infierno. Por desgracia, no encuentro nada más que ganas de aferrarme a su cuerpo. Sé que él podría matarme en cualquier momento, pero ignoro la poca racionalidad que me queda y dejo de resistirme a él. Brenan me clava sus ojos en la piel y sonrío de medio lado, triunfal, entonces me envuelve en un abrazo para el que no estaba preparada.

—He añorado para retorcida parte de ti desde que nos separamos, maldita sea.

—Puede que lleves un poco de razón —admito a regañadientes contra su camisa negra y arrugada. Noto cómo su pecho se sacude levemente con una risa que hacía tiempo que no escuchaba—. Nos hemos herido mucho.

—Y, aun así, aquí estamos. Juntos.

Apenas recuerdo el sabor de su boca contra la mía, pero sus labios están tan cerca que saboreo el anhelo en la punta de la lengua mientras cada uno de sus dedos se imprime a fuego sobre la piel de mis caderas. Él es mi penitencia.

En ese instante, el cielo se ilumina con un relámpago que parte el cielo en decenas de raíces

lumínicas y doy un respingo. El barco se zarandea con más ímpetu y Brennan me sujeta para evitar que pierda el equilibrio. Está claro que nos dirigimos hacia una tormenta, así que deberíamos guarecernos del temporal. No es seguro estar en cubierta.

—Bajemos a la habitación. —Brennan parece leerme la mente y asiento cuando posa una de sus manos en la parte baja de mi espalda para guiarme hacia el interior del barco.

—¿Volverás a encararte con Wesh?

—No puedo prometerte nada.

—¿Y si te pido que no lo hagas?

—Sabes de sobra que intentaré cumplir tus deseos. —Su sonrisa irónica me sacude y solo puedo limitarme a observar cómo él lanza por la borda todas mis convicciones.

—¿Ahora quieres complacerme?

—Siempre he querido hacerlo, pero eras muy testaruda.

—Tan solo no lo mates —digo, descendiendo las escaleras bajo cubierta donde nos acoge un pasillo silencioso.

Los truenos comienzan a acallar las voces de los marineros, que se escuchan a través de la madera, yendo de un lado hacia otro, atando cabos y siguiendo órdenes. Aquí abajo las voces se escuchan amortiguadas y parece que estuviéramos lejos del caos que seguramente se desate arriba de un momento a otro.

El barco da una sacudida y tropiezo con un tablón suelto, trato de no perder el equilibrio, pero antes de tropezar siquiera y caer, los fuertes brazos de Brennan ya están sujetándome la cintura y atrayéndome hacia él. Me recuerda que, con él, nunca he estado sola. Sí, nuestros objetivos se separaron, pero él nunca dejó de formar parte de mí.

—Ten cuidado. —Brennan pone sus manos sobre mí para ayudarme a estabilizarme, pero es como si hubiera prendido fuego a la yesca que bramaba por ser encendida.

—Siempre lo tengo.

—Ambos sabemos que eso es mentira.

## 43

### ELINA

La calidez de su cuerpo es hipnótica y afianzo mis brazos en su pecho. Un único pensamiento inunda mi mente y apenas puedo pensar en otra cosa que no sea en sus labios sobre los míos. Brennan se inclina hacia mí como si fuera a confesarme sus secretos más oscuros, como si se hubiera dado cuenta por fin de que estoy dispuesta a abrazar hasta el rincón más profundo y detestable de su alma. Y, en el fondo, me da igual.

Me da igual que sea cruel y vengativo, me da igual que sea egoísta y perverso, porque lo veo. Brennan llevaba razón: me he reflejado en esos ojos y me he visto a mí misma devolviéndome la mirada con una calma fría. Quizás he tardado más tiempo del que me habría gustado darme cuenta, pero puedo perdonar los errores del pasado, porque estamos hechos de la misma carne, de la misma magia y no puedo ignorarlo.

Así que cuando se inclina hacia mí, dejo que me bese como si fuera la primera vez. Sus manos aferran mis caderas con necesidad ferviente y me estrella contra la pared del pasillo, mis manos aferran su rostro y recorro su mandíbula fuerte y la piel ardiente de su cuello. Sus labios

explotan contra los míos y su boca me promete devoción eterna mientras profundiza el beso.

Sus dientes atrapan mi labio inferior y me muerde con fiereza al tiempo que aprieta sus manos rudas en mis muslos y me alza sin esfuerzo alguno para atraerme más hacia sus caderas. Rabia letal explotando entre nosotros.

Saboreo mi sangre en su lengua y suelto una risa oscura, sorprendida por cómo mi cuerpo recuerda cada sitio donde me volvía loca tocarle, absorta en esa oscuridad a la que siempre he pertenecido con urgencia.

Noto la dureza a través de sus pantalones y apenas puedo ignorar la forma en la que me palpita de expectación cada poro de mi piel. La presión entre mis muslos es apenas soportable sabiendo que una vez fue mío y que vuelve a mí con la misma rabia con la que me revolvió los pensamientos.

Brenan lleva una de sus manos hacia mi nuca y agarra mi pelo en su puño, obligándome a echar la cabeza hacia atrás para dejarle mejor acceso a mi cuello. Él gruñe con una sonrisa oscura pintada en los labios manchados de mi sangre y recorre con la lengua húmeda y tentadora el contorno de mis labios para luego ir dejando un sendero de besos voraces a lo largo de mi cuello hasta mi clavícula.

—Vas a suplicar no haberte alejado nunca de mí —amenaza Brenan, regresando a mis labios, y presiona su cuerpo contra el mío, robándome el aire que me quedaba en los pulmones.

Suspiro contra su piel que huele a tierra salvaje y me muerdo el labio inferior para reprimir un gemido cuando Brenan se separa de mí lo suficiente como para tirar de los cordones de mi camisa hasta que la tela me baja por los hombros y mi piel queda expuesta ante él.

Si fuera un poco más sensata, volvería a la realidad para darme cuenta de que en cualquier momento alguien podría pasar por aquí, pero estoy completamente a su merced.

Por suerte, él también lee mis pensamientos y abre con un movimiento firme la puerta más cercana a nosotros y me arrastra dentro de la habitación. Tiene claro lo que quiere y está más que dispuesto a cogerlo.

Mis pies chocan con algunas cajas y miro a mi alrededor en la penumbra hasta darme cuenta de que estamos en un pequeño almacén. Brenan coge mi barbilla entre sus dedos y la alza para encontrar mi boca con la suya. Está hambriento y lo demuestra cuando se arrodilla ante mí sin despegar sus ojos ambarinos de mí, bajándose los pantalones de un violento tirón y dejando al descubierto mis piernas desnudas.

Sus dedos puntean la piel de mis muslos despacio, dejando marcas de fuego que queman con necesidad hasta acabar en mi centro. Describen movimientos circulares, haciéndome palpar hasta dejarme jadeante y necesitada de más. La presión es casi insoportable, pero Brenan se encarga de introducir uno de sus dedos lentamente para que no olvide que no puedo escapar de él.

Sus movimientos rítmicos me desquician, sobre todo cuando aprieta la piel de mi vientre con fuerza. Su mano no deja de presionar cada vez más dentro, con más intensidad y cuando se inclina entre mis piernas y me lame con su lengua lasciva echo la cabeza hacia atrás sin pensar.

Sé que estoy a punto de perder la batalla contra él y afianzo mis manos en su pelo, apretándolo más contra mí, al tiempo que succiona mi punto más sensible sin remordimiento alguno. Él no deja de moverse y sé con toda seguridad que estoy a punto de perderme a la deriva de sus deseos.

No podré aguantar mucho más y él también parece notarlo cuando, sin sacar sus dedos, se incorpora y me besa, haciéndome probar mi propio deseo atrapado en su lengua. Me tiene justo donde me quiere: húmeda y preparada para él.

Con un movimiento rápido, desabrocho de la correa de su cinturón y tiro de la tela hacia abajo, dejando libre su plenitud.

Brenan me contempla durante un instante como si me viera después de mucho tiempo y vuelve a besarme profundamente, sacando sus dedos, dejándome palpitante y vacía. Sé que quiero más y no tengo que esperar porque con un movimiento firme entra en mí y me arrebató un grito de sorpresa cuando siento cómo mi cuerpo lo abraza al completo.

—Joder —maldice mientras me besa y me aúpa.

Sin pensarlo, abrazo sus caderas con mis piernas y él vuelve a entrar. Entonces me deja caer un poco y entra hasta el fondo, destrozándome de placer.

Repito el movimiento de alzarme y dejarme caer y jadeo en su cuello mientras una presión asfixiante se acumula en mi vientre. El placer me recorre hasta la punta de los dedos y siento que si no me penetra con más fuerza voy a perderme en una oscura inmensidad, así que se lo ruego entre jadeos.

—Me gustas así, suplicante —gime Brenan en mi pelo cuando me sujeta por las caderas. Me baja al suelo para darme la vuelta y me obliga a inclinarme.

Suelto un gemido de rendición y aumenta el ritmo mientras me castiga con rabia, golpeando sus caderas contra mis muslos y jadeando contra mi piel hasta que exploto en mil pedazos, temblando incapaz de controlar las reacciones de mi cuerpo. Brenan embiste contra mí y suelta un gruñido bajo cuando también termina sobre la piel de mi espalda.

Durante un instante, lo único que se escuchan son nuestras respiraciones agitadas y el estallido de la tensión que habíamos acumulado hasta este momento porque, a pesar de todo, sé que jamás hemos dejado de desearnos.

—Eres mi jodida perdición, Elina. Te guste o no —susurra Brenan mientras me limpia la espalda con un trozo de tela y besa mi columna vertebral hasta llegar a mi mejilla.

## ELINA

Me ato los lazos de mi camisa despacio, aún con las manos temblorosas y me giro hacia Brenan como si temiera la forma en la que pudiera estar mirándome. No sé si nos hemos consumido en este momento de pasión o todo lo que antes hemos hablado se mantiene. A veces me cuesta saber si nos amaremos o nos odiamos al instante siguiente, pero él me aguanta la mirada y sonríe.

Jamás pensaría que alguien capaz de sonreírme así pudiera clavarme un cuchillo por la espalda y, por mi propio bien, espero que no sea así. Las manos de Brenan regresan a mi cuerpo y me roza con los callos de sus manos, como si apenas pudiera contener sus impulsos y no soportara alejarse de mí tan pronto.

—¿Esto es una tregua? —pregunto aún con el sudor de su piel pegado a mí y su olor incrustado en mis poros.

—Recuerda nuestro trato, ya teníamos una.

—¿Esto es real?

—Creía que acababa de demostrarte lo verdaderamente real que es para mí —dice sin apartar sus ojos de mis labios—. No voy a dejarte escapar, *princesa*.

Me da un ligero beso en el hombro y suspiro. No sé si creerlo, pero asiento lentamente, asimilando lo que acabamos de hacer. Sus brazos me rodean y me dejo envolver por ese calor que me recuerda a las brasas de la chimenea de su cabaña. Me recuerda a un hogar.

En ese momento, un grito rompe en mitad de la tormenta y resuena entre los tablones de madera. Frunzo el ceño, separándome de Brenan. Pero su reacción instintiva es atraerme más hacia él y se gira hacia la puerta cerrada con actitud protectora. Apenas me da tiempo a articular palabra cuando lleva la mano hacia el cinturón y sujeta con fuerza su puñal.

Ya hemos pasado por esto antes y no estoy dispuesta a que la cosa acabe igual de mal que la última vez, así que ambos salimos al pasillo y comenzamos a tambalearnos cuando el barco se agita con una violenta sacudida.

Avanzamos hacia nuestro camarote donde todos deberían estar descansando, pero cuando llegamos hasta allí la escena es muy diferente. Las hamacas se columpian en sus postes y el suelo está manchado de sangre.

—Qué cojon... —maldice Brenan ante la estampa que nos encontramos.

El cuerpo de Marvin está desmadejado en el suelo con el cuello rajado y Serval se sujeta un tajo en el costado del que no deja de salir sangre.

Busco asustada a Kallian hasta que doy con él al fondo de la habitación, tosiendo sangre con un cuchillo clavado en el estómago. Por su parte, Wesh sujeta su espada contra el cuello de un marinero de ropas andrajosas, pero hay cuatro hombres más en la estancia que ya era pequeña de por sí.

Dos de los atacantes retienen a Malika, Rebecca y Martha a punta de cuchillo y los otros dos parecen rebuscar en sus bolsillos mientras Wesh trata de apartarlos de ellas a empujones.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —pregunta Brenan entrando en el camarote, acercándose con grandes zancadas a ellos como si no se sintiera intimidado por los cuchillos y mazos que llegan.

Yo misma llevo las manos a mi cinturón para coger mi daga con una sensación de asfixia. Mi corazón se desboca y trato de controlar la respiración.

—Estamos recaudando el dinero de vuestro pasaje —dice un hombre con una sonrisa mellada. Alza un martillo sobre la cabeza de Malika y nos lo enseña en señal de advertencia.

Aferro con más fuerza mi daga, pero no me atrevo a adelantarme o, de lo contrario, podrían ponerse nerviosos y atacar a Malika. Por muy irritante que sea la reina, no permitiré que la toquen.

—El pasaje ya está pagado —replica Wesh entre dientes mientras presiona con más fuerza su espada contra la piel del marinero que lo tiene arrinconado contra una pared.

Me congelo en el sitio, incapaz de moverme. Estamos en mitad de la nada, sin poder escapar de aquí; atrapados entre la madera y la sal hasta que lleguemos a puerto y no lo conseguiremos si matamos a estos hombres.

Por otro lado, si Malika muere, la mitad de nuestro plan se va al traste y la otra mitad se desvanece. Ella es la clave. Cualquier opción disponible nos deja en una situación delicada.

—Vas a hacerte daño con eso —señala Brenan con un gruñido, dirigiéndose hacia el hombre que acaba de hablar y que retiene a las mujeres.

Desde mi posición, atisbo la piel enrojecida de los brazos de la reina en los que seguramente queden moratones y por los que se quejará al menos un millar de veces; eso, si conseguimos salir de aquí.

Brenan niega lentamente con la cabeza, como si tuviera la intención de reprender a un niño pequeño y avanza despacio hacia adelante. En su movimiento, vislumbro por el rabillo del ojo cómo un zarcillo de sombras reptaba sigilosamente por los tablones desgastados de madera hacia sus pies.

Técnicamente estamos atravesando la frontera entre el Reino Dorado y Valker, así que no sé si debemos seguir escondiendo nuestra magia. Según Malika, las leyes en este lugar están hechas de otra forma y aquí la magia no es algo que perseguir, pero resulta difícil de creer que pudiéramos salir impunes por usar la magia en una situación como esta.

—Si las soltáis ahora, quizás os permita llegar a puerto. —Las sombras de Brenan se enroscan en sus tobillos y ascienden por sus piernas como niebla venenosa, aunque nadie parece percatarse de ello.

Por mi parte, no tengo claro si es buena idea invocar mi poder: el fuego podría descontrolarse, nunca he tenido afinidad con el agua, la tierra es inútil en este momento y me da miedo que el aire arrase con esta embarcación deshecha.

Además, no he tenido tiempo de practicar mi magia mientras estaba en el castillo y no quiero arriesgarme a acabar en el fondo del mar. Así que lo único que me queda es el cuchillo de mi cinturón y esperar que no nos degüellen antes.

—No nos iremos sin el dinero —afirma uno de los hombres que estaba buscando en los bolsillos de Malika y que parece haberle arrancado a la reina cada una de las pulseras que tintineaban en sus brazos.

—Tenéis dos segundos —advierte Brenan y frunzo el ceño sin saber qué es lo que tiene pensado. Vamos a condenarnos hagamos lo que hagamos.

—Espera —susurro, consciente de que sus ideas no tienen nada que ver con la compasión. Él parece no oírme mientras arquea sus dedos ligeramente y las sombras ascienden un poco más hacia los cinco marineros.

—Puedo encargarme solo —replica Wesh sin levantar su mirada de Malika.

Pongo los ojos en blanco, incapaz de seguirle el juego. Es obvio que no tiene el control de la situación y que un paso en falso hará que maten a la reina de Valker.

—Por esta razón, Wesh, es por la que un poco de precaución nunca está de más —comenta

Brenan y, en ese instante, lanza sus sombras hacia los marineros con un simple chasquido de sus dedos.

El crujir de huesos me revuelve el estómago, pero los gritos que vienen después son incluso más escalofriantes. La sangre es lo primero que percibo antes de que las sombras se disipen. Cuando éstas lo hacen, los huesos han lacerado la piel y los hombres se retuercen en el suelo.

Las sombras les han partido las piernas a algunos y ahora reptan por el suelo como sabandijas intentando escapar. Wesh le ha rebanado el cuello al hombre contra el que apuntaba su espada y Rebecca ha apuñalado a otro.

—¿Estáis bien? —pregunto corriendo hacia Kallian. La palidez de su rostro hace sonar todas mis alarmas—. Dime algo, por favor.

—Rebecca... —susurra y comprendo lo que quiere decir. Sabe que ella es sanadora.

Por suerte, ella llega junto a mí y, sin cruzar palabra, comienza a trabajar en la herida de mi guardia. Kallian asiente levemente justo antes de cerrar los ojos y jadea de dolor, retorciéndose. Observo cómo Rebecca trabaja sobre su herida como si jamás hubiera existido. La carne vuelve a unirse y los tejidos recuperan su lugar, ensamblándose.

Al girarme, veo a Brenan tomándole el pulso a Serval y negando con la cabeza. Martha nos mira con ojos como platos, respirando con dificultad a través de las lágrimas que le emborronan el rostro.

—¿Qué sois? —musita mi doncella, presa del pánico, pero nadie le presta atención.

Y lo cierto es que no hay tiempo de explicarle la verdad.

—No pueden saber que hemos sido nosotros —dice Wesh con los ojos muy abiertos, sin despegar la mirada de la sangre de su espada.

—¿Sugieres que los matemos a todos? —pregunta Malika frunciendo el ceño como si esto no fuera más que una piedra que se le ha quedado atascada en el zapato.

—Ya están un poco muertos, ¿no? —La indiferencia de Brenan es evidente y soy consciente de lo mucho que estaría dispuesto a sacrificar en esto, de lo mucho que ya ha sacrificado a pesar de todo.

—No podemos escondernos con cinco cadáveres en el camarote hasta llegar a puerto, es demasiado arriesgado. Cinco marineros no desaparecen por casualidad —apunto y rápidamente voy hacia la puerta para bloquearla con uno de los baúles.

—Qué suerte que estemos casi llegando. —Malika me dirige una sonrisa siniestra que tira de la comisura de sus labios perfectamente delineados de rojo.

—Por el Santo, ¿qué acaba de pasar? —Martha tiene los ojos como platos y, esta vez, ellos si parecen oír la cuando se giran en su dirección.

—Son brujos, querida —dice Malika, perforando con sus ojos a mi doncella—. Déjanos pensar una vía de escape. No es momento de perder los papeles porque, te guste o no, estás con nosotros.

Martha nos mira aterrorizada una única vez, después asiente con lentitud y se limpia las lágrimas con la manga del vestido. No veo odio en su expresión, solo sorpresa y pánico.

—Tenemos que robar un bote —propongo cuando queda claro que Martha no va a ponerse a gritar. Sujeto la puerta, incapaz de despegarme de ella por si en cualquier momento alguien decidiera abrirla y descubrirnos.

—¿En medio de la tormenta? —rebate Rebecca y, como apoyando su negativa, una sacudida del barco nos lanza a todos hacia una de las paredes del camarote.

—Podríamos esconder los cadáveres —sugiere Wesh, todavía mira la sangre de su espada como si no acabara de convencerse a sí mismo de lo que ha hecho.

—No tienen forma de saber que hemos sido nosotros. —Brenan parece bastante calmado con la situación, teniendo en cuenta que nos encontramos en mitad del océano sin posibilidad de escapar a ningún otro lugar.

—No hay muchos candidatos —agarro con todas mis fuerzas la puerta. Alguien podría habernos escuchado, podrían estar bajando hacia aquí en este preciso momento.

—Podríamos tirarlos por la borda. —La idea de Martha llena el aire entre nosotros y, aunque parezca una completa estupidez, no es que podamos aportar muchas más soluciones. Estamos atrapados.

Nos miramos entre nosotros en busca de respuestas que ninguno tiene. Por primera vez en todo el viaje, no sé qué es lo más seguro. Si nos quedamos en este barco seguramente nos colgarán de la proa y acabaremos a cien metros bajo el mar con los tobillos atados a un pesado cañón. Si nos marchamos, quizás el bote se escorde y acabemos igualmente en el fondo del mar.

Desde luego, no podemos tripular esta nave hacia ningún puerto seguro, ni nadar hasta la orilla más cercana.

—Están entretenidos con la tormenta, no se darán cuenta a no ser que el tiempo mejore. No debe quedar mucho hasta el puerto —medita Brenan en voz alta cerrándole los párpados a Marvin que está muerto a sus pies.

—Van a darse cuenta —insisto.

—Joder, pues vámonos —tercia Brenan levantándose y mirándonos de uno en uno.

—¿Te refieres a coger un bote? —Malika no parece tan convencida.

—No era tan mala idea —replico tratando de recordar en qué lugar se encontraban los botes colgados y cómo podríamos soltarlos sin llamar la atención.

—Sea como sea, tenemos que largarnos de aquí. —Escucho la voz de Kallian y me giro hacia él para verlo levantarse trabajosamente del suelo.

Suelto un suspiro de alivio y corro hacia él para abrazarlo, pero antes de llegar hasta él una voz me detiene.

—¡Marcus o subes tu culo grasiento hasta aquí o te quedarás sin la paga de esta semana! —El grito atraviesa la puerta de madera y nos miramos entre nosotros.

Si alguien baja, van a descubrirnos.

Maldita sea, tenemos que marcharnos.

## 45

## ELINA

Me sorprende lo rápido que nos hemos organizado. No podemos hacer nada por Serval y Marvin, así que simplemente los dejamos en el camarote con el resto de los cadáveres mientras salimos en fila y atravesamos el pasillo en penumbra.

Mis botas chapotean en el agua que ha conseguido filtrarse hasta aquí y, a través de la escotilla, veo cómo el cielo se sacude por la tormenta. Al menos, está anocheciendo y jugamos con algo de ventaja.

—No hagáis nada hasta que Brenan haya soltado el bote —nos recuerda Wesh con seriedad.

Por su expresión, no confía en el plan, pero es lo único que nos queda.

El ámbar de los ojos de Brenan se me incrusta en el alma un segundo antes de subir a cubierta. Si el plan no sale bien, estaremos muertos. Así que contengo la respiración mientras Brenan llama a las sombras y se vuelve parte de la oscuridad del crepúsculo, como si no estuviera allí.

Solo se le reconoce si lo buscas con la mirada, pero entre el bullicio de marineros empapados por la tormenta, Brenan no es más que una sombra en la que nadie repara. Lo sigo con ojos ansiosos hasta verlo llegar junto al castillo de proa y encaramarse a la barandilla de la que cuelgan los botes.

—¿Por qué nadie lo ve? —susurra Kallian inquieto, revolviéndose a mi espalda.

—Kallian, él... nosotros... —trato de buscar las palabras.

—No hace falta que digas nada. Lo sospechaba, pero verlo es... —Creía que, si llegaba el momento, tendría miedo de la reacción de Kallian. No estaba preparada para la fascinación con la que contempla a Brenan.

—¿Lo sabías? —susurro buscando en sus ojos el odio al que estoy acostumbrada.

—El día del incendio en la biblioteca, me quedó claro. Las llamas no se apagan de esa manera. Y en el ataque del bosque, te vi. Lanzaste a ese guardia por los aires como si nada. Nos protegiste.

No fui tan cuidadosa, al fin y al cabo. Espero su odio, que saque un cuchillo y me apuñale. No obstante, veo el brillo de la aceptación, del cariño. No me ataca, ni se lanza a mi cuello, solo sonrío y asiente. Y yo me trago las lágrimas.

—Guardad silencio, está cortando las cuerdas —ordena Malika sin despegar sus ojos negros de Brenan que, de hecho, ya ha sacado su daga y está cortando los gruesos nudos que sostienen el bote.

El navío se sacude con brutalidad y el mar amenaza con engullirnos, pero no tenemos otra alternativa. No podemos quedarnos y esperar a que nos maten y, por descontado, no podemos matarlos a ellos y dirigir el barco hacia tierra.

Brenan suelta dos de los cabos y espero con el corazón a punto de provocarme un estallido en el pecho. Solo falta uno más. La lluvia torrencial dificulta la vista y el barco se sacude en violentos vaivenes que me obligan a sujetarme a la pared. Si esto no sale bien, estaremos muertos muy pronto.

—Ahora —ordena Wesh cuando Brenan suelta el último cabo y, sin pensarlo, corremos hacia cubierta.

No soy consciente de que he saltado por la borda hasta que me veo cayendo en picado contra las crueles olas del océano. El impacto del agua me corta la respiración y el frío rodea cada músculo mientras las olas me golpean y tratan de arrastrarme hacia el fondo.

El agua salada se me mete en la boca y toso, tratando de ver a través de la lluvia, pero mi cuerpo sabe exactamente qué hacer y braceo para mantenerme a flote, nadando contra el oleaje que se me estrella en la piel.

Veo a Brenan a través de la cortina de agua, aún no se ha lanzado al agua y nos observa desde el castillo de proa. Lo envuelve el brillo pegajoso de la luz de los faroles y, durante un instante, creo que no va a saltar. ¿Sería capaz de dejarnos morir ahogados?

—¡Vamos! —El grito de Wesh se pierde en mis oídos taponados por el agua y entonces Brenan corta la cuerda.

El bote choca con las olas con un estruendo que queda amortiguado por el sonido de la tormenta y, antes de poder reaccionar, me atraganto cuando una ola me arrastra hacia el fondo.

Braceo desesperada contra la corriente y nado todo lo rápido que mis brazos cansados me lo permiten.

—¡Nada, maldita sea!

Escucho las palabras como a través de una bruma cuando consigo llegar a la superficie y lucho desesperada por obtener una bocanada de aire, pero trago agua salada y toso con fuerza, rogándoles a mis piernas que no dejen de moverse. Estoy exhausta.

Busco el bote a través de la tormenta y, cuando distingo la silueta de Wesh subiendo al bote, braceo hacia ellos con toda la determinación que me queda en el cuerpo. El agua no es mi elemento. Nunca he sabido controlarla y, aunque supiera, no hay poder que pueda doblegar al mar.

Gracias a Cintris, consigo llegar hasta ellos. Tengo calambres en los brazos y me castañean los dientes, pero estoy viva. Respiro y el aire salado me inunda la nariz. Kallian, que ya está arriba, me agarra con fuerza y me ayuda a subir a bordo.

Toso el agua que me inundaba los pulmones y veo a través de las lágrimas cómo Malika nada hacia nosotros, seguida de Martha y Rebecca. Bracean con fuerza y Kallian también las ayuda a subir.

—¿Estáis todos? —pregunta Brenan con la respiración agitada y giro en redondo buscando a Wesh.

No debemos de estar muy lejos de tierra porque veo luces a lo lejos, pero Wesh no está por ninguna parte. Maldita sea. No me atrevo a llamarlo a gritos por si llamamos la atención de los del barco, aunque tampoco creo que fuera de gran ayuda.

Pasan unos segundos de silencio en los que miramos el mar revuelto a través de la lluvia. Creo que estoy a punto de lanzarme al maldito mar en su busca y mi ansiedad no hace más que aumentar. Creo que voy a invocar al maldito Santo de Wesh cuando él emerge a la superficie con el cabello pegándosele al rostro. No miento cuando digo que me alivia verlo nadar hacia nosotros con una fuerza que me sobrecoge.

—Bien, vámonos de aquí —dice Brenan en cuanto Wesh sube a bordo.

Sostengo la maldita armadura de Wesh entre mis dedos mucho después de haberlo ayudado a subir y la rigidez de mis manos me imposibilita soltarlo. Se me entumecen los dedos por la fuerza con la que me aferro a él.

—No tienes permitido morirte —susurro cuando Wesh tose. No creo que nadie me escuche, pero por un instante he sentido el terror de perderlo y no me ha gustado lo que había en ese futuro incierto sin él.

## 46

## ELINA

Lo complicado no es llegar a tierra, sino lo que viene después. Invocamos al aire y conseguimos llegar a salvo a una playa donde se nos hunden los pies en una arena oscura y desconocida mientras la lluvia nos limpia la sal, pero se lleva parte de nuestra determinación.

Estamos empapados y helados y no hay ni rastro de las luces que se veían en alta mar. Me encuentro al límite de mis fuerzas por haber abusado de la magia y mis pies encharcados apenas logran llevarme hasta unas formaciones rocosas donde, por suerte, podemos guarecernos del temporal.

Así que nos apelotonamos en esta especie de cueva húmeda que nos recibe con el rugido ensordecedor del viento que se cuela por cada una de sus cavidades. Estamos vivos. A pesar de

todo, estamos vivos y a salvo en tierra. No tengo ni la menor idea de a dónde hemos ido a parar, pero me conformo con haber sobrevivido a este viaje suicida.

—No podremos salir hasta que amaine el temporal —dice Wesh mirando hacia el exterior con ojos cansados.

—¿No podéis cambiar el tiempo o algo así? —pregunta Kallian que todavía nos mira como si fuéramos lo más fascinante que hubiera visto jamás.

—Créeme que, de haber podido, lo habría hecho antes —musito. Apoyo la espalda contra la pared de la cueva que está helada y un rayo de dolor me atraviesa el pecho. He tragado mucha agua. Un escalofrío me recorre la espina dorsal mientras me deslizo hacia el suelo.

—Tengo esto —dice Brenan mientras prede una llama sobre unos troncos húmedos que ha estado recolectando desde que llegamos.

—Es mejor que nada —susurra Martha con sus ojos fijos en el fuego que danza débilmente mientras Brenan se concentra en la llama y la hace crecer poco a poco.

El chasquido de los troncos nos acompaña en el silencio y trato de recuperar el control de mi respiración. No dejo de saborear la sal en la lengua.

—¿Cómo está, mi señora? —pregunta Wesh a Malika y alzo la mirada para comprobar cuál es la respuesta de la reina.

Si he de ser sincera, me impresiona su fortaleza. Ha sufrido un intento de asesinato, amenazas de muerte, está embarazada, ha atravesado el maldito mar y todavía parece una fuerza imparable capaz de doblegarnos con una sola mirada. Es fácil olvidar que es humana porque rezuma un poder que algunos brujos soñarían con poseer.

—He estado en situaciones peores, créeme, Langeland —dice entre dientes un instante antes de girarse hacia nosotros. Sus ojos relucen con las llamas—. Tengo que agradecerlos a todos vuestro sacrificio. No me debéis nada, pero aquí estáis y todo por salvarme la vida. Gracias.

—Es un honor —replica Rebecca y todos asentimos ante sus palabras. Puede que sea una mujer difícil, pero no la hace menos increíble. A pesar de todo.

—Artai pagará habernos conducido a esto —dice Malika con seguridad y no puedo dejar de pensar en cómo podría aprovecharme de ese odio. Porque si Malika carga contra Artai, sería la aliada que necesitamos.

—Y nosotros estaremos contigo —replica Brenan, que parece haberme leído la mente.

Ambos obtendremos una ventaja para los aquelarres.



No dormimos en toda la noche. Tan solo aguardamos a que el amanecer traiga algo de calma para poder salir de este pegajoso agujero. Y, cuando la lluvia cesa y el frío nos cala hasta los huesos, por fin, aparece el sol abrazando la superficie del agua.

Por suerte, encontramos un pueblo costero con gran movimiento de comercio a menos de medio día de camino. Nos encontramos en Shatsalt, mucho más cerca de nuestro destino de lo que esperábamos. Tan solo nos queda un día de camino hasta Kretalia, la capital de Valke. El hogar de Malika.

Así que, con el dinero de la reina, logramos comprar cuatro caballos a pesar de las reticencias del comerciante con el que negociamos.

Debemos de tener un aspecto horrible, pero pagamos unos cuantos krons de más para que nos entregue los caballos ensillados y listos para el viaje. Probablemente se pregunte qué hace un grupo de lo que parecen mendigos con semejante cantidad de dinero.

—Estamos en casa —dice Rebecca mirando alrededor con una sonrisa triste en los labios.

—¿Llevas mucho tiempo fuera? —pregunto mientras esperamos a que el comerciante prepare

los caballos.

—Siete años —dice y noto el nudo de emoción en sus ojos.

—Siento que hayas pasado por eso —susurro, pensando en lo que ha tenido que pasar. Años de dolor lejos de su hogar. Sé lo que es estar retenida en contra de tu voluntad, sirviendo a alguien a quien detestas. Presa de la voluntad de otro.

—Pensaba que no querría volver al Reino Dorado nunca más, pero ahora que estoy aquí, solo pienso en volver y destruir ese castillo y a todos los que viven en él. —Rebecca no deja escapar ni una sola lágrima, pero sus ojos anegados me hablan del horror que ha debido sufrir a manos de la nobleza.

—Quizás ese día llegue antes de lo que piensas —comenta Malika que ha estado escuchando toda nuestra conversación—. Y yo seré la primera en las filas.



Cabalgamos hasta la extenuación. No comemos y apenas bebemos, pero estamos tan cerca que solo queremos llegar para poder descansar. Clarisa no mentía al decir que este país es solo polvo y arena. Es un maldito desierto árido.

La temperatura es asfixiante y seca y, cuanto más nos alejamos de la costa, el calor se me pega a la piel como si pretendiera exprimirme hasta la última gota. No creía que el sol fuera capaz de castigarnos con tanto ahínco, pero lo hace. Nos quema los brazos y nos levanta ampollas en la piel.

Cabalgo junto a Brenan y él se quita la camisa para cubrirme la cabeza con la tela a modo de turbante, pero eso no evita que el sol me destroce. Me queman los párpados y la espalda de Brenan se convierte en un horno al que tengo que sujetarme por instinto.

Estoy a punto de caerme del caballo, mareada y deshidratada cuando veo a lo lejos unos edificios blancos como la leche que parecen surgir de la mismísima arena, poco más que un espejismo.

—¿Es aquí? —pregunta Kallian en un jadeo cuando llegamos a las puertas de la inmensa ciudad.

Los edificios de un blanco impoluto destacan sobre el naranja de las dunas que nos rodean en todas direcciones y, como una promesa de vida, a lo largo de la ciudad, un río atraviesa las calles.

Noto los labios resecos, las fuerzas me fallan, pero noto en la palma de las manos la risa aliviada de Brenan y suspiro. Tengo ganas de llorar de felicidad. Por fin.

—Bienvenidos a Kretalia —dice Malika con una sonrisa radiante y nos aventuramos en la ciudad con la poca voluntad que todavía nos guía.

Después de un baño caliente en la lujosa habitación que me han asignado, vuelvo a sentirme viva. Mi piel despidе un delicioso olor dulzón a perfume y la ropa ligera con la que me han vestido, de gasas vaporosas que fluyen con el movimiento, me agradan más de lo que jamás habría imaginado.

Desde mi habitación, rodeada de un aire fresco que mueve las suaves cortinas de lino, observo las dunas anaranjadas del vasto desierto que nos rodea y debo reconocer que es impresionante. Letal y fiero, como todas las cosas hermosas.

—Estás preciosa —susurra Martha sentada en un diván a mi espalda, mordisqueando unas uvas que tienen una pinta succulenta.

—Gracias, creo que este vestido me gusta más que esa armadura mojada —bromeo acercándome a ella.

—A mí también.

Cuando llegamos al palacio, apenas parecíamos algo más que despojos. El consejo de Valker se sobresaltó mucho cuando llamamos a su puerta y vieron el estado deplorable en el que se encontraba su reina.

Nos han dado todas las atenciones que podríamos haber deseado y, tras unas horas de cuidados, me he recuperado lo bastante. Ahora, me resisto ante la idea de abandonar este lugar tan rápido. No quiero volver a los caminos a investigar una plaga.

—¿Este era el gran viaje que esperabas? —pregunto inclinándome sobre la bandeja de fruta que nos han servido tras el baño.

—La verdad es que no sé qué esperaba, pero estoy satisfecha. Estamos aquí, la reina está a salvo y he descubierto que usted es una bruja. Por raro que parezca, me alegro. —Ella compone una sonrisa tierna y suspiro.

—¿Te alegras?

—Me alegro de haber podido conocerla antes de enterarme porque, cuando confesaron que eran brujos, no me importó en absoluto. No sois los monstruos que nos obligan a creer que sois. Tú me has protegido, te has preocupado por nuestra seguridad, así que me da igual lo que ellos digan —dice sonriendo ampliamente.

Su sinceridad me conmueve y, sin mediar palabra, me acerco a ella y la estrecho entre mis brazos en un abrazo que recompone grietas que creía que jamás sería capaz de sanar.

Ellos me han visto: Martha, Kallian, incluso Clarisa... Han sido humanos que han podido verme y no les ha importado. No me han llamado monstruo o han rehuido mi contacto. Me han aceptado y eso sana partes de mi alma. Me completa en sentidos que no llego a comprender del todo y río con Martha. De alivio, de felicidad; completa.

—Gracias —digo con un nudo de emoción—. Por cierto, me llamo Elina.

—Es un placer escuchar su verdadero nombre, mi señora.

—No me llames así, yo soy ninguna noble. Todo era un truco —reconozco—. Siento haberte mentido, pero tuve que hacerlo.

—Lo he supuesto... —titubea—. Le he sido leal a la corona desde que les sirvo, amo mi pueblo, pero he visto lo que hacen. He hablado con Rebecca, yo misma he visto el ataque a la reina de Valker... El Reino Dorado está más podrido de lo que esperaba.

—Todos los reinos son un poco corruptos —medito en voz alta, sabiendo que es la realidad: siempre habrá alguien con poder que trate de aprovecharse de otros.

—¿Vas a salvar a tu pueblo? —me pregunta mi doncella, mirándome con curiosidad.

—Puedo intentarlo —prometo, sabiendo que no estoy preparada para ello. Ni de lejos.

□

Durante el día siguiente, simplemente descansamos. No veo a los demás salvo para la cena en donde nos reencontramos como si fuéramos otras personas distintas a las que llegaron aquí. Me informan de que Rebecca ha ido a reencontrarse con su familia y espero que recomponga sus partes rotas.

Kallian y Martha no nos acompañan a la cena, pero la reina Malika sí. Ha recobrado la vitalidad en su piel morena y nos sonríe ataviada con un vestido ligero que susurra sobre las baldosas de terrazo del salón.

—Cuánto me alegro de veros —dice a modo de saludo y debo reconocer que está de mucho mejor humor que durante el viaje.

—Es un placer recibir su hospitalidad —responde Wesh que llevaba estudiando su copa desde que los guardias valkerianos nos han acompañado amablemente hasta aquí.

—Tiene un castillo increíble, mi señora —elogia Brenan que mira satisfecho a su alrededor.

Lleva una camisa oscura de lino que se le abre ligeramente a la altura del pecho y a través de la cual puedo ver unos colgantes que le acarician la piel bronceada. Debería fijarme en otras cosas, pero me entretengo en adivinar lo que se esconde bajo la tela.

—Espero que hayáis podido descansar —dice Malika sentándose a la cabecera de la mesa—. Ha sido un viaje de lo más tortuoso. Gracias, de nuevo, por vuestra ayuda.

—Agradecemos sus atenciones, pero tenemos que partir de inmediato, mi señora —dice Wesh cuando por fin levanta sus ojos de la bebida y se dirige únicamente a Malika—. Sería una gran ayuda que nos proveyera de transporte y víveres para poder concluir la segunda parte de nuestro viaje.

—¿Tan pronto? —inquire la reina y nos mira tanto a Brenan como a mí, buscando confirmación.

Puede ser porque hemos atravesado el mar, o porque Valke es todo lo opuesto al Reino Dorado, pero aquí siento que estoy fuera de las garras del control de Artai, o de Nazar, o de cualquiera que pudiera haberme intimidado antes. Quizás por eso me parezca tan mala idea ir a investigar la plaga.

Mi interés personal es tratar con Malika una forma de poner a salvo a los aquelarres, aunque no puedo ignorar que las vidas de la población del Reino Dorado dependen de nosotros.

—Mi rey nos ordenó... —comienza a decir Wesh.

—¿Todavía sigues bajo sus órdenes? —pregunta Malika incrédula, fulminándolo con la mirada—. ¿Después de todo?

—Mi señora, la plaga que íbamos a investigar afecta al reino. Hay muchas vidas que dependen de ello.

Y, por mucho que me moleste admitirlo, Wesh lleva razón. Puede que Artai sea un tirano, pero el pueblo no merece ser abandonado a su suerte. No quiero ser yo la que acompañe a Wesh, necesito firmar mis propios tratados, pero no quiero que vaya solo.

—Iremos, pues —corroboro a regañadientes porque, aunque esté cansada y exhausta, es lo que tengo que hacer.

—Pues entonces, iremos —afirma Brenan, lanzándome una mirada cargada de lealtad que me sorprende. Quizás sea cierto que me seguiría al fin del mundo.

—De acuerdo, puedo conseguir todo lo que necesitéis. Pero recordad que aquí siempre tendréis un hogar —musita Malika estudiándonos con esos ojos peligrosos a los que ya me he acostumbrado.

Se acaricia el vientre con ademán distraído y sonrío levemente con esperanza. Puede que el bastardo de Artai sea algún día más tolerante con las brujas. Después de todo, quizás haya

esperanza para la monarquía del Reino Dorado.



Tras la cena, uno de los guardias valkerianos me acompaña a la biblioteca. Antes de partir, tengo algo que hacer.

La última vez que estuve en una biblioteca, casi la quemo hasta sus cimientos, pero aquí no hay un viejo nauseabundo que desee poner sus garras sobre mí. Aquí no hay censura o medias verdades y eso me da mucha más esperanza de la que me habría gustado.

Mi propósito es buscar información. Apenas había nada de utilidad en la biblioteca de Surelia y, como he aprendido que la historia depende del narrador, espero que los valkerianos hayan registrado lo máximo posible sobre el Reino Dorado. Una pista o un indicio sobre dónde podría encontrarse el hermano perdido de Artai sería todo lo que necesito. Todavía tenemos que solucionar eso. No se me olvida que Clarisa sigue atrapada allí con él.

Paseo entre las estanterías y ojeo algunos libros que me parecen interesantes, pero no acabo encontrando nada de valor, por lo que me siento en un sillón a ojear una antología sobre cuentos populares de Valke. Ansío saber cómo son las costumbres en esta tierra, cómo cohabitan humanos y sanadores porque deseo lo mismo para mi pueblo.

En algún punto, debo de dormirme porque cuando me despierto, la oscuridad se cierne sobre todo y una brisa cálida entra por los ventanales abiertos de par en par. Las cortinas se agitan para dejarme ver un manto de estrellas inmenso donde encuentro constelaciones que jamás había visto.

En ese momento, escucho un ruido. Unos pasos suaves sobre las baldosas que parecen venir de detrás de una de las estanterías. Frunzo el ceño y me llevo rápidamente la mano a la daga de mi abuela que llevo conmigo por costumbre.

Me levanto rápidamente y me encamino hacia el ruido a través de la penumbra. ¿Quién merodearía por una biblioteca en la más completa oscuridad? Frunzo el ceño mientras aferro la daga y cuando me adentro en el pasillo, mi corazón se detiene.

—¡Joder! Vaya criatura violenta estás hecha —exclama Brennan llevándose un libro al pecho y suelto un suspiro cuando veo cómo alza las manos en señal de paz sin soltar el libro.

—¿Qué haces aquí? Me has asustado —susurro, bajando el arma y esperando a que los latidos de mi corazón se ralenticen lo suficiente como para que no me tiemblen las manos.

—No podía dormir, *princesa* —responde, analizándome con ojos brillantes.

—Podrías haber encendido alguna luz.

—No quería molestar a nadie.

—¿Qué llevas ahí? —pregunto mirando el libro.

—No es nada, estaba buscando algo para entretenerme. Además, ¿qué haces tú aquí?

—Me he quedado dormida en el sillón —digo señalando el lugar donde un instante antes estaba totalmente inconsciente.

—Bueno, pues parece que ambos nos hemos desvelado. — En sus palabras, se cuele un tono juguetón al aproximarse a mí. Su actitud cambia y se vuelve amenazadoramente seductor.

—Yo no diría eso, tú me has despertado —susurro cuando sus manos rozan las mías y su cuerpo me acorrala lentamente contra la estantería.

—¿Te apetece venir a dormir conmigo? —Me devora con esos ojos animales y, pese a todo lo que hemos vivido, no sé qué responder.

—¿Estamos en ese punto? ¿Dormir abrazados como si no hubiera pasado nada?

—Si prefieres hacer otras cosas...

—Sabes a lo que me refiero.

—Haremos lo que tú desees; cualquier cosa. Estoy dispuesto a entregártelo. Ya te lo dije: me rindo ante ti. —Habla tan cerca de mis labios que su boca me roza y siento un cosquilleo en la piel. Quiero que me bese y me haga olvidar mis convicciones.

—De acuerdo, dormiremos.

Brenan busca mis manos y las agarra con la mano que le queda libre mientras que con la otra sujeta el libro que estaba inspeccionando.

Recuerdo al instante que he dejado los guantes sobre la mesita donde estaba leyendo, pero Brenan no se aparta al tocar la piel ni mis cicatrices.

—Espera, tengo que coger los guantes —digo separándome de él para ir hacia la mesita, pero antes de darme tiempo a dar más de dos pasos, Brenan me detiene y estampa sus labios contra los míos con una urgencia demencial.

—No rehúyas mi contacto, *princesa*. Me dan igual tus cicatrices, te quiero a ti. Tal y como eres —murmura mordiéndome el labio inferior.

Se separa de mí lo bastante como para permitirme ver su expresión y me dedica una sonrisa torcida, esa que siempre ha conseguido hacerme sentir vulnerable. Y si tengo que ser sincera, viviría solo para ver más sonrisas como esa en sus labios.

Por lo que lo sigo de vuelta a su habitación mientras entrelaza nuestros dedos en un agarre seguro que solo me convence de que no tengo que negar lo que soy. He sobrevivido a mis heridas y con eso basta.



Una vez en su habitación, Brenan me conduce hacia la cama, me besa cada rincón del cuerpo y me acaricia con esos labios demenciales. Me recuerda que podemos querernos sin compasión, pero también que está dispuesto a demostrarme cómo ha cambiado.

—No volviste al aquelarre. —No es una pregunta, pero espero que suene como tal.

Estamos tumbados en su cama, las sábanas de seda me acarician la piel desnuda y Brenan juguetea con mi pelo. Tengo la cabeza apoyada en su pecho repleto de tatuajes y permito que su olor me distraiga. No debería, pero lo hago.

—Mis madres no aprobaron el ataque. Actué por mi cuenta. —confiesa—. Así que las desobedecí. La guerra, en parte, es una consecuencia de mis actos.

—Artai atacó primero —le recuerdo, como tantas veces él ha dicho.

—Esa gente murió por mi culpa. —Su voz ronca me sacude el pecho. Más muerte a su espalda, más culpa, más remordimientos con los que tendrá que lidiar.

—¿Y todavía quieres ser líder del aquelarre?

—Me criaron para ello, pero ahora... Ahora creo que simplemente quiero darles una alternativa. Ofrecerles una vida de paz sin tener que ser perseguidos.

—¿Pero es lo que quieres realmente? —Me cuesta imaginármelo ansioso de poder. Este nuevo Brenan no es así.

—Quiero demostrarles a mis madres que soy digno. Siempre me han culpado de la muerte de mi hermano, me han visto como un monstruo, pero les demostraré a todos que puedo ser algo más.

—No eres un monstruo, Brenan —susurro.

—Quisiera creerte. A veces, casi lo consigo —dice mientras me quedo dormida.

## ELINA

A la mañana siguiente, después de desayunar en mi habitación, vuelvo a la biblioteca, pero mi búsqueda es tan infructuosa como la noche anterior. Estoy comenzando a pensar que los valkerianos también podrían tener una biblioteca secreta tras unas de sus cientos de estanterías.

Así que regreso de la biblioteca desilusionada. Nos quedan apenas un par de días antes de tener que volver al Reino Dorado y, a pesar de que hay algo aquí que tira de mi pecho y me anima a quedarme, sé que debemos darnos prisa.

Este lugar es todo lo que había soñado en los momentos en los que el aquelarre se sentía como un mundo nuevo y extraño. Valker transmite una tranquilidad a la que quiero aferrarme. La magia aquí es algo cotidiano y nadie tiene que esconderse en la espesura del bosque a la espera de que le corten el cuello unos cazadores despiadados.

Comienzo a querer cosas para las que no sé si estoy preparada. Nunca he pensado en el aquelarre como una responsabilidad, pero al ver a los brujos aquí, viviendo tranquilamente, no puedo evitar querer eso para mi propio pueblo.

Sí, quizás no me acogieron ni me ayudaron cuando más lo necesité, pero nadie merece vivir con el miedo constante de cuándo volverá a ser el siguiente ataque. Nadie debería esconder lo que es por miedo a ser asesinado. Y ninguno de los que viven en el aquelarre merecen eso.

Mis zapatos de suela fina se deslizan por los suelos de mármol del pasillo y apenas hacen ruido. Jamás he tenido unos zapatos tan hermosos. He estado acostumbrada a las botas, al barro y al sudor. No lo cambiaría por nada, pero adoro también la delicadeza de las cosas hermosas.

Atravieso un par de salas decoradas con flores que crecen en todas partes y despiden un olor a polen delicioso. Las abejas pululan por las ventanas abiertas y el zumbido me distrae mientras miro a través de los ventanales hacia el río brillante que refleja los rayos de sol con destellos dorados. Este lugar es un sueño.

No tengo nada que hacer hasta la hora de la cena y me gusta demasiado deambular por este palacio, así que recorro los pasillos con tranquilidad, deteniéndome en cada sitio que me parece lo suficientemente interesante.

Estoy inspeccionando un mapa colgado en la pared cuando una sombra llama la atención en mi visión periférica. Me giro al instante porque juraría que estaba sola en esta sala y en cuanto mis ojos reconocen ese rostro de facciones duras, me quedo petrificada en el sitio. Sus ojos claros. Su barba incipiente. Su cabello largo. Artai.

El rey pasa de largo con rapidez y se marcha por una puerta lateral como si fuera un fantasma. Mi corazón se detiene porque lo más probable es que haya venido a matar él mismo a Malika.

—¡Taranis! —Lo llamo, intentando parecer amigable, pero él continúa su camino.

El latido de mi corazón se desboca y solo es necesario un instante para que él se dé cuenta de que lo estoy siguiendo. Echa a correr sin pensarlo dos veces y me lanzo a la carrera para seguirlo. ¿Por qué vendría solo? Artai no es de los que pelean sus propias batallas.

No obstante, si su plan es acabar con su bastardo, no voy a permitir que llegue hasta la reina. Giro la esquina por la que acaba de desaparecer y veo su espalda mientras corre por un pasillo dorado, tan rápido que creo que no seré capaz de alcanzarlo.

Corro con todas mis fuerzas, pero estos malditos zapatos no están hechos para ello. Maldigo entre dientes mientras noto un tirón en el pecho en cuanto creo que voy a caer de bruces sobre el suelo. Derrapo y tardo un instante en estabilizarme.

La figura de Artai desaparece tras una puerta y aprieto los dientes con frustración. No va a escaparse, maldita sea.

—¡Detente! —grito más consciente que nunca de cada latido de mi corazón. Sé que Artai no me obedecerá, pero espero ganar tiempo distrayéndolo para lanzar mi magia contra él.

Atravieso la puerta y un jarrón sale volando en mi dirección. Parpadeo confusa justo antes de esquivarlo y que se estrelle contra la pared a mi espalda sin dar crédito a lo que está sucediendo. Me ha lanzado un maldito trozo de porcelana.

Veo la figura esbelta del rey, su cuerpo agitado por el esfuerzo mientras sostiene otro jarrón entre los dedos, listo para lanzármelo a la cabeza. Tal vez acierte esta vez.

—¿Taranis? —pregunto incapaz de entender por qué me mira con esa mezcla de extrañeza y terror, como si no me conociera en absoluto.

—Deja de llamarme así. Atraerás la atención, ese nombre no trae nada bueno. —La voz calmada que me responde no se parece en nada al tono autoritario que me ordenó que me casara con Wesh.

—¿Quién eres? —pregunto alzando las manos en señal de paz, mostrándole las palmas de mis manos para que sepa que no lo atacaré.

—Podría preguntar lo mismo —replica sin dejar de observarme con los mismos ojos de Artai.

Joder, ¿acaso los brujos de este reino pueden tomar la forma de otros? Malika no mencionó nada de eso, pero no significa que no pueda hacerse.

—Soy Elina. —Por alguna razón, uso mi verdadero nombre y el falso Artai me estudia entrecerrando los ojos. Los rizos castaños rebotan sobre sus hombros y contengo un improperio. Es una réplica de nuestro maldito rey—. Te pareces al rey del Reino Dorado.

—Soy rey del Reino Dorado —contesta y frunzo el ceño incapaz de entender qué es lo que está pasando.

—Pero has dicho que no te llamas Artai...

¿Quizás sea un brujo que ha perdido la cabeza? No obstante, la forma con la que me estudia parece lo bastante serena. Lúcida.

—Me llamo Aster Castlemore. Heredero legítimo al trono del reino Dorado. —Mi respiración se detiene y la copia exacta de Artai deja el jarrón en una mesita auxiliar cercana—. Ahora dime porqué me perseguías.

Las palabras de mi abuela me rondan: «tienes que encontrar a tu hermano». Pero presa de la muerte como estaba, debió de referirse al hermano perdido de Artai, a *su* hermano.

□

Una hora más tarde, estamos reunidos en un salón decorado con diferentes tonos de rosa, como si se tratara de un pastel gigante con el que han embadurnado todas las paredes, sillones y suelos.

Wesh camina de un lado a otro, peinándose los mechones oscuros de su cabello hacia atrás con nerviosismo y Kallian mira a todas partes menos a Aster. El hermano mayor de Artai y del que, por algún motivo, Malika no creyó conveniente hablarnos.

—Así que tenemos al heredero. —La oscuridad de Brennan contrasta con los tonos pastel de la habitación. Las tinieblas colisionando violentamente contra la luz. Su camisa negra cuelga holgada por sus músculos tensos mientras analiza cada movimiento a mi reciente descubrimiento.

—No tenéis nada, no es un arma que podáis blandir a vuestro antojo. No lo he protegido todo este tiempo para eso —replica la reina mirándonos con fiereza a cada uno de nosotros.

Se interpone entre nosotros y Aster y nos lanza una mirada que dice claramente que, si nos

atrevernos a tocarlo, estaremos muertos antes de poder pestañear. Apuesto a que olvidaría rápidamente su gratitud por haberla traído hasta aquí.

—Has tenido todo este tiempo una solución para nosotros —murmuro incapaz de levantar la vista del terrible parecido. Aster tiene la barba menos espesa que Artai, también parece un poco más... frágil. Pero indudablemente, hay un parecido.

—Estoy aquí, ¿de acuerdo? —dice Aster apartando a Malika a un lado para mirarnos—. Y puedo hablar por mí mismo, gracias Malika.

Su tono con la reina es cariñoso, pero ella parece reacia a dejarlo hablar, como si no confiara en que pudiera con esta situación él solo. La actitud de Malika solo me demuestra que lleva mucho tiempo sobreprotegiendo a Aster pero, ¿con qué propósito?

—Hay otro heredero. No eran simples leyendas. —Wesh todavía no parece consciente de lo real que es esto.

—¿Cómo es posible? —Sé que Brenan debe estar intentando moderar su tono, pero sus palabras suenan a exigencia. Todos estamos demasiado sorprendidos como para fingir que esto no nos afecta.

—Es una larga historia —comenta Malika quitándole importancia con un gesto vago de la mano. ¿De verdad está negándonos información después de haberla escoltado? Hemos arriesgado la vida por ella.

—Maldita sea, Malika. —Aster da un paso adelante y nos mira un instante.

Él sabe perfectamente quiénes somos, hemos tenido la oportunidad de presentarnos hace un momento cuando todos se han quedado tan boquiabiertos como yo al verlo por primera vez.

—Al parecer, mi padre quería matarme por esto —dice señalándose una marca que se extiende por su brazo hasta prácticamente la muñeca—. Pensó que estaba maldito y, como madre murió en el parto, creyó lo que sus consejeros le habían dicho: que yo traería desgracia al reino.

»Nací en mitad de la Guerra Sangrienta, brujos y humanos luchando por el poder, así que mi padre creyó que mi marca era una maldición de las brujas. Estaba dispuesto a sacrificarme, pero Briana Nordvik me salvó. Me trajo aquí y me puso a salvo. Ella se encargó de extender el rumor de que yo había sido asesinado y mi padre esperó que fuera verdad: que las brujas habían acabado conmigo.

El nombre de mi madre resuena en la estancia y rebota en las paredes, pero creo que soy la única que lo escucha. Mi madre arriesgó su vida por él. Desde luego, tenía la posición para hacerlo.

—¿Cómo te atreves a hablar así del rey Haco? —Wesh se encara con Aster y frunzo el ceño incapaz de comprender cómo puede seguir siendo leal a la corona que sabe que le ha dado la espalda. Mandaron a unos malditos asesinos a por nosotros. A por él.

—¿Cuándo sucedió eso? —pregunta Brenan sin levantar la vista de Aster.

—Hace casi treinta años, la Guerra Sangrienta jodió a mucha gente, al parecer —comenta sarcásticamente la reina mirando a Aster con preocupación.

Reconozco ese tipo de mirada, porque es la misma forma en la que Wesh mira a Clarisa. No son hermanos de sangre, pero probablemente se han criado juntos como si lo fueran. Por eso lo protege.

—Él es la solución para el Reino Dorado —susurra Brenan buscando mis ojos, como si realmente buscara mi opinión sobre el tema. ¿Acaso es este nuevo Brenan real?

—Mi madre era Briana Nordvik —musito buscando en Aster más información sobre ella, algo a lo que aferrarme.

Mi madre salvó a un bebé de ser asesinado por la ignorancia, aprovechó su lugar en la corte

para ello. Al final, ella tampoco le dio la espalda a lo que era justo, pero sigo preguntándome porqué renunció a su magia. Y, probablemente, nunca lo sepa.

—Le debo la vida, ¿cómo está? —pregunta Aster con una medio sonrisa.

—Muerta —susurro, bajando la mirada.

—Lo siento mucho.

El silencio que se forma solo me trae a la memoria a mi madre. A su forma autoritaria, a sus abrazos y sus lecciones. Fue mi madre, pero también fue una mujer, una bruja, una Nordvik que eligió buscar la esperanza en un mundo corrupto. Y no puedo culparla por eso. Espanto las lágrimas y suspiro.

—¿Quieres tu reino, Aster? —pregunta Brenan.

Tras sus ojos, veo los planes que tiene para Aster y todas las opciones que se abren ante nosotros. Esta es la oportunidad que estábamos esperando. Un nuevo heredero, criado en un lugar donde se cohabita con la magia. Un lugar más tolerante.

—He intentado hacer entrar en razón a Malika en más de una ocasión, pero no me ha dado acceso al consejo del reino.

—No estás preparado —replica la reina, enfadada.

—¿Y por eso permites que esclavicen a tu pueblo? —inquieta Aster con el ceño fruncido, como si hubieran mantenido esta conversación cientos de veces—. No soy un niño.

—Sabes de sobra que tengo al ejército preparado para atacar, pero no vas a venir con nosotros —dice Malika.

—Él podría ser la esperanza para nuestro reino —declaro sin poder apartar la vista de Aster. Es tan alto y fuerte como Artai, pero su mirada es más amable.

—Morirá mucha gente —dice ella, llevándose las manos al vientre para acariciarlo en movimientos mecánicos. Es testaruda.

—Llevas su hijo dentro y, ¿crees que él tendrá compasión? —añade Brenan estudiándola con la mirada.

—No dejará de venir a por ti —le recuerdo porque, aunque me cueste admitirlo, Artai es lo bastante cruel como para seguir intentando matarla a ella y a su hijo.

Ambos avivamos el fuego que necesitamos: una guerra.

—Estáis sugiriendo una maldita revolución, joder. —Wesh nos mira como si no fuera capaz de procesar los acontecimientos. Y, aunque le duela, él ya no tiene poder aquí.

—¿Pretendéis manipularme? —dice Malika entre dientes, temblando de furia—. No tenéis que decirme cómo gobernar mi reino. Llevo meses reuniendo a mis tropas, lista para atacar. No necesito que nadie venga a decirme que tengo que iniciar una guerra. Yo ya he ganado esta maldita guerra incluso antes de lanzarme al campo de batalla, pero no vais a decirme que lleve a mi hermano para salvaros el culo. Joder.

—No podéis, por el Santo —gruñe Wesh, alzando la voz.

—Tu cabeza tiene precio, Malika —dice Brenan, ignorándolo.

—Pero no la de mi hermano.

—Quiero pelear por mi pueblo y liberar a los brujos —insiste Aster. Está convencido de ello y ver en él deseos de salvar a un pueblo que todavía no lo reconoce como rey me hace confiar más en nuestro plan.

—¿Y cómo piensas hacerlo?, ¿te pondrás una armadura y te lanzarás al campo de batalla? —inquieta Malika frunciendo sus cejas oscuras—. Eres un rey, no un soldado.

—Si tengo que mancharme de barro y sangre, es lo que haré —declara Aster, asintiendo sin dudar.

—Y nosotros estaremos de tu parte. —Me escucho decir, buscando la corroboración de Brenan hasta que él asiente.

Malika nos mira con ira, pero también con algo más: esperanza. Si es cierto que lleva meses reuniendo a su ejército, es que ya estaba dispuesta a enfrentarse a Artai. Nosotros solo somos el empujón que necesitaba.

No llego a comprender cómo podía tener una aventura con el enemigo de su pueblo, pero, en cierto sentido, sé que no elegimos de quién nos enamoramos.

—Estáis locos —declara Wesh, atónito.

—Pero iremos a la guerra —susurra Malika.

## 49

### ELINA

Convencer a Wesh de que la única solución es enfrentarnos a Artai se convierte en una odisea. Su lealtad es inquebrantable. No obstante, le prometemos dejar con vida a Taranis.

Y, cuando Malika le jura a Wesh que tendrá clemencia, él accede. No obstante, no me fío de dejarlo sin supervisión y que vaya corriendo a contarle nuestros planes a Artai. La única condición que pone Wesh es que vayamos a investigar la plaga durante un único día.

Su conciencia no le permite mirar hacia otro lado mientras haya pueblos enteros arrasados por una enfermedad letal. Por petición de Malika, Rebecca viene con nosotros para tratar de ayudar.

La reina nos ofrece todos los recursos necesarios para el trayecto hacia Northriver y prometemos volver lo antes posible para organizar la estrategia que seguiremos contra el Reino Dorado. La esperanza es tan fuerte que me tiemblan las manos de expectación. Por fin, podremos liberar al pueblo y no tendremos que vivir con miedo. Nunca más.

Por lo que partimos a la mañana siguiente acompañados de unos cuantos soldados valkerianos. Brenan me lanza miradas inquietas, pero no hablamos hasta atravesar la frontera y volver a la región de Northriver.

Wesh y Kallian, que no ha dudado en acompañarnos, se adelantan en una misión de reconocimiento junto con algunos soldados y, cuando llegamos al primer pueblo arrasado, mi buen ánimo se ve ensombrecido por la muerte.

No me había hecho a la idea del horror que nos encontramos. Las calles están repletas de sangre y cadáveres.

El viento susurra las atrocidades por las que han tenido que pasar estas personas antes de morir y un escalofrío me recorre la espalda cuando revisamos cada uno de los rincones solo para descubrir que no hay supervivientes.

Los soldados se miran horrorizados entre sí y sé exactamente lo que están pensando: quieren largarse de aquí y no arriesgarse al contagio.

—¿No podrías averiguar qué es lo que ha causado esto? —pregunta Wesh en dirección a Rebecca cuando todos desmontamos de los caballos para inspeccionar los cuerpos.

—Es como si hubieran peleado entre ellos... —dice Kallian tratando de dar con las palabras

correctas para describirlo, pero no hay nada correcto en el horror que se desencadena frente a nosotros.

—Los informes decían que los enfermos se volvían violentos y atacaban a los demás —dice Wesh, desesperado. Perdido.

—Pero esto es... —musito, inclinándose sobre un cuerpo desgarrado.

El olor a podredumbre y a descomposición es asfixiante, pero trago con dificultad y me fijo en las heridas defensivas del cadáver. Tiene rasguños por todo el cuerpo, como si hubieran tratado de atacarlo desesperadamente.

—Es una carnicería —reconoce Brenan secamente.

—Wesh, esto no parece una enfermedad.

Las palabras de Rebecca se desvanecen entre nosotros, interrumpidas por un grito desgarrador que atraviesa la noche como una espada afilada y nos giramos hacia el origen del ruido. Demasiado cerca de nosotros. Sin duda, proviene de una de las calles de este pueblo fantasma.

Busco mi daga por instinto y la sostengo incapaz de ver nada a través de los edificios desiertos que nos rodean. Wesh, que estaba a mi lado, ya ha desenvainado su espada y se separa de mí con una expresión indescifrable en el rostro.

—Vamos, soldados —ordena mientras hace un gesto hacia los valkerianos. Los conduce sin titubear por la calle hacia el origen del ruido, mientras nos dice al resto—: ¡Quedaos ahí!

El sonido de su armadura en la oscuridad es lo único que soy capaz de percibir justo antes de que los gritos se alcen por encima de todo lo demás. Es aterrador cómo rasgan el aire.

No sé si Wesh esperaba que obedeciera, pero, desde luego, no pienso hacerlo. No cuando puede que estemos en peligro. Todos nos abalanzamos tras él, pero me quedo rezagada cuando una de mis botas se me atasca entre los escombros. Forcejeo hasta liberarme y corro en la dirección que ha tomado el grupo.

Antes de llegar, ya sé que algo anda terriblemente mal. Desde el otro lado de la calle, se escucha cómo las espadas golpean la carne y cómo los cuerpos caen al suelo. Los gritos de dolor son desgarradores y el movimiento se convierte en un borrrón sangriento cuando descubro que nos están atacando.

Hay brasas que se derraman por el suelo e intuyo que Brenan ha usado su poder. El fuego reptaba hacia uno de los edificios, donde comienza a formarse un incendio que ilumina los rostros desencajados de mis compañeros y de nuestros atacantes. Tardo un instante en procesar lo que estoy viendo, pero, aun así, jamás habría imaginado que eso fuera posible.

Las criaturas, porque no hay otra forma de llamarlas, parecen extrañamente humanas, pero sus colmillos afilados y la sangre que se derrama por sus fauces me advierte que son más peligrosos de lo que parecen.

Una chica, de no más de quince años, me mira fijamente. Podría parecer inofensiva, pero sus dedos se arquean como garras y sus ojos están sumidos en una bruma roja mientras me dedica una mirada escalofriante, justo antes de lanzarse hacia mí.

Sus labios todavía tienen restos de sangre y carne del soldado que yace a sus pies y su locura se derrama en un grito desgarrador, como si la dominara un dolor insoportable.

Mientras la chica corre hacia mí, las imágenes del pasado con el que trato de lidiar me ciegan durante un instante. Porque sé exactamente qué es esta criatura. Porque yo he sido como ella y eso solo puede significar una cosa: magia de sangre.

La chica llega hasta mí, su boca se contrae en una mueca grotesca, como un animal que enseña los dientes con la intención de advertir a su presa antes de degollarla. Solo que no voy a permitir que estas criaturas nos venzan; no esta noche, al menos.

No tardo ni un instante en invocar al fuego que prende la ropa andrajosa de la chica y la convierte en una bola en llamas que se retuerce en un intento por escapar del calor abrasador.

Huele a carne quemada y derretida, pero contengo las arcadas y avivo las llamas hasta que la criatura cae al suelo y se encoge hasta que deja de sacudirse con espasmos irregulares.

A través del fuego, veo una sombra. A mi alrededor, los soldados luchan contra las criaturas y la sangre impregna el aire, pero yo no puedo apartar la vista de esa figura que me contempla con fría calma. Nazar me devuelve la mirada y veo sus colmillos relucir a través del fuego.

Esto es obra suya. Jamás pensé que sería capaz, pero lo ha hecho. Ha llevado a cabo sus planes, tal y como siempre prometió y, aunque las criaturas parecen descontroladas, sirven a su propósito.

Lanzo una bola de fuego en su dirección. No me doblegaré más ante mis miedos, no cuando la vida de mis amigos está en juego y me revuelvo contra Nazar. Empuño mi daga y avanzo a través de las brasas.

Mi padre parece satisfecho de sí mismo y no aparta sus ojos calculadores de mí. Quiere verme luchar.

—Has elegido el bando equivocado, cielo —ruge y dirijo todo el aire que soy capaz de reunir hacia él.

Quiero destrozarle cada hueso podrido, cada músculo infectado y hacerlo desaparecer. Quiero venganza por todo el daño, pero unas volutas de fuego se lo tragan. Desaparece y lo busco con rabia contenida, pero no soy capaz de atisbarlo.

Cuando me doy la vuelta, veo a Brennan luchando con una de las criaturas. Tiene una herida en el brazo, pero parece lo bastante estable como para poder invocar a sus sombras y destrozar los huesos de su atacante. La criatura lanza un grito cuando sus piernas crujen y cae al suelo, pero Brennan no le da la oportunidad de contraatacar y le parte el cuello con un movimiento rápido de sus manos.

—¡No dejes que te muerdan! —Es lo único que soy capaz de gritar justo antes de que alguien me lance al suelo con un golpe tan fuerte que me arrebatara el aire de los pulmones.

Me desgarró la carne de las palmas de las manos cuando aterrizo y jadeo mientras intento levantarme del suelo, pero la criatura ya ha llegado hasta mí y trata de rasgarme con sus uñas afiladas. Está sentada a horcajadas sobre mí y la sangre que chorrea por sus labios me cae en la cara.

Suelto un grito de frustración mientras intento quitármelo de encima e invoco al aire que responde con una violenta ráfaga que lo lanza lejos de mi cuerpo.

No me preocupa que me muerdan, a mí no me harán nada porque soy algo parecido a ellos, pero no puedo permitir que los muerdan. No a mis amigos. Si aprendí algo en aquella cueva con mi padre, es que los humanos pierden el juicio cuando se bebe de ellos y no se los mata.

Me levanto trabajosamente del suelo y miro alrededor. El fuego ilumina la sangre mezclada con la tierra y los cadáveres inmóviles. Todavía hay soldados luchando contra las criaturas, pero muchos de ellos yacen en el barro mientras se alimentan de ellos con ese hambre voraz que alguna vez me dominó a mí, con esa sed que nunca era suficiente.

Me lanzo hacia una mujer mayor que tiene la mirada perdida mientras bebe directamente de las venas de uno de los soldados y, sin pensarlo lo más mínimo, llamo al aire y la lanzo contra el edificio en llamas.

Si hay algo que puede acabar con las criaturas es el fuego y, aunque el olor a carne quemada comienza a darme náuseas, sé que es la única opción.

—¡Wesh! —grito buscándolo entre la multitud y la batalla encarnizada, pero solo veo sangre

y gritos de dolor.

Noto un tirón en la pierna y, cuando bajo la vista, descubro una criatura arrastrándose hacia mí por el suelo. Tiene una de sus piernas rotas en un ángulo antinatural y me muestra los dientes, a punto de clavármelos en la piel. Alzo mi espada para darle el golpe de gracia, pero entonces otro de ellos me agarra por los brazos y trata de llegar hasta mi cuello.

Forcejeo contra él y lanzo una patada en dirección al que me tenía sujeta por las piernas. El agarre se vuelve más débil, pero sus uñas se clavan en mi piel y suelto un gruñido cuando se lanza al suelo conmigo, aplastándose bajo su peso. La espada se me clava en el brazo y maldigo entre dientes mientras las lágrimas por el dolor y el cansancio se arremolinan en mis ojos.

—¡Brenan! —Por algún motivo, el nombre que sale de mis labios pidiendo ayuda es el de la única persona del mundo que sé que me ha odiado con una fuerza inquebrantable.

Y, a pesar de todo, de todas las traiciones y puñaladas por la espalda, aparece en un instante a mi lado y utiliza su espada para decapitar a la criatura sobre mí.

La sangre me salpica el rostro y se me mete en la boca, así que escupo el líquido escarlata evitando las arcadas, al mismo tiempo que Brenan me tiende su mano.

Miro esa mano llena de barro y sangre y me aferro a ella sin dudar ni un instante, levantándome del suelo y aferrándome a la espada con fuerza.

—¿Qué cojones son esas cosas? —pregunta Brenan con un hilo de voz, pero apenas puedo pensar en una respuesta coherente.

A nuestro alrededor los cuerpos se extienden sobre el suelo, inmóviles, sangrando y retorciéndose. Busco con la mirada a Wesh, a Kallian o a Rebecca, pero solo soy capaz de distinguir las llamas.

Los gritos de los heridos a los que han mordido llegan hasta nosotros y aprieto los dientes con fuerza, porque si no los han matado las criaturas, sé que no podremos dejarlos con vida. Tendremos que matarlos nosotros.

Parece que hemos ganado este ataque a duras penas, puesto que no queda nadie intentando alimentarse de nuestra sangre, pero las bajas son evidentes y no puedo dejar de preguntarme dónde están los demás.

—Rebecca estaba contigo, ¿dónde está? —La busco con la mirada, pero no la veo por ninguna parte y la aldea no es tan grande. Tiene que estar por aquí.

—Le pedí que huyera al bosque —dice Brenan, estudiando con sus ojos dorados nuestro alrededor.

Las voces y quejidos se acallan y nos quedamos a solas con el rugido amortiguado del crujir del fuego. Me arden las manos de dolor y el corte del brazo me hace apretar los dientes, pero todavía tenemos que encontrar a los demás.

—Vamos a buscarlos —sugiero, evitando pisar la sangre que se extiende por la tierra.

Brenan me sigue de cerca y avanzamos en silencio por el campamento, sorteando los cuerpos caídos y rematando a cada una de las criaturas que encontramos medio moribundas.

—Deberíamos lanzarlos a las llamas. A todos —medito en voz alta y Brenan entrecierra los ojos.

Sus dedos se ciernen sobre mi brazo y me obliga a darme la vuelta para quedar frente a él, luchando contra esa mirada dorada de la que ha desaparecido todo rastro de confusión. Ahora está furioso y sus ojos estudian los cuerpos que nos rodean antes de anclarse en mí y exigirme respuestas.

—¿Cómo sabes lo que hay que hacer con estas bestias? —inquire sin soltarme y trato de sacudirme su mano de encima.

—Te juro que te lo contaré luego, pero ahora tenemos que buscar supervivientes y matar a las criaturas que queden.

—Elina, esto es una puta carnicería. Responde.

—Después, te lo prometo.

Por suerte, su agarre se afloja y el calor de sus manos sobre mi piel desaparece. La mirada que me lanza me estremece.

Tardamos más de lo esperado en encontrar a Wesh y a Kallian que resuellan apoyados contra el tronco de unos árboles casi en la linde del bosque. Están rodeados de cadáveres y parecen haber salido ilesos del ataque, pero sus rostros están cubiertos de sangre y sus espadas manchadas sugieren que no han tenido clemencia.

En cuanto veo a Wesh, me arrodillo a su lado y recorro su cuerpo en busca de heridas. La sola idea de que pudieran haberle mordido me desquicia, pero no puedo encontrar heridas visibles desde donde me encuentro. De todas formas, la luz es insuficiente.

—¿Estáis bien? —pregunto incapaz de apartar mis manos de los brazos de Wesh.

—Casi pueden con nosotros —responde Kallian escupiendo en la tierra. Tiene el labio partido y la cara llena de cortes.

—Estamos bien. —Trata de tranquilizarme Wesh, incorporándose en el suelo componiendo una mueca de dolor y llevándose una mano al costado—. Esas cosas eran demasiado fuertes. ¿Tenéis idea de lo que podrían ser?

—Creo que Elina tiene una ligera idea —comenta Brenan dejándome contra las cuerdas. Estaba claro que tarde o temprano tendría que contarles lo que pasó en aquella cueva, pero esperaba que no fuera necesario.

Los fantasmas vuelven a mí en forma de recuerdos y suspiro. Juré que no volvería a pensar en ello, pero está claro que el pasado siempre me encuentra. Da igual lo rápido que huya, él está listo para devorarme.

## 50

### ELINA

Los cuatro me rodean y me lanzan miradas como flechas que me atraviesan sin clemencia. Necesitan respuestas, pero a mí me aterra confesarles lo que sé. Volveré a ser un monstruo para ellos. Le recordaré a Wesh porqué ha luchado y masacrado a los brujos todo este tiempo.

Poco después de encontrar a Kallian y Wesh, descubrimos a Rebecca rematando a una criatura que se revolvía. Al parecer, la sanadora no le hizo mucho caso a Brenan y se quedó a pelear en vez de huir. Puede que ambas debamos recordarles que nosotras también tenemos poder.

Ahora me rodean en grupo y esperan respuestas, rodeados de cadáveres y fuego. Ni siquiera esperan a limpiarse la sangre húmeda y pegajosa que aún tienen entre las uñas y que les salpica el rostro. Quieren la verdad y les debo una confesión para que sepan contra qué nos enfrentamos.

Para prevenir riesgos, me alejo un poco de Kallian y Wesh, puede que seamos amigos, pero nunca se sabe cómo un odio que llevan fraguando en su interior desde que son pequeños podría hacerles actuar.

—He visto esto antes. Durante ocho años estuve retenida por mi padre. Él experimentaba con un tipo de magia que está prohibida en los aquelarres y me convirtió en su proyecto personal.

—Has usado la magia de sangre, sí, pero esto no se parece a lo que te sucede a ti. Tú te nutres

de la sangre, pero no los matas —comenta Brenan, frunciendo tanto el ceño que sus cejas casi se juntan. Está tratando de unir las piezas y me da miedo que no le gusten las respuestas.

—No, ahora no mato a nadie porque aprendí a controlarme, pero al principio los mataba a todos —susurro, como si así pudiera evitar que la revelación sea menos terrible.

Un silencio crudo se desliza entre nosotros y levanto la mirada hacia ellos. No puedo cambiar lo que he sido, pero deben saber que ya no soy esa persona. No puedo anclarme en el pasado y castigarme por lo que una vez fui. Estoy aquí, he avanzado y he dejado atrás mis demonios. Y no me avergonzaré por ser una superviviente.

—Espera, ¿bebes sangre? —Kallian parece haber procesado la información tan lentamente que reacciona momentos después—. Todos los sabíais.

—No le hago daño a nadie, si eso es lo que os preocupa.

—Pero eso no explica las criaturas, ¿quieres decir que eres una de ellas? —La confusión se extiende por el rostro de Wesh y niego. No quiero que me vea como un monstruo. No quiero que esto le recuerde su odio por los brujos.

—No había visto algo parecido, ni en Valker ni en ningún otro sitio —dice Rebecca, mirando alrededor. La destrucción que nos rodea es desalentadora.

—Has dicho que tu padre experimentó con la magia se sangre —comenta Brenan, animándome a continuar la otra parte de la historia.

—Pasó ocho años torturándome, practicando con su magia de sangre. Consiguió convertirme en un arma: me hacía beber la sangre de los humanos y eso me daba poder, pero acababa matándolos. Hasta que conseguí controlar mi sed, mis instintos. Al comprobar que funcionó conmigo, comenzó a experimentar con humanos, pero eso solo empeoró.

»Los humanos eran menos resistentes porque no tenían magia y, en vez de aprender a controlar su sed de sangre, se volvían violentos, se descontrolaban y atacaban. Si uno de ellos mordía a otro humano, se volvían locos y ambos se atacaban entre sí. Eran impredecibles y no obedecían.

El silencio con el que me responden es la respuesta que necesito. El horror se refleja en sus expresiones manchadas de sangre y barro e inspiro hondo, tratando de no echarme a temblar. No obstante, en vez de lanzarme un cuchillo a la tráquea, me miran con una expresión difícil de interpretar. Juraría que parecen aterrados.

—¿Me estás diciendo que Nazar está controlando a un ejército de humanos locos creados por la magia de sangre que es impredecible e incurable?

—Sí, nunca he visto a nadie más hacer algo así —susurro. Porque sé con seguridad que esto es obra de mi padre.

—Si eso es verdad, todo el reino está en peligro —reflexiona Wesh sin levantar la mirada de sus manos llenas de sangre—. ¿Tan solo un mordisco es capaz de hacer esto?

—Mi padre experimentó mucho con ellos. Solo la saliva transmitía la locura y solo el fuego es capaz de acabar con ellos.

—Debió de ser horrible —dice Rebecca, lanzándome una mirada compasiva. Y sí, lo fue, pero ya no soy esa persona. Ahora solo quiero destruir a Nazar.

—Nazar quiere venganza, él mismo me lo dijo. Ahora tiene un ejército para hacerse con el poder y controlar a los aquelarres —digo buscando la mirada de Wesh para hacerle ver la importancia de esto, pero él no me mira.

—¿Cómo sabemos que ha sido él? —pregunta Kallian, masajeándose el cuello con gesto dolorido.

—Porque lo he visto. Estaba en el ataque —confieso y ellos se giran con urgencia, buscándolo

—. No creo que siga aquí.

—¿Y se ha marchado sin más? Eso no tiene sentido. —Wesh se pasa las manos por el pelo y me estudia con sus ojos grises.

—Sé que lo he visto —declaro.

—¿Qué propones? —dice Brenan dirigiéndose a mí y siento que le importa mi respuesta. Confía en mí y me apoya.

—Malika va a declarar la guerra, esta plaga nos daría ventaja. Debilitará al Reino Dorado y tendremos una oportunidad de ganar —susurro.

—¿Vas a aprovechar que la mitad de la población está siendo exterminada? —inquire Wesh enfadado, no muy convencido por mis palabras.

Sé que la idea de la guerra no le entusiasma, pero ya ha visto de lo que Artai es capaz. Si seguimos permitiéndole al rey que masacre a los brujos y esclavice a los valkerianos, estaríamos dejándole ganar.

—Tenemos ventaja y podemos aprovecharla —insisto.

—¿Y qué nos protegerá a nosotros de esa plaga? —dice Rebecca con los ojos muy abiertos.

—Si matamos a Nazar, acabaremos con todos ellos. Él es quien los creó y, sin un amo, morirán.

No es algo que sepa con certeza, pero Nazar también experimentó sobre ello. Se hacía cortes en los brazos, a la espera de ver cómo se desangraba lentamente mientras las criaturas encadenadas chillaban de agonía al sentir cómo su vida se escapaba entre los dedos. Ellos sentían el dolor de Nazar. Están conectados y, si lo matamos a él, probablemente acabaremos con todo.

—De acuerdo —accede Wesh, estrellando sus ojos, después de lo que parece una eternidad, contra los míos.

—Volvamos a Valke y organicemos esa maldita guerra. —La voz de Brenan llega hasta mí como una promesa. Una promesa de muerte y victoria. Algo en lo que quiero creer.

—Nos arriesgamos mucho.

Rebecca tiene el horror pintado en las facciones, pero asiente lentamente mientras se hace a la idea de que el conflicto es inevitable. No podemos ignorar que hay gente sometida bajo el mandato de Artai y que Nazar también tiene sus propios planes.

—Mejor ellos que nosotros —tercia Brenan, limpiando su espada en la camisa de uno de los cuerpos a nuestros pies.

—Vamos a limpiar esto y regresemos. Estoy con vosotros —dice Kallian asintiendo y todos somos conscientes de que ya no hay vuelta atrás.

Vamos a la guerra.

□

Quemamos los cuerpos y limpiamos las calles hasta que no queda ni una sola criatura que pudiera levantarse de la fría tierra para atacarnos. Casi ha amanecido y el olor a pelo quemado es nauseabundo.

Camino tras Wesh en dirección a los caballos y me masajeo la base del cuello, intentando liberar la tensión que me atenaza cada uno de los músculos. El agotamiento comienza a pasarme factura, pero no podemos detenernos. No ahora que estamos tan cerca de conseguir nuestro objetivo.

—Me muero por un buen estofado —dice Kallian, acercándose a uno de los caballos y sonríe mientras ajusta las riendas.

—No pienso comer hasta que olvide esta carnicería. —Brenan niega con la cabeza y pone los ojos en blanco—. Este olor le revuelve el estómago a cualquiera.

—Yo me conformo con darme un baño —añade Rebecca con un profundo suspiro.

Entonces Wesh cojea levemente y tropieza. Es apenas imperceptible, pero me detengo en mitad de la ciudad en ruinas y mi mundo se detiene mientras lo veo fingir que no pasa nada, que está bien. Pero no está nada bien.

—Wesh —lo llamo y se da la vuelta hacia mí, sus ojos grises confesándome todo lo que sus labios no dicen.

—No te preocupes —dice, pero en sus ojos leo el miedo.

—Wesh —repito con un graznido. No puede ser—. Dime que no es verdad.

—Te prometo que estoy bien.

—Wesh, te han mordido —declaro, comprendiendo su gesto de dolor.

Es instantáneo. Kallian desenfunda su espada y Brenan invoca a las sombras tan rápido que no soy capaz de reaccionar a tiempo. La magia de Brenan lo envuelve, apresándolo con fuerza.

—¡Parad! —grito acercándome a él, buscando la confirmación a mis palabras, pero Wesh se limita a castigarme con sus ojos pétreos.

—¿Por qué no has dicho nada?

—¿Habría cambiado algo? —Suelta una carcajada sin humor y mi mundo se tambalea mientras Brenan afloja su agarre al darse cuenta de que no se ha convertido en una criatura sedienta de sangre.

—Tarda una semana en consumirte. Es literalmente como una enfermedad —susurro mientras Wesh alza la tela de su pantalón para mostrarme la marca de unos dientes. La herida es horrible, pero ahora solo pienso en él, en que acaban de robarnos todo el tiempo que teníamos.

—¿No puedes hacer nada? —pregunta Kallian a Rebecca con expresión desencajada, pero si ella pudiera haber hecho algo, no habríamos quemado todos esos cuerpos.

—Solo puedo curar heridas, no deshacer la magia de sangre —dice ella de todas formas.

—Pues démonos prisa —dice Wesh entre dientes.

## 51

### ELINA

Hace menos de medio día que hemos vuelto a Kretalia y el mundo se ha oscurecido desde que llegamos. Al parecer, incluso el cielo sabe que no nos espera nada bueno.

Cada resquicio de mí se deshace bajo la lluvia, pero aguanto bajo las gotas de agua y permito que me calen hasta la médula. El frío helado me recorre los brazos y penetra en mi piel, vaciando mi alma de cualquier cosa. Solo necesito dejar de pensar. Solo necesito olvidar, aunque sea durante un maldito instante, este dolor insoportable que me recorre el pecho y me aprieta las entrañas.

Las lágrimas se mezclan con la lluvia torrencial y, aunque me encantaría gritarle al cielo porqué ha decidido arrebatarme a Wesh, me guardo el dolor dentro y lo alimento de rabia, de frustración o de cualquier cosa que hubiera en mi alma. Hago que todo se reduzca a cenizas y lloro en silencio, esperando que la lluvia se lleve lo que yo no puedo afrontar.

Wesh va a convertirse en una criatura sedienta de sangre. Dejará de ser él mismo y lo perderé para siempre.

El cambio todavía no ha comenzado, pero solo es cuestión de tiempo. Algunos humanos tardaban algo más de una semana en convertirse en criaturas salvajes dominadas por la sed, pero no hay más tiempo. Ni siquiera me atrevo a pensar en el momento en que eso le suceda a Wesh. Es demasiado.

Cuando comienzo a tiritar, decido volver al interior del palacio y castigarme al menos un instante más viendo cómo Wesh es consumido por el veneno y cómo su interior se retuerce de dolor. Si no puedo salvarlo de esto, al menos puedo acompañarlo hasta el final.

Al entrar en su habitación, el olor a salvia quemada me hace arrugar la nariz. Rebecca me mira desde una silla donde se encuentra sentada, sosteniendo un paño húmedo que coloca con suavidad sobre la frente de Wesh.

Su cabello oscuro se le pega a la frente y esos ojos grises que tanto han luchado contra mí, ahora están cerrados; pero sé que está despierto. El dolor debe de ser insoportable. Yo no dormí durante días cuando tuve que pasar por ello.

—Wesh, Elina ha venido a verte —anuncia Rebecca y le dedico una sonrisa de agradecimiento.

He luchado contra el impulso de implorarle a la sanadora que trate de curar a Wesh a toda costa. Ella no puede sacarle el veneno de la sangre y devolvérmelo como ese comandante enfadado.

—¿Vienes a verme sufrir? Seguro que lo disfrutas un poco —musita Wesh en broma, lanzándome un intento de sonrisa que se le quiebra en el rostro y acaba convirtiéndose en una mueca de dolor.

—Por supuesto, nunca me lo perdería —comento, avanzando hacia él. La necesidad de acercarme y tocarlo es incluso dolorosa, pero no sé si tengo derecho a ello cuando he sido tan egoísta siempre con él.

—Esto va a acabar conmigo. —La crudeza de sus palabras me desarma, porque es la pura verdad: el dolor es insoportable.

Lucho contra las lágrimas que amenazan con volver a derramarse sin control por mis mejillas y me trago todas las disculpas vacías. La vida me ha puesto a Wesh al alcance solo para poder quitármelo de un tirón desgarrador. De nosotros dos, él es quien menos merece morir.

—No sabemos cuánto puede tardar —digo solo para convencerme a mí misma de que hay una pequeña oportunidad de encontrar una solución.

—Elina, me estás viendo tendido en esta cama con apenas fuerzas para hablar. No me hables de esperanza. No es justo.

—Joder —maldigo por lo bajo, incapaz de decir nada más, porque cualquier cosa será estúpida llegados a este punto.

—¿Recuerdas cómo te llamaba antes? —La pregunta me descoloca, pero acepto con agrado el cambio de tema. Apenas soporto mirarlo sin querer lanzarme por el abismo junto a él.

—Me llamabas por muchos nombres: salvaje, niñata, llorica... —bromeo con la esperanza de sacarle, aunque sea, una sonrisa. Ahora mismo, he olvidado las razones por las que nos odiábamos tanto.

—Sabes que no me refiero a eso. —Me lanza una sonrisa de medio lado y trago con dificultad.

Sé perfectamente lo que quiere decir. Nuestra infancia juntos es una de mis cosas favoritas que recordar y nuestro pasado en la fortaleza siempre ha sido algo que me ha traído paz. Ahora los recuerdos solo son un tapiz precioso. Una imagen que contemplar desde la distancia. Ya no somos parte de lo que fuimos y el pasado inalcanzable me derrota.

—Me llamabas «ninfa», pero lo usabas siempre de forma graciosa. —Adoraba que se refiriera a mí de esa forma. Me hacía sentir especial.

—Porque adorabas el bosque, tenía sentido llamarte así. Además, mi mote era incluso peor. —Su sonrisa me ciega y apenas me siento capaz de abrirle la puerta a todo lo que era junto a él. Me hizo una niña feliz. Más de lo que merezco, sabiendo en lo que me convertí después de eso.

—Tormenta. Solía llamarte Tormenta —susurro el mote que le puse cuando aún era lo bastante ingenua.

Creía, de un modo infantil, que usar esos nombres era algo que solo podía pertenecernos a nosotros, así que atesoré ese mote como algo terriblemente único. Quizás pensaba que eso nos uniría aún más, pero cuando crecimos, dejé de usarlo. Me daba vergüenza que él creyera que seguía siendo una niña porque, definitivamente, no quería que me viera como tal.

—Siempre lo decías de forma desafiante —recuerda, lanzándome una mirada fugaz, sus ojos grises parecen buscar respuestas a las partes que nunca pudimos completar.

—Porque eras un tormento, estúpido.

Por algún motivo, me guardo para mí los sentimientos que he albergado todo este tiempo. Quizás algunos secretos deberían morir en la mente de quien los creó. No tengo claro que confesarle a Wesh lo mucho que lo quise siendo una niña nos haga ningún bien a ambos. Ni siquiera ahora.

—Podrías volverme a llamar así. Tormenta. Me gustaba. —Saborea el apelativo en sus labios y niego con la cabeza, sabiendo que jamás sería capaz de volver a usarlo.

—Dijiste que no te llamara de otra forma que no fuera «señor». —Le recuerdo en un intento por escuchar, de nuevo, su risa desgastada.

Me he dado cuenta de que apenas lo he visto sonreír. Siempre ha estado preocupado, serio, enfadado. Siempre ocupado en ser un buen comandante para su rey. Y su rey nos ha traído hasta aquí para que muera como un vagabundo.

—Puedes llamarme como te plazca. Responderé ante ti igual —susurra con los labios resquebrajados.

—No puedes morirme, joder —declaro incapaz de aceptar que realmente ese sea nuestro destino.

—Elina, no veo qué podría salvarme esta vez. —La tormenta de sus ojos me empapa de la realidad que no quiero asumir.

Si admito que no hay otra opción, entonces se hará realidad y solo me quedará sentarme a esperar que Wesh se convierta en la criatura sedienta de sangre que ambos sabemos que será.

—Ya lo veremos. —Me levanto de inmediato incapaz de seguir parada lamentándome y llorando.



Jamás pensé que una guerra pudiera organizarse desde la comodidad de un salón, rodeados de manjares que nos sirven en bandejas de oro mientras trazamos líneas en un papel. Tan simple como eso. Un lápiz dibuja un sendero y, días más tarde, más de quinientas personas siguen esa misma ruta para masacrar a otro ejército.

—Envié un mensajero a Artai antes de que os marcharais. Le dije que sigo viva y que tengo intención de traspasar la frontera si no devuelve a cada uno de los esclavos valkerianos —explica Malika que parece agotada, sus ojeras marcadas no le arrebatan la belleza, pero la apagan como si fuera una vela a punto de consumirse.

—¿Ha habido respuesta? —inquiere Brenan que está inclinado sobre el mapa del continente, estudiando rutas y buscando la mejor zona en la que poder situarnos llegado el momento.

—No ha respondido.

—Debemos interpretarlo como una amenaza. Él sabe que estás viva —interviene Aster, acariciándose la barba pensativo.

—¿Entonces simplemente marchamos hacia allí con el ejército? —pregunto y Malika me mira con seriedad—. Deberíamos escoger el lugar, citar a Artai en algún sitio para cerciorarnos de que esté allí para poder matarlo. No es prudente atacarlo en el castillo de Surelia, la última vez no les fue demasiado bien a los brujos y está muy bien defendido.

—Hay que sacar a la rata de su escondrijo —dice Brenan con seriedad y alza la mirada para posarla un instante sobre mí.

—Debería ser un lugar que nos diera ventaja de posición. La altura es imprescindible. —Aster parece acostumbrado a esto y eso solo incrementa mi esperanza.

La promesa de que será un buen rey me mantiene fuerte o, al menos, la idea de que será mejor para los intereses del reino. Se ha criado con Malika, ha aprendido las intrigas de la corte. Está más que preparado para esto.

—El Valle Eterno es perfecto, está rodeado de bosque y podemos aprovechar la colina para atacarlos desde arriba —medita Malika estudiando el mapa, repasando con la mirada cada posibilidad.

Vamos a hacer esto. Vamos a ir a la guerra de verdad. Me tiemblan las manos solo de pensar en ello, pero sé que es lo que tengo que hacer, cada fibra de mi ser me dicta que esto es lo correcto.

Artai ha llegado demasiado lejos y tenemos a nuestro favor un rey que podrá implantar una paz que todos necesitamos. Tendremos que luchar por nuestro futuro y no conformamos con huir como perros. Ahora entiendo a Brenan cuando dijo que huir no era una opción, porque no lo es. Es nuestro hogar y no nos echarán de él.

—Las tropas están listas y preparadas para marchar, no ha sido demasiado difícil organizarlos, puesto que la mitad del trabajo ya estaba hecho. Están ansiosos por recuperar a sus parientes. Hay mucha gente esclavizada allí —informa Aster y se levanta para servirse una copa.

—Enviaremos otro mensajero que vaya lo más rápido posible hasta Surelia. Vamos a enfrentarnos a ese malnacido —dice Malika frunciendo los labios.

Me pregunto si le duele ir a la guerra contra el padre de su hijo. Debió de amarlo antes de que intentara asesinarla. Nos guste o no, el corazón tiene extrañas formas de hacernos sentir.

—Podríamos enviar otro mensajero a los aquelarres, informarles de que pueden unirse a nuestra lucha —propongo, consciente de que cualquier aliado sería de gran ayuda.

—Sería una buena idea —concuerta Brenan con una sonrisa cómplice y nuestras miradas se encuentran a medio camino. Veo promesas en sus ojos y tiemplo de anticipación porque estamos juntos en esto. Juntos.

—Mandaremos a los mensajeros y partiremos mañana —accede Malika sin dejar de llevarse las manos al vientre con seriedad.

Sabemos lo que tenemos que hacer, pero eso no evita que no nos vaya a costar nada. Habrá muertes. Pérdidas que nos allanarán el camino. Pero es el coste de la libertad.

—Mañana —concuerta Aster con una sonrisa de esperanza.

## ELINA

Se me encoge el estómago al ver las filas de soldados avanzar por el camino. La sombra de sus armaduras se extiende hasta donde alcanza la vista y el rumor de sus pasos me encoge el corazón.

No ha amanecido cuando nos podemos en marcha. Viajamos a la cabecera del ejército junto a Malika y Aster, que saben perfectamente el lugar hacia donde nos dirigimos.

La arena del desierto es poco a poco sustituida por unos bosques frondosos que rodean el camino y agradezco el respiro del calor asfixiante de Valker.

A pesar de mis súplicas para impedirlo, Wesh ha venido. Prefiere morir en batalla que postrado en una cama y amarrado como si fuera un loco esperando a que lo consuma la sed de sangre. Aunque no me guste, lo entiendo. Al final, ha acabado en el bando contrario y no sé si ha hecho las paces con haber traicionado a Artai de todas las formas posibles, pero quiere acompañarnos.

Los cientos de pisadas que nos custodian hacen temblar la tierra y me estremezco mientras tomo consciencia de quizás esta vez sea la última que experimente la luz del sol sobre los brazos o respire el aire cálido de Valker. Ni siquiera sé si sobreviviremos, pero he descubierto que morir ya no me asusta.

En otro tiempo, creía que tenía decenas de cosas por hacer antes de morir, pero me he reconciliado conmigo misma. He visto a mi hermana por última vez y he comprobado que es una mujer capaz de salvarse a sí misma. Ella era mi motor de vida, la esperanza que necesitaba y ahora que la he encontrado, sé que puedo luchar y morir por la libertad.

Siempre he sido esclava de otros, sometida a la voluntad de personas más poderosas, pero eso ha terminado. He entrenado mi fuerza, he sobrevivido a mis demonios y mis heridas y no volveré a pedir permiso para tomar lo que me pertenece. Me he cansado de fingir y ahora solo me queda la verdad. Soy una bruja y derramaré sangre para vivir sin tener que esconderme. Solo espero que el ejército valkeriano juegue con ventaja para poder salir victoriosos.

Llegamos al Valle Eterno cuando ha anochecido y el ejército monta el campamento a una velocidad impresionante. Trabajamos codo con codo para levantar las tiendas, organizar a los soldados y repasar estrategias. Me seco la frente perlada de sudor después de todo el día de viaje y trabajo y miro a Brenan que está terminando de anclar una cuerda al suelo.

—Estamos aquí, casi lo hemos conseguido —digo, incapaz de creer lo cerca que estamos.

—Vamos a demostrarles porqué deberían temernos —responde con una sonrisa animal en los labios.

Al final del día, nos apostamos en lo alto de la colina y las tiendas se campaña se extienden en todas direcciones, alumbradas por las antorchas con una quietud que pronto se verá rota.

No tengo la menor idea de si el aquelarre llegará a tiempo para la batalla, pero espero que Artai acuda a nuestro encuentro. Deseo acabar con esto y, aunque sea una medida extrema, está claro que no hay muchas más opciones que derrocarlo.

Para la cena, nos reunimos en la tienda del consejo, trazando estrategias con los generales cuando la lona se abre de improviso y una ráfaga de viento hace temblar las velas que nos alumbran. Al levantar la vista, descubro a mi hermana como una fuerza destructora. Su respiración acelerada y los ojos brillantes.

Malika se levanta de la silla con rapidez y los guardias, al ver la reacción de su reina, alzan

sus espadas para ponerlas sobre el cuello de mi hermana. Clarisa no parece asustada mientras todas las armas de la sala se dirigen en su dirección.

—¡No le hagáis daño! —imploro, pero nadie parece escucharme. Los guardias continúan apuntándola con sus espadas.

—¿Cómo has entrado? —inquire Malika, estudiándola.

—Deberías reforzar la seguridad. —Clarisa le dedica una sonrisa temible y sonrío. Es mi maldita hermana y estoy orgullosa de ella—. He venido a hablar.

Me recupero de la impresión de verla aquí, en el campamento que pretendía atacar a su rey y me levanto. Ella me abraza con sus ojos azules como el hielo, pero espera a que Malika le de permiso para hablar.

—Di lo que tengas que decir —accede la reina.

—Artai está aquí, al otro lado de la colina —anuncia sin más florituras y se inclina ante la reina de Valker—. Vengo a unirme a tus filas. He escapado de allí y no tengo intención de doblegarme ante un hombre que no sabe lo que es la lealtad. Me arrepiento de mis actos porque mi resentimiento no era contra ti, ni contra tu hijo, sino con él.

Clarisa está tan inclinada que no le veo los ojos. No esperaba esta actitud de sumisión cuando ha entrado aquí, pero la respeto por ello.

—Y has huido de su campamento —reflexiona Malika con incredulidad.

—Sí, del mismo modo en el que he entrado en el vuestro —dice con confianza—. Vengo a pedir asilo y, si me lo permites, quiero luchar.

Mi hermana siempre ha estado en una posición de poder, pero se inclina ante Malika como si no le importara. Sabe reconocer sus errores y deja el orgullo a un lado cuando se inclina todavía más en señal de sumisión ante Malika.

—Tú y yo nos conocemos desde hace años, Langeland, y sé por qué lo hiciste —dice Malika, alzándole la barbilla a mi hermana con la mano—. Siempre serás bienvenida en mi corte, pero si vuelves a amenazar mi vida o la de mi hijo, morirás. ¿Te ha quedado claro?

—Lo entiendo —dice mi hermana mientras todos contenemos la respiración.

Malika y Clarisa se sostienen la mirada durante un instante, ambas se cuentan historias que ninguno de nosotros escuchamos, pero los guardias bajan sus armas y mi hermana asiente despacio.

No sé si venir aquí ha sido una decisión desesperada por alejarse de Artai, pero no puedo culparla por ello. Si he de ser sincera, no esperaba que Taranis la trajera al campo de batalla, pero él siempre ha sabido cómo poner en peligro a la gente que decía querer.

—Pues entonces, bienvenida a mi corte —anuncia Malika con una expresión seria.

—Gracias. —Al separar su mirada de Malika, Clarisa recorre tienda hasta que sus ojos se abren desmesuradamente cuando reconoce a Aster. El color abandona sus mejillas y retrocede, pero él habla con tranquilidad cuando se da cuenta de la situación.

—No debes tenerme miedo, no soy Artai.

—Pero...

—Es su hermano, Clarisa —susurro y ella me busca con la mirada hasta dar conmigo en un extremo de la tienda.

—Eran rumores, tú estabas muerto —la incredulidad se cuele en las palabras de mi hermana. Porque nadie esperaba que él estuviera listo para tomar su trono.

—Al parecer, estoy más vivo que nunca —replica Aster con una carcajada y mi hermana traga con dificultad.

—¿Quién es ella para ti? Y no te atrevas a mentirme —vuelve a preguntarme Malika con

seriedad, esperando pacientemente como aquella vez en el bosque.

—Mi hermana —susurro y Clarisa me sonrío a través de las lágrimas.

No hay reproche ni rabia en sus ojos, pero hay algo que no sé identificar. Su respiración acelerada le sacude el pecho, pero avanza hacia mí y me estrecha entre sus brazos con una fuerza increíble.

Me dejo envolver en la seguridad de su cercanía y, por fin, suelto todo el aire que tenía atascado en la garganta, intento no llorar mientras me aferro a Clarisa, porque ella lo sabe. Sabe lo que soy y, aun así, está aquí. Conmigo.

—Me da igual lo que seas o quién seas. Eres mi hermana y eso es lo único que me importa. — Sus palabras me rompen y me reconstruyen el corazón al mismo tiempo, dándome todo lo que había querido hasta este momento.

Rompo a llorar de alivio, de tensión y de cualquier emoción contenida durante todo este tiempo. No tendré que fingir más ni pretender ser algo que nunca he sido porque, de todas formas, ella ya sabe la verdad.



—Ha sido un infierno. Todo este tiempo en el castillo, no paraba de pensar en dónde estaríais. Artai me prometió que Malika no volvería a ser un problema y vi que, si era capaz de matar a un hijo, no merecía nada —me cuenta Clarisa poco después cuando salimos de la tienda para dar un paseo antes de la cena. No nos queda tiempo. El crepúsculo se pone tras la colina y siento el siseo de la guerra a través de la brilla.

—¿Te ha hecho daño? —pregunto. No tengo la menor idea de lo que ese tirano sería capaz de hacer por mantenerla a su lado.

—No se atrevería —dice, negando con la cabeza, pero veo lágrimas en sus ojos y me detengo para estudiar su mirada.

—¿Qué te ocurre? —Mis manos aferran sus dedos, incapaces de despegarse de ella. Es como si supiera que el tiempo prestado que nos queda hasta la batalla se agota.

—Siempre pensé que estabas muerta, que me habías abandonado —musita a través de las lágrimas—. Odiaba a las brujas porque me contaron que fueron ellas las que te asesinaron. Pero estás aquí. Eres real.

Sus lágrimas corren libres por esas mejillas encendidas que se coloreaban de un rojo intenso cuando era pequeña y la abrazo. La sostengo tan fuerte entre mis brazos que creo que podría romperme cada músculo con tan de aferrarla más fuerte.

—Daría mi vida por ti, Clarisa. Por protegerte. Por mantenerte a salvo —confieso con las lágrimas en los ojos. Incapaz de contener la emoción.

Ella es lo único que he querido en la vida. Mi amor verdadero. Mi sentimiento más puro. Está aquí a mi lado, sin reproches y solo puedo pensar en lo afortunada que soy por haber sido amada. Porque ha merecido la pena el sufrimiento de esta vida con tal de reencontrarme con esos ojos y saber que me ha querido y que me quiere sin condiciones.

Y tengo las manos vacías. No puedo ofrecerle nada que ella quiera, pero no hace falta porque es suficiente con estar. Aquí. Juntas por fin.

# ELINA

Esta será nuestra última noche. Cenamos todos juntos, como si estuviéramos en una maldita excursión campestre y nos reímos de las bromas de Kallian y observamos el sitio que nos recuerda la ausencia de Wesh que se ha excusado diciendo que le dolía la cabeza. Comentamos estrategias de cómo asesinaremos mañana a la mitad de un reino mientras degustamos la carne de venado más deliciosa que jamás haya probado y me resulta una pesadilla.

No parece la realidad, sino algo para lo que no estoy preparada y que ni siquiera he sido capaz de procesar hasta que ya ha sido demasiado tarde. Esta podría ser mi última noche.

Así que, cuando nos retiramos a dormir, tras abrazar a mi hermana, al menos, una vez más y Brennan coge mis dedos y entrelaza sus manos con las mías, me dejo conducir en silencio hasta su tienda.

—¿Vas a llevarme al límite hasta el último momento? —le pregunto a Brennan en un susurro y su sonrisa peligrosa me hace temblar.

—No finjas que no te gusta. Lo disfrutas, ¿verdad?

—Siempre has sabido jugar conmigo —replico.

—Para mí no es un juego. Eres una jodida reina y voy a darte la adoración que mereces —dice en mi pelo en cuanto ambos nos encontramos dentro de la lona, rodeados de pieles y oscuridad.

—Brennan, yo...

Busco las palabras para tratar de despedirme. Puede que mañana estemos muertos y no volvamos a vernos, pero él me silencia con un susurro y me acerca con urgencia a su cuerpo. Quiero darle las gracias por sus cambios, por no abandonarme y acompañarme hasta el fin del mundo. Las palabras se me atascan en la garganta cuando querría decirle que lo quiero.

Por eso, cuando su boca se abre y explota contra mis labios, le respondo y lo beso sin reservas. Es la excusa perfecta para no tener que decir las palabras en voz alta.

Me dejo consumir mientras sus manos aferran mi cabello y me acercan más a él. Por eso, me pierdo en sus manos cuando aferran mis brazos y me acarician. Porque soy una egoísta y anhelo el consuelo que me proporciona su cercanía.

Si fuera un poco más lista no dejaría que me arrinconara contra el lateral de la tienda y no jadearía en su cuello como si estuviera desesperada por probar el sudor de su piel, pero la verdad es que un hambre voraz, mezquina y oscura me grita que me apodere de cada rincón.

Brennan estrelló sus labios contra los míos con una ferocidad animal y respondo a su beso, aferrándome a sus hombros, respirando su olor salvaje. Lo cierto es que me aferro a este momento y lo consumo con gusto, dejándome llevar por sus manos irreverentes.

—¿Tienes miedo? —me pregunta en un jadeo ahogado, tan cerca que se ahoga en mi aire.

—A veces —confieso, saboreando sus labios en la punta de la lengua.

—Estaré contigo. No olvides eso —dice en mi boca con un gruñido ronco mientras sus manos me queman a través de la ropa.

Noto su excitación, duro contra mí. Su lengua saborea la mía y sus manos calientes me aprietan los muslos, acercándose más. Su boca es un abismo de anhelo al que me lanzo sin reservas y jadeo cuando sus manos se meten en mis pantalones, tanteando la piel de mi vientre y descendiendo lentamente. Sus dedos alcanzan su objetivo y me acarician en movimientos lentos y circulares que amenazan con hacerme gritar.

—No olvides lo que puedo hacerte sentir —dice entre dientes, mordiéndome el labio inferior.

Me arranca gemidos que soy incapaz de contener y noto descargas de placer que me recorren

la espalda de una punta a otra. La piel se me eriza mientras me aferro a sus brazos que se tensan contra mí.

—Condéname ya, Elina. —Entonces me doy cuenta de que no he sido capaz de despegar mis ojos de su cuello.

Con su otra mano, Brenan recorre mi pierna en caricias lentas y suaves, deteniéndose justo a la altura de la cinta de cuero donde llevo mi daga. De un tirón, saca la daga y, antes de darme tiempo a reaccionar, se hace un corte en el cuello. No es lo bastante profundo como para provocar que se desangre, pero del que sí mana una sangre oscura.

Tardo un momento en darme cuenta de que me ofrece su sangre como ofrenda.

—Brenan, no creo que...

Después de todo lo que hemos visto, me siento sucia solo de pensar en beber su sangre. No obstante, mi cuerpo me suplica que beba y recupere fuerzas porque mañana voy a necesitar todo mi poder.

—No me hagas rogar —gruñe.

El olor dulzón me pone los pelos de punta, porque mi instinto me implora que beba de su cuello, pero mi moral se debate entre sucumbir o mantenerme firme. Sin embargo, el hambre gana la batalla y me inclino sobre él. Lamo la piel sensible de alrededor de la herida y después presiono mis labios sobre el corte.

—Siempre he sido tuyo, maldita sea —susurra, acercándose contra mí, aferrando sus dedos en mi interior.

De improviso, se separa de mí y con llamas en los ojos, se agacha mientras me quita los pantalones. Me lanza una mirada desvergonzada justo antes de inclinarse sobre mí. Su lengua me acaricia y arqueo la espalda, hundiendo mis manos en su pelo.

Brenan se aferra a mi piel y me encadena con fuerza mientras su boca describe círculos en mi punto más sensible. Estoy en el límite hasta que una de sus manos reptas por mi estómago y acaba entre mis piernas. Su exigente determinación me hace soltar un jadeo.

Estoy perdiendo la batalla contra el sentido común, pero dejo que succione y mordisquees entre mis muslos apenas capaz de contenerme. Brenan me contempla con maldita devoción.

—Brenan —imploro su nombre justo antes de explotar y el orgasmo se apodera de todo mi cuerpo mientras me dejo caer en las pieles con los dedos de los pies arqueándose sin mi permiso.

Él me sigue al suelo y se tumba junto a mí entre las pieles mientras busco con dedos ansiosos la hebilla de su cinturón. Parece que estoy más que desesperada por cada rincón de su piel y la verdad es que no puedo acallar esta hambre. Quiero que recuerde lo mucho que ambos nos pertenecemos.

Sus labios húmedos de mí se curvan en una sonrisa peligrosa y me deshago bajo sus caricias, consiguiendo por fin desabrocharle los pantalones. No vacilo cuando libero su miembro y él se introduce en mí con un jadeo.

—No me cansaré jamás de esa violencia —dice en mi boca mientras sus manos se cuelan por debajo de mi camisa, forjando una alianza silenciosa con mi piel y sus dedos me someten como si no le hubiera supuesto el más mínimo esfuerzo hacerse con el control de mi deseo.

Brenan me embiste con fuerza y sus caderas me golpean castigadoras mientras me hace perder el control. Me siento más poderosa que nunca, pero al mismo tiempo, estoy a su completa merced y, cuando ambos explotamos, ahoga un jadeo en mi cuello.

Sabe hacerme olvidarlo todo y llevarme al límite. Conoce cada rincón oscuro de mi alma y eso, a veces, me asusta.

—No vamos a morir —promete.

—Eso espero —respondo con su sangre aun entre mis labios.

## 54

### ELINA

Me despierto en mitad de la noche y noto el movimiento entre las pieles. Mi instinto me dice que no me mueva y espero. Brenan se levanta con sigilo mientras finjo estar dormida y veo cómo se escabulle hacia el exterior de la tienda.

No tengo ni la menor idea de qué es lo que está haciendo, pero no tengo una buena sensación al respecto. ¿Quién coge su equipaje en mitad de la noche y sale a hurtadillas? Así que espero unos segundos y salgo al exterior para seguirlo por entre las tiendas con sigilo.

Su espalda recortada en la oscuridad es fácilmente reconocible cuando dobla un par de calles que conducen a las afueras del campamento. Mi corazón martillea incansable mientras veo cómo se desliza lejos de las tiendas y afronto con horror cómo sale del campamento. «No puede ser».

Solo hay una buena razón para que abandone el campo de batalla horas antes de una guerra. O es un traidor o un desertor y no sé qué me dolería más. ¿Qué está haciendo?

Brenan se adentra en el bosque con pasos decididos y tengo que esforzarme por no hacer ruido mientras lo sigo a través de la oscuridad. Mi pecho parece a punto de explotar.

Se gira en un par de ocasiones, casi como si supiera que algo no va bien, pero logro esquivarlo y continúo siguiéndolo. Nos alejamos tanto que temo que realmente se esté marchando para abandonarnos hasta que el bosque acaba y deja al descubierto una explanada llena de bullicio. Es el campamento de Artai.

Frunzo el ceño incapaz de comprenderlo y, cuando los soldados que están de guardia se encaminan hacia el otro extremo de las tiendas para hacer su ronda, me cuelo tras Brenan. Voy algo rezagada, pero puedo distinguir el cuero de su camisa y el centelleo de la empuñadura de su espada atada a su espalda. Entonces, de improviso, entra en una tienda.

Llego con rapidez hasta allí y me agacho tanto como puedo entre unos barriles olvidados, tan cerca del cuero de la tienda que puedo escuchar la respiración de alguien al otro lado. Me fundo con las sombras y rezo porque nadie pase por aquí mientras espío a Brenan el tiempo suficiente como para descubrir qué es lo que trama.

—Has tardado, criatura. —Todos los pensamientos racionales que podría haber conjugado desaparecen en cuanto escucho la voz rasposa de mi padre.

—Ha sido complicado salir sin que me vieran. —Las palabras de Brenan se me clavan como puñales en la espalda y contengo la respiración. ¿Todo ha sido un truco? Me falta el aire.

—¿Has traído el libro? Teníamos un trato, así que espero que cumplas tu parte.

Si me preguntaba si Brenan había sido cobarde o traidor aquí tengo la respuesta: ha jugado con nosotros. Recuerdo el libro que cogió en la biblioteca de Valke, aquel que buscaba en mitad de la noche. Del que no quiso hablar. Lo estaba robando.

—Es hermoso —dice Nazar con adoración—. Mis criaturas obedecerán.

Parece que ese libro es justo lo que mi padre necesitaba y no debe ser nada bueno. ¿Qué clase de poder encierra? Me aterra conocer la respuesta.

—¿No te obedecían antes? —inquire Brenan con desprecio.

—Necesitaba un conjuro de necromancia. El rey Haco destruyó todos nuestros volúmenes, así que solo quedaba la magia de Valker. Magia negra que tu aquelarre prohibió solo por debilidad.

Nazar se regodea en su explicación, como si se creyera superior al resto de nosotros. Para él, somos unos ingenuos.

—¿Y mi parte? —Me sorprende la exigencia de Brenan, el tono cruel que utiliza como si no temiera a mi padre. Quizás es que yo he sufrido tantas torturas bajo su mano que a veces olvido que es un simple brujo.

—Cuando todo esto acabe, tendrás tu aquelarre. No dudarán en inclinarse ante ti. Te aseguro que te haré líder.

—Bien, estoy impaciente por comprobarlo.

Contengo la respiración mientras escucho las promesas de mi padre y me maldigo por no haberlo visto venir, por permitir que Brenan me engañara todo este tiempo. Me he entregado a él sin reservas, creyendo que era verdad que había cambiado.

Pero lo único que él siempre ha querido era el poder. Desde el principio. He sido una estúpida por tragarme que algo había cambiado en él. La gente no cambia, solo oculta sus verdaderas intenciones. La gente solo sabe llevar máscaras.

Entonces me doy cuenta de que, si Nazar tiene todo lo que necesita para atacarnos y controlar a sus criaturas para lanzarlas contra nosotros, no tardarán en lanzar una ofensiva.

No podemos estar desprevenidos porque, maldita sea, tenemos que ganar esta guerra. Así que salgo de la oscuridad que me protegía tras la tienda y me escabullo de vuelta hacia el bosque. Me arde el pecho y siento que voy a vomitar, pero corro como una exhalación.

Los guardias tardan más de la cuenta en vigilar el perímetro y creo que mi corazón va a salir despedido de mis labios por el nerviosismo. Pero Clarisa tenía razón: es fácil esquivar a los soldados.

Aprovecho un cambio de guardia para lanzarme hacia la seguridad del bosque que me recibe con una oscuridad perturbadora. No se escucha ni un solo animal, como si estuvieran esperando, conscientes de lo que se avecina.

Atravieso frenéticamente el camino de regreso a través de la penumbra, arañándome los brazos con las ramas que voy encontrando a mi paso, dejando partes de mí atrás, como si ya no necesitara la parte que creía que, al final, todo se solucionaría.

Un hueco se abre en mi pecho mientras corro de regreso al campamento y reprimo las lágrimas, incapaz de afrontar la traición de Brenan.

El fantasma de sus besos traidores me quema en los labios y solo puedo pensar en la destrucción que deseo generar a mi paso por el dolor ciego que me consume el alma. Desde luego, es un castigo apropiado para nosotros. Para la historia que hemos tejido a base de mentiras y marcas brillantes, espejismos que me engañaron lo suficiente.

Corro hasta que unos pinchazos insoportables sacuden mis pulmones y llego a la linde del bosque tosiendo descontroladamente, ahogada por la angustia y a punto de vomitar. Inspiro hondo el aire gélido del bosque y me recompongo lo bastante como para no parecer desquiciada antes de correr hacia la tienda de Malika.

—Necesito hablar con la reina —imploro cuando llego a la entrada, pero dos enormes soldados niegan con la cabeza.

Sus guardias tratan de impedirme el paso sosteniendo sus espadas en cruz, pero no tenemos tiempo para formalidades. Esto es la puta guerra.

Invoco al aire con un gesto de mi mano y los lanzo a un lado, apresando sus cuerpos contra el suelo para que no puedan arremeter contra mí. Entonces entro en la tienda con rapidez.

—¿Malika? Tenemos que ponernos en marcha. Ya —digo buscándola con la mirada. Un fuego en el centro de la tienda ilumina levemente un camastro lleno de pieles donde la reina me mira somnolienta.

—¿Qué quieres decir? —Sus ojos casi negros me fulminan a través de la bruma del sueño y me acerco a ella pisando sin cuidado las alfombras que adornaban el suelo y manchándolas del barro de mis botas.

—He seguido a Brenan hasta el campamento de Artai. Están demasiado cerca, al otro lado del bosque. Tienen un libro, uno de necromancia para dominar a sus criaturas de sangre —susurro mientras ella se incorpora lentamente, apartándose las ondas de la cara y atravesándome con la mirada.

—¿Nos ha traicionado ese brujo tuyo?

—Eso parece —confieso y aprieto los labios con fuerza por miedo a que se cuele en mi voz el dolor que siento por dentro.

—Si van a usar el ejército de humanos sedientos de sangre, no hay forma de vencerlos.

—Pues movilicemos a las tropas ya. Adelantémonos a ellos, no le dará tiempo a ejecutar el hechizo —imploro incapaz de afrontar que probablemente hayamos perdido la oportunidad de ganar esta guerra.

—Es muy arriesgado, si llegan hasta nosotros...

—Tendremos que intentarlo, ¿no?

La reina de Valker me mira con el ceño fruncido y, antes de que pueda volver a decir algo que la convenza, ella aparta las pieles y se levanta. El camisón se pega a sus curvas y a ese vientre que comienza a crecer.

No obstante, ella se acerca a una silla donde una armadura posaba inerte y comienza a subirse unos pantalones de cuero que se quedan atascados en sus muslos.

—¿Vas a ayudarme o a quedarte mirándome toda la noche? —pregunta con la voz estrangulada y me lanza una sonrisa asustada. Porque, de algún modo, sabe que puede que no vivamos para ver otro amanecer en esta tierra regada por la sangre de nuestros ancestros.

Entonces me acerco a ella y la ayudo a vestirse. No cruzamos palabra mientras ella pasa el cinturón para la espada por sus caderas mi cuando ajusto con rapidez las hombreras de cuero sobre su piel bronceada. No hablamos hasta que me giro hacia ella y veo que aprieta la mandíbula con tanta fuerza que se le marca el hueso de la sien.

—Gracias —susurro y ella asiente solemne.

—Matemos a esos asesinos de brujas —declara.

## 55

## ELINA

El sol todavía no ha salido por el horizonte, pero el resplandor grisáceo del cielo es suficiente para ver la línea de soldados armados que nos espera al otro lado del valle. El silencio que recorre las filas de nuestro ejército me quebranta la voluntad, porque todos sabemos que la muerte nos está susurrando en la nuca. Nos araña las entrañas y no creo que nadie esté preparado para morir.

Mi hermana lleva la armadura de cazadora puesta pero esta vez no luchará por ellos, sino por mí; por nosotros. Lleva el cabello rubio trenzado hacia atrás y sus ojos azules brillan resplandecientes cuando me dedica una mirada profunda a través de las armas y las filas de

soldados impasibles.

Quería protegerla y lo único que he conseguido ha sido arrastrarla a este lugar de muerte, pero hace tiempo descubrí que cada uno elige sus propias batallas y que no puedo proteger a todo el mundo. Así que trato de sonreír y articulo un «te quiero» que ella responde con una sonrisa radiante.

A su lado, Wesh aprieta la espada en un puño con tanta fuerza que sus nudillos están tensos y blancos. La palidez en su rostro, las ojeras bajo sus ojos y la desesperación que parece llevar como una capa me dicen todo lo que necesito saber: pronto se transformará y, aun así, aquí está. Luchando por todo lo que alguna vez le enseñaron a odiar. Y yo solo le he devuelto ese sacrificio con dolor. Merezco la peor de las condenas, pero no me permito a mí misma pensar en ello ahora mismo.

Hay demasiada distancia entre el ejército de Malika y el de Artai al otro lado de la llanura, pero apostaría mi vida a que Brenan está entre las filas enemigas, afilando su cuchillo desesperado por hundírnoslo en el pecho; por acabar con lo poco que me queda ya en el alma.

—Ha sido un honor, Nordvik —dice Malika mirándome desde su caballo blanco como la nieve.

Escucho el apellido de mi familia y me estremezco mientras ajusto con fuerza las riendas de mi caballo que está junto a la reina de Valker. No podría haber mantenido mi papel hasta el final; por suerte, moriré como una Nordvik y no como una falsa Tiara O'Brien. Me aterra darme cuenta de que seré yo misma solo para morir, aquí ya no necesito máscaras.

—Ha sido un honor servirte, mi reina —susurro, dándome cuenta del afecto que le he tomado a esta mujer caprichosa de lengua afilada.

—Acabemos con esto —declara en voz baja, entonces se aclara la garganta, eleva la barbilla con ese orgullo al que me tiene acostumbrada y se sitúa frente a sus tropas.

Sus ojos oscuros como el ónix nos contemplan. Hay majestuosidad y miedo. Amor y desafío en ella. Es un reino, una mujer, una guerrera dispuesta a liberar a su pueblo y ellos lo saben.

—El Reino Dorado ha traficado con nuestro pueblo, ha matado a nuestra gente y nos quiere de rodillas —alza la voz con un poder sobrecogedor—. No vamos a permitirles más faltas de respeto, no nos doblegaremos ante la voluntad de los hombres mientras el poder corra por nuestras venas. ¿Dejaréis que sigan burlándose de nosotros?!, ¿permitiréis que nos roben a nuestros hijos y nos esclavicen como a perros?! ¡Demostradles lo que Valker les hace a sus enemigos!

Una oleada de gritos recorre las filas y ella sonríe.

—¡No tengáis clemencia, porque ellos no la tendrán con vosotros! —La última parte es más un grito desesperado mientras Malika aferra su espada y la alza al cielo con rabia.

Sus soldados responden con un bramido de lealtad que me pone la piel de gallina mientras todos corean el nombre de la reina con furor. La rabia, el dolor, el resentimiento de todos ellos se mezclan en un solo grito y mi corazón acelera, golpeándome las costillas con crueldad. No hay paz para los monstruos, pero tampoco la habrá para nosotros.

En ese momento, un cuerno suena entre nuestras filas y el ejército se encoge un instante. La anticipación baila en mi pecho, el miedo me clava sus garras mientras los gritos del ejército enemigo se alzan y veo a Artai en mitad de sus hombres sobre un caballo negro.

Durante un instante, hay un inquietante silencio, el tipo de silencio que puedes ver en la mirada los que tienen una certeza, el silencio de aquellos que ya han aceptado su destino: una muerte que nos alcanzará a todos.

Entonces, nos lanzamos hacia adelante.

Durante unos segundos, solo se escucha el tronar de los cascos de los caballos contra la tierra blanda, cabalgando con furia; oigo el bramido de cada uno de los soldados con voz estrangulada que alzan sus espadas y corren hacia el enemigo, esperando el momento en el que sus espadas encuentren un objetivo. Cabalgo sobre mi caballo y, durante un ínfimo segundo, noto el roce del viento en la cara y la gelidez del amanecer acariciándome las pestañas.

Es el final, pero lo acepto con la cabeza alta.

Entonces el ejército de Valker choca con los soldados del Reino Dorado y estalla el caos. Metal contra metal, alaridos de dolor, un olor a sangre terrible que se me mete en las fosas nasales y el barro salpicando los rostros que no tardan en volverse desconocidos. Alzo mi espada y ni siquiera lo pienso cuando atravieso al soldado enemigo más cercano. La hoja se le clava en el hombro como si estuviera cortando mantequilla y noto en la empuñadura de mi arma cómo la sangre me salpica la piel.

Más muerte, más dolor, más desesperación.

Reprimo mi instinto y continúo matando en nombre de mi maldita libertad, solo que son demasiados. Las criaturas me rodean. Lo sé en cuanto alzo la vista hacia más allá del valle y veo cómo una bruma negra de soldados y monstruos no deja de correr en nuestra dirección. Varios de ellos rodean a mi caballo y me aferro a las riendas como si así pudiera evitar que alguno de los soldados lance su hacha contra uno de los cuartos traseros de mi montura.

Lanzo un grito desesperado mientras salto del lomo justo antes de que el animal caiga hacia un lado, aplastando a un soldado. Ver a mi caballo herido en el suelo, relinchando asustado mientras estos humanos crueles y retorcidos tratan de echársele encima termina con el poco sentido racional que quedaba en mí.

Invoco al fuego que se arremolina en mis palmas, esta vez no me encojo, no temo lo que pueda hacerme porque me obedece. Soy su dueña y está esperando a que le dé ordenes, así que lo lanzo contra los soldados y las criaturas de mi padre. Incendio su ropa, la piel de sus capas y el cuero de sus camisas. Los convierto en antorchas con gritos salvajes que no reconozco como míos hasta que me doy cuenta de que soy yo la que carga con toda su furia.

A través del caos que me rodea, de los soldados luchando y de la muerte que se extiende poco a poco a nuestro alrededor, veo la máscara de Nazar. Está subido a un caballo, impassible, alejado de la batalla para no mancharse las manos de la sangre que otros derraman bajo su mando y, a su lado, Brenan me atraviesa con esos ojos dorados.

*Maldito traidor.* Tiene el descaro de mirarme como si conociera mi furia, pero hace tiempo que dejamos de ser las personas que se enamoraron entre entrenos y tardes cálidas en el bosque.

Veo el dolor en cada rincón al que me atrevo a dirigir la vista y comprendo que no tengo otra opción. Nazar inició esto y, a pesar de lo terrible que pueda parecer, con él puede acabar todo. Tengo que matarlo o nos arrastrará a todos a su mundo de locura incontrolable, por lo que trato de acercarme a él a través de la marea de espadas y cuchillos que atacan por todas partes.

Mi espada no pregunta mientras arremeten contra mí soldados en todas direcciones con la intención de acabar con mi vida y les respondo con la misma violencia con la que pretenden vencerme. También hay criaturas que se lanzan contra mí, pero las devoran llamaradas de fuego que logro invocar.

Hundo la hoja de mi arma una y otra vez sin pensar en lo que estoy haciendo y me permito avanzar hacia la posición donde Nazar mantiene su máscara fija en el rostro. Brenan sigue sin moverse junto a él, sus labios traicioneros apretados en una fina línea.

Cuando llego junto a ellos, resuello por el esfuerzo. Mis manos están manchadas de sangre y siento las lágrimas calientes sobre mis mejillas.

Ni siquiera sé por qué lloro, ya sea por frustración o por haberme dado cuenta de que siempre he podido enfrentarme a Nazar, pero nunca lo he hecho porque he sido un cobarde. He tenido que llegar hasta aquí para levantar la espada contra él. Si tengo que morir, no lo haré de rodillas y asustada.

—Desmonta y lucha como un hombre, escoria —digo mientras Nazar lleva las manos a su máscara y se la quita lentamente. El malnacido compone una sonrisa genuinamente desmesurada.

—Te atreves a faltarme al respeto incluso cuando sabes que vas a morir. Te pareces mucho a tu madre —dice enseñándome esos colmillos temibles. Entonces desenvaina su espada impoluta y baja de su caballo con calma fría—. Tu querido brujo te ha traicionado y todavía te atreves a exigir. No tienes nada. No eres nadie.

—Te equivocas, soy una Nordvik.

Me aferro al apellido de mi madre, de mi familia, como lo hago a la convicción de que jamás la he comprendido tanto como en estos momentos. Su lucha, su fuerza, cada una de sus decisiones.

—Qué lástima que desperdicies todo esto por una ilusión.

No escucho sus palabras, no le permito que juegue conmigo y alzo la espada con furia. Trato de asestarle un golpe que bloquea con destreza, el metal choca con crueldad y el músculo de mi brazo se resiente con un estallido de dolor. No obstante, no me detengo y vuelvo a cargar contra él incapaz de darme por vencida.

Forcejamos con las espadas, pero él es demasiado rápido, sus movimientos son ágiles y precisos, casi como si fuera capaz de anticipar cada una de mis intenciones. Su espada vuela demasiado cerca de mi rostro, pero logro esquivarla a tiempo y evito así que mi cuello se parta en dos de un solo corte.

—Tenía planes para ti, pero prefieres la muerte —ruge sin mudar esa sonrisa siniestra de su boca.

—Preferiría morir a volver a estar bajo tu control —declaro, lanzando una estocada a su vientre que esquiva saltando hacia atrás.

—Una lástima, podrías haberlo tenido todo. Mi ejército podría haber sido tuyo. —La pena no llega a sus ojos y suelta una carcajada divertida, totalmente desquiciado.

Voy a lanzar una estocada de nuevo, pero entonces la magia de mi padre me lanza hacia atrás, me estrella contra el suelo y me doblega a su antojo mientras aprovecha mi posición para lanzarme un golpe de su espada que se me clava en el muslo.

No soy capaz de reprimir un alarido de dolor mientras él compone una expresión de satisfacción al sacar su arma de mi carne. La sangre corre libremente de inmediato.

—No quiero nada que venga de ti —declaro con un sabor metálico entre los dientes.

—He tenido suficiente. —Frunzo el ceño ante la voz de Brenan y lo busco con la mirada hasta que lo descubro tras mi padre. Alza su cuchillo contra el cuello de Nazar y aprieta con fuerza contra su carne.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta mi padre contrariado, revolviéndose contra las sombras de Brenan que lo apresan a su voluntad. Dejándolo indefenso.

—¿De verdad creíste que la traicionaría, Nazar? Tu egocentrismo es incluso más terrible de lo que Elina me contó —comenta Brenan deslizándolo por la piel del hombro de mi padre, cortándole la piel de sus clavículas, debilitándolo. Sus sombras siguen bien sujetas contra el cuerpo de mi padre —. ¿De verdad creías que la abandonaría?

—Vais a morir, ambos —amenaza Nazar con desesperación y Brenan le clava una de sus dagas en el costado, arrancándole un alarido de dolor que choca contra mis mejillas.

Ese grito es lo que me hace reaccionar. Me levanto como puedo incapaz de comprender qué es lo que está pasando. Brenan está atacando a mi padre. ¿Acaso todo esto era un truco para pillar desprevenido a Nazar?

Aferro el cuchillo que me dio mi abuela en la caza, hace lo que parecen siglos. Miro la joya esarlata de su empuñadura y me acerco cojeando a mi padre que se retuerce con todas sus fuerzas contra las sombras de Brenan.

—¿Este era tu plan? ¿Hacerme odiarte hasta la locura? —le pregunto a Brenan mientras él me perfora con la mirada.

—Me rendí ante ti, Elina. No hay más —susurra—. Acaba con él, si es lo que deseas.

Me giro hacia mi padre e inspiro el olor a sangre del ambiente, a piel quemada y a deshechos humanos. Hemos llegado tan lejos solo por los hilos que ha movido Nazar. Las muertes, las lágrimas, cada una de las pesadillas que me han acosado durante todo este tiempo. Por él.

Aferro la daga y lo contemplo. Tengo el color oscuro de su cabello. El color de sus ojos es de un verde mucho más apagado que el mío, pero tengo sus pómulos y la oscuridad que me acompaña a todos lados. Porque, quiera o no, siempre seré parte de él y él de mí. Solo que jamás volveré a dejarle ganar la batalla.

—Ojalá alguien tenga compasión de ti en el otro lado, porque yo no la tengo en este —murmuro antes de clavarle la daga de mi abuela en el cuello y trazar una línea recta a lo largo de él.

La carne se abre bajo mi golpe y reprimo el horror de lo que estoy haciendo mientras la sangre de mi padre me salpica el rostro. Reprimo las náuseas y las lágrimas mientras acabo con mis pesadillas y me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que pruebo mi propia sangre.

Dos segundos. Bastan dos segundos para que Nazar deje de existir entre nosotros, como si fuera un mal recuerdo que pudiéramos sacudirnos tranquilamente. Observo su cuerpo caer sin vida entre el barro y los cadáveres y no siento nada más que alivio.

—Que te jodan, papá —le digo a sus ojos sin vida.

Entonces me giro hacia Brenan, aun sin saber qué busco en él porque ya no sé qué siente este corazón, qué quieren estos latidos repletos de dolor.

—Pensaba que me habías traicionado —declaro mientras él me atraviesa con el oro líquido de esos ojos que siempre han conseguido llevarme hasta el límite.

—Juré que te daría mi vida, maldita sea —dice antes de acercarse a mí y estrecharme entre sus brazos.

No son más que unos instantes, pero la carga que pesaba contra mis hombros parece aflojarse. Solo un poco. No me ha traicionado. No ha sido un truco. Él está aquí. Conmigo. Y hemos acabado con Nazar.

Entonces nos giramos y enfrentamos el caos que nos rodea. Las criaturas de mi padre han caído y el ejército de Malika avanza, ganando terreno y haciendo que los hombres de Artai se replieguen.

Atisbo a Malika todavía sobre su caballo, manchada de barro y con los ojos incendiados en rabia mientras lucha con alguien sobre un caballo negro.

Tardo más de lo que debería en darme cuenta de que se trata de Artai y ambos lanzan golpes crueles contra el otro, como si jamás se hubieran amado en absoluto.

—Tengo que ayudarla. —No me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta hasta que me he puesto en marcha en su dirección. Apenas noto la presencia de Brenan a mi lado, siguiéndome sin que tenga que decir nada más.

Avanzamos a través de los cadáveres que germinan en la tierra y lanzo una ráfaga de viento

hacia Artai que lo hace caer del caballo. Estamos demasiado lejos, pero escucho a la perfección el crujido que se escucha cuando el rey cae al suelo. Puede que se haya roto algún hueso, cosa que Malika aprovecha para saltar de su caballo.

El poder que irradia me impresiona mientras su capa ondea a su espalda y sujeta su espada como si no pesara nada. Se inclina sobre el cuerpo de Artai y lo veo tratando de incorporarse, buscando desesperado algún arma a su alrededor. Debe de haberla perdido en la caída.

Contemplo al que fue un niño hace tanto tiempo, el que me regalaba bombones para el solsticio de invierno, el que se ponía enfermo más veces que las que podría contar, el que nos enseñó a silbar. Contemplo a la persona que fue y me aterra ver cómo Malika le atraviesa el pecho con su espada de un solo golpe.

Al final, poco queda de todo lo que alguna vez fuimos.

El rostro de Artai refleja su impresión cuando la hoja de metal se hince en su cuerpo, como si jamás hubiera esperado que la mujer a la que intentó matar y que lleva en su vientre a su heredero quisiera venganza.

Veo la luz desaparecer de los ojos de Taranis Artai Castlemore mientras me acerco a ellos y su cuerpo cae laxo hacia atrás con un golpe sordo. Carne y hueso donde ya no hay nada de quien una vez conocí.

—Malika —la llamo al llegar hasta ella y, cuando se da la vuelta, veo su rostro bañado en lágrimas amargas. Como por acto reflejo, se sujeta el vientre y llora silenciosamente con la sangre de Artai todavía salpicándole la camisa.

Le tiemblan las rodillas tanto que cae al suelo, suelta la espada y me mira, alzando sus ojos anegados.

—En el amor y en la guerra, todo vale, joder —musita pasándose un brazo por el rostro y limpiándose las lágrimas, el barro, la desesperación—. ¿Brenan?

Frunce el ceño un instante antes de levantar su espada contra él y me interpongo entre ambos.

—No, Malika, está con nosotros. Me equivoqué. Nazar está muerto.

Ella asiente y trata de calmar su respiración todavía sujetándose el vientre, como si fuera incapaz de procesar lo que acaba de hacer. La veo deshecha en un caos que probablemente la convierta en reina de todos nosotros y solo puedo ver la persona rota que se esconde detrás de todo ese poder, esa mujer que necesita alguien a su lado.

—Quédate con ella —le pido a Brenan mientras alzo la mirada y miro alrededor en busca de los demás.

Apenas quedan soldados en pie y el horror se extiende en todas direcciones. El viento trae consigo el aroma insoportable de la sangre y trago con dificultad. Esta vez no.

—¿A dónde vas? —pregunta Brenan, inclinándose sobre Malika para arrebatarse la espada, como si temiera que la reina se la clavara en cualquier momento.

—A buscar a mi hermana —contesto incapaz de apartar mis ojos del valle, escudriñando cada rostro caído o todavía luchando que logro enfocar.

—Vamos contigo —declara Brenan con voz grave al tiempo que se inclina hacia Malika para cogerla en brazos.

Ella se deja sostener por los fuertes brazos de Brenan con la mirada perdida, dominada por el espanto, como si no acabara de comprender qué ha hecho por su pueblo y por su propio hijo.

Asiento incapaz de llevarle la contraria a Brenan y recorremos el campo de batalla. Solo queda muerte y desesperación.

Busco a mi hermana con la mirada y grito su nombre. Los que quedaban en pie han desertado y, por parte de los heridos, solo se escapan quejidos suplicando por una muerte rápida que no sé

si el pueblo de Valker estará dispuesto a otorgarles.

Los soldados de Malika todavía están en pie a pesar de las evidentes bajas y se inclinan hacia su reina cuando la ven pasar manchada de la sangre del rey enemigo. Ella apenas parece consciente. En cuanto nos ven, uno de los guardias personales de Malika corre hacia nosotros, seguido de Alec y nos interrogan con la mirada.

—Ha matado al rey del Reino Dorado —informo mientras el soldado la coge y Alec le acaricia el rostro con gesto protector—. Estará bien.

—Gracias —dice Alec antes de desaparecer con el soldado en dirección al campamento con Malika entre sus brazos.

Me giro hacia Brenan tratando de luchar con la desesperación de no encontrar a Clarisa y asiente con la cabeza, señalándome una zona que todavía no hemos revisado.

Me niego a creer que Clarisa haya caído, es demasiado buena para eso. Ha sido entrenada con los cazadores, pasó el entrenamiento. Tiene que estar bien. Recorremos el perímetro, pero no hay rastro de ella y mi desesperación no hace más que aumentar. Necesito encontrarla.

En algún punto, Brenan se separa de mí para cubrir más terreno y siento que un nudo de terror se me asienta en la base del estómago. Mi búsqueda me lleva hasta la linde del bosque donde escucho un forcejeo y el chocar de una espada.

Frunzo el ceño ante el ruido, puede que todavía queden rebeldes que deseen llevarse al infierno a cualquiera que se ponga a su alcance, así que desenvaino mi espada y me adentro en el bosque.

—Por favor, me conoces. —Una voz familiar hace saltar todas mis alarmas y veo a lo lejos a mi hermana levantar la espada ensangrentada—. ¡Por favor!

Grita desesperada, pero no soy capaz de ver a quién le habla, parece completamente sola. Así que avanzo hacia ella a través de la hojarasca y escudriño la oscuridad del bosque en busca de alguien más.

—¿Clarisa? —pregunto incapaz de contenerme y ella se gira un instante hacia mí con el miedo deformándole el gesto.

Un borrrón oscuro atraviesa mi campo de visión y derriba a mi hermana con un golpe sordo. Los gritos de dolor de Clarisa desgarran cualquier pensamiento racional.

La respiración se me atasca en la garganta y echo a correr hacia ella con el corazón a punto de estallarme en el pecho. El pánico se apodera de mí cuando veo una figura cerniéndose sobre Clarisa y ella sigue gritando en un estallido de angustia.

—¡Wesh, por favor! —grita mi hermana antes de toser sangre y sus gritos se silencian de repente.

Miro con espanto cómo Wesh levanta la cabeza del cuello de mi hermana y se aleja rápidamente al tiempo que llego junto a ellos. «No, no no». Esto no está pasando. Wesh me mira con los ojos como platos, aterrorizado, y retrocede como un animal salvaje. Las comisuras de sus labios están manchadas de sangre escarlata. La sangre de Clarisa.

—¿Qué ha pasado? —grito acercándome a mi hermana, tiro la espada a un lado y me arrodillo junto a ella.

Clarisa tiene una herida desgarrada en el cuello de la que mana un reguero de sangre brillante que se derrama a su alrededor. Llevo mis manos hacia la herida para tratar de contener la hemorragia. Aprieto con fuerza con manos temblorosas y alzo la mirada hacia Wesh que me contempla horrorizado.

—No sé qué me ha dominado, estaba herida y su sangre... Olía... No he podido contenerme —musita con ojos desorbitados.

—¡Clarisa! —grito, acercando el cuerpo de mi hermana hacia mí y le acaricio las mejillas, buscando su mirada, pero sus ojos no enfocan. Está terriblemente quieta.

La sacudo, intentando que despierte, que vuelva a componer esa sonrisa que llevo tanto tiempo anhelado. Me aferro a su cuerpo e imploro que, si hay alguien, dios o demonio que me escuche, que me la devuelva. Nadie parece oír mis ruegos mientras la sangre sigue derramándose de su herida y manchándome las manos.

Un vacío aterrador se abre en mi pecho y siento que caigo en espiral. Sostengo las manos sin vida de mi hermana y creo que estoy a punto de desmayarme. Apenas soy capaz de procesar que Wesh ha matado a mi hermana.

Ha matado a Clarisa.

—Risa, tienes que despertar —susurro con lágrimas en los ojos y la acerco a mí, la abrazo con todas mis fuerzas y hago lo único que se me ocurre: suplico—. Tienes que volver conmigo, me prometiste que entrenaríamos juntas. Nos queda toda una vida por vivir. Despierta, por favor.

—Lo siento, Elina. Yo... —La voz de Wesh llega hasta mí como si fuera una pesadilla de la que no puedo despertar—. No quería hacerlo. Es mi herm...

—¡No te atrevas! —grito levantándome y callando sus palabras—. No lo digas.

—Lo siento. —Wesh no llora, pero veo el horror en sus ojos. La sangre de Clarisa mancha sus labios y rujo de dolor.

Me agacho para coger mi espada y doy un paso en su dirección. Aferro el metal con todas mis fuerzas y le lanzo un golpe que logra esquivar con rapidez. Wesh levanta las manos, en señal de tregua, pero necesito descargar toda la ira que está partiéndome el alma en dos.

Invoco al aire y lo lanzo contra él, lo arrojo contra las ramas de un árbol y veo cómo sus huesos crujen. Me gano un gruñido salvaje por su parte, pero no me ataca. No se acerca ni un paso en mi dirección. Parece querer decir algo, pero entonces se da la vuelta y desaparece en la espesura del bosque.

—¡Vuelve aquí! —rujo, dominada por una rabia infinita.

—¡Elina! —La voz de Brenan en mitad del bosque es como un faro que me guía hacia la tormenta porque, en cuanto llega hasta mí, me desplomo incapaz de contener mi desesperación.

Mi hermana ya no está. No está. Y no merece la pena vivir en un mundo sin ella.

## EPÍLOGO

Es el día de la coronación.

Mi vestido de seda se aferra a mis curvas y me sobresalto cuando unos dedos ardientes se entrelazan con los míos. Desde la batalla, hay demasiadas cosas que me ponen en guardia. Un ruido más fuerte de lo normal. Un siseo extraño. Siempre duermo con el puñal bajo la almohada.

—Soy yo —musita Brenan, acariciando mi oído con sus labios y sonrío. Sus brazos me rodean y suspiro. Estoy a salvo. Ambos lo estamos.

—¿Estás preparado? —pregunto dándome la vuelta para contemplar su atuendo. Lleva puesta una camisa azul marino, la chaqueta se ciñe a sus brazos y tapa todos esos tatuajes que tanto adoro. Jamás lo he visto tan elegante.

—Aster ha sido muy generoso —comenta deslizando sus ojos por mi escote, componiendo una sonrisa de medio lado y me muerdo el labio inferior.

—Consejero Real suena bien, Lord Brenan.

—Detesto el título —dice frunciendo el ceño—. No soy un noble.

—Pero mediarás entre nobles y aquelarres —le recuerdo.

Aster ha implantado nuevas leyes. Ha negociado una paz más sólida entre los aquelarres y el reino y ha puesto a Brenan al frente de esos acuerdos, reconociéndolo como líder de las brujas. Es un honor que Brenan ha aceptado con gusto y lo admiro por convertirse en el hombre que siempre había querido: un líder. Sin trampas. Sin traiciones. Solo su coraje contra todo.

Yo nunca quise el liderazgo, solo quería paz y justicia; y un hogar. Al parecer, ambos hemos obtenido lo que queríamos.

Malika y Aster nos obsequiaron con tierras y un título por luchar a su lado, nos recompensaron gratamente por nuestro servicio y pagaron con creces cada gota de sangre derramada en sus nombres.

Así que ahora gozamos de dinero suficiente. Cuidamos del aquelarre, protegemos a nuestra gente y preservamos la paz en el reino. Sobre todo, preservamos la magia.

Brujos junto a humanos. No es que todo el trabajo esté hecho, pero hemos comenzado un proceso de adaptación que esperamos que se continúe en el tiempo. Las brujas que lo deseen podrán vivir entre humanos. Nadie tendrá que esconderse jamás.

—Es la hora —anuncia Kallian irrumpiendo en la habitación. Su sonrisa me reconforta y asiento.

Recorremos el castillo hasta llegar a la sala del trono donde ya se ha reunido un buen grupo. Todos esperan a Aster, porque él es la promesa de un futuro lleno de esperanza. Brujos y humanos se encuentran mezclados entre la multitud. Parecen reacios a mezclarse, pero toleran su presencia mutua.

Los dedos de Brenan aferran mi piel y me siento sostenida por su fuerza. Es mi roca, la luz que siempre he necesitado en mis momentos más oscuros. No somos perfectos, pero eso es lo que nos une: estamos moldeados por el mismo dolor. Y ambos hemos abrazado las heridas del otro sin reservas.

Reconozco a Malika a través de la multitud, su vientre abultado crece cada día más y debo reconocer que la hace hermosa. Hay tanta vida dentro de ella que se me corta la respiración.

—Deberíais haberme esperado. —El reproche me hace poner los ojos en blanco y me giro. Ella sabe mucho más de etiqueta que nosotros, así que últimamente no deja de recordarnos lo que unos lores deberían hacer.

Cuando me doy la vuelta, Clarisa me sonrío. Sus ojos cristalinos ríen con diversión y me estrello contra sus brazos. La abrazo. La aferro. La sostengo.

Cada vez que la vuelvo a ver, todo es igual. Recuerdo cuando estuve a punto de perderla y no puedo reprimir el impulso de cuidarla y abrazarla hasta la extenuación.

Ese día en el bosque, la perdí. Cogí su cuerpo en brazos y la conduje a través del horror en busca de un sanador que pudiera ayudarla. Su sangre manchó mi armadura, su cuerpo se fue aflojando poco a poco entre mis dedos. Sus ojos no se abrieron.

Pero no murió.

Brenan siempre me había dicho que los humanos perdían su poder al mantener relaciones con humanos, pero nunca me explicó que era porque esa magia mutaba, se transformaba y, si tenían un bebé, ese poder se heredaría. Más débil. Más escondido. Pero poder, al fin y al cabo.

Clarisa es una bruja como yo, una mestiza, y, por eso, cuando la infección la encontró, no se la llevó. La magia de sangre de mi padre no pudo arrebátarmela.

Mi hermana ha pasado meses aprendiendo a controlar su sed, tal y como yo tuve que hacer en la cueva de mi padre. La he ayudado, he estado con ella y jamás me he rendido. Ha controlado sus impulsos y cada día me ha recordado porqué he luchado todos estos años: por ella. He aprendido que tiene una positividad indescriptible, que es tozuda como ninguna y que su buen humor se esfuma en cuanto tiene hambre.

He vuelto a conocerla. Hemos vuelto a ser lo que éramos y Clarisa me ha demostrado que, a pesar de todo, el tiempo sí puede recuperarse.

Por desgracia, no hemos tenido noticias de Wesh. Se me encoge el corazón solo de recordar el terror en su mirada y sé que él cree que mató a Clarisa. No obstante, no tengo forma de saber si sigue vivo o dónde está.

—¿Saldremos al bosque a practicar? —pregunta mi hermana a través de los susurros de la sala. La miro negando con la cabeza, incapaz de entender cómo puede fascinarle tanto ser una bruja cuando pasó tantos años entrenándose contra ellas.

Desde luego, su magia no es como la nuestra. Ella puede seguir un rastro mejor que nadie, hace germinar las plantas más rápido y cuando se enfada aumenta la temperatura de la sala, pero no lanza a nadie por los aires ni prende fuego con un chasquido. Ni siquiera sé si lo conseguirá algún día. Aunque ella está empeñada en entrenar.

—Iremos de caza —propone Brenan, lanzándole una sonrisa torcida. Su voz promete brutalidad.

En ese momento, todos los reunidos se giran hacia las puertas que acaban de abrirse y Aster aparece por ellas. Su capa de piel cae a su espalda, barriendo el suelo y recordándonos su poder. Malika sostiene entre sus dedos la corona que le pondrá sobre la cabeza de un momento a otro y casi siento cómo contenemos la respiración.

—¡Larga vida al rey! —coreamos todos y Aster nos saluda con la corona dorada adornando su cabeza.

La esperanza del Reino Dorado. De la paz. Lo hemos conseguido.

Las pesadillas son muy reales, pero siempre podemos elegir luchar contra ellas. No hay paz para los monstruos, pero sí que podemos vencerlos.

## AGRADECIMIENTOS

Poder llegar hasta aquí ya es un sueño para mí. A lo largo de este viaje que empezó hace casi dos años se han ido sumando muchas personas a las que agradecerles su constancia, sus ánimos y su apoyo porque, como todos los caminos, a veces ha sido complicado. No me extenderé en explicar los días viviendo a base de café o las noches de dormir fatal o ese bloqueo escritor que he tenido que sobrepasar con este segundo libro. Quería daros una buena historia y me daba miedo no lograrlo.

Tengo que agradecerlos que no me hayáis abandonado a lo largo de todo el proceso. A mi marido, por ser esa roca que necesito, porque siempre me salvas el culo y me solucionas los

problemas cuando más perdida estoy, te quiero.

Gracias a mi familia, porque a pesar de no ser lectores han apoyado esta historia y se han sorprendido de encontrarme entre las páginas. A mis padres, mi hermano, mis tías y primas. Siempre os llevo en mi alma. Mamá, sé que este segundo libro lo leerás para 2030, pero no pasa nada; prometo censurar los capítulos de este también.

Gracias a mis amigas. Irene, gracias por ser la primera en leer la historia y corregir mis contradicciones que son más de las que me gustaría. Gracias a Eli y Aurora porque en una noche me ayudasteis a dar con el final que se merecía esta historia. Gracias a Roxana y Rafa porque siempre habéis estado conmigo en el proceso y me habéis transmitido la ilusión cuando mi ánimo fallaba. Gracias a Marta, Ángela, Claudia y Ceci porque me escucháis quejarme, pero siempre estáis conmigo.

También, darles las gracias a todas esas personas que decidieron creer en mí y dedicaron su tiempo en leerme. A muchas os he conocido por TikTok y a otras muchas por Insta. Gracias por vuestros mensajes de ánimo porque hicisteis que mantuviera la ilusión por este proyecto hasta el final. Sinceramente, quería que os gustara. Sobre todo, gracias a Ana que ha vivido la historia con una pasión increíble y se leyó parte del manuscrito cuando todavía estaba casi en pañales y, aun así, le encantó.

Por último, gracias a ti que has llegado hasta aquí. Gracias por confiar en mí, por leerme, por permitirme llevarte a mis mundos de fantasía. Gracias por darme la oportunidad de contarte mi historia. Me habéis ayudado a hacer mi sueño realidad.